AUSTRALIA

ANABELLA FRANCO

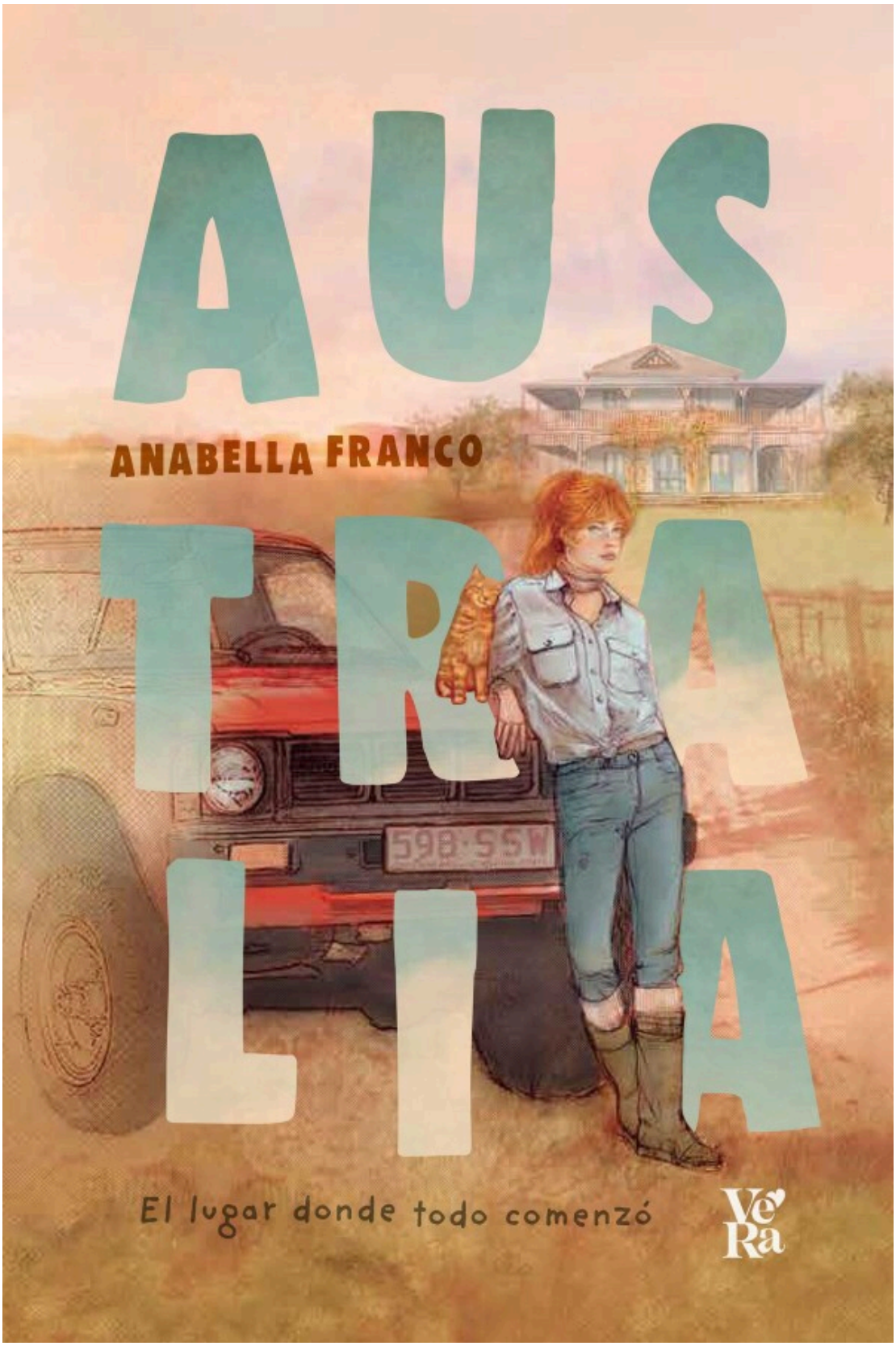


El lugar donde todo comenzó

VeRa

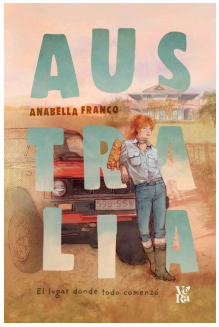
AUSTRALIA

ANABELLA FRANCO



El lugar donde todo comenzó

VeRa



Cuando descubre que su marido le es infiel, Hazel se divorcia, saca un pasaje a Australia y elige vivir en la finca de su adorada abuela Elsie, cuya muerte todavía llora. Pero varios temores rodean ese regreso después de quince años en el extranjero: ¿su título de ingeniera le servirá de algo en medio del campo? ¿De qué va a vivir? ¿Y si la casa estuviera en un estado catastrófico?

Al llegar, se tranquiliza; un hombre joven, trepado a una escalera, repara el techo. Pero la serenidad se esfuma cuando lo reconoce: es Max, su primer amor, a quien su madre le prohibió ver cuando los dos eran adolescentes. ¿Qué hace en su propiedad?

Después de una conversación incómoda, se comprometen a trabajar juntos para poner en valor la finca. Max deja en claro desde el principio que el pasado quedó atrás. Sin embargo, las vivencias difíciles de su infancia todavía lo acompañan.

Mandatos, prejuicios sociales, asuntos familiares, conflictos internos; ninguna de esas barreras será suficiente para frenar una pasión que nunca se apagó.

En *Australia*, Anabella Franco conmueve como solo ella sabe hacerlo.



Anabella Franco es una reconocida autora de narrativa femenina y de literatura juvenil bajo el seudónimo Anna K. Franco. Además, es profesora de Literatura, especialista en educación y correctora literaria.
Con un estilo profundo y sincero, en sus obras aborda la complejidad de la vida cotidiana, de nuestro ser y de los vínculos humanos, creando historias y personajes inolvidables que trascienden las páginas.
Algunos de sus grandes éxitos son *Nada más que una noche* (Vergara, 2012), *Rebelión* (Penguin, 2015) y *Brillarás* (VRYA, 2018), entre muchos otros que demuestran su versatilidad e interés por explorar diversos subgéneros.
Además de *Australia*, bajo el sello VeRa publicó *Hollywood miente* (2023) y *Háblame de lo invisible* (2022).

Instagram: **@anna_karinef**
TikTok: **@annakarinef**
Twitter: **@annakarinef**
Facebook: **Anabella Franco (Anna K. Franco)**

AUSTRALIA

ANABELLA FRANCO

El lugar donde todo comenzó

VeRa

Las flores crecen a partir de los momentos más oscuros.
Corita Kent



1

Atlanta, Estados Unidos
Presente

–No sé qué hacer –admitió Hazel. Su amiga la observaba desde el otro lado del sofá cubierto con un nailon transparente.

–Por el momento, dejar este apartamento y pasar unos días en mi casa.

–¿Y después? –Bajó la cabeza con una sonrisa amarga–. ¿Te has dado cuenta? Mi vida se derrumbó en cuestión de segundos. Debe ser el karma.

–¿Qué karma? –rio Denise.

Hazel suspiró. Miró el techo, los muebles envueltos, las paredes.

–En un parpadeo, todo esto se habrá ido –concluyó–. Ya no tengo esposo, ni empleo, ni un hogar.

–Tienes una profesión. Si no trabajas para una compañía, será para otra.

–No sé si quiera volver a la ingeniería, me trae muy malos recuerdos.

–Que tu esposo haya sido tu jefe es una porquería.

–¡Ni me lo digas! Opacaba cualquier cosa que yo hiciera y que pudiera posicionarme mejor que a él. Perdí la cuenta de las veces

que se apropió de mis ideas, las presentó como propias y se llevó todo el crédito. Una vez se lo mencioné. ¡Lo negó en mi rostro!

–Cambiemos de tema o volverás a hablar de él. Hasta que comenzamos con el asunto de qué harás después de pasar unos días en mi casa, estuvimos hablando de tu ex durante horas.

Hazel le dio la razón. Sin embargo, no supo qué decir si no hacía referencia a Liam. Todo lo que se le ocurría eran escenas con su esposo. Ex. Tendría que acostumbrarse a llamarlo de esa manera.

Se mantuvieron en silencio un rato.

–¿Has pensado en regresar a Australia? –indagó Denise de pronto.

–Sí, pero ¿qué haría allí? Volver a vivir bajo el techo de mis padres, como una adolescente, acrecentaría mi frustración. No puedo culparlos, pero parte de lo que me sucede hoy tiene que ver con decisiones que, en realidad, no tomé yo, sino la voz de mi madre en mi conciencia. Instalarme en su casa en Sídney no sería lo mejor.

–¿Y la finca de tu abuela fallecida?

–¿Quieres echarme lo más lejos posible de tu vida? –bromeó Hazel.

El timbre interrumpió la conversación. Hazel se levantó y respondió por el portero eléctrico. Bajó para recibir a los empleados de la mudanza y regresó con ellos.

Poco a poco, el apartamento se fue vaciando. Se llevaron los muebles, los electrodomésticos, casi secuestraron también a su gata.

–¡No! –exclamó Hazel–. Ella no. Es mía.

–El señor nos ordenó que…

–¡Es mía! –repitió, preparando las garras como la felina.

Extrajo el celular del bolsillo, buscó el contacto de Liam y lo llamó. Tuvo que insistir tres veces hasta que él al fin atendió.

–Estoy trabajando –protestó.

–Avísales a tus empleados que la gata es mía.

–¿A dónde la llevarás? No permitiré que sufra en las casas de tus amigas.

–¡Acordamos que Honey era mía! Te di los electrodomésticos a cambio.

–Acéptalo: estará mejor conmigo.

–¡No te la daré! Es mi gata. Punto.

–¿Quién la llevó a esterilizar?

–¡Fuiste tú porque no me permitiste ingresar más tarde al trabajo! –El empleado de la mudanza puso los ojos en blanco–. ¿Quién le compraba el alimento todos los meses?

–Así como te encargabas del resto de la compra.

–Siempre protestabas porque te llenaba los trajes de pelos. ¡Ella ni siquiera te importa! Pretendes quitármela para fastidiarme.

A decir verdad, Liam quería que Hazel continuara atada a él de alguna manera, pero jamás lo diría.

–Puede ser –murmuró.

–¡Lo sabía!

–Señora –murmuró el chico de la mudanza.

–Váyase ahora y ni se le ocurra tocar a la gata –intervino Denise.

–No puedo irme sin…

–¡Ahora! –repitió en un grito.

–¿Estás con la loca de tu amiga? –rezongó Liam al teléfono.

–¡No te saldrás con la tuya! –prometió Hazel y cortó sin responder su pregunta. Miró al empleado que quedaba dentro de la casa de los tres que había enviado su exmarido y alzó a la gata contra la cintura–. Si no puedes irte sin la gata, me iré yo con ella –determinó y comenzó a caminar hacia la puerta.

Denise recogió su bolso y el de Hazel mientras miraba al muchacho de manera amenazante y salió tras ella.

–Señora. ¡Señora! –exclamó el chico.

Las persiguió hasta el elevador. Hazel lo echó antes de que las puertas terminaran de cerrarse.

La gata se agitó, incómoda, contra su costado. No se llevaba bien con la gente, ni siquiera con ella, y mucho menos con Liam. Pronto acompañó los movimientos con quejidos. En cualquier momento la rasguñaría. Se llamaba Honey, "miel", por el tono rojizo de su pelaje, pero, a decir verdad, era bastante amarga.

–Dime que viniste en automóvil y que recogiste mis cosas –rogó a su amiga.

–Solo tu bolso. Pero traje el coche –sonrió Denise.

Hazel hizo un gesto de pena con la boca. La mayoría de sus pertenencias ya estaban en la casa de su amiga. Faltaba la mochila en la que había guardado un par de libros. Se consoló pensando que podía comprarlos de nuevo, aunque perdiera las marcas que les había hecho. No quería regresar a ese apartamento. Por lo menos, tenían el auto. Era difícil que un taxi aceptara llevarlas con una gata histérica en la mano.

La soltó en el asiento trasero del coche antes de que la asesinara a rasguños y mordidas. Fueron acompañadas de maullidos y bufidos todo el trayecto. Para bajarla en la casa de su amiga, Hazel le pidió una toalla. Cubrirla fue la única manera de manipularla.

Una vez dentro de la sala, la soltó para que investigara el ambiente. Le pusieron agua y un poco de papel para que hiciera sus necesidades. Como no había llevado el alimento, le ofrecieron un poco de pollo que Denise guardaba en el refrigerador. Tendría que comprar otra transportadora.

Cenaron mirando una película en el televisor. Hazel prestó poca atención. Lo único que tenía en mente era el momento en el que había comprobado que Liam le era infiel.

Todo comenzó cuando él le dijo que sentía que estaba perdiendo la forma y que por eso quería ir al gimnasio después del trabajo. Ella misma concurría a uno, no encontró motivos para sospechar de ese deseo. Sin embargo, comenzó a desconfiar cuando el número de veces por semana y la cantidad de horas que él pasaba en ese lugar aumentó hasta ocupar todos los días hábiles e incluso algunos sábados.

Cuando le planteó la situación, Liam puso la excusa de que tenía nuevos amigos. Aseguró que a veces salía con ellos para distenderse después del entrenamiento, que iban a bares y restaurantes. Recordaba su propia respuesta como si se la estuviera dando en ese momento: "así, recuperarás al instante las calorías que quemaste". Lo había pronunciado entre risas. Al analizar la escena a la distancia, llegó a la conclusión de que había sido ingenua, como de costumbre.

Por suerte, la ceguera le duró solo unos meses. Se dio cuenta de que algo más ocurría por el aroma de Liam, por la forma de tener sexo y porque podían pasar semanas sin tenerlo. Cuando estaba en

casa, casi no la miraba. En el trabajo, siempre había sido frío para mantener las apariencias. Los dos sabían que, siendo la esposa del jefe, sus compañeros podían pensar que tenía preferencias, así que aceptaba ese trato distante como algo natural y necesario. Lo raro fue que se extendió a su casa.

Ahora que lo pensaba, habían existido muchas señales más que no había querido notar. Por ejemplo, que jamás se despegaba del celular y que, una vez, llegó un gasto exorbitante de una joyería. Liam adujo que le había obsequiado un brazalete a su madre. Como se acercaba Navidad, eligió creerle.

Una noche, mientras se dirigía a la casa de una amiga, vio su automóvil estacionado en la acera de enfrente de un hotel. Se preguntó qué haría él allí y aparcó también.

Entró al lugar con el corazón galopando en su pecho. Sospechó que no se encontraría en una habitación; si su intención era pasar la noche, habría guardado el vehículo en el aparcamiento.

Espió el bar de la recepción. Como no lo encontró, le preguntó al recepcionista dónde quedaba el restaurante. Le indicaron cómo llegar y allí lo encontró: cenaba muy acaramelado con una recepcionista de la compañía. Le estaba tomando la mano y, además, la besó. Lo más probable era que sí pasaran unas horas de la noche en una habitación después de todo.

Por supuesto, no hizo escándalos. Tan solo se volvió por donde había llegado. Tampoco se dirigió a la casa de su amiga. Lo esperó en la suya.

Liam se dignó a aparecer a las tres de la madrugada.

–Hola –dijo, sentada a la mesa del comedor en penumbras.

–Hola –respondió él, sorprendido–. ¿Por qué estás despierta?

–Me preocupé porque no llegabas. Te llamé, pero no atendiste.

–Lo siento, estábamos entretenidos con los muchachos.

–Querrás decir "la muchacha" –repuso ella. Liam rio fingiendo una expresión de desconcierto.

–¿De qué hablas?

–De Sophie, la recepcionista con la que cenaste esta noche.

–Estás loca.

–Quiero el divorcio –soltó sin pensar–. No me quedaré junto a alguien que no me ama. ¿Qué sentido tendría? El amor no se mendiga. Y eso es justo lo que estuve haciendo. Una amante no destruye un matrimonio, llega porque el matrimonio ya está acabado. Así que no perdamos el tiempo.

Curiosamente, siempre le había costado tomar decisiones, pero no esa.

No se arrepentía de lo que había hecho. Sin embargo, en el momento no midió que, como él era su jefe, tendría que renunciar al empleo. Tampoco que el apartamento que habitaban era rentado y que, sin trabajo, ella no podría pagarlo sola. Ni siquiera se percató de cuántas lágrimas derramaría. No tanto por reconocer que Liam y ella no se amaban, lo cual, en el fondo, ya sabía, sino más bien por lo que había hecho de su vida hasta ese momento.

Acordaron que él se quedaría con los electrodomésticos a cambio de que ella conservara la gata. Le importaba mucho más su mascota que el refrigerador, el televisor y la lavadora. La adoraba, aunque Honey no pareciera muy apegada a nadie.

También dividieron los muebles. Como Hazel no tenía donde guardar su parte, contrató una buhardilla. Evitó quedarse con la cama que habían compartido. En caso de que consiguiera un nuevo empleo y decidiera mudarse a otro apartamento en Atlanta, prefería dormir en el suelo antes que recordar el sexo frío y sin sentimientos que su ex y ella habían mantenido sobre ese colchón hacia el final de su matrimonio. Por último, vendió el automóvil para pagarle a una abogada que pusiera en orden sus acuerdos.

–No puedo ir a la estancia de mi abuela fallecida –reflexionó de pronto mientras revolvía los espaguetis con tuco que había preparado Denise–. Está cerca de Gold Coast, y puede que él todavía esté ahí.

–¿"Él"? ¿Te refieres al chico que conociste a tus diecisiete años?

–Sí. Le rompí el corazón.

–¡Déjate de tonterías! –rio Denise–. ¡Han pasado quince años! ¿Por qué te recordaría? Ese tipo debe estar casado. Seguro tiene tres hijos y dos canguros como mascota.

–Tienes razón –admitió Hazel y rio también.

–Pero, si tú lo estás mencionando, significa que no es ese hombre quien te recuerda, sino tú a él.

Los labios de Hazel se movieron hacia un costado. Luego se mordió el inferior.

–Claro que lo recuerdo –reconoció–. Queensland fue el único sitio donde alguna vez fui realmente feliz.

–Entonces, ¿por qué te quedarías en Atlanta? Créeme, nadie te extrañará más que yo. Pero si ese fue tu lugar feliz una vez, deberías volver.

A pesar de que la cama del cuarto de huéspedes de Denise era cómoda y amplia, casi no pudo dormir. Miraba por la ventana y pensaba en las noches que había pasado en Australia, esa tierra lejana que la había visto nacer.

No estaba segura de regresar. Aun así, al día siguiente, mientras su amiga no estaba, llamó a su madre.

–¡Querida! ¿Cómo estás? ¿Ya se llevaron los muebles? –indagó Adeline.

–Sí. Me estoy quedando con Denise.

–Acepta que te envíe dinero. No puedes andar de casa en casa como una paria.

–Gracias, pero no hace falta. Si en algún momento estoy en aprietos, te lo haré saber.

–Sigo pensando que, quizás, no debiste ser tan determinante. Todavía me cuesta creer que Liam te engañara.

–Mamá, te ruego que no me incites a dudar de mi decisión, y menos por teléfono –la interrumpió–. Quiero hacerte una pregunta: ¿la estancia de la abuela está desocupada o la rentaste?

–¿Rentarla? –rio Adeline–. ¿Quién querría vivir en ese agujero?

–Yo.

–¡Ni lo pienses! Ese lugar no es para ti.

–¿Por qué? Sabes que nunca tuve intención de dejar Australia. Me mudé aquí porque a Liam le ofrecieron un puesto directivo. Estados Unidos no es mi lugar, nunca lo fue.

–Ven a Sídney. Estoy segura de que aquí encontrarías muy buenos empleos como ingeniera. Tu padre y yo estaríamos encantados de recibirte en casa.

–El problema es que no quiero vivir con ustedes y no estoy segura de regresar a la ingeniería por el momento.

–¿Qué culpa tiene tu profesión? ¡No seas dramática!

–Responde mi pregunta, por favor.

Adeline se puso seria.

–Olvídate de esa finca: no es productiva. Intenté venderla y nadie la quiso. Para no seguir perdiendo dinero con ella, tuve que asociarme con alguien que jamás hubiera querido.

–¿Por qué no me lo contaste?

–No era importante.

–¿Con quién te asociaste?

–Con la única persona que aceptó hacerse cargo de ese elefante muerto.

Hazel suspiró.

–Creo que me agrada la idea de devolverle la vida a algo cuando ya nadie le tiene fe.

–No entiendes una palabra de granjas. ¿Qué podrías hacer en ese sitio inhóspito de Queensland?

–En mis recuerdos no es la porquería que describes.

–¡Porque tu abuela la hacía ver como un tesoro! En realidad, siempre fue un estorbo. Hazme caso: si por el momento no quieres volver con tu esposo, regresa a Sídney. Tu padre y yo te ayudaremos.

El problema era que Hazel no quería empezar de nuevo de la mano de sus padres. Se despidió de su madre tras rechazar una vez más la oferta.

Mientras intentaba que Honey permaneciera en su regazo sin éxito, gastó parte de sus ahorros en un pasaje para ella y para su gata con destino a Gold Coast.



2

Queensland, Australia
15 años antes

Hazel bajó del automóvil de su tío con expresión maravillada. Cuando sus padres le dijeron que pasarían el verano en la finca de su abuela en Queensland, no imaginó que se trataría de un lugar tan hermoso.

La vegetación era espesa y abundante; el color anaranjado del cielo parecía salido de un cuadro. La inmensa casa se alzaba en el campo, blanca con ventanas azules. El terreno era desigual, lo que generaba un asombroso efecto visual.

En esa región no solo vivía su abuela materna. A unos pocos kilómetros, en Gold Coast, una ciudad turística costera, se hallaban también unos familiares de su padre. Su tío los había recogido en el aeropuerto.

–Mi hija Evelyn tiene tu edad. Te pasaremos a buscar para que vayas a pasear con ella si tus padres lo autorizan –ofreció el hombre a Hazel, viéndola tan maravillada.

Había escuchado mucho sobre su prima Evelyn, pero casi no la recordaba. La última vez que la había visto tenían ocho años.

Hazel miró a su madre por sobre el hombro con una sonrisa que la invitó a darle el permiso. Su padre no solía opinar respecto de esos

asuntos, ella decidía.

–¿Es una ciudad peligrosa? –consultó Adeline.

–No tienes de qué preocuparte. Mientras las chicas se muevan por zonas seguras, podrán andar solas sin miedo –aseguró su tío.

Lachlan, su hermano, bajó su maleta del coche y se aproximó a la casa con una expresión muy diferente a la de ella. Se notaba que, con trece años recién cumplidos, ese sitio le parecía muy aburrido. Sin duda no obtendría el permiso para recorrer la ciudad con otros chicos, como sí se lo darían a su hermana, ni había mucho con lo que pudiera entretenerse en esa finca. A decir verdad, a nadie le parecía un paisaje tan majestuoso como a Hazel.

Su abuela Elsie abrió la puerta de la vivienda con la felicidad plasmada en la mirada. Bajó las escaleras del porche con los brazos abiertos.

–¡Han llegado! –exclamó, emocionada.

–Hola, mamá –respondió Adeline y se adelantó para saludarla.

A diferencia de lo que ocurría con los familiares de su padre, Hazel sí había visto a su abuela varias veces en esos años. Como Adeline era su única hija, Elsie los visitaba en Sídney para las festividades y siempre les enviaba obsequios de cumpleaños.

El abrazo de su abuela fue reconfortante y cálido. Además, preparaba deliciosas comidas. Estaba segura de que disfrutaría su estadía allí.

Los dos primeros días recorrieron la finca a caballo, se bañaron en el estanque y se aventuraron en caminatas para encontrar fauna silvestre. Hacia el fin de semana, Lachlan volvió a enfrascarse en el celular. No había conexión a internet en la finca, así que solo podía jugar con los pocos entretenimientos con los que contaba el aparato. Por suerte, ella recibió la visita de su prima.

Desde que se encontraron por primera vez en tanto tiempo, Evelyn le pareció una chica estupenda. Tenía una personalidad arrolladora, y eso provocó la admiración de Hazel.

El sábado, su madre permitió que pasara el fin de semana en casa de sus tíos. Evelyn invitó a sus mejores amigas, Maya y Remi. Casi no durmieron por conversar y reír. Además, bebieron algunos tragos.

–¿Y tú? ¿Con cuántos lo has hecho? –consultó Maya a Hazel. Ella apartó la copa de sus labios y sonrió, avergonzada. Para la amiga de su prima, fue una respuesta, aunque no hubiera dicho nada–. ¡Vaya! Entonces eres virgen. Tendremos que resolver eso.

–Espera, Maya. No queremos espantarla –intervino Evelyn.

–¿Por qué se asustaría? –rio Maya.

–Dime que, aunque sea, te has besado con alguien –rogó Remi.

–¡Por supuesto! Con tantos, que ya perdí la cuenta –mintió Hazel.

–No sé por qué no te creo –continuó Maya–. ¿Cuántos años tienes? ¿Once?

–¡Te lo juro! –sostuvo Hazel a la vez que reía. Tenía una forma peculiar de hacerlo, con una inocencia que a veces la avergonzaba.

La verdad era que solo se había besado con un chico del colegio. Para colmo, un año menor que ella e igual de inexperto.

Admiraba a su prima y mucho más a Maya, porque eran seguras y extrovertidas; la segunda, mucho más que la primera. Hubiera deseado ser como ellas. Pero, aunque sí era simpática y le gustaba la sensación de libertad que experimentaba desde que había llegado a Queensland, no les llegaba ni a los talones en decisión y arrojo. Por lo general, en la escuela y en su casa, era bastante reservada y tímida.

Pasaron el domingo en la playa, bañándose en el mar y tomándose fotografías.

La noche del viernes, volvió a quedarse en lo de su prima.

–Estoy aburrida –manifestó Evelyn–. ¿Por qué no vamos a la playa un rato?

–Es casi medianoche –advirtió Hazel.

–¿Y qué? Conozco un lugar donde siempre hay gente. Estoy segura de que Maya y Remi están ahí. Vamos, te divertirás.

En Sídney nunca se había relacionado con personas impetuosas como Evelyn y sus amigas. Además, su madre controlaba sus movimientos y eso le impedía soltarse. Sintió que estaba en una especie de "ahora o nunca", que si no se atrevía a vivir nuevas experiencias en esas vacaciones, ya no podría hacerlo. Por eso terminó aceptando.

Evelyn les avisó a sus padres que saldrían. El hombre respondió que tuvieran cuidado desde la cama, adormecido.

Caminaron hasta una zona de la playa alejada de la casa. Aun antes de descender por un sendero de arena empinado rodeado de maleza, Hazel escuchó las voces de las personas que estaban del otro lado, ocultas tras la vegetación que sin duda servía de cortina para muchas fechorías.

La mente de Hazel dejó de imaginarlas en cuanto vio varios grupos de chicos de su edad y un poco más grandes sentados en la arena. Había fogatas, guitarras y bebidas. Incluso alcanzó a distinguir un par de surfistas en el agua. A esa hora ya no había guardavidas, la seguridad corría por su cuenta.

Evitó observar demasiado. Supuso que, si algún grupo tenía drogas, nadie querría que una desconocida las descubriera. No sabía cuánto de todo eso estaba permitido allí a esa hora de la noche, pero confió en su prima. Era una lugareña y debía tener claro cómo esquivar los problemas.

–¡Remi! –gritó Evelyn con la mano alzada.

Se dirigieron al círculo donde Maya y Remi estaban sentadas con dos chicos.

–¿Cómo están? –preguntó Maya.

–Ellos son Will y Luca –dijo su prima para presentarle a los muchachos. Hazel susurró "hola" y sonrió con inocencia.

Se sentaron en la ronda. Habían hecho una pequeña fogata en el medio para asar malvaviscos. Vio varias botellas y un paquete de cigarros que solo tocaba Luca. Maya le pidió dar una calada. Dejó salir el humo despacio y se acostó sobre su hombro. Evelyn le entregó la botella de ron. Hazel dudó un instante. Casi nunca tomaba alcohol. Además, no le gustaba puro, sino disfrazado con frutas y aperitivos. Aun así, bebió.

En cuanto la fogata se extinguió, Remi propuso un juego.

–¡Esa tontería tiene más años que mi abuela! –se burló Maya.

–Pero es efectiva –respondió la chica e hizo girar una botella vacía. El pico quedó apuntando a Evelyn y la parte trasera, a Remi misma–. ¡Maldición! –masculló.

–Ahora tendrás que hacerlo –canturreó Maya. Los chicos rieron.

Evelyn y Remi se arrodillaron para quedar en el medio de la ronda y se besaron en la boca a la vez que se acariciaban el pelo. Todos aplaudieron. Will emitió un silbido colocando dos dedos entre los labios. Después de eso, las dos sorbieron un trago. Cumplir con el reto tenía como premio beber más.

Volvieron a hacer girar la botella. Esta vez, Maya tuvo que besarse con Luca. Ganaron el derecho a tomar otra vez.

Hazel pensaba en qué haría si le tocaba besarse con su prima cuando alguien más llegó a la ronda. Tocó a Luca en el hombro y chocaron las manos como saludo.

Alzó la mirada para estudiar al recién llegado. Era un chico alto, muy en forma, de cabello castaño oscuro y ojos color café. Llevaba un pantalón de jean azul roto, una sudadera negra y una camiseta blanca detrás de la que se perdía una cadenita que pendía de su cuello.

–¿Cómo estás? –preguntó Luca–. ¿Quieres sentarte con nosotros?

Abrieron el círculo de modo que el chico pudiera ingresar. Se sentó con las rodillas contra el pecho. Hazel percibió que Maya miraba a sus amigas de una manera peculiar, pero no entendió el motivo.

–Él es Max –anunció Luca.

–Hola –respondió Evelyn en nombre de todos. Max solo asintió con la cabeza. A Hazel le pareció que, en realidad, casi todos ya lo conocían, pero el ambiente hacía parecer que no.

–Bueno, volvamos al juego –propuso Maya, entusiasmada de pronto con lo que, en un principio, había considerado una tontería.

Hizo girar la botella. Cuando Hazel vio que el pico había quedado apuntando hacia ella, abrió la boca, más nerviosa que en un examen final. Alzó la mirada para descubrir con quien le había tocado besarse: el recién llegado.

Todos aplaudieron. Maya comenzó a vitorearla para que se apresurara a cumplir con el reto.

–Ni siquiera lo conozco –murmuró Hazel, insegura. Se moría por continuar cumpliendo el desafío de vivir el presente y a la vez no estaba segura de estar siendo ella misma de esa manera.

–No tienes que hacerlo –replicó el chico. Se sorprendió de que tuviera una voz tan poderosa.

–Si no lo haces, no podrás beber en toda la noche –advirtió Maya.

–¡Anda, Hazel! –la animó Remi–. ¡Todas lo hicimos!

–Si tú estás de acuerdo… –susurró, mirando a Max, y se arrodilló en medio de la ronda para acercarse.

–No te preocupes, ni siquiera me moveré –intentó serenarla él.

–Gracias –respondió Hazel en voz baja con una sonrisa tímida.

Estaba sonrojada y agitada como si hubiera corrido una hora sin descanso. No creía que pudiera correr tanto, pues en comparación con los modelos de belleza impuestos, era un poco rellenita. Intentó no pensar en eso para no sentirse todavía más nerviosa e insegura y se lanzó a la aventura.

Cerró los ojos, se inclinó hacia adelante y, de pronto, sus labios estaban sobre los del chico.

Durante el microsegundo que duró el beso, percibió su delicioso aroma, la delicada aspereza de su piel y su energía vigorosa. Nunca había experimentado sensaciones tan hermosas.

Se echó hacia atrás, orgullosa de sí misma por lo que había hecho. Abrió los párpados y rio, presa de una sensación de libertad absoluta. Alzó los brazos y gritó para celebrar que había logrado cumplir con el reto mientras los demás aplaudían. Regresó a su sitio e intentó coronar el momento de increíble valentía arrebatándole la botella a Maya.

La chica la apartó de su alcance para jugarle una broma.

–¡Merezco un trago! ¡Dámela! –protestó Hazel, divertida. Maya le entregó la botella entre risas.

Max no podía dejar de mirarla. No había reparado de verdad en esa chica hasta que lo había besado. Jamás había sentido con ninguna otra lo que experimentó en ese momento ni quería sentirlo nunca.

Mientras ella reía de su hazaña con la ilusión de la inexperiencia, observó su vestido rosado, las curvas generosas de su cuerpo, su cabello rojizo cayendo sobre sus hombros un poco despeinado. Tenía una risa notoria y peculiar, inocente y fresca. Sus ojos de un tono gris azulado destellaban como las suaves pecas que tenía en la nariz y en los pómulos. Olía a frutas muy dulces y su piel era suave como la hierba. *Demasiado tierna para alguien como yo*, pensó, e intentó

quitarse el beso de la cabeza durante el resto del tiempo que permaneció en el grupo.

Se despidió con la excusa de que, en realidad, estaba allí con otros amigos. De hecho, así era; solo se había aproximado para saludar a Luca. Acabó aceptando su invitación de unirse con la única intención de compartir un rato, no de besarse con una chica que ahora no podía apartar de sus pensamientos. Ni siquiera era el tipo de joven que le atraía. ¿Por qué tenía esos sentimientos?

Cerca de las tres de la madrugada, se despidió también de su grupo y comenzó a caminar por la arena hacia donde estaba el sendero. En ese momento, volvió a ver a Hazel. Transitaba por la costa tambaleándose, con el agua hasta los tobillos y las sandalias puestas.

Observó alrededor en busca de sus acompañantes. Para ese momento, la playa se había vaciado bastante. No vio a sus amigas. Lo más probable era que se hubieran ido.

Pensó que debía hacer lo mismo e intentó seguir adelante. Sin embargo, una alarma comenzó a sonar en su interior. Una maldita alarma que llegó de la mano de muchos recuerdos que prefería enterrar en lo más profundo.

Por un instante, sintió impotencia. No solo de que continuara acordándose del beso más tímido y fugaz que le habían dado en su vida sino, además, de que no pudiera ignorar a esa joven ebria caminando sola por la playa en la madrugada.

Terminó de decidirse cuando la vio trastabillar. No cayó porque alcanzó a apoyar una mano en la arena, pero bien podría haber terminado sumergida y arrastrada por la corriente.

Se aproximó.

–Hola –dijo. Hazel lo miró con el ceño fruncido. Sus mejillas estaban más rojas que cuando lo había besado, sin duda había bebido más de lo que resistía–. ¿Estás bien? –consultó.

–¡Hola! –exclamó ella, sonriendo–. ¿Llevas el traje de baño debajo de la ropa? ¡Oh, sí! Lo traes, lo sé.

–Permiso –continuó Max y la tomó del brazo–. Alejémonos del agua.

–¿Por qué?

–Porque sí. –No tenía sentido darle explicaciones a una persona ebria.

La llevó hasta una piedra que servía como contención para la vegetación y la ayudó a sentarse. Se acomodó a su lado dispuesto a pasar bastante tiempo allí hasta que la chica se espabilara lo suficiente como para ponerla en un taxi rumbo a su casa. Seguro sus amigas se hallaban tan ebrias como ella, por eso la habían dejado.

Se cruzó de brazos y contempló el horizonte oscuro que conformaban el cielo y el mar.

–¿Alguna vez has visto una estrella fugaz? –consultó ella.

Él giró la cabeza para observarla. Estaban tan cerca que pudo percibir la suavidad de su pelo contra la mejilla.

–Sí. ¿Y tú?

–No sé. ¿Y auroras boreales?

Esta vez, reír fue inevitable.

–¿De dónde inventas esas preguntas? No. Para verlas hay que viajar lejos y, si bien me he mudado un par de veces, nunca he salido de Australia.

No entendía para qué le contaba eso, si estaba seguro de que, en un rato, ella no lo recordaría. Tal vez por eso mismo. Era como hablar en un sueño donde se sentía tranquilo.

Las preguntas excéntricas terminaron en cuanto Hazel apoyó la cabeza en su hombro y se quedó dormida.

Transcurrió alrededor de una hora en la que él también dormitó un poco. Despertó porque ella le apretó el brazo. Lo sujetaba con las dos manos. La sintió tiritar y se dio cuenta de que tenía frío. Se quitó la sudadera y se la colocó al igual que abrigaba a su hermana cuando era pequeña. Como tuvo que moverla para hacerlo, Hazel abrió los ojos.

–¿Lo viste? –indagó.

–¿Qué cosa?

–Había un cangrejo.

Señaló la arena. Max miró hacia donde ella apuntaba con el dedo, pero no vio ningún crustáceo. De pronto, su atención regresó a Hazel cuando la chica se sentó sobre sus piernas.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Tengo frío –explicó ella.

Se acurrucó contra su pecho y volvió a cerrar los ojos, abrazada a la sudadera. Max respiró hondo y la acomodó tomándola de la cintura. ¿De dónde había salido esa chica? Apostaba a que jamás la había visto allí antes. Por su forma de hablar, dudaba de que hubiera crecido en Queensland.

Volvió a cerrar los ojos, abrumado por la calidez que experimentaba y que no podía ser real. Dudaba de que perdurase, pero sobre todo de que él fuera capaz de brindarle algo bueno a alguien. Mucho menos a una chica que, resultaba evidente, provenía de una buena familia y estaba viviendo por primera vez.



3

Lo primero que Hazel pensó al despertar fue que nunca se había acostado en una cama tan mullida y cálida. Un poco rígida, pero muy cómoda.

Se removió un poco. Entonces se dio cuenta de que no estaba acostada, sino sentada, y de que eso no era una cama, sino un pecho, brazos y piernas.

Abrió los ojos sin entender qué ocurría. Vio el cuello sobre el que tenía apoyada la nariz. Percibió un rico aroma. Ojalá hubiera podido recordar qué había ocurrido después de terminar el último trago de ron que le había tocado en un sorteo.

Se apartó un poco de quien la sostenía para verlo. Estaba muerta de vergüenza. Cuando descubrió que se trataba del amigo de Luca, se sonrojó como el pez cabracho que había cocinado su abuela el día de su llegada a Queensland. Para colmo, él despertó enseguida y la encontró boquiabierta.

–Yo… –murmuró ella–. ¿Qué ocurrió?

–Hola –respondió Max con calma–. Te encontré caminando por la playa sola en la madrugada. Como no vi a tu grupo y no parecías en condiciones de buscar un taxi, nos sentamos aquí.

–¿Por qué estoy sobre tus piernas?

–Ah. Eso fue porque tenías frío. Tú te sentaste así. No te acomodé yo, te lo juro.

Teniendo en cuenta que ni se había movido cuando ella lo había besado la noche anterior, no había razón para pensar que estuviera mintiendo. Hazel se sintió todavía más avergonzada. Para no seguir mirándolo a los ojos, se sentó a su lado. Bajó la cabeza y se encontró con la sudadera.

–¿Tú me diste esto? No debiste. También debes sentir frío –dijo e intentó quitársela. Él apoyó las manos en sus brazos para que la conservara.

–No hace falta. Quédatela, todavía está fresco.

–Me sentiría mal si pescaras un resfriado por mi culpa.

–He estado en sitios más fríos. De verdad no la necesito.

–¿Vienes de un país nórdico? Por tu acento, pensé que eras australiano.

–¿Qué? –Max frunció el ceño, confundido. Cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de decir y de por qué ella había asumido que era extranjero, se apresuró a negar con la cabeza–. No me refiero a eso. No importa.

–¿Qué hora es? –preguntó Hazel, extrayendo el celular para responderse a sí misma–. Las seis. Menos mal, creí que sería más tarde. Mi madre me matará cuando se entere de esto. Es imposible que mi prima se haya ido sin mí. ¿Cómo pudo hacerme eso?

–Supongo que tus amigas también bebieron de más y no se dieron cuenta. ¿Quién es tu prima?

–Evelyn. La llamaré para que regrese a buscarme.

Insistió varias veces. Su prima no respondió el teléfono.

–Parece que me ha dejado a mi suerte en serio. ¿Es normal que me duela tanto la cabeza?

–¿Entonces también es la primera vez que te emborrachas?

–¿"También"? –Hazel intentó comprender qué otra cosa le parecía a él que ella había hecho por primera vez. Probablemente, la respuesta fuera "todo", así que optó por disimular, al igual que hacía frente a Evelyn y sus amigas–. ¡Por supuesto que no!

Fue en vano: Max no le creyó.

–Claro –murmuró–. Es normal que te duela la cabeza después de una borrachera. Un desayuno podría ayudar.

–Debo lucir terrible –declaró Hazel y se llevó una mano al cabello–. No puedo regresar a lo de mis tíos en estas condiciones. Es muy temprano, no creo que haya cafeterías abiertas.

–Conozco un autoservicio que está abierto las veinticuatro horas. No está lejos. Te acompaño si quieres.

–Supongo que ya te he molestado demasiado.

–No hay problema. Mira –dijo y la tomó de los hombros para que se volviera hacia el océano.

La maravillosa resolana del amanecer la dejó perpleja. Max observó sus ojos y pensó que nunca había visto unos tan hermosos. Con la claridad, parecían de un azul transparente.

–¡Guau! –exclamó ella, maravillada–. Es mágico.

Acompañaron la salida del sol. Cuando terminó, él se puso de pie y le ofreció una mano para que ella también se levantara. Hazel lo miró, otra vez boquiabierta, hasta que al fin reaccionó y agradeció su ayuda. Se vio en la necesidad de volver a aceptarla para escalar el empinado sendero y salir de la playa.

Comenzaron a caminar por la acera despacio. Hazel guardó las manos en los bolsillos de la sudadera.

–¿Estás seguro de que no quieres tu abrigo? –consultó.

–Estoy bien –aseguró Max–. ¿De dónde eres?

–Soy de Sídney. Vinimos a pasar las vacaciones en la casa de mi abuela. Tiene una granja en las afueras de la ciudad, aquí en Queensland. ¿Y tú? ¿Estás vacacionando o eres un lugareño?

–Ahora soy de aquí.

–¿De dónde eras?

–Fui de varios lugares. Nací en Melbourne.

–Una historia de mudanzas. ¿Dónde has vivido?

–Melbourne, Canberra, Gold Coast. Fin del recorrido.

–¿Tus padres se mudaban por trabajo?

Hazel presintió algo extraño en el modo en que él la miró.

–Sí.

Aunque le pareció una respuesta demasiado breve, no insistió.

–Disculpa, sé que anoche… Bueno, nos tocó… Ya sabes. –*Besarnos*, pensó. Otra vez se sonrojó–. Pero no recuerdo… No recuerdo tu nombre. Lo siento.

Él rio. Nunca había conocido una persona tan tierna.

–Me llamo Max. Max Turner.

–¿También debería recordar tu apellido?

–No. –Volvió a reír–. No lo mencionamos en ningún momento.

Hazel se detuvo en la acera y le ofreció una mano.

–Hazel Anderson, mucho gusto.

En lugar de darle la mano de manera formal como a una señora, él chocó la palma con la de ella y luego el puño sobre sus nudillos.

–¿Cuántos años tienes, Hazel? –indagó.

–Diecisiete. ¿Y tú?

–Dieciocho.

–Pareces un poco más grande.

–¿Me estás llamando "viejo"?

–¡No! –rio ella–. Lo siento. No dejo de arruinarlo contigo, ¿cierto? Con todo el mundo, en realidad. –Bajó la cabeza–. Cuando mi madre se entere de esto…

–Es la segunda vez que la mencionas. Dijiste que tu familia y tú están parando en lo de tu abuela.

–Sí.

–Pero fuiste a la playa con tu prima. ¿Se encuentran en la misma casa?

–No.

–Entonces no volverías a donde está tu madre, sino a lo de tu prima. ¿Por qué se enteraría?

–Porque nunca le he ocultado nada.

–Entiendo. Tienes razón. Haces bien. Solo te pido que no le cuentes que estuviste conmigo. Sé que suena extraño, pero te juro que mi pedido no oculta malas intenciones. Es solo que no me gustaría involucrarme en algún problema.

–¿Por qué tendrías un problema si mi madre se enterara de que somos amigos de verano?

Max la miró en silencio un momento. Era imposible que de verdad estuviera hablando con una persona tan inocente. Cualquier chica, aun sin conocer su historia, imaginaría que su madre pensaría lo peor de un extraño que pasó la noche con ella en una playa.

–De acuerdo, como sea –concluyó, resignado. Señaló una gasolinera que estaba del otro lado de la calle–. Es ahí. Tenemos que cruzar.

Estaban entrando a la cafetería cuando Hazel se detuvo y lo tomó del brazo.

–Espera. Olvidé que salí sin dinero –advirtió.

–Yo tengo algo.

–No puedo permitir que también pagues mi desayuno.

–Lo importante es que se te quite el dolor de cabeza –respondió Max y abrió la puerta.

Ella solo se atrevió a recoger un zumo de naranjas de un refrigerador. Él solicitó un café, huevos revueltos y una banana. Ni bien se sentaron, se quedó con el café y le entregó a ella lo demás.

–No… Yo… –balbuceó Hazel.

–Huevos y banana: lo mejor para la resaca –aclaró Max.

–Gracias. Parece que has tenido muchas.

–Un par.

–¿Comenzarás la universidad después del verano? –indagó Hazel mientras abría la botella de zumo.

–No. Trabajo en una tienda de artículos de surf.

–¿Surfeas, como casi todos aquí?

–Un poco. Aprendí lo básico el año pasado. Como te expliqué, no nací en Gold Coast, y en los otros sitios no tuve oportunidad. ¿Y tú? Déjame adivinar: te gustaría ser maestra o algo por el estilo –arriesgó. Hazel rio.

–No. Cuando me gradúe de la preparatoria, estudiaré Ingeniería Civil.

Él se respaldó en la silla de brazos cruzados.

–No eres así de racional –murmuró, entrecerrando los ojos.

–Me temo que sí.

–¿Te gustan las matemáticas?

–Mucho. Gané las olimpíadas escolares el año pasado.

Max comprendió muchas cosas de golpe y se sintió todavía más confundido en otras.

–¡Felicitaciones! –exclamó.

–¡Gracias! ¿Cuál era tu asignatura favorita en el colegio? Ya sabes la mía.

–A decir verdad, no me interesaba mucho la escuela. Quizás, cuando era niño, me gustaba Deportes. No lo sé.

–Pero te graduaste.

–Algo así.

–¿No terminaste el colegio? –indagó Hazel, inclinándose hacia adelante como si estuvieran confesándose un secreto.

A pesar de sentirse avergonzado, Max fue honesto.

–Si te refieres a obtener el grado que me permitiría ir a la universidad, no, no lo hice. Solo completé lo obligatorio.

–¿Por qué?

–Para que mi madre no tuviera problemas legales –bromeó–. No quise continuar porque no le encontré sentido, dado que no iría a la universidad.

–¿Vives con tus padres?

–Con mi madre y con mi hermana –respondió Max–. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos? ¿Tus padres están juntos?

–Sí. Vivo con mis padres y con mi hermano. Tiene trece años. Es insoportable, pero lo adoro. ¿Cuántos años tiene tu hermana?

–Quince. Y es buena en la escuela, como tú. Espero que ella sí estudie algo más allá de la preparatoria.

La vibración del teléfono de Hazel los interrumpió. Extrajo el aparato y espió la pantalla. Atendió enseguida.

–¡Evelyn! ¿Por qué te fuiste? ¡Me dejaste sola en la playa!

–Lo siento. Te avisamos que íbamos a comprar más bebidas y tú desapareciste. Pensamos que te habías ido a debutar con…

Por las risas que interrumpieron el comentario, Hazel intuyó que Evelyn continuaba en compañía de sus amigas. Era un milagro que Max no estuviera oyendo la conversación. Aun así, intentó ocultar que se había sonrojado girando la cabeza hacia la ventana.

–¿De verdad no te preocupaste por mí ni por un segundo? –masculló.

–¡Claro que sí! Pero seguimos bebiendo y perdimos la noción del tiempo. Terminamos todos dormidos en la casa de Remi. ¿Dónde estás? Tenemos que volver antes de que mis padres se despierten.

–Encontrémonos frente al sendero que baja a la playa en diez minutos –propuso. Cortó y volvió a mirar a Max–. Tengo que irme.

–Lo imaginaba. Te acompañaré. Pero, si no te molesta, prefiero que tu prima y sus amigos no me vean.

–No sé por qué tienes tanto miedo de que la gente me vea contigo, pero no hay problema. Será nuestro secreto.

Caminaron de regreso conversando del clima en Gold Coast y las reuniones en la playa.

Él se detuvo a cien metros de donde comenzaba el sendero.

–Gracias por todo –susurró Hazel y le devolvió la sudadera.

–De nada. Cuídate.

Cuando Max le dio la espalda y comenzó a caminar en la dirección contraria a la que debía ir ella, creyó que su corazón correría detrás de él. Latía tan rápido y fuerte que le impidió pensar antes de actuar.

–¡Max! –exclamó. Él se volvió–. Amigo de verano, ¿puedo tener tu número de teléfono? Te avisaré cuando vuelva a la playa.

Max lo dudó por un segundo. Respiró hondo, evaluó las consecuencias que podía ocasionarle dejarse llevar por lo que sentía y al final concluyó en que nunca había sido tan racional como para escapar de una chica que le atraía. El problema era el modo en que esa cálida y tierna "amiga de verano" lo hacía.

–Claro.



4

–¡Me dejaste sola! –protestó Hazel en cuanto se reencontró con Evelyn. Sus amigos ya no estaban a la vista.

–Ya te expliqué lo que ocurrió. ¿Y tú? ¿Dónde estabas?

La voz de Max resonó en su memoria: "Prefiero que tu prima y sus amigos no me vean".

–Dormí un rato en la playa y luego me refugié en un autoservicio.

–Entonces me quedo tranquila de que estuviste bien. Tenemos que correr. Ni se te ocurra contarle a alguien lo que hicimos.

–¿Qué de todo?

–¡Nada!

No estaba acostumbrada a mentir y su madre era mejor que la policía para los interrogatorios. Sin duda le preguntaría qué habían hecho con su prima ese fin de semana. Omitiría el asunto de la playa para no tener que mentir respecto de lo que había sucedido allí, pero no sabía si sería capaz de ocultar lo demás.

Mientras su prima la llevaba más rápido que un guepardo, volvió a pensar en Max. Sonrió mirando unos pájaros que surcaban el cielo. Por ausentarse de la realidad recordando el beso de la noche anterior y lo lindo que se sintió despertar en sus brazos esa mañana, casi se llevó a una persona por delante.

–Disculpe –susurró.

Su prima giró la cabeza para verificar lo que ocurría. Como no vio nada relevante, siguió caminando rápido.

Lograron llegar a la casa antes de que sus tíos se despertaran. El primer indicio de que alguien se estaba levantando se oyó justo cuando terminaron de acostarse.

El celular de Hazel era viejo y apenas servía para hacer llamadas y enviar mensajes. No había manera de saber más de Max si no le escribía en algún momento o se encontraban. Entendía por qué podía preocuparlo que su madre se enterara de que habían pasado la noche juntos, pero no el motivo para que le pidiera que también se lo ocultara a su prima. Por las dudas, continuó haciéndole caso.

Solo pudieron dormir dos horas antes de que su tía las llamara para desayunar.

Tal como pensaba, cuando llegó a la finca de su abuela, su madre le preguntó qué había hecho el fin de semana con su prima. *Fuimos a la playa en la madrugada, besé a un desconocido y bebí hasta perder la conciencia*, pensó. Como no podía decirle eso, le contó que habían mirado películas, conversado y jugado a los naipes. Ocultar no era mentir, ¿o sí? A pesar del dilema ético que la situación representaba para ella, lo sorteó con la racionalidad que la caracterizaba.

Después de instalarse en su dormitorio, se preguntó si acaso sería muy pronto para escribirle un mensaje de texto a su amigo de verano. Hizo cálculos. Creyó encontrar la excusa perfecta.

> Hola, Max, aquí Hazel. Solo te escribo para que también tengas mi número y puedas avisarme si vas a la playa. ¡Nos vemos!

Lo envió y esperó un rato. No obtuvo respuesta. En la finca no había conexión a internet, pero sí señal, y era buena. De modo que, si no llegaba un mensaje de regreso, era porque Max no quería. La inseguridad volvió a atacarla. Pensó que él se había visto en la obligación de darle su número. Tal vez no sentía lo mismo que ella y el silencio era su manera de demostrarlo.

Dejó el celular sobre la mesa de noche y cerró los ojos, temerosa de acabar avergonzada. Estaba tan cansada que pronto se quedó dormida.

Despertó para la cena, todavía sin noticias de Max. En la mesa, removió la comida un buen rato. Era estúpido ponerse triste, pero la ausencia de interés de él la hizo sentir de esa manera.

Al despertar a la mañana siguiente, vio que en la pantallita exterior de su celular titilaba el aviso de un mensaje de texto. Se frotó los ojos para despertar más rápido y abrió la tapa. No podía creer que, al fin, Max hubiera respondido.

> Hola, Hazel. Aquí Max. Si no tienes nada que hacer, podemos encontrarnos esta tarde.

Miró la hora: ya eran casi las diez. Podía ponerle a su madre la excusa de que quería dar un paseo, pero no debía alejarse demasiado. Tenía que regresar en un horario apropiado que no despertara sospechas.

> Disculpa que no respondí antes, estaba dormida. Puedo caminar hasta el cruce Nicholl's. ¿Irías hasta ahí?

La respuesta llegó más rápido de lo que esperaba.

> Claro. Te paso a buscar por allí a las tres.

Su estómago se llenó de cosquillas mientras su corazón latía acelerado. No supo si se sentía más nerviosa por estar a punto de reencontrarse con Max o por tener que ocultarle a su madre que saldría con él.

Durante el almuerzo, estuvo muy distraída.

–¿Qué ocurre, pequeña? –indagó su abuela.

–¿Por qué? –replicó ella, confundida.

–Estás sonriendo.

A Hazel se le escapó una de sus carcajadas peculiares.

–Abuela, ¿qué dices?

Contó los segundos hasta que se hizo la hora de salir. Por suerte, aunque su madre le preguntó por qué lugares pasearía, no se opuso a que saliera. Solo le pidió que no abandonara la finca. Se fue de la casa más nerviosa todavía: eso era justo lo que haría. No acostumbraba mentir. En esa ocasión sabía que, si decía la verdad, su madre no le permitiría andar por ahí con un chico.

Por un instante, mientras cruzaba la cerca que la llevaba a la carretera, los temores de Adeline se hicieron parte de ella. No sabía nada de Max, más allá de que tenía una hermana de quince años, que trabajaba en una tienda de surf y que no había terminado el colegio. Al menos no hasta el nivel preuniversitario, lo cual era bastante desalentador.

Por otro lado, no podía verlo de la misma manera que su madre. Si lo miraba con los ojos de Adeline, sin duda vería a un desconocido peligroso y un fracasado sin futuro. Así de cruel y sencillo. En cambio, si lo observaba con su propia mirada, tenía una muy buena imagen de él. La de una persona que no se había aprovechado de que jugara a besarlo un poco ebria y que, por el contrario, la había cuidado mientras que su prima y sus amigas habían desaparecido.

Tenía miedo porque solía ver las cosas al revés de todo el mundo. El corazón le dictaba que ella tenía la razón. Su mente, en cambio, le indicaba que los demás debían de estar en lo cierto. Era imposible que la mayoría viera las cosas de un modo y solo ella, de otro.

Sus dilemas internos desaparecieron en cuanto divisó una motocicleta negra en el cruce. No tuvo dudas de que se trataba de Max. Estaba vestido con un pantalón de jean oscuro roto, una camiseta, una cazadora al tono y botas. Tenía un casco colgando del brazo y otro del manubrio.

Le dijo “hola” con una sonrisa, bastante nerviosa, mientras agitaba una mano. Enseguida tuvo que llevarla a su mejilla para espantar un mosquito que la perturbaba desde hacía unos minutos.

–Hola –respondió Max y le ofreció un casco.

Hazel lo aceptó bajando la cabeza. Se humedeció los labios maquillados de rosa pálido. Había cambiado el vestido rosado por uno de color lila.

–¿Nos alejaremos mucho? Tengo que regresar antes del anochecer.

–Estaremos de vuelta aquí a la hora que me indiques.

Hazel sonrió, más tranquila, y puso el casco delante de su rostro.

–¿Cómo se usa esto? –preguntó–. Aunque te parezca mentira, nunca me he montado en una motocicleta.

–No me parece mentira –replicó él y la ayudó a colocárselo.

Hazel se sentó y se aferró a la cadera de Max con fuerza. Temía no ser capaz de mantener el equilibrio, aunque en realidad él debiera hacerlo. Se le escapó una risita. La vergüenza la consumió por completo al pensar que solía reír de forma bastante notoria y que Max podía pensar que era una tonta por eso.

Anduvieron por la carretera un rato hasta que él dobló en una calle de tierra. El plan de Hazel para mantenerse en la línea se desbarrancó cuando llegaron a un lugar donde había otras personas en moto, haciendo cabriolas en lomadas y en el barro.

Max se detuvo frente a un grupo y se quitó el casco. Los chicos lo saludaron chocando las manos con la suya, como había hecho él con ella camino al autoservicio. La presentó como Hazel, sin detalles. Recién cuando los demás repararon en ella se dio cuenta de que no se había quitado el casco.

–Déjatelo –indicó Max, apoyando una mano en su cabeza. Sus amigos volvieron a lo suyo–. ¿Te gustaría aprender?

Hazel soltó otra de sus carcajadas.

–¿Quieres que me suicide?

–No me refiero a hacer piruetas, sino a conducir.

–¿Cómo lo haría? No sé.

–Te enseñaré.

Él le explicó cómo acelerar, cómo se utilizaban los cambios y los frenos. La acompañó sosteniéndola de la cintura mientras aprendía a hacer equilibrio y a maniobrar.

–¿Puedo quitarme el casco? –preguntó Hazel, agitada–. Siento que se me está cocinando la cabeza.

–Siempre es mejor que lo lleves puesto, pero no creo que corras peligro.

–Espero no caerme, aunque soy propensa a los papelones.

Tras quitarse el casco, descubrió que Max la observaba. Se llevó una mano al pelo e intentó acomodarlo, un poco avergonzada; debía de estar muy despeinada.

–¿Qué hago con esto? –indagó, mostrándole el casco. Max lo tomó y lo arrojó al césped.

–¿Recuerdas cómo acelerar?

Hazel sonrió a la vez que asentía con la cabeza. Los deportes nunca habían sido lo suyo, pero en un rato estuvo andando sola.

Max disfrutó que pudiera hacerlo. Se veía muy hermosa con esa enorme sonrisa de orgullo, con el cabello rojizo al viento y la falda del vestido lila plegada en la cadera. Sus piernas eran largas y carnosas. La encontraba hermosa.

Giró el manubrio hacia su lado y llegó a él en instantes. Frenó de golpe, lo que hizo que su cabeza se inclinara hacia adelante, y rio de nuevo.

–¿Qué tal estuve? –preguntó con alegría.

–Excelente.

–¿Puedo dar otra vuelta?

–Todas las que quieras.

Mientras Hazel continuaba divirtiéndose, un amigo de Max se acercó y la señaló con la cabeza.

–¿Estás saliendo con ella? –preguntó.

–No lo sé. Es la prima de una amiga de Luca –respondió Max.

–¿Cuántos años tiene?

–Diecisiete.

–Luce… diferente. Tú entiendes.

–Lo sé.

–Suerte con eso.

Le dio una palmada en el hombro y se alejó.

Max ya sabía que Hazel no era parecida a él ni a las chicas con las que acostumbraba salir. También tenía claro que lo más probable era que no llegaran lejos, mucho menos que lo hicieran rápido. Aun así, por más que había intentado olvidarla, terminó respondiendo su mensaje e invitándola a salir como hubiera hecho con cualquier otra chica que lo atrajera. Esta vez era diferente. Disfrutaba de su

compañía. Ella le despertaba sentimientos que jamás creyó conocer en su vida.

Volvió a la realidad cuando se dio cuenta de que Hazel había abandonado la zona segura y se dirigía a un sector de piedras sin darse cuenta.

–¡Hazel, no! –exclamó y corrió hacia ella.

Al oír su voz por debajo del motor del vehículo, ella giró la cabeza para descubrir qué ocurría. En ese momento, pisó una piedra con la rueda de adelante, perdió el equilibrio y cayó.

Max llegó deprisa, apartó la motocicleta de la pierna de Hazel y se arrodilló a su lado.

–Lo siento –balbuceó ella.

–¿Estás bien? –preguntó él y comenzó a revisarla.

–Perdona. No me di cuenta.

–Deja de pedirme disculpas. ¿Te lastimaste?

–Creo que no.

Max respiró aliviado y fue en busca de la motocicleta. Por suerte, tampoco se había roto; todo estaba en orden. La apagó y estiró una mano para que Hazel se levantara. Se dio cuenta de que un par de chicos la miraban, sin duda porque su vestido se había levantado y, mientras estaba en el suelo, se le había visto la ropa interior. Se interpuso entre ella y los demás sin que Hazel se diera cuenta.

–Será mejor que nos vayamos –decidió.

Aunque Hazel sacudió la tierra del vestido, de todos modos quedó sucio. Al intentar caminar, cojeó. Los dos miraron su pie al mismo tiempo: se había quemado con el caño de escape a la altura del empeine, donde no la cubría la sandalia.

–*Auch* –murmuró.

–Siéntate en la moto. Conozco un lugar donde hay un botiquín de primeros auxilios –propuso Max.

Arrastró el vehículo con Hazel en el asiento hasta el lugar donde había dejado los cascos. Los recogió y le ofreció el suyo a Hazel. Ella lo aceptó.

–De verdad lo lamento –dijo–. Tengo la manía de arruinarlo todo.

–Es mi culpa –asumió Max–. Fue mi idea y, además, yo me distraje. Esta vez no lo has arruinado tú.

Hazel sonrió con inocencia y calidez.

Max condujo hasta una gasolinera y se introdujo con ella en el baño. Le pidió que se sentara sobre el retrete y buscó el botiquín que estaba en una caja que los empleados no cerraban con llave.

Para no pensar en cuánto le ardía la herida mientras Max la curaba y en qué excusa le pondría a su madre sobre ese asunto, Hazel se concentró en el cabello oscuro de él y en sus hombros anchos. Tenía una nariz muy bella. Desde la posición en la que se encontraba, se veía todavía más hermosa. La acarició con un dedo sin pensar. Él alzó la cabeza de golpe.

–Perdón –susurró ella con una sonrisa tímida.

Max respiró hondo para contener el deseo que Hazel le despertaba y continuó higienizando la herida. Sentía sed. Las fantasías lo consumían. No solo la de probar sus labios y abrazarla por la cintura para que sus pechos desnudos se acoplaran a su torso, sino otra todavía más peligrosa en la que tan solo le tomaba la mano y reían.

–Listo –anunció y se levantó para devolver el botiquín a su lugar.

–Gracias –replicó Hazel–. Casi parece que nada hubiera ocurrido. Serías un excelente doctor.

–Pero tan solo trabajo en una tienda de surf.

–Tienes que contarme más de eso –pidió ella, sonriendo de nuevo.

–No creo que te resulte muy entretenido.

Hazel se acomodó el cabello detrás de la oreja a la vez que apretaba los labios. No quería ver la oscuridad que, de pronto, se había apoderado del chico que ella consideraba luminoso.

–Yo creo que sí.

En lugar de subir a la motocicleta, caminaron un poco. Hazel sentía que el pie le molestaba cada vez que daba un paso y Max estaba cansado de llevar el vehículo a la rastra, pero si se colocaban los cascos y tan solo emprendían el regreso, no podrían conversar más.

–¿Quieres parar? –ofreció él después de un rato.

–No quiero, pero ya no puedo caminar más.

Pensando en la herida de Hazel, en lugar de dejarla en el cruce, Max condujo hasta la entrada de la finca. Aunque era arriesgado y

los dos lo sabían, no había más remedio. Por suerte, la casa no estaba próxima a la cerca.

Hazel descendió de la motocicleta y le devolvió el casco. Verla despeinada, al contrario de lo que ella pensaba, le provocó mucha ternura.

–¿Me escribirás, amigo de verano? –preguntó Hazel, ilusionada.

–Puedo pasar a buscarte por el cruce pasado mañana a la misma hora que hoy.

Ella sonrió con entusiasmo.

–¡Claro! Y el sábado podremos vernos en la playa. Seguro esté con mi prima. Le pediré que vayamos.

Tras alcanzar ese acuerdo, se despidieron.

Hazel caminó hacia la casa de su abuela recordando cada instante de la bella tarde que había vivido. Tenía la mente tan llena de ilusiones que olvidó que le dolía el pie y que había mentido para salir.



5

En cuanto entró a la casa, Hazel vio a su familia reunida en la sala. Les avisó desde lejos que iba al baño porque había tenido un accidente tonto y se encerró allí.

Su madre la siguió para preguntarle qué había ocurrido.

–Me caí en la tierra y me lastimé con un gancho que estaba en el suelo –mintió, sentada en el retrete. Pensaba quedarse un rato ahí para fingir que se practicaba los primeros auxilios que ya le había hecho Max; todo con la intención de que Adeline no sospechara.

–Déjame ver. Si lo que te lastimó estaba oxidado, la herida puede infectarse. Deberíamos ir al hospital.

–Estoy bien, mamá.

–No seas caprichosa, Hazel.

–Te lo prometo –aseguró ella. Adeline resopló y se fue.

Hazel permaneció otro rato en el baño recordando y sonriendo. Cuando salió, dijo que iba a su dormitorio para mudarse de ropa. Estaba acostumbrada a dar muchas explicaciones.

Alcanzó a quitarse el vestido sucio y ponerse prendas cómodas antes de que alguien golpeara a la puerta. Su abuela ingresó en cuanto ella le dio permiso. Elsie miró su pie con un antiséptico en la mano.

–¿Qué te pusiste en la herida? –preguntó.

–Eso –respondió Hazel, señalando el frasco.

–¡Qué curioso! Esto no estaba en el baño que utilizaste, sino en el de la primera planta. –Se sentó junto a ella en la cama–. Sería bueno que me contaras la verdad.

–Abuela, por favor –susurró Hazel, cabizbaja. Elsie le dio unas palmaditas en la rodilla.

–Entiendo por qué mientes; tu madre es bastante sofocante. Pero, por tu seguridad, alguien tiene que saber por dónde andas. Puedes confiar en mí, te lo prometo –aseguró y le tocó el hombro con el suyo.

Hazel suspiró. Su corazón ansiaba mantener algo de privacidad, pero su razón le indicó que su abuela estaba en lo cierto.

–Salí con un amigo que conocí el otro día en la playa. Él me curó la herida –confesó.

–¿Cómo te lastimaste?

–Me estaba enseñando a andar en motocicleta.

–¿En la carretera?

–¡No! En un lugar especial para eso.

–Entiendo. ¿Es un chico responsable?

–Demasiado, aunque no lo parezca.

–¿Cuándo volverás a salir con él?

–Pasado mañana.

–¿A dónde irán?

–No lo sé.

–Haremos esto: en cuanto sepas a dónde se dirigirán, me enviarás un mensaje de texto. Pondremos un horario para que regreses. Si te pasas una hora de ese momento, me preocuparé. También necesito saber su nombre.

–¿Es necesario?

–Sí. Este suele ser un lugar tranquilo, pero hay muchos turistas y eso lo vuelve un poco peligroso.

–No es un turista. Vive aquí. Su nombre es Max.

–Max. Debe ser uno de los nombres más comunes en Australia. ¿Tienes algo más?

–Max Turner.

–¿El chico de la tienda de surf?

–¿Lo conoces?

–No demasiado. Se mudó con su madre y con su hermana hace menos de dos años.

–¿Cómo sabes que trabaja en la tienda de surf?

–Antes trabajaba en el supermercado. Más de una vez me ayudó a cargar la compra hasta el automóvil. Cuando no lo vi más allí, pregunté por él y me dijeron que ahora trabajaba en el otro lugar. Parecía bastante serio y reservado, pero siempre cargó mis bolsas con cuidado, así que confiaremos en que es responsable. –Hizo una pausa–. Hazel, tenemos un acuerdo. Necesito que lo respetes. Me haré cargo de tu seguridad. Si te ocurriera algo, tendría que responder frente a tu madre y jamás me lo perdonaría.

–Te mantendré informada. Gracias, abuela.

Sin querer, Hazel se sintió más tranquila de que alguien supiera dónde estaba.

El siguiente encuentro con Max en el cruce fue todavía más intenso que el anterior. Teniendo en cuenta que iban a andar en motocicleta, Hazel cambió los vestidos por un pantalón corto beige y una blusa blanca.

–¿Qué haremos hoy? –preguntó al tomar el casco que él le ofreció.

–Le pedí a un conocido que me hiciera un favor.

–¿Entonces?

–Es una sorpresa.

Rio, encantada con la idea, aunque el aviso a su abuela tuviera que esperar un poco.

Recién pudo enviarle un mensaje rápido cuando llegaron al muelle y descubrió de qué se trataba la nueva aventura.

Hazel
Buceo en la isla Wave Break.

Elsie
¡Guau! Diviértete.

–¿De verdad vamos a bucear? –indagó, entusiasmada, en la fila para abordar la embarcación que los llevaría a la isla.

–Sí. Mi conocido es instructor.

–Nunca lo hice.

–No te preocupes, no hace falta tener experiencia. Es una excursión que realizan los turistas. Imagínate: si se necesitara saber, todos acabarían muertos.

–¡Shhh! –chistó Hazel. Lo tomó del brazo a la vez que reía. Él rio también.

Hazel disfrutó desde que puso un pie en el barco. Todo era nuevo y especial para ella, como una fiesta en la que era libre y gozaba de la mejor compañía. En lugar de sentarse en medio de la gente, eligieron un extremo menos concurrido. Quizás no obtuvieran las mejores vistas, pero sí un poco de tranquilidad para conversar.

–Hay algo que he querido preguntarte desde que salimos el otro día –dijo él–. ¿Cuándo regresas a Sídney?

La pregunta la sorprendió tanto como la noticia de que iban a bucear, solo que de manera negativa. No quería pensar en cuando tuviera que retomar su vida llena de exigencias y obligaciones propias de una chica correcta y estudiosa como ella.

–Vinimos por un mes. Llevamos aquí dos semanas. –Bajó la cabeza–. Prefiero no pensar en mi regreso a Sídney. A veces me siento presionada para ser la mejor alumna, la mejor hija, la chica perfecta cuando no lo soy. Aquí estoy mejor. ¿Y tú cómo te sientes?

–Acabado.

Hazel frunció el ceño con la boca entreabierta.

–Pero solo tienes dieciocho años.

Max sonrió y miró al frente: el agua turquesa, el cielo celeste… el pasado oscuro y el futuro en penumbras. Ojalá hubiera podido concentrarse solo en el paraíso del presente. Maldecía el momento en que Hazel lo había besado con toda esa pureza. Sentir esperanza era estúpido y lo sabía, pero no podía evitar experimentarla cada vez que se encontraba con ella. Las emociones positivas eran mucho más adictivas que cualquier otra.

El encargado del pequeño barco les indicó que ya estaban llegando a destino. Interrumpieron la conversación para escucharlo y luego, Hazel lo devolvió a la luz al preguntarle si había buceado muchas veces antes.

Ella nunca había utilizado un traje de buzo, mucho menos un tanque de oxígeno y aletas. Estaba tan entusiasmada observando alrededor que ni siquiera entendió de qué conversaban Max y su conocido, el instructor. Cuando logró concentrarse en el intercambio, entendió que era el dueño de la tienda de surf.

–No te he preguntado si las dos veces que salimos te permitieron irte antes de la tienda para encontrarnos –dijo mientras intentaba descubrir cómo se ajustaban las antiparras. Max las tomó y las amoldó en su lugar.

–Trabajo en el turno de la mañana –explicó.

Cuando sus manos le acariciaron el cabello para colocarle la protección ocular, los dos sintieron algo especial. Bucearon antes de tiempo en los ojos del otro y creyeron encontrar justo lo que necesitaban. Cada uno, a su modo, debía dejarse llevar.

Hundirse en las profundidades de ese océano de cuento maravilloso fue una experiencia única para Hazel. Era cierto que no se necesitaba experiencia para bucear de manera turística, ni siquiera saber nadar: las aletas la ayudaron a moverse y, una vez que se acostumbró a respirar a través del tubo de oxígeno, todo fue sencillo. Alucinó con los corales, las esponjas y las especies marinas. Aunque el instructor les había dicho que a veces podían verse tiburones, no tuvieron la suerte.

–Por un lado, mejor –reflexionó mientras regresaban en el barco–. Creo que, si hubiera aparecido uno, me habría puesto a temblar.

–¿Qué cosas te asustan? –indagó él.

–¿En el sentido superficial o profundo de la pregunta?

–En el que prefieras.

–Haré una mezcla: las malas calificaciones, las bromas pesadas, tomar decisiones, ser la única equivocada… ¿Y a ti?

–Que alguien que no quiero me encuentre, volver a ciertos lugares, los buenos sentimientos, yo mismo.

Hazel rio con inocencia.

–¿A quién podrían asustarlo los buenos sentimientos?

–A quienes no estamos acostumbrados a que perduren.

Otra vez la voz del encargado interrumpió la conversación para avisarles que se estaban aproximando a la costa.

En lugar de ir en busca de la motocicleta, se sentaron en un sitio solitario de la playa a mirar la puesta de sol.

–¿Cuántos amaneceres y atardeceres has visto? –preguntó Hazel.

–Perdí la cuenta.

–¿Por qué los sigues mirando?

–Porque son majestuosos, supongo. Me agradan.

–Entonces tal vez no estés tan asustado de los buenos sentimientos después de todo.

Max la contempló un momento en silencio. Su corazón saltaba, agitado como el mar. Ella sonrió, apoyó la cabeza sobre su hombro y continuó mirando el horizonte repleto de colores maravillosos. Max olió su cabello; a pesar del traje que había utilizado para bucear, todavía conservaba el aroma de la crema de enjuague que lo hacía tan suave, deseable de tocar.

Permanecieron allí hasta que terminó de caer el sol y ella le avisó que tenía que regresar a la finca.

***

El viernes, su tío la fue a buscar para que pasara el fin de semana con ellos. Evelyn la recibió entusiasmada porque irían a un recital de música pop.

–¿Mañana podemos ir a la playa? –consultó.

–¿Por qué? –indagó su prima, intuyendo alguna intención oculta.

Aunque Hazel se puso nerviosa, logró inventar una mentira. No olvidaba que Max le había pedido que conservara sus encuentros en secreto. Estaba bien con que solo los conociera su abuela.

–Me gustó lo que hicimos el otro día –respondió.

–Mmm… Yo creo que quieres encontrarte con alguien cuyo nombre empieza con M.

Se le escapó una de sus carcajadas raras.

–¡Cállate!

–Olvídalo, Hazel.

–¿Por qué?

–Porque es un rarito. ¿Acaso no te diste cuenta? Maya hizo que la botella los apuntara a ustedes dos a propósito.

La sonrisa se borró de los labios de Hazel. Sintió una mezcla de indignación y vergüenza. Sin embargo, lo primero que le nació fue pensar en Max y en lo mal que se hubiera sentido si escuchaba que alguien se refería a él de esa manera.

–¡No es raro! –defendió.

–Claro que sí. Casi no habla ni sonríe.

–Eso no es cierto.

–¿Cómo lo sabes? ¿Lo estuviste viendo?

–No –aseguró Hazel deprisa–. Dime una cosa: si para ustedes es un rarito, ¿por qué permitiste que tu amiga me expusiera? Siento que mi propia prima me entregó a quien cree que es un enemigo.

Evelyn se encogió de hombros.

–Necesitabas divertirte. No negarás que lo pasaste bien. De hecho, me estás pidiendo que regresemos.

Hazel guardó silencio; no soportaba las discusiones. Pero se sintió traicionada y humillada por su propia prima y sus amigas. No solo se habían burlado de ella haciéndola besarse con quien consideraban un "rarito", sino que, si Max realmente lo hubiera sido, la habrían puesto en peligro.

Aunque ya no tuviera ganas, fue con ella al recital. Allí se encontraron con Maya y Remi. Quería alejarse de su prima. Ya no sentía que la admirara, ni siquiera que congeniaran.

Se apartó de las chicas poco a poco con la excusa de que la gente la movía de sitio. Se quedó junto a una valla donde ya nadie la pisaba ni empujaba. Estuvo tranquila hasta que un chico se la llevó por delante sin querer. Él hizo malabares para no arrojarle encima la bebida que llevaba en un vaso.

–Disculpa –dijo.

–No hay problema –respondió Hazel.

–¿Estás un poco aburrida? No parece tu estilo de música.

–El tuyo tampoco –concluyó ella. El chico rio.

–Es cierto. Soy Liam.

–Hazel.

–No me digas: ¡eres de Sídney!

–Sí –sonrió Hazel. Supuso que él se había dado cuenta por su acento.

–Yo también. ¿A qué colegio vas? Vas al colegio, ¿verdad?

–Sí, pasé al doceavo año –explicó ella y le dijo el nombre de la escuela.

–¡No puedo creerlo! Está a unas manzanas de la mía. Yo también empezaré el doceavo curso.

–El mundo es pequeño.

–¡Ya lo creo! –exclamó Liam, y se respaldó en la valla para conversar con ella–. ¿Ya decidiste a qué carrera universitaria te inscribirás?

–Ingeniería Civil en la Universidad de Sídney.

–¡Tienes que estar bromeando! ¡Yo también!

Conversaron un buen rato, asombrados por las coincidencias, hasta que el recital terminó. Para entonces, había perdido de vista a su prima por completo. Como no sentía deseos de reencontrarse con ella, no se esforzó por hacerlo hasta que recibió una llamada desde su número.

–¡Hazel! ¿Dónde estás? ¿Por qué siempre desapareces?

–Estoy en la valla, conversando con alguien. ¿Y tú?

–¿Con M?

–No.

–Okey. Vamos por ti.

Cortó a la vez que se humedecía los labios. Notó que Liam la miraba fijamente.

–Lo siento. ¿En qué estábamos? –preguntó ella frunciendo el ceño.

–En las Olimpíadas Matemáticas.

–Ah, sí. Gané –contó con orgullo.

–Dicen que son bastante fáciles –opinó él.

–¿Tú fuiste?

–No. Pero estoy informado.

–Bueno, no lo fueron.

Evelyn llegó y dio un salto para llamar la atención.

–¡Con que aquí estás! –exclamó y giró hacia Liam–. Hola, soy Evelyn.

–Liam.

–Nos vamos a una cafetería. ¿Quieres venir con nosotras?

–Evelyn… –susurró Hazel, cabizbaja. Liam rio.

–Debo volver a casa. Mis padres contrataron una excursión que sale mañana temprano. Pero podemos vernos otro día.

–¡Claro! Te escribo mi número. Dame tu teléfono –respondió Evelyn.

Hazel se despidió de Liam con una sonrisa mientras que Evelyn y sus amigas agitaron las manos haciendo mucho ruido para decirle "adiós".

En cuanto se alejaron lo suficiente para que él no oyera, Evelyn tomó del brazo a Hazel y se acercó a su oído.

–Ese rubio era digno de que perdieras la virginidad con él. Prepárate para cuando te llame. ¿Te depilaste?

–¿Qué? –replicó Hazel, confundida.

–¡No creerás que le di mi número! Le escribí el tuyo, tonta. Eres tan inocente que ni se lo habrías dado.

–¿Le diste mi teléfono a un extraño sin mi consentimiento?

–¿Y? Pronto dejará de serlo. –Giró para mirar a sus amigas–. ¿A qué cafetería vamos?

Hazel suspiró, cansada de todo aquello. Solo esperaba que fueran a la playa la noche siguiente para volver a desaparecer.



6

Desde que se sentó alrededor de la fogata junto a Evelyn, Maya, Remi y dos chicas más, no dejó de mirar hacia todas partes en busca de Max. Le había avisado que iría a la playa y él había asegurado que también lo haría.

Tenía el celular en la mano para no perderse algún mensaje o llamada suya, si acaso había una. Su corazón latió con fuerza cuando sintió la vibración entre los dedos y vio titilar el anuncio de un mensaje de texto.

Abrió la tapa del teléfono. Al encontrar el nombre de Max en la pantalla, le resultó imposible contener una sonrisa ilusionada.

Te estoy viendo. Me gusta mucho tu vestido.

Bajó la cabeza y observó su prenda azul celeste.

–¿Qué ocurre? –indagó Evelyn, y así atrajo la atención de todas.

–Nada –aseguró Hazel.

–¿Es el rubio? –indagó su prima e intentó arrebatarle el teléfono. Hazel alzó la mano para que no lo hiciera.

–Sí. Me encontraré con él. Te aviso más tarde para volver juntas.

–¡Guau! –exclamaron Maya y Remi al unísono.

–¿Qué rubio? –indagó una de las chicas que las acompañaban.

Mientras su prima le explicaba, Hazel se levantó y comenzó a caminar por la playa sin rumbo.

Hazel
Estoy yendo hacia una zona más tranquila.

Max
Lo sé. Sigo viéndote. Continúa caminando.

Se alejó hasta que los murmullos se extinguieron. Giró la cabeza y vio la multitud a lo lejos. Hacia adelante, solo había oscuridad. No halló rastros de Max.

Hazel
Me estoy sintiendo un poco sola.

Max
Te llamaré para que no lo estés.

El teléfono vibró en cuanto terminó de leer el mensaje. Atendió la llamada mordiéndose el labio.

–¿Por qué tan solo no apareces? –preguntó.

–Todavía estamos muy cerca de la gente. Si nos reuniéramos con otras personas, nos perderíamos de algo mejor.

–No puedo encontrarte.

–Estoy caminando contigo.

Hazel giró sobre los talones para buscarlo.

–¿Eres un fantasma? ¡No te veo! ¿Tienes que ser tan misterioso?

–Intento no serlo contigo. Conoces mi nivel de estudios, cómo me siento, mis temores, cómo se conforma mi familia, a mi jefe, su motocicleta…

–¿Es suya? Creí que te pertenecía.

–La guardo en mi casa y puedo utilizarla para asuntos personales, pero en realidad es para hacer repartos.

Hazel se detuvo de pronto.

–Lo siento, hasta aquí llego. Más adelante está muy oscuro y solitario, y me da miedo.

–De acuerdo.

–¿Dónde estás?

–Ahora, detrás de ti.

Se dio la vuelta. En efecto, Max estaba a unos metros. Tenía puesto un pantalón negro y una camiseta blanca. Llevaba el calzado en la mano. Tragó con fuerza al verlo. Su corazón latió todavía más rápido, acompañando el vaivén de su estómago. Incluso le pareció que le temblaban las manos. Nunca se había sentido de esa manera por alguien.

–Hola –pronunció Max, acercándose.

–Hola –sonrió ella, nerviosa–. ¿Cómo has estado?

–Bien. ¿Y tú?

–Genial.

Se sentaron en la arena, ocultos por unos arbustos.

–Es decir que, si hubiera roto la motocicleta cuando me caí, habrías tenido que enviarla a reparar para tu jefe –reflexionó Hazel de repente. Max rio y se encogió de hombros.

–No creo que me hubiera hecho pagar el arreglo. Se habría apiadado de mí si le decía la verdad.

–¿Qué verdad? ¿Que se la prestaste a una chica tonta que nunca hizo más que estudiar todo lo que su madre le pusiera delante?

–Que se la presté a una chica increíble para impresionarla.

Hazel soltó una de sus peculiares carcajadas a la vez que se inclinaba hacia adelante. Giró la cabeza para mirarlo.

–Tienes que estar bromeando –replicó.

–Para nada. Oye, entre las cosas que no has hecho, ¿acaso se encuentra nadar de noche en el mar?

–¿Cómo lo supiste? –bromeó Hazel, exagerando un tono de sorpresa.

–No lo sé, tuve la impresión. ¿Quieres hacerlo?

–¿En serio? Es que no me puse el traje de baño.

–Supongo que llevas ropa interior.

–¡No puedo nadar en ropa interior!

–Nadie del centenar de personas que nos rodean notaría la diferencia –aseguró él, señalando alrededor. Por supuesto, estaban solos en varios metros a la redonda, así que no habría testigos. Hazel rio una vez más.

–Siempre logras tomarme por sorpresa. Nunca harás algo tradicional, ¿verdad? Me agrada.

–Eso es un sí. A mí me agrada que te atrevas a probar cosas diferentes.

Se levantó y comenzó a quitarse la ropa. Se quedó solo con un bóxer negro mucho más rápido que ella. Riendo un poco todavía, Hazel se dio la vuelta y le pidió que la ayudara con la cremallera del vestido. Él la bajó con cuidado mientras ella sostenía su pelo hacia arriba.

La tela se deslizó por su cuerpo al mismo tiempo que una estrella caía del cielo sobre el horizonte del mar. Se quitó las sandalias, que quedaron en medio del vestido enrollado en la arena junto con el celular, y respiró hondo para evitar la inseguridad que a veces le generaba su cuerpo.

Giró para mirar a Max mientras dejaba caer su cabello rojizo sobre los hombros. Sonrió con una serenidad inventada; su corazón había vuelto a latir con la fuerza de las olas que rompían contra la orilla. Para no sentirse tan expuesta, se concentró en la cadenita con un pequeño dije plateado en forma de tubo que pendía del cuello de él.

Max miró sin disimulo sus pechos abultados dentro del sujetador. Para no pensar en lo que se moría por hacer, le ofreció la mano y ella la tomó sin dudar. Era una locura, la más excitante que Hazel había hecho en su vida.

Notó la diferencia de temperatura del agua en comparación con el día, pero a la vez se sintió acariciada por su movimiento y eso le resultó encantador.

Se detuvo cuando el agua le llegó a la cadera.

–Hasta aquí está bien –dijo–. No sé nadar y a esta hora no hay guardavidas.

–Sería una pena que solo te mojaras las piernas. Si me lo permites, te llevaré –propuso Max. Ella rio.

–¿Estás seguro?

–Confía en mí. No te soltaré.

Aunque sintiera un poco de miedo, la misma impetuosidad del océano que le despertaba temor la tentó. Continuó avanzando de la mano de Max hasta que el agua le llegó a la cintura. Cuando viniera otra ola, le llegaría al cuello.

Él se dio la vuelta y la invitó a colocar las manos sobre sus hombros.

–Salta sobre mi cadera –pidió.

–Me temo que soy un poco pesada –replicó ella, avergonzada.

–Para empezar, no creo que lo seas. Por otro lado, supongo que sabes mucho de física. Comprenderás que, aunque pesaras demasiado, el agua lo alivianaría. Así que puedes poner a dormir a la razón y dejar que tu voluntad decida.

Hazel se quedó boquiabierta. Si Max no era un vidente, estaba a punto de graduarse de adivino.

–Te advertí que no me gusta tomar decisiones.

–Es fácil: haces lo primero que se te ocurra. Saltas sobre el chico o no. Simplemente así. –Chasqueó los dedos delante de sus ojos.

Hazel se quedó tan hipnotizada que ni siquiera notó que una ola los meció y los llevó un poco más adentro. Saltó de golpe y enredó las piernas en la cadera de Max. Él sonrió, la abrazó por la cintura y continuó adentrándose en el mar hasta que el agua le llegó al cuello. Otra ola provocó que Hazel le apretara los hombros al creer que se hundirían. Pero Max se dejó mecer y nunca los cubrió. Ella movió los dedos de lugar. Sintió marcas en la espalda de él. Se miraban de manera tan intensa que no alcanzó a imaginar qué se las había provocado ni se atrevió a preguntar.

–¿Lo estás pasando bien? –indagó Max, dejándose llevar por otra ola. En esa zona, ya no eran tan salvajes como en la orilla.

–Sí –sonrió Hazel.

Poco a poco, fue perdiendo el miedo y trasladó las manos al rostro de Max. Le acarició las mejillas y apoyó la frente contra la suya. Él dejó de resistir y permitió que sus labios se rozaran. Acarició los de ella con la lengua. Hazel abrió la boca. Entonces, se hundieron en un beso profundo y pasional.

Él le apretó más la cintura. Hazel no se reconocía a sí misma, presionando los pechos contra un chico, experimentando placer al acariciarlo y al percibir su deseo latiendo contra su entrepierna. Comenzó a temblar, en parte por la excitación y por efecto de la temperatura del agua. Lamentó que Max terminara con el beso a causa de eso.

Volvieron a mirarse a milímetros de distancia. Él alzó una mano y le apartó el pelo de la mejilla para besársela. Luego le inclinó la cabeza y la besó en la frente.

Hazel se mordió el labio, incapaz de pensar. También le dio besos en el rostro húmedo a causa de las olas que los envolvían y lo abrazó, ocultándose contra su cuello. No se dio cuenta de cuán agitados estaban hasta que Max comenzó a caminar para salir del agua.

La liberó sobre la arena, entre los arbustos. Hazel se sentó e intentó recuperar el aliento. Él se recostó con un brazo detrás de la cabeza. Ella giró para observarlo. Como todavía estaba obnubilada por su presencia, terminó actuando sin pensar una vez más y se acurrucó a su lado, con la cabeza apoyada en su pecho.

Max pasó el otro brazo por debajo de los hombros de Hazel y volvió a besarla en la frente. Como percibió que tenía frío, giró hacia su lado y la apretó más contra su cuerpo. Permanecieron de esa manera hasta que la respiración de los dos se serenó.

Después de un rato, volvieron a mirar el cielo mientras conversaban sobre los nombres de las estrellas y de las constelaciones.

–¿Qué más has aprendido? –consultó él.

–Saxofón, piano, francés… Mi madre es profesora de piano y de inglés, así que siempre fue muy exigente con eso. Los deportes nunca fueron lo mío. No querrás saber cómo terminé cuando quise tomar clases de patinaje artístico. Era bonito, no puedo negarlo, pero no debí insistir con eso.

–Es decir que, la única vez que aprendiste algo por decisión propia, te fue mal.

–Sí.

–Entonces, es más fácil que los demás decidan por ti. Así no creerás que fracasaste. Apuesto a que tu madre te hizo sentir que tu idea, a la que se debe haber negado en un principio, fue un desastre.

–¡Cállate, proyecto de Freud! –bromeó ella. Él rio–. Sí, fue más o menos así –reconoció.

–Me gusta el piano.

–¿Sabes tocar? –consultó Hazel. Lo miró en busca de una primera coincidencia entre ambos, ya que parecían ser opuestos en todo.

–No, pero me agrada oírlo.

–Ah –murmuró–. En la casa de mi abuela hay uno precioso. El problema es que siempre hay alguien allí y odio tocar en público.

–Déjame adivinar: crees que lo haces mal y no quieres recibir críticas.

–Te advertí que no te hicieras el psicólogo.

–Te juro que no lo hago a propósito. Eres muy transparente.

–Puedo ser misteriosa también. Un día, cuando tenía doce años, con mis amigas entramos a una casa abandonada.

–¿Y qué ocurrió?

–No te lo diré. Te dije que también podía ser misteriosa.

Max rio.

–No creo que tu anécdota allí supere esta.

–Probemos.

–Un día, cuando tenía seis o siete años, estábamos en medio de una clase. De pronto, el aula se invadió de olor a mierda. –Una carcajada de Hazel interrumpió el relato–. La maestra hizo que nos levantáramos de nuestros pupitres y caminó por el salón intentando descubrir al que se había hecho encima mientras nos distraía haciéndonos mirar el techo en busca de cosas que no existían: mariposas, mariquitas… Supongo que quería evitarle las burlas al chico. Para su mala suerte, no pudo encontrarlo y él no iba a delatarse. Tuvo que oler veintidós traseros para descubrirlo.

–¡Dime que no eras tú! –exclamó Hazel, riendo con él.

–No. Era un compañero.

–Por eso jamás sería maestra, no tengo esa devoción por los niños. ¿Cómo pudiste creer que lo habría pensado siquiera por un

momento?

–No lo sé. Tan solo me pareció.

Se miraron en silencio, todavía sonriendo. Ella buscó la mano de él y entrelazaron los dedos.

–Si pudieras ser cualquier cosa sobre la Tierra, ¿qué serías? –preguntó.

–Un leopardo –respondió Max–. ¿Y tú?

–Un pájaro.

Volvieron a besarse, protegidos por la noche, cubiertos por el sonido agradable del mar.



7

Max abrió los ojos en cuanto oyó la voz de un hombre. Se sentó tan rápido que la cabeza de Hazel se sacudió. Ella tardó un instante más que él en espabilarse. En cuanto comprendió lo que ocurría, se irguió cubriéndose los pechos que contenía el sujetador.

–Está prohibido tener sexo en la playa –dijo el oficial de policía varón. También había una mujer.

–N… No… –balbuceó ella.

–En realidad, tan solo nos quedamos dormidos –explicó Max–. Pero lo lamentamos y no volverá a ocurrir.

Recogió el vestido de Hazel y se lo colocó entre las manos.

–¿Cuántos años tienes? –indagó el policía, mirándola con el ceño fruncido.

–Dieciocho –respondió ella, agitada, mientras se colocaba la prenda.

–¿Traes algún tipo de identificación?

–No, lo siento. La dejé en casa.

–Váyanse.

Max se apresuró a subir la cremallera del vestido de Hazel antes de que tuviera que pedírselo y se vistió mientras ella se calzaba. Se retiraron de la playa enseguida.

–Lo siento –susurró Hazel.

–¿Por qué te disculpas todo el tiempo? –contestó él. Ella bajó la cabeza.

–No sé. Casi siempre siento que todo lo que ocurre es mi responsabilidad.

–Bueno, no lo es –aseguró Max–. Gracias por decirle que tenías dieciocho.

–No hace falta ser muy despierta para saber que, si le decía la verdad, podía ocasionarte algún problema.

–Supongo que tienes que regresar con tu prima.

–Sí. La llamaré para encontrarnos.

Intentó comunicarse con Evelyn varias veces, pero ella nunca atendió.

–Quizás ya esté durmiendo en su casa –opinó Max–. Si quieres, puedo llevarte ahí o a la finca.

–No sé qué les diré a mis tíos si mi prima aún no llegó y ellos tienen que abrir la puerta. Necesito que responda.

Lo intentó una vez más. No hubo caso.

–Mejor te llevo a la finca –determinó Max.

Como era muy temprano, la alcanzó hasta la cerca de entrada. Tras descender de la motocicleta, Hazel lo miró sin saber qué hacer. Él apoyó una mano detrás de su cabeza y se aproximó a sus labios. Como ella no se retiró, la besó.

–¿Nos vemos mañana? –consultó Hazel con una sonrisa.

–En el cruce a las tres –respondió él.

Hazel transitó el camino hasta la casa con destellos de ilusión en la mirada. Le bastó atravesar la puerta para que se transformaran en una horrible opresión en el pecho. Oyó ruidos en la cocina; alguien ya se había levantado. Temió que se tratara de su madre. Por suerte, quien apareció en la sala fue su abuela.

–¡Querida! –exclamó–. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Te peleaste con tu prima?

–No. –Hazel se aproximó para hablar en voz baja–. Mi amigo me trajo.

–¿El chico de la tienda de surf?

–Sí.

–No me avisaste que saldrías con él.

–No salí con él, sino con Evelyn. Iba a regresar con ella a su casa, pero nos alejamos la una de la otra y ella no respondió mis

llamadas.

–¿Por qué se separaron?

–Por favor, no pienses mal: me alejé un poco con Max para ver las estrellas. Evelyn supuso que estaba con otro chico que conocimos el otro día en un recital.

–Creo que no estoy entendiendo.

–Lo importante es que estoy bien. ¿Qué estás preparando? Huele a café.

La aparición de su madre las tomó por sorpresa.

–Buen día –dijo Adeline con los brazos cruzados–. ¿Qué haces aquí tan temprano?

–Me siento un poco mal y pedí un taxi. Sabes que no me gusta usar sanitarios ajenos cuando estoy descompuesta.

–Mmm… –murmuró la mujer.

Hazel se dio cuenta de que no le creyó. Aun así, sostuvo la mentira con una sonrisa y se marchó a su habitación. Una vez allí, se arrojó sobre la cama y le envió un mensaje a su prima para avisarle que estaba en la granja. Durmió hasta el mediodía, cuando su hermano le informó que el almuerzo estaba listo.

En el celular encontró un mensaje de Evelyn: le preguntaba si lo había hecho con el rubio. Respondió que no, pero que se habían besado. Al pensar en Max mientras hacían eso, sonrió. Evelyn le respondió que no debió ir a su casa, sino insistir con el llamado.

Hazel
¿Dónde estabas?

Evelyn
Me quedé a dormir en lo de Remi.

Por suerte, nadie volvió a hacer comentarios sobre lo extraño de su aparición esa mañana. Sin embargo, al día siguiente, cuando anunció que saldría a dar un paseo, su madre intentó impedirlo.

–¿Por qué no le muestras a la abuela cuánto has avanzado en tus clases de piano?

–Sabes que no me gusta tocar en público –se excusó Hazel. Su padre, su hermano y su abuela estaban en la misma sala, sentados en los sofás con copas de zumo de frutas entre las manos.

–¡Somos tu familia! –arguyó Adeline.

–Adeline, deja en paz a la chica –intervino Elsie.

–Gracias, abuela. Nos vemos más tarde.

–¡Aguarda! –volvió a proferir Adeline–. Tu hermano quiere ir contigo.

Lachlan alzó los ojos del teléfono.

–¡Mentira! –replicó. Su madre lo miró con los dientes apretados, como si estuviera a punto de asesinarlo.

–Me dijiste que estabas aburrido y que querías ir a pasear con tu hermana –masculló.

–¡Adeline, por Dios santo! –la regañó Elsie–. Dale algo de libertad a tu hija. Pronto irá a la universidad; si continúas sobreprotegiéndola, no sabrá desenvolverse sola.

–Todavía ni siquiera terminó el colegio –replicó Adeline.

–Hasta luego –dijo Hazel y huyó antes de que su madre encontrara otra excusa para retenerla.

Se encontró con Max en el cruce de siempre. Él sonrió desde la motocicleta y, cuando ella llegó, la tomó de la cintura para apretarla contra su pecho. Se besaron como si hubieran pasado años sin verse.

–¿Qué haremos hoy? –consultó Hazel. Max miró el cielo soleado.

–¿Qué tal un picnic junto al río? Conozco un lugar muy bonito.

Pasaron la tarde conversando debajo de un árbol florido.

Al regresar, como les resultaba difícil despedirse, se besaron durante un rato en la cerca de ingreso a la finca.

***

Los días siguientes resultaron eternos para Hazel. Aunque se distrajo ayudando a su abuela con algunas tareas, no veía la hora de que llegara el jueves para salir otra vez con Max. Cuando pensaba que pronto se iría de Queensland, sentía que perdía preciados segundos para ser libre a su lado.

El miércoles por la noche, recibió un mensaje de texto de un número desconocido.

Ey, ¿cómo estás? Soy Liam, el chico del recital.

No podía creer que le hubiera escrito. Bueno, en realidad a su prima, porque creía que tenía el número de Evelyn. Como no le interesaba seguir en contacto con él, no respondió.

El jueves volvió a encontrarse con Max en el cruce. El cielo estaba nublado, podía llover en cualquier momento, por eso fueron a un centro comercial.

–Acompáñame a un sitio –pidió Max y la tomó de la mano.

La condujo hacia las escaleras mecánicas. Llegaron a un espacio donde había algunas mesas de una cafetería y un piano.

–No –dijo Hazel al comprender su intención. Intentó retroceder. Él rio.

–¡Vamos! –exclamó. Tiró de su mano para que regresara y la abrazo–. No puedes negarme el placer de escucharte tocar.

–Te dije que no me gusta tocar en público.

–Es mentira. No te gusta hacerlo frente a un público crítico: tu madre, que es profesora de piano, o tus compañeras del colegio. Esta gente no entiende nada de música, les parecerá preciosa cualquier cosa que hagas.

–Me muero de vergüenza. Perdona.

–¿Y si yo me siento a tu lado y finjo que toco contigo así pueden culparme en caso de que algo salga mal?

–¡¿Estás loco?! –exclamó Hazel, riendo. Pero al final se relajó y aceptó.

Se sentaron juntos en la butaca que estaba frente al piano y se miraron con una sonrisa. Ella estaba muy nerviosa. Él parecía divertido. Fue el primero en suspender las manos sobre las teclas. Hazel apoyó los dedos y giró la cabeza hacia adelante; si lo miraba, se desconcentraría. Comenzó a tocar una pieza sencilla, segura de que podía hacerlo de manera bastante decente. Además, era breve, por lo cual el momento de tensión pasaría rápido.

Poco a poco, se compenetró en lo que hacía y terminó disfrutándolo. Por lo general, no le agradaba tocar el piano; si su madre no se hallaba al lado para señalarle los errores, estaba la profesora del conservatorio. Las dos tenían la misma mirada exigente y severa. Terminó la pieza con una sonrisa.

Miró a Max. En ese momento se dio cuenta de que él la observaba sin moverse; hacía rato que había dejado de fingir que tocaba con ella. La gente que se hallaba en las mesitas de la cafetería aplaudió. Hazel rio, sonrojada.

–¡Fue increíble! –aseguró él.

–Vámonos, por favor. No puedo más de la vergüenza.

Max la abrazó contra su costado y se levantó con ella. La ayudó a salir de la butaca y la llevó donde los testigos de su hazaña ya no pudieran verla. Se ocultaron en un pasillo que conducía a los sanitarios. Allí la encerró contra la pared usando los brazos y la miró a los ojos. Los dos reían.

–De verdad me encantó. Al parecer, también a tus oyentes –afirmó.

–¡Cállate! Les debes haber pagado para que me aplaudieran.

–¿Pagarles? –rio él–. Apenas tengo dinero para invitarte un batido. Hazte cargo de lo que les has provocado.

Lo pasaron tan bien que el tiempo voló. Cuando recibió una llamada de su madre, Hazel sintió que le apretaban el cuello.

–¿Dónde estás? –consultó Adeline–. El cielo está negro. En un rato va a llover como el último día en la Tierra.

–Ya voy –replicó.

–¿Qué es ese ruido? Dijiste que ibas a dar una vuelta por la finca.

–Son los pájaros. Ya voy –repitió y colgó. Miró a Max casi sin aire–. Tengo que regresar.

Como de verdad estaba a punto de llover, él la llevó a toda velocidad. Una vez más, se despidieron en la cerca con un largo beso.

–Nos vemos el sábado en la playa –dijo ella, acariciándole la mejilla.

Max cortó una ramita de una enredadera y se la ofreció. Tenía unas florecillas de color lila.

–Combinan con tu blusa –dijo–. Te extrañaré.

–Yo también –admitió ella y lo abrazó.

Por quedarse un poco más con él, la lluvia la atrapó en medio del camino hasta la casa. Esperaba que Max pudiera llegar bien en la motocicleta a pesar del diluvio. Debía estar acostumbrado por hacer repartos.

Entró, saludó a su abuela y a su padre, que estaban en la sala, y subió las escaleras con alegría.

La burbuja de ilusión se reventó en cuanto ingresó al dormitorio y encontró a su madre sentada en la cama. Fue tan brusca la diferencia entre su estado anterior y el nuevo que dio un respingo al verla.

–Hazel, ¿hay algo que quieras contarme? –indagó Adeline. Hazel permaneció en silencio–. De acuerdo, ¿quién es el chico con el que has estado saliendo?

–¿Qué chico? –intentó fingir, pero mentía pésimo, y más a su madre.

–Lo vi la otra mañana. Luego te oí hablando con la abuela y no tuvo más remedio que contarme lo que me estaban ocultando. Me enojé mucho con ella. No tiene autoridad para decidir sobre tu seguridad.

–No te molestes con la abuela, por favor. Ella no tiene la culpa –rogó Hazel–. Es un amigo que conocí en la playa.

–¿Besas a todos tus amigos en la boca? –Las mejillas de Hazel ardieron–. Hazel: los chicos que una conoce en unas vacaciones solo nos quieren para divertirse. ¿Entiendes? Seré más clara: él solo quiere sexo. Una vez que obtenga eso de ti, se evaporará. ¿Ya lo hicieron?

–Mamá, por favor –susurró, incapaz de creer que su madre le estuviera preguntando algo íntimo de manera tan directa. Como no dimitía en la actitud intimidante, decidió ser honesta–. No me siento lista aún para eso.

–Mejor. Cuando le pregunté a la abuela acerca de él, me contó que no se sabe mucho de su familia, que tiene un trabajo de medio tiempo en una tienda de temporada y que no cree que vaya a la

universidad. Créeme, linda: un chico así no es uno con el que valga la pena acostarse.

–¡Ni siquiera lo conoces!

–Conozco a cientos de muchachos como ese y sé con certeza que no es lo que mi hija merece. –Se levantó y avanzó hacia ella–. Quítate esa ropa empapada antes de que pesques un resfriado. No vaya a ser cosa que no puedas volver a salir de la casa hasta que nos vayamos.

Hazel sintió el poder de la advertencia. No había nada que hacer: sus padres tenían potestad sobre ella. Oyó la puerta cerrarse tras de sí y soltó el aire que había estado conteniendo. Alzó la mano y observó la ramita con flores que Max le había regalado y que todavía apretaba con los dedos. "No se sabe mucho de su familia", "tiene un trabajo de medio tiempo", "no cree que vaya a la universidad". ¿Qué importaba todo eso, si cuando estaba con él sentía que era libre y feliz?

Solo había una cuestión indiscutible, algo que su madre podía esgrimir como una verdad absoluta: su relación con Max terminaría en unos días, cuando ella regresara a Sídney para encerrarse en sus estudios y él se quedara en Gold Coast, viendo el atardecer.

Extrajo el celular del bolsillo y lo sostuvo junto a la ramita. El mensaje de Liam, un chico que vivía en Sídney, que estudiaba a unas manzanas de su colegio y que concurriría a la misma universidad que ella para estudiar la misma carrera todavía estaba sin responder.

Max no era su novio. Era la persona que más la había encendido en todo sentido en su vida. Pero la existencia era muy larga y unas semanas no bastaban para conocer realmente a alguien. De hecho, no sabía casi nada.

Estaba ilusionada con una relación imposible. Aunque quisieran ser novios, ¿cómo se encontrarían viviendo tan lejos? ¿Con qué dinero viajarían? No tenían nada en común, ¿cuánto podían durar juntos?

Miró la ramita y miró el teléfono. La pasión y la razón. Lo efímero y lo duradero.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Con el alma rota, respondió el mensaje de Liam.



8

Se arrepintió en cuanto envió un "Ey, aquí Hazel".

No había manera de deshacer lo que consideró un error, así que intentó consolarse con la excusa de que estaba bien darse la oportunidad de conocer a otro chico. Uno con el que existiera la posibilidad de una relación.

A pesar de la idea inicial que la había llevado a responder el mensaje, cuando él le contestó que era una suerte porque, en realidad, la estaba buscando a ella y no a Evelyn, volvió a dejarlo en suspenso.

El viernes, su tío pasó a buscarla. Su madre le pidió hablar a solas mientras las chicas esperaban en la camioneta.

–¿Qué ocurre? –preguntó su prima en susurros, apretándole el brazo.

–Creo que está hablando con tu padre acerca de nuestras salidas.

–¡¿Le contaste?!

–No. Pero me descubrió cuando regresé sola la otra mañana y eso no le agradó.

–¡Te lo dije! Debiste insistir con la llamada.

–Podrías haber quitado el modo silencioso del teléfono antes de dormirte.

Callaron en cuanto el hombre regresó a la camioneta. Se miraron preguntándose por qué permanecía tan silencioso mientras abandonaban la finca. En cuanto cruzaron la cerca, al fin habló.

–Hazel, tu madre me pidió que no las dejara salir solas este fin de semana –explicó.

–¡Papá! –protestó Evelyn–. Esta noche quedamos con Maya que iríamos a una fiesta.

–Lo siento, le di mi palabra a Adeline.

A Hazel no le importaba la fiesta.

–¿Podemos ir mañana a la playa? –consultó.

–A la tarde y en compañía de tu tía.

–¡Es una injusticia! –reclamó su prima, cruzándose de brazos.

Mientras ella seguía, Hazel le envió un mensaje a Max.

> Mi madre descubrió que nos vemos. Regresaremos a Sídney la semana que viene. Solo podremos encontrarnos en la playa mañana por la tarde.

Guardó el teléfono antes de enterarse de su respuesta.

En lugar de ir a la casa, su tío se detuvo en el supermercado. Descendieron de la camioneta y, mientras él buscaba un carrito, Evelyn volvió a tomar a Hazel del brazo para hablarle al oído.

–No te preocupes. Escaparemos.

–¡No podemos hacer eso! –exclamó Hazel. Su prima rio.

–No será la primera ni la última vez que lo haga. ¡Vamos, primita! Solo se es joven una vez en la vida.

No alcanzó a responder: su tío las llamó para que fueran con él.

Recorrieron los pasillos y reunieron algunos productos de una lista que el hombre les entregó para ir más rápido.

De pronto, Evelyn le apretó la muñeca y señaló a una mujer con disimulo. Intentaba alcanzar algo en el extremo superior de un refrigerador. Lo que más llamó la atención de Hazel fue su cabello con algunas hebras grisáceas y la ropa gastada que llevaba. Tenía la apariencia de ser una persona pobre y sufrida.

–Esa es la madre de Max –murmuró Evelyn.

Hazel sintió que le estrujaban el corazón. Se habría aproximado a la señora para ayudarla a alcanzar lo que necesitaba, pero tan solo pudo observarla mientras sentía la bofetada de la cruda realidad

darle de lleno en el rostro. "¿Pagarles? Apenas tengo dinero para invitarte un batido".

Respiró hondo para ver si, así, su pecho dejaba de retorcerse. Con monedas, o quizás con los bolsillos vacíos, Max le había ofrecido los momentos más excitantes y originales de su vida. No quería que se terminaran. Lo imaginó trabajando allí, entre esas estanterías. Apartarse de él dolía demasiado.

Una vez en la casa, mientras su prima ayudaba a su tía a guardar los productos que habían comprado, espió el teléfono. Leyó la respuesta de Max con temor; él había sido claro respecto de que no quería que su madre supiera de su existencia.

De acuerdo.

La sorprendió hallar un mensaje tan breve. Se quedó intranquila, pensando que, quizás, él se había molestado y por eso había sido tan escueto. A la vez pensó que, si no quería ser visto, tendría que haber desistido de llevarla hasta la finca.

Tal vez la respuesta tan solo se debía a que estaba trabajando. Era mejor no pensar. Ya se enteraría al día siguiente, cuando se vieran. Sería difícil conversar siendo de día y con tantas personas alrededor, entre ellas, su prima y su tía. Esperaba que pudieran ingeniárselas para apartarse.

Esa noche, su prima la obligó a ponerse una minifalda negra, un top rojo y sandalias de tacón. Le planchó el cabello para que las ondulaciones naturales desaparecieran y le peinó el flequillo de otra manera.

–¡Guau! Estás para matar –exclamó.

Hazel rio frente al espejo. Se sentía disfrazada, pero ¿acaso la gente no iba así a las fiestas? No tenía idea; nunca había ido a una.

Cuando las dos estuvieron listas, Evelyn espió el pasillo. Al comprobar que estaba despejado, le hizo una seña a Hazel para que la siguiera. Bajaron las escaleras a hurtadillas y abrieron la puerta con extremo cuidado para no hacer ruido. Una vez que lograron salir de la casa, Evelyn celebró alzando los brazos a la vez que gritaba.

Un automóvil se detuvo en la esquina. Maya descendió de él y agitó las manos al mismo tiempo que las llamaba. Como Evelyn subió al coche, Hazel también tuvo que hacerlo. Conducía un amigo de Maya y había otro en el asiento de atrás. Al sentarse, quedó junto a él. Lo miró y le dedicó una sonrisa apretada. El chico se la devolvió con cierta picardía.

Si bien Hazel se sentía en falta en ese automóvil sin que ningún adulto de su familia supiera dónde se encontraba, intentó mantener a raya la culpa. Su prima tenía razón: solo se era adolescente una vez, y ella había invertido sus mejores años encerrada estudiando lo que a su madre se le ocurriera. Adeline no era así con su hermano, solo ella se llevaba las peores exigencias. Era agotador vivir para complacerla.

En la fiesta se encontraron con otros conocidos de su prima y de los chicos del coche, de modo que terminaron siendo unos cuantos en unos sofás alrededor de una mesita.

De pronto, Maya se levantó para ir a bailar con el conductor, con quien parecía estar coqueteando. En ese momento, otra persona se sentó junto a Hazel bruscamente, lo cual provocó que el asiento se sacudiera.

Ella lo miró, confundida. Era Liam.

–¿Cómo estás? –preguntó él, sonriente.

Hazel permaneció un instante boquiabierta. No esperaba encontrarlo ahí después de que había ignorado su último mensaje.

–B… bien –masculló.

Liam apoyó un brazo en el respaldo del asiento por detrás de ella. Resultaba evidente que, aunque no se hallaba ebrio, había bebido. Parecía bastante más suelto que en el recital.

–¡Ey, rubio! ¿Cómo estás? –exclamó Evelyn–. ¿Así que sales con mi primita? Ten cuidado: es una chica decente, más vale que la tomes en serio.

–¿Qué yo salgo con quién? –replicó él.

–Bebió demasiado –susurró Hazel en un intento por sostener el castillo de mentiras que amenazaba derrumbarse con un soplido.

–¡Que se besen, que se besen! –comenzó a corear Evelyn.

–¡Basta! ¡Cállate! –ordenó Hazel.

Las otras personas que estaban en el grupo no prestaron atención a su pedido y siguieron el juego de Evelyn.

–No me negaré a tan buena oportunidad si tú quieres –murmuró Liam y se aproximó.

–Yo… Sucede que… –susurró ella. *¿Qué sucede?*, se preguntó. No tenía novio, tan solo salía con alguien imposible. ¿Qué le impedía darle una oportunidad a otra persona?

Cerró los ojos y permaneció inmóvil. El instante que a Liam le demandó entender que ella permitiría que la besara le pareció eterno. ¿Qué era un beso? Nada. Ella misma se lo había dado a Max sin prestar mucha atención la noche que lo había conocido. Además, estaba acostumbrada a complacer a los demás antes que a sí misma.

Sentir los labios de Liam sobre los suyos después de haber probado unos que de verdad la excitaban fue como apoyarlos contra un muro. La boca de ese chico era muy diferente. Sabía a alcohol y movía la lengua muy rápido para su gusto. También la introducía demasiado profundo cuando apenas estaban comenzando. En comparación con Max, besaba horrible, casi tan mal como el chico con el que había tenido aquella primera experiencia digna de olvidar.

Tuvo que terminar el beso ella si no quería que continuara toda la noche. Sonrió para disimular y se limpió el costado de la boca mientras que el grupo aplaudía.

Cuando Max vio a la chica de sus sueños besándose con un rubio desabrido se sintió herido. Tanto que ardió por dentro y, por un instante, se vio como esa persona que a veces temía ser.

Logró contener sus emociones y tan solo se retiró de la fiesta sin siquiera avisarles a sus amigos que se iba.

En lugar de regresar a casa, detuvo la motocicleta cerca de la playa y contempló el horizonte oscuro durante mucho tiempo. No podía creer que hubiera sido tan estúpido. Si sabía que no debía confiar en que podían pasarle cosas buenas, ¿por qué lo había hecho? La esperanza era para tontos. La ilusión, para ingenuos. ¡Y por Dios que había creído que ya no era ninguna de esas cosas hace mucho tiempo!

Un rayo surcó el cielo lóbrego. Una tormenta se aproximaba con la misma fuerza con que, dentro de él, latían sentimientos muy oscuros. No entendía cómo había caído en la trampa de enamorarse.

Condujo hasta su casa, guardó la motocicleta en el garaje justo cuando comenzaban a caer las primeras gotas y se sentó en el suelo de concreto del patio. Se colocó la capucha de la sudadera negra y abrazó las rodillas contra el pecho. No había nada por lo que valiera la pena salir de su mundo interior.

Oyó la puerta del fondo. Se apresuró a secarse las lágrimas, aunque la lluvia le permitiera disimularlas. Creyó que se trataba de su madre. Sin embargo, fue su hermana quien se sentó a su lado, lo tomó del brazo y apoyó la cabeza sobre su hombro.

–¿Por qué estás haciendo esto de nuevo? –preguntó ella.

–¿Por qué no estás durmiendo? –replicó él.

–Lo estaba hasta que oí la moto.

–Ve adentro, no te mojes.

–Ven conmigo. No te castigues. Estoy segura de que lo que sea que haya ocurrido no es tan grave. No para que hagas esto de nuevo.

–Chelsea…

–¿Por qué no me cuentas?

Max respiró hondo a la vez que bajaba la cabeza. Enredó uno de los cordones de su calzado deportivo en un dedo.

–Alguien me traicionó. Bueno, en realidad, no. Pero igual se siente fatal.

–Si esa persona te traicionó, ¿qué culpa tienes tú?

–No fui suficiente para ella.

–¿Entonces es una chica? ¿Cómo se llama?

–Hazel.

–¿Qué hizo?

–Se besó con otra persona.

–Si era tu novia, suena a que sí es una traición.

–No lo era, ese es el problema.

–Pero tú la querías.

–Dejémoslo así. Gracias, ya me siento mejor. Vamos adentro.

Chelsea lo sujetó del brazo para que no se levantara.

–Sabes que ocultando el polvo debajo de la alfombra jamás limpiarás la casa, ¿verdad?

–No empieces con las metáforas.

–Si la querías, debiste decírselo. Si deseabas ser su novio, también. Si estás enojado por lo que hizo, ¡díselo! No puedes vivir conteniendo tus emociones.

–¿Quieres saber cuál es mi sentimiento en este momento? Que estoy hablando con una anciana de quince años. Mejor juguemos a las muñecas imaginarias como cuando eras una niña.

–Las muñecas no volverán. ¡Estamos hablando de ti!

–Es suficiente. Me voy a dormir.

Tomó a su hermana de la cintura y se levantó con ella. Se dirigió a la casa sin importar que Chelsea intentara retenerlo sujetándole la mano. La obligó a regresar a su dormitorio.

Una vez que él se encerró en el suyo, se quitó la ropa mojada, se secó con una toalla y se acostó. No solo Hazel era una buena mentirosa: él acababa de decirle a su hermana que se sentía mejor cuando, en realidad, solo quería llorar y romper todo. O, mejor, romperse.

Le costó mucho conciliar el sueño. Cuando al fin lo logró, amanecía.

Cerca del mediodía, mientras trabajaba en la tienda, recibió un mensaje de Hazel.

Estaré en la playa a las tres. ¡No veo la hora de que nos encontremos!

Apretó los dientes. ¿Cómo ella podía seguir fingiendo con tanta naturalidad? ¿Acaso era una desalmada? Le resultaba imposible creer que fuera tan ingenua como para no darse cuenta de que él se había enamorado de ella. Era inocente, pero también muy inteligente. No había dudas de que solo quería pasarlo genial, soltarse y divertirse. Estaba bien, solo le hubiera gustado darse cuenta antes para no abrirse tanto como era capaz con la persona equivocada.

Sentía mucho dolor. Era un poco masoquista, así que respondió:

Allí estaré.



9

Hazel no estaba preparada para decir adiós. Cuando le parecía que su corazón no podía quebrarse más, aparecía un nuevo recuerdo junto a Max para demostrarle que sí. ¡Ojalá hubiera podido detener el tiempo!

Mientras almorzaba en la casa de sus tíos, ideó cómo escapar de su prima y de su tía para encontrarse con él. Sentía que la despedida sería larga y dolorosa.

Llegaron a la playa y se instalaron en una zona bastante concurrida. Su tía se refugió debajo de la sombrilla, se cubrió el rostro con un sombrero y se echó a dormir con un libro sobre el pecho. Hazel se preguntó para qué lo habría llevado si no pensaba leerlo, pero pronto salió de ese cuestionamiento y se dio cuenta de que era una oportunidad grandiosa. Si conseguía librarse también de su prima, el encuentro con Max sería sencillo.

Sintió que el teléfono vibraba entre sus manos. Lo abrió y espió el mensaje mientras Evelyn se colocaba protector solar.

Sus ilusiones cayeron por un barranco en cuanto leyó que a Max le habían pedido hacer unas horas extras en el trabajo y que solo podría ir a la playa a partir de las seis de la tarde. A esa hora, ella ya se habría ido. Fue en busca de Evelyn con urgencia.

–Estoy acordando un encuentro con Liam. ¿Crees que podrías ayudarme a escapar esta noche?

–¡Claro! –replicó su prima, entusiasmada.

No te preocupes, podemos vernos a eso de las diez de la noche.

Le dijo la ubicación de la playa donde debía esperarla y aguardó su respuesta. Tan solo fue un "OK".

Guardó el celular y se dispuso a colocarse el protector solar.

Después de cenar, Evelyn y ella fueron al dormitorio. Su prima insistía con que tenía que depilarse por completo. Hazel le aseguró que no hacía falta porque no tendría sexo. Tampoco estaba segura de querer depilarse ciertas partes el día que lo tuviera. Hasta esas vacaciones no tenía idea de que parecía ser una moda o una norma social vigente en las relaciones.

–Por favor, tan solo ayúdame a salir de la casa cuando todos estén durmiendo –suplicó–. ¿Estás segura de que tus padres se acuestan a las nueve y media?

–Ya lo comprobaste todos estos fines de semana.

Era cierto, pero Hazel estaba muy nerviosa por tener que mentir una vez más y porque sería la última oportunidad en la que se encontraría con Max.

Evelyn la protegió para que pudiera salir de la casa. Una vez afuera, se quedó a su suerte.

Si bien había citado a Max en la entrada de la playa más cercana a la casa de sus tíos, debió caminar unas cuantas manzanas hasta llegar al lugar. Esperó por él estrujándose las manos. Le pareció extraño que llegara recién a las diez y cuarto cuando siempre arribaba al cruce antes que ella.

–¡Hola! –dijo, con la misma sonrisa ilusionada de siempre.

–Hola –respondió Max, imperturbable.

Como él no parecía dispuesto a hacer más, ella se colgó de su cuello y lo besó con naturalidad.

Max se quedó quieto. Sintió que su corazón se rompía un poco más. Jamás volvería a ver a Hazel y, si bien tenía claro que terminar un romance de verano no era el fin del mundo, en ese momento no conseguía que dejara de dolerle.

En cuanto ella se alejó un paso, la tomó de la cintura y volvió a besarla, convencido de que lo hacía solo para despedirse. El tiempo que habían pasado juntos, aunque hubiera sido una mentira, lo había hecho sentir tan bien como nada en muchos años.

Después de disfrutar de sus labios, le sujetó una mejilla y le besó la otra. Por último, la frente. Ella lo abrazó y ocultó el rostro contra su pecho. Max no resistió la tentación y también la rodeó con los brazos. Nunca creyó que estar acostumbrado al dolor físico y mental fuera a servirle de algo. Logró soportar esos momentos gracias a su entrenamiento previo, mucho más duro que una ruptura con una chica de la que se sentía enamorado.

Mientras caminaban por la playa, ella le relató con franqueza que la noche anterior habían ido a una fiesta con su prima y que había probado un trago riquísimo. Max esperó con paciencia a que también le contara que se había besado con otro chico. Su decepción acerca de ella creció a raíz de que esa confesión nunca llegó.

–¿Cómo se enteró tu madre de que nos veíamos? –consultó.

–Lo siento. Sé que no querías que ella lo supiera, pero…

–No necesito que me pidas disculpas, solo te pregunté cómo lo supo.

A Hazel le pareció extraño que él la interrumpiera de manera tan descortés. A decir verdad, percibía una energía diferente en Max desde que se habían encontrado y no entendía el motivo. Dejó de caminar y se detuvo mirando hacia el mar. Él se plantó frente a ella con el decorado del cielo oscuro y las olas turbulentas de fondo.

–Nos vio besándonos en la cerca. Además, me escuchó conversando de ti con mi abuela. Tenía un acuerdo con ella: le contaba a dónde íbamos a cambio de su silencio. Por eso te ofrezco disculpas. Sé que me pediste que…

–Hiciste bien. Informar de su paradero a un adulto confiable es lo que cualquier chica debería hacer. Tengo otra pregunta: ¿qué dijo tu madre de mí?

La expresión de Hazel se llenó de culpa. Su mirada y sus labios entreabiertos le brindaron tantas respuestas sobre lo que había sucedido la noche anterior que casi no pudo creerlo.

–Sintió miedo porque eres un extraño –contestó en voz baja.

–No te pregunté qué supones que sintió, sino qué dijo exactamente.

–¿Qué importa lo que ella diga o piense? Yo creo que eres creativo, original, divertido…

Max rio con sorna.

–Sí, no me digas.

–¿Qué ocurre? Actúas de manera muy extraña.

–Si fuera todas esas cosas para ti, supongo que te atraería. Creo que, en realidad, prefieres a otro chico.

–¿De qué hablas?

–Si a mí me atrae una persona, no tengo la necesidad de besar a otra.

Hazel palideció.

–¿Cómo lo supiste? –balbuceó.

–Te vi. Estaba a punto de enviarte un mensaje para avisarte que estábamos en el mismo sitio cuando ocurrió.

Ella bajó la cabeza, agitada.

–Lo siento –murmuró.

–¿Por qué lo lamentarías? No tenemos una relación.

Volvió a mirarlo, un poco más repuesta del shock.

–Estás enojado. Es evidente que lo que hice te dolió. Créeme: no quería lastimarte.

–¡Por supuesto que no me dolió! ¿Piensas que soy estúpido? Sabía que… –Calló de pronto. "No puedes vivir conteniendo tus emociones". Su hermana de quince años era mucho más sabia que él. El problema era que, siempre que liberaba sus sentimientos, las cosas se salían de control–. Sí, me dolió demasiado –se sinceró, a pesar de cuánto le costaba siquiera hacer el intento–. No por lo que crees. Quiero decir: es cierto que no me debías fidelidad, no acordamos eso. Pero es duro darse cuenta de que alguien significa más para ti de lo que tú significas para la otra persona.

–Te juro que no es así. No tienes idea de cuánto significas para mí.

–Si realmente significara lo mismo que tú para mí, no habrías sentido la necesidad de besar a otro.

–¡No la sentí! Tan solo…

–Tan solo te dejaste llevar por lo que tu madre dijo de mí.

–No soy tan manipulable como crees.

–Es más que evidente: él tiene todo lo que yo no. Es carilindo, tiene pinta de chico de buena familia y apuesto a que es adinerado.

–No me siento atraída por Liam.

–Entonces la situación es todavía más penosa de lo que imaginé.

–¡¿Qué querías que hiciera?! ¡Esto no puede ser! –estalló ella.

–¿Por qué no?

–Tengo diecisiete años, en unos meses iré a la universidad, dependo de mis padres. En dos días regresaré a Sídney. ¿Cómo haríamos para mantener una relación a distancia? ¡Los mensajes y llamadas no bastan!

–No tendremos una relación de ningún tipo porque ya no la quiero, no porque hubiera sido imposible.

–¡Dime cómo!

–He vivido en varias partes, podía ir a donde fuera.

–¿Con qué dinero? Ni tú ni yo, por diferentes motivos, podemos darnos el lujo de viajar cuanto se nos dé la gana. ¡Vivimos en ciudades muy lejanas!

–A menos de mil kilómetros.

–¿Te parece poco? Mi familia y yo abordamos un avión para llegar aquí.

–¡Porque solo se quedan con lo cómodo! No me hubiera importado poner mi trasero en un autobús durante veinticuatro horas o subirme a cualquier automóvil que pasara por la carretera para llegar a ti. Sobrevivo desde que nací, ¿crees que me acobardarían mil kilómetros?

–¿Por qué no me lo dijiste? ¡No lo sabía!

–¿Cómo iba a imaginar que te besarías con otro antes de que pudiera proponértelo?

–Por favor, volvamos a empezar.

–¡No!

–Max…

–¿Qué parte no entiendes de que ya no me interesas? No desperdiciaré un solo instante más con una persona que no lucharía

por mí de la misma manera que yo pelearía por ella. ¡Estaba enamorado de ti!

–¡Y yo de ti!

–¡Mentira!

–Puedes acusarme de muchas cosas, pero no de ser una mentirosa. En tal caso, tú lo eres. Hace una hora que paseamos por la playa y tú intentabas actuar como si nada. ¿Qué pasaba por tu mente mientras yo te contaba que había ido a la fiesta?

–No des vuelta las cosas para que yo parezca el chico malo, y tú, la chica inocente y buena. Ese papel ya no te queda.

–¡Deja de acusarme! ¿Por qué no escuchas mis razones? –bramó Hazel. Casi al instante, comenzó a llorar con angustia.

–¡No llores! Es injusto –protestó él.

–¿Injusto?

–Lo haces para que me sienta culpable.

–¡No decidirás si puedo llorar o no! –exclamó Hazel y lo empujó.

Él evitó trastabillar apoyando un pie atrás; era una técnica que había aprendido a la fuerza. Lo único que quería era abrazar y besar a Hazel. Sin embargo, arremetió: –En ese caso, me iré. Suerte con tu chico, Hazel.

–¡No te vayas! –rogó ella–. ¡Max, espera!

Él se alejó de todas maneras. Estaba decidido a regresar a casa. De hecho, llegó hasta la motocicleta, pero la maldita responsabilidad lo llevó a detenerse antes de encenderla. No podía dejar a Hazel sola en la playa. Tampoco quería regresar por ella, así que tan solo permaneció viéndola llorar a la distancia.

Los dos estaban sentados en la arena como en otras oportunidades, solo que, ahora, separados. Había atravesado momentos mucho más duros que ese. Podía olvidar a una chica con la que solo había compartido unas semanas. Seguro que también ella lo olvidaría. En cuanto pusiera un pie en Sídney y regresara a su vida distinguida, él no sería más que neblina.

Alzó la cabeza como había hecho varias veces en esa media hora. Vio que un hombre se aproximaba a Hazel. Como ella extrajo el celular, supuso que le había preguntado la hora. Era evidente que se

trataba de un engaño. Lo comprobó en cuanto el sujeto le arrebató el aparato y ella se levantó para correr tras él.

Salió de su escondite y se interpuso en su camino. El tipo se detuvo de golpe, giró e intentó ir hacia el lado contrario. Max lo tomó de la camiseta, jaló hacia atrás y lo atrapó contra su pecho.

–Devuélvele el teléfono –ordenó en su oído con la voz de matón que también había aprendido por obligación.

–Muérete –replicó el hombre apretando los dientes.

Se dio cuenta de que estaba drogado, pero aun así era fuerte. En una fracción de segundo, le sujetó el brazo y se lo llevó detrás de la espalda para inmovilizarlo. El sujeto gimió de dolor.

–Te dije que… –comenzó a repetir Max en voz baja.

El hombre hizo un movimiento que lo tomó por sorpresa. Logró soltarse. Se volvió de repente e intentó golpearlo. Max fue más rápido y, después de esquivar su puño, le asestó el suyo en la nariz. El ladrón cayó de espaldas. Él aprovechó para sentarse a horcajadas sobre su torso y hurgó en los bolsillos hasta dar con el celular. Se lo arrojó a Hazel, que estaba de pie a su lado, sin poder creer lo que veía.

–Vete –ordenó.

Ella dio un paso al frente. La sangre en el rostro del ladrón la hizo temblar.

–Ven conmigo –rogó.

–No te acerques. ¡Vete! –repitió Max.

Hazel dio un paso atrás con temor. Lo vio ponerse de pie y arrastrar al tipo que había desmayado, supuso que para ocultarlo entre la maleza. Estuvo a punto de insistir para que Max la acompañara; no quería dejarlo solo, así como él no la había abandonado a ella. Por alguna razón, se dio cuenta de que no tenía sentido insistir y se echó a correr, llorando.

Llegó a la puerta de la casa de sus tíos en cuestión de minutos. Llamó a su prima para que le abriera la puerta.

–¿Qué ocurrió? –preguntó Evelyn al verla con los ojos hinchados y la nariz y las mejillas rojas.

–No quiero irme –susurró Hazel.

–¿Es por Liam? No te preocupes, lo verás en Sídney. ¡Incluso irán a la misma universidad!

Como era imposible decirle la verdad, se echó a llorar sobre su pecho. Evelyn la abrazó a la vez que la introducía dentro de la casa.

Los días siguientes, llamó a Max varias veces. Él nunca respondió. No había modo de llegar al centro si nadie la llevaba, de modo que tampoco pudo ir a buscarlo. Además, no le parecía justo irrumpir en la tienda, poniendo en peligro su trabajo. Ojalá alguien hubiera sabido dónde vivía.

Abordar el vuelo que la regresaría a Sídney fue lo más doloroso que le tocó atravesar después de la horrible despedida. Antes de apagar el celular para el despegue, recibió un mensaje de Liam. Lo ignoró, convencida de que no quería otro beso suyo, e intentó dormir un poco.

En cuanto entraron a su casa, sintió la opresión de volver a ser la hija y la estudiante perfecta. El piano de la sala, las escaleras que llevaban a su dormitorio, la biblioteca… Todo le recordaba que allí debía replegar las alas.

Le escribió a Max para avisarle que había llegado a Sídney. Tampoco respondió.

Le envió un mensaje para su cumpleaños con la esperanza de que, habiendo pasado meses de su despedida, la extrañara, aunque fuera un poco de lo que ella lo añoraba a él. No hubo noticias.

Le escribió para Navidad. La ignoró, como ella había hecho con Liam las pocas veces que él le había escrito después de que se fuera de Gold Coast.

Ese mismo día, encontró que sus padres le habían comprado como regalo un celular nuevo.

–Es precioso –dijo sin entusiasmo, aunque con una bella sonrisa.

La Navidad simbolizaba un nacimiento. A veces, renacer. El celular nuevo tenía un chip diferente con otro número de teléfono. Suspiró mientras copiaba los contactos de un aparato al otro. Omitió los que ya no le interesaban. Aunque el número de Max seguía

importándole, lo englobó con los otros y jamás alcanzó su agenda nueva. Mucho menos el de Liam.

***

El día que comenzó la universidad, se llevó una sorpresa.

–¡Ey, fantasmita! –oyó a su espalda.

Conocía esa voz. Supo que se trataba de Liam aun antes de darse la vuelta.

–Hola –dijo. Al menos, le pareció más atractivo de lo que recordaba. Con suerte, también fuera más maduro.

Conversaron un rato sobre las dos veces que se habían visto en Gold Coast y lo bien que lo habían pasado ese verano. Cuando él le preguntó por qué no había respondido sus mensajes, ella puso la excusa de que le habían regalado un teléfono nuevo con otro número y que había perdido todos los contactos.

–¿Ya terminaste con tus clases de hoy? –consultó él.

–Sí. ¿Y tú?

–También. ¿Qué tal si vamos a celebrar nuestro primer día a una cafetería?

Compartieron muchas clases, varias salidas con amigos y algunas citas a solas. Por supuesto, Liam provenía de una familia acomodada y tenía grandes aspiraciones para su futuro. Cuando Adeline lo conoció, alucinó. Era el candidato perfecto para su hija.

Hazel aceptó que tenían una relación. Sin embargo, muchas veces, cuando iban a restaurantes bonitos y lo escuchaba hablar de sus logros académicos mientras comían, pensaba en un chico que había conocido a los diecisiete años. Uno con el que no conversaba de ingeniería ni de cuestiones lógicas, sino de amaneceres. Alguien con quien vivía experiencias nuevas y momentos apasionados.

Poco a poco, esa pasión se fue enterrando en lo más profundo de sí misma. Tuvo que aceptar que el presente era la única opción. La hija y estudiante perfecta se convirtió en la novia perfecta. Una vez que Liam y ella se graduaron, también se transformó en la esposa perfecta en una boda muy bonita.

Cuando Liam recibió un ascenso y le informó que lo enviarían como director a la sucursal de la compañía en Estados Unidos, Hazel debió abandonar su empleo en otra empresa para seguirlo. A la ropa de categoría que ya utilizaba, le sumó un peinado con un rodete que la hacía parecer todavía más distinguida y perfecta. Para colmo, como no conseguía un puesto en Atlanta, su propio esposo la contrató, y así se convirtió en su empleada.

Con el tiempo comenzó a sentir que se había transformado en una señora aburrida, hundida en un apartamento donde había lujos, pero no risas, en un empleo en el que encontraba entretenimiento, pero no inspiración.

Y a veces, solo a veces, cuando la madrugada la encontraba despierta después de haber hecho el amor con insatisfacción, se acordaba de Gold Coast. Hubiera deseado volver a tener diecisiete años, pero con lo que sabía a los treinta y dos.



10

Presente

–Señora. Señora –dijo la tripulante de cabina. Hazel abrió los ojos, un poco desorientada–. Tiene que guardar la transportadora debajo del asiento de adelante y enderezar el respaldo, estamos a punto de aterrizar.

Le costó un momento reaccionar. Había pasado por dos escalas, llevaba un día entero casi sin dormir y todavía le quedaba el taxi hasta la finca.

Tenía las piernas acalambradas de llevar la transportadora con la gata sobre ellas. Observó cómo se encontraba a través de la rendija: tenía los ojos abiertos, pero aún se la notaba sedada. Por su temperamento, el veterinario le había aconsejado que le administrara un medicamento desde unos días antes de salir y en cada escala. Eso le había hecho ganar un rasguño en la muñeca.

El señor que viajaba a su lado le ofreció acomodar la transportadora debajo del asiento que él tenía delante, ya que en el que estaba frente a ella había ubicado la mochila. Quería evitarle que tuviera que levantarse para colocar el bolso en el compartimento superior, como había hecho para despegar. Hazel aceptó con una sonrisa amable.

–¿Se muda? –preguntó él mientras colocaba la transportadora en su sitio.

–Sí.

–¿Desde lejos?

–Atlanta, Estados Unidos.

–¿Qué la llevó a escoger Gold Coast?

–Nací en Sídney y mi abuela nos heredó una finca en Queensland.

–Interesante.

Hazel acomodó el respaldo y miró por la ventanilla. El mar maravilloso de Gold Coast llenó sus retinas de un azul intenso. Prometía ser un día soleado.

En cuanto las ruedas del avión tocaron la pista de aterrizaje, su estómago se anudó. Solo sus amigas más íntimas de Atlanta sabían que se dirigía allí. Ni siquiera se lo había contado a los familiares paternos que vivían en la región, mucho menos a su madre. La última vez que habían hablado, ya tenía los pasajes, pero había conservado su decisión en secreto para que Adeline no interfiriera. Por esa razón, no había podido preguntarle la identidad del socio que se ocupaba de la finca. La ponía nerviosa caer allí con dos maletas, una mochila y una gata, y simplemente decirle a un extraño que se instalaría.

El descenso de la aeronave, esperar las maletas y cargarlas en un taxi se llevó la poca energía que le quedaba. Le indicó al conductor a dónde iba y preguntó el precio. Le pareció un poco caro, pero ya había cargado el equipaje y estaba demasiado cansada como para buscar otro transporte. Debía cuidar sus escasos ahorros. Dependía de que la finca le ofreciera algún ingreso para sustentarse. No tenía idea de qué otros trabajos podía realizar en la región.

El camino le trajo muchos recuerdos, en especial cuando pasaron por el cruce en el que solía encontrarse con Max. Se preguntó qué sería de su vida, si se habría casado y tendría hijos, como había arriesgado Denise. Las veces que se había atrevido a preguntarle por él a su abuela, ella le había dicho que no sabía nada. Le dio la impresión de que había desaparecido. Teniendo en cuenta que había vivido en varias partes, posiblemente se hubiera mudado una vez más.

Sintió rabia al recordar que quiso asistir al funeral de su abuela pero su ex no se lo permitió. Según él, tenían mucho trabajo en la compañía. Cuanto más analizaba su matrimonio con Liam, más se odiaba por haber sido tan obediente. Así como le había enseñado su madre que debía ser.

Se dio cuenta de que todavía conservaba un rodete y se lo desarmó con urgencia. Con razón le dolía tanto la cabeza, si llevaba el cabello tirante desde hacía más de un día.

Sus ondas rojizas cayeron sobre su camisa azul en libertad. Le pareció que, con el cabello suelto, pronto sentiría calor, por eso se lo ató en una coleta desprolija. Hacía tanto que no lo utilizaba de esa manera fuera del gimnasio que le pareció extraño mostrarse tan desaliñada en público. Estuvo a punto de quitarse los pendientes de perlitas, pero al final los dejó en su sitio.

La gata maulló. La medicación estaba perdiendo efecto. No quería sedarla de nuevo ni arriesgarse a recibir otro rasguño; tendría que aguantar si se ponía un poco nerviosa. Corroboró su estado mirando a través de las hendijas de la transportadora. Tras verificar que, a pesar de la intranquilidad, se hallaba bien, miró hacia adelante. Entonces, vio la finca.

Una catarata de recuerdos la azotó, erizándole la piel. Respiró hondo a medida que la vegetación se intensificaba y la casa principal se hacía visible a lo lejos. Muchas escenas surcaron su mente: el rostro de su abuela, los aromas de sus ricas comidas, el piano de la sala… Todo la llevó a sus diecisiete años.

Al llegar al cerco de entrada, le pagó al chofer, descendió del vehículo y se ocupó de bajar el equipaje. Hacía mucho que los pasajeros debían ocuparse de sus propios asuntos sin que los conductores interfirieran.

Acomodó la transportadora sobre una de las maletas, se colgó la mochila e intentó avanzar sujetando una manija con cada mano. Las rueditas se trababan en la tierra y en el césped, como así también en el pedregullo que cubría el suelo. Tuvo que dividir la tarea en partes. Primero llevó del otro lado de la cerca la transportadora y la mochila. Luego, una maleta a la vez, alzándolas en lugar de utilizar las rueditas. Quedó extenuada por el peso.

Trabó la cerca y repitió el procedimiento para llevar el equipaje hasta la puerta de la casa, que estaba a varios metros. Al terminar, se sentó un momento en las escaleras del porche para recuperar el aliento. Si cerraba los ojos, se dormiría allí mismo. Giró la cabeza y observó la puerta mosquitera y la de madera que estaban detrás para distraerse.

Aunque para su madre ese lugar fuera un "elefante muerto", a ella no dejó de parecerle tan majestuoso como la última vez que lo había visto. Era cierto: estaba un poco descuidado y sin duda había mucho trabajo por hacer para que fuera rentable. Sin embargo, había belleza aún en las maderas que se habían despintado con el paso del tiempo y en la tierra seca que rodeaba la casa.

Se levantó sujetándose de la barandilla. Supuso que la vivienda estaría desocupada y que el encargado y socio de su madre viviría en la cabaña auxiliar o en la estructura que solía ser para empleados. No quería instalarse sin avisarle primero. Además, necesitaba la llave. Fue a buscarlo.

A unos metros, del otro lado de la casa, divisó a un hombre subido a una escalera. Estaba armando con maderas el techo de lo que parecía ser un nuevo establo. Tenía piernas largas y fuertes, la espalda ancha y robusta; resultaba evidente que estaba muy bien entrenado. Su pelo castaño oscuro combinaba con el entorno y con su piel tostada. Una gorra descansaba sobre la caja de herramientas.

–Hola. Disculpe –dijo Hazel a la vez que se acomodaba el cabello.

Max dejó de trabajar de golpe. Reconoció esa voz, ese tono entre inocente y tímido que una vez lo había enloquecido. Era imposible que Hazel hubiera regresado. Su madre jamás se lo permitiría sabiendo que él estaba ahí.

Bajó la escalera despacio mientras intentaba recordar si acaso se había caído. Tal vez había sufrido una contusión y estaba alucinando.

En el momento en que él giró y le enterró la mirada, Hazel sintió que el mundo se sacudía. Lo reconoció a pesar del tamaño diferente de su cuerpo y de que tenía algo de barba. Lo habría reconocido aun si hubieran transcurrido ochenta años.

–Hola –repitió boquiabierta, casi sin aire–. ¿Me recuerdas?

–¿Debería? –replicó él con indiferencia.

–Bueno… Nos conocimos cuando yo tenía diecisiete años.

Max la miró de arriba abajo.

–Debe haber sido hace mucho –respondió.

Hazel procesó la información en un microsegundo. No alcanzó a entender si él quería decir que lucía como una anciana o que, como había transcurrido demasiado tiempo, no la recordaba. El chico que había conocido jamás hubiera sido tan descortés, así que decidió creer que la segunda opción era la correcta.

–Fue hace quince años.

–Pensé que más –contestó él. Entonces, Hazel ya no tuvo dudas de que sí estaba siendo grosero después de todo, de una manera dura pero inteligente.

–No importa –concluyó y tendió una mano para que él se la estrechara–. Soy Hazel. Hazel Anderson. La nieta de Elsie y la hija de Adeline.

Max le mostró la palma de una mano y la pistola para clavos que todavía sostenía con la otra.

–Comprenderás que estoy sucio –se excusó para no aceptar su saludo. A Hazel le pareció que no estaba tan sucio como para no saludarla, pero aun así retiró su oferta con dignidad.

–Estoy buscando al socio de mi madre –explicó.

–Soy yo.

–¿Tú? ¡Imposible!

Comprendió de pronto por qué su madre nunca le había contado que había conseguido un socio para que se ocupara de la finca y, más aún, por qué cuando se había visto obligada a mencionarlo evitó referirle quién era. ¡Con razón había dicho que se trataba de alguien con el que jamás se hubiera asociado!

–¿Por qué? –indagó él. Ella no se atrevió a decirle la verdad.

–No sé. Tan solo no lo imaginaba –respondió–. He… He venido porque… Viviré aquí a partir de hoy.

–¿Aquí? ¿Para qué?

–Para ocuparme de la finca de mi abuela personalmente.

Ahora era Max quien no podía hallar una razón lógica para lo que estaba ocurriendo. Tener que compartir el espacio con Hazel le pareció una burla del destino. ¿Dónde estaba su esposo? ¿Por qué

no llevaba la sortija de bodas y, en cambio, tenía un rasguño en la muñeca? ¿Por qué parecía sorprendida de verlo? ¿Acaso su madre no le había contado que él estaba a cargo de la finca? Estuvo a punto de enviarla por donde había llegado, pero se contuvo a tiempo: ella tenía tanto derecho como él a estar allí o, quizás, más.

–Bien –concluyó–. Era hora de que tu madre enviara a alguien para trabajar esta tierra; lo único que hace es llevarse su parte de las ganancias. Te mostraré dónde puedes instalarte.

Arrojó la pistola a la caja de herramientas y comenzó a caminar sin mirar atrás. Hazel respiró hondo, incapaz de creer lo que sucedía. Su corazón latía tan rápido que pronto comenzó a repercutir en su estómago. Para calmarse, se concentró en unos brazaletes delgados que Max llevaba en la muñeca y una sortija plateada en su dedo mayor. ¿Entonces no estaba casado?

Lo siguió hasta la puerta de la casa principal. Él miró las maletas, la mochila y la transportadora al pasar. Hazel esperaba que se detuviera frente a las escaleras. Siguió de largo.

–¿A dónde vamos? –preguntó.

–A la casa de huéspedes.

–P… Pensaba instalarme en la casona.

–Imposible, ahí vivo yo. Tú vivirás allí. –Señaló.

Hazel se quedó boquiabierta. Si el techo de esa cabaña de madera lograba sostenerse en pie y no se le caía en la cabeza mientras dormía, era un milagro.

–No puedo quedarme en ese lugar.

–Es cierto que necesita una buena limpieza, pero una vez que la acondiciones, estarás bien.

–¿La vivienda para empleados está ocupada?

–Soy el único aquí. Si la prefieres… Pero te advierto que luce aún peor.

Continuaron caminando hasta el escalón que daba ingreso al pequeño recibidor exterior de la vivienda. Él abrió la puerta. Las bisagras emitieron un chirrido digno de una película de terror.

–¿No tiene llave? –consultó Hazel.

–Tiene una traba interior.

–Mis objetos personales estarán aquí. ¿Cómo cerraré cuando salga?

–¿Para qué cerrarías? –respondió él, encogiéndose de hombros.

En ese momento, un murciélago salió volando del interior de la cabaña. Hazel gritó y se cubrió el rostro con los brazos. Max se apartó y lo dejó ir. La miró. Era tan tierna, bella y delicada como a los diecisiete años. Se introdujo en la vivienda para dejar de pensar en el pasado. Todavía tenía presente la posibilidad de la contusión y las alucinaciones.

–Es toda tuya –dijo en cuanto Hazel se atrevió a asomarse.

Ella observó alrededor. Lo primero que vio fue una pequeña encimera con un anafe y un fregadero al frente. A la derecha había un camastro cubierto con un edredón que era una inmundicia. Junto a él había una sola mesa de noche con una lámpara vieja repleta de telarañas. También una puerta que parecía conducir al baño. No quería imaginar lo que encontraría ahí.

–Bueno… Estoy tan cansada que podría dormir en una cueva –concluyó para conformarse e intentó sentarse sobre el camastro lleno de polvo.

–¡¿Qué haces?! –exclamó Max a la vez que la tomaba del brazo. La levantó antes de que pudiera apoyarse.

Alzó el colchón, que era más fino que un papel. Debajo de él, una enorme araña se agitó.

–¡Oh, por Dios! –exclamó Hazel.

Max recogió una varilla que descansaba contra una pared y comenzó a guiar al insecto para que se dirigiera hacia el borde del camastro y, luego, a la puerta de la cabaña. Logró que se escabullera entre el césped bastante rápido.

–Siempre tienes que revisar el camastro antes de sentarte o acostarte –indicó. Hazel no recordaba haber hecho eso los días que había pasado en la casona de su abuela.

–¿Cada vez? –replicó.

–Cada vez –repitió él con claridad.

–Tienes que estar bromeando.

–Así es aquí –contestó Max con simpleza y comenzó a caminar hacia ella para atravesar la puerta.

Hazel se movió para que no se la llevara por delante. No lo recordaba tan alto y fornido, le llevaba una cabeza. Lo observó salir. Extrañaba con creces al chico de dieciocho años que le había hecho compañía en la playa cuando estaba ebria y que la había defendido de un ladrón. ¿Tan mal le había ido en la vida que había terminado siendo frío y grosero?

–¡Max! –exclamó.

Oír su nombre en boca de Hazel sin que se hubiera presentado removió mucho en él. Hizo acopio de toda la fortaleza que fue capaz de recuperar en un segundo y giró para mirarla.

–Ya viste mi equipaje –continuó Hazel–. Estoy muy cansada por el viaje, es pesado y lo he cargado desde la cerca hasta la casona. ¿Podrías ayudarme a traerlo hasta aquí?

–Lo siento, tengo mucho trabajo que terminar antes de que anochezca –se excusó y siguió su camino hasta el futuro establo.

Hazel pensó en qué hora sería. El avión había aterrizado a las once y cuarto, como mucho debía de ser la una de la tarde. No la ayudaba porque no quería.

Max la observó cargar con su equipaje desde la escalera donde todavía intentaba construir parte del techo. Había visto la transportadora con el gato, de modo que no tenía dudas de que Hazel hablaba en serio cuando decía que pensaba instalarse en la finca.

Se sintió un desalmado por las actitudes que acababa de tener con ella, pero no la quería allí. No en ese momento. Era evidente que se había separado de Liam, lo que no entendía era por qué Adeline no le había impedido mudarse a ese lugar o, al menos, por qué no le había avisado a él que su hija iría. De haberlo sabido, se habría preparado. Quizás, incluso hubiera limpiado en lugar de ella.

Aunque intentó trabajar, permaneció atento a sus movimientos. Era todavía más hermosa de lo que recordaba. La vio colocar el gato en un corral vacío que estaba junto a la cabaña; intuyó que el rasguño que tenía en la muñeca provenía del animal. No ingresó las maletas, sino que abrió una, escogió una prenda de las tantas delicadas que tenía y la llevó hasta el estanque. La humedeció y regresó a la cabaña, supuso que para fregarla. Le partió el alma que

ni siquiera tuviera elementos con los que hacer la tarea, así que terminó bajando de la escalera. Fue a la casona y reunió lo que le haría falta. Se lo dejó en la puerta sin que ella se diera cuenta.

Por supuesto que la recordaba, casi parecía que todo había ocurrido el día anterior. También el pasado difícil que lo había llevado a ella.



11

Veinte años antes

Un rato más. Solo un rato más y habrá terminado. Excepto que haya olvidado que me dejó aquí, pensó Max con las rodillas abrazadas contra el pecho. La lluvia ya le había calado los huesos. Le ardían las heridas de la espalda y temblaba de frío.

Miró hacia la ventana. Vio a su madre asomada. Quién sabe hace cuánto que lo custodiaba desde allí. Prefería que no lo hiciera. Cuando su padre se daba cuenta, se desquitaba también con ella. Una vez, incluso, le había arrojado una botella. Luego le gritó porque había desperdiciado las últimas gotas de alcohol en eso. Entonces, la golpeó. Según él, ella tenía la culpa.

Alzó la cabeza para ver si, más allá del patio de su apartamento del condominio de Melbourne, el cielo estaba despejado. Lo amargó darse cuenta de que llovería por mucho tiempo.

De pronto, su madre abrió la puerta del fondo y corrió hacia él con el rostro contrito.

–¿Qué haces? Regresa adentro –pidió Max, sin moverse de su posición en caso de que su padre estuviera viendo.

–Se fue a comprar más bebida. Ven conmigo –rogó ella. Él permaneció quieto–. ¡Apresúrate! Olvidó que te dejó aquí. Es

nuestra oportunidad. ¡Muévete!

Se levantó y entraron juntos a la casa. Su hermanita de diez años lo observó, asustada. Seguro se había impresionado por las heridas; su padre le había arrancado la camiseta antes de golpearlo con el cinturón y estaban al descubierto. Se acuclilló frente a ella y sonrió para que se relajara.

–¿Y? ¿Ya descubriste dónde oculté el tesoro? –preguntó. En lugar de entusiasmarse, Chelsea lo abrazó llorando–. ¡Ey! Tranquila. Todo está bien.

Pero no, no lo estaba. Llevaba trece años de vida bajo el mismo tormento y estaba bastante cansado.

Le acomodó el cabello desaliñado.

–Te prometo que, si encuentras el tesoro, te daré un premio. Anda, sigue buscando.

Quería que Chelsea se distrajera así dejaba de ver la sangre. Era una niña muy inteligente; supo por cómo lo miró que se dio cuenta de su estrategia. Aun así, se echó a correr hacia el baño. Eso le permitió a él ir a su dormitorio.

Su madre lo siguió. Max quería quitarse el pantalón mojado. Ella lo obligó a sentarse en el suelo primero. Sintió sus dedos bordeando las heridas. Se dio la vuelta en cuanto escuchó que lloraba.

–Mamá. ¡Mamá! –repitió para atraer su atención–. Regresa a la cocina antes de que él vuelva. Estaré bien, te lo prometo.

Aurora le acarició una mejilla. Sabía que debía hacer algo para proteger a sus hijos, en especial a Max, con quien su esposo se ensañaba siempre, pero no sabía ni por dónde empezar. Era tan grande el miedo a que Isaac la atrapara en la osadía de rebelarse que siempre terminaba renunciando a la idea.

–Iré por el botiquín de primeros auxilios –susurró, acongojada, y huyó al baño para que su hijo no la viera llorar.

Procuró reponerse enseguida y regresó a la habitación. Max no se había movido. Le higienizó las heridas lo más rápido que pudo y reordenó las cosas en el baño. Debían hacer todo antes de que Isaac regresara. De lo contrario, corrían el riesgo de que recordara que había dejado a su hijo bajo la lluvia como castigo y se diera cuenta de que él ya no estaba en ese sitio.

Pronto se oyó la puerta del apartamento. Isaac se sentó en una silla frente al televisor. Tras beber la mitad de la nueva botella de licor, se quedó dormido con la cabeza colgando sobre el pecho.

Cada vez que eso ocurría, Max se plantaba frente a él para observarlo. A veces, cuando lo veía en ese estado de sumisión total, pensaba que sería una buena oportunidad para terminar de una vez con el infierno en que vivían. No entendía de denuncias policiales ni de órdenes de alejamiento, solo de lo que podía hacer con sus propias manos, y matar a su padre era lo único que se le ocurría. Por supuesto, en cuanto se daba cuenta de lo que estaba ideando, se horrorizaba de sí mismo y corría lo más lejos posible de él, prometiéndose que jamás llegaría a hacerlo. Podía convertirse en un muerto, pero no en un asesino.

La secuencia se repetía al menos una vez por semana. En algunas oportunidades, con más saña; otras, con menos. Pero, a fin de cuentas, siempre terminaba enfrentándose a su padre para que dejara en paz a su madre y a su hermana, y recibía algún castigo. Aurora le había pedido muchas veces que no lo hiciera. Sin duda no estaba en su cabeza y no sentía la responsabilidad de defenderlas.

Una tarde, Isaac llegó de la calle ebrio mientras él jugaba con su hermanita. Como la niña rio demasiado fuerte para su gusto, se dirigió a ella para asestarle una bofetada. Max le apartó el brazo sin mirarlo.

–Déjanos en paz –ordenó.

–¿Qué dijiste, pedazo de basura? –bramó el hombre.

Max se levantó y lo enfrentó, aunque su padre fuera bastante más alto y mucho más corpulento.

–Que te vayas a la mierda, borracho hijo de puta.

–¡Max, no! –rogó su madre, cubriéndose la boca en un rincón.

La golpiza ese día fue feroz. Como no llovía, Isaac no pudo dejarlo bajo el agua como conclusión del castigo. De todas maneras, lo arrojó al patio como lo que había dicho que era: un trozo de basura, y regresó al sofá para seguir bebiendo.

Max intentó incorporarse apoyando las rodillas y las manos en el suelo. Escupió sangre. Veía borroso.

Permaneció un buen rato en esa posición, luchando para mantenerse consciente y sin fuerzas para levantarse. Ni siquiera pudo recomponerse cuando su madre corrió hacia él; tampoco hablarle. Ella se arrodilló a su lado y comenzó a tocarle el rostro.

–¡Max! ¡Max, por favor! –murmuró, llorando.

Lo ayudó a levantarse y lo dejó en el sofá rotoso que su padre a veces utilizaba para beber. Max no tuvo fuerzas para moverse tampoco en ese momento. Chelsea se sentó a su lado, lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho. Ni siquiera pudo responder a eso acariciándole el cabello, como solía hacer.

Perdió la conciencia por un momento. Cuando volvió a abrir los ojos, su madre estaba dándole golpecitos suaves en la mejilla. Oyó el llanto de su hermana. Sintió el sabor de la sangre y olor a alcohol derramado.

–Camina –ordenó Aurora y se colocó debajo de su brazo para ayudarlo a levantarse–. Chelsea, recoge la maleta –pidió.

Salieron de la casa de noche, mientras su padre estaba en el mercado comprando más bebida.

Caminar hasta el hospital fue duro y complicado. Mientras aguardaban en la sala de espera, Aurora miraba hacia todas partes, temerosa de que Isaac los encontrara. Cuando al fin los llamaron al consultorio, se echó a llorar delante del médico.

–¡Por favor, tiene que ayudarnos! –rogó.

–Explíqueme –solicitó el doctor.

–Su padre lo dejó de esta manera –confesó señalando a Max, que todavía estaba un poco inconsciente–. Tiene que ayudarnos. Si volvemos a ese apartamento, lo matará. ¡Matará a mi hijo!

Después de que el médico atendió a Max, los llevaron a un consultorio desocupado donde los esperaban dos oficiales de policía.

Aurora les relató llorando acongojada lo que sufrían desde hacía años. Terminaron en la estación de policía.

–¿Tiene algún lugar a donde ir? –consultó el comisario a la vez que escribía la denuncia. Aurora negó con la cabeza. Mientras tanto, Max intentaba entretener a su hermana haciéndola seguir las líneas de la palma de su mano cada vez más rápido–. ¿No hay parientes, amigos, conocidos? –Aurora volvió a negar con la cabeza. El hombre

suspiró–. En ese caso, intentaremos ubicarlos en un hogar temporal. Tendrán que aguardar aquí durante algún tiempo. Puede que nos demande unas cuantas horas.

–¿Me quitarán a mis hijos? –preguntó ella, llorando–. ¡Yo sabía que no debía hacer esto!

–Tranquila. Me refiero a un establecimiento para personas sin hogar. En cuanto a su esposo, elevaremos la denuncia al juzgado y solicitaremos una orden de alejamiento. Podrán quedarse en el hogar hasta que Servicios Sociales la ayude a conseguir empleo y puedan establecerse por sus propios medios. ¿He sido claro?

Aurora asintió, aliviada, aunque aún sentía mucha angustia.

Les ofrecieron comida, bebida y un sitio para dormir en una celda que, aunque era fea e incómoda, resultaba mucho mejor que su propia casa.

Max se respaldó en la pared con la cabeza de su hermana apoyada en las piernas. Su madre ya se había dormido. Estaba agradecido con ella porque, a pesar del terror que la atravesaba, se había atrevido a intentar salvarlos.

Despertó cuando oyó que su madre conversaba con una oficial. Por lo poco que entendió, al parecer les habían encontrado un lugar en un hogar temporal y el juez ya tenía la denuncia en sus manos para labrar la orden de alejamiento.

Los trasladaron enseguida. Una vez en el lugar, les pidieron que dejaran sus pertenencias en una gaveta con llave. Como su madre solo había guardado ropa de sus hijos en la única maleta que llevaba, le hicieron elegir algunas mudas de ropa de un conjunto de donaciones.

–¿Sus hijos están escolarizados? –preguntó la directora del hogar. Aurora asintió con la cabeza–. ¿Y usted? –Negó–. ¿Sabe leer y escribir? –Asintió–. ¿Hasta qué nivel de estudios cursó?

–Solo la educación primaria.

La mujer completó una ficha en la que también incluyó a qué escuela iban Max y Chelsea, dónde vivían hasta ese momento y si estaba dispuesta a relocalizarse en caso de que surgiera un empleo en otra ciudad.

El tiempo que vivieron allí se extendió más de lo que creían. Por lo menos, lejos de Isaac estaban a salvo de las golpizas. El hombre había pasado unas horas entre rejas por el estado en el que había dejado a Max. Lo liberaron en cuanto el juez estableció la restricción para que no pudiera ir en busca de su esposa y de sus hijos.

Para evitar que tuviera oportunidad de encontrarlos, Aurora siguió el consejo de cambiarlos de colegio. Modificar el ámbito también en ese aspecto no era lo ideal para los chicos en ese momento, pero era mejor que exponerlos a su padre.

Como en el hogar nada les pertenecía, aprendieron que la vida era prestada. Max estaba obligado a dormir en el cuarto de varones. Su madre y su hermana, al menos, podían pasar juntas la noche. Había solo diez minutos para bañarse día por medio. El jabón y los productos para el cabello debían durarles todo el mes. Si rompían algo, Aurora debía reponerlo trabajando para el lugar. Por esa razón, Chelsea tenía miedo de tocar los juguetes que había disponibles y estaban agradecidos de que la vajilla fuera de plástico.

Max no tenía amigos, todos se habían quedado en su colegio anterior y en el condominio, a los que no podía regresar por el riesgo de que su padre diera con ellos. En el hogar solo pasaban la noche varios viejos vagabundos y algunos drogadictos. Le costaba concentrarse para estudiar y casi no hablaba con la gente en el colegio nuevo. Temía que le preguntaran dónde vivía y tener que contarles la verdad.

Viviendo allí, su hermana cumplió once años, y él, catorce. Las encargadas del turno tarde le prepararon un pastel a cada uno. Algunas les llevaron regalos. Aunque no eran objetos costosos, Chelsea alucinó con una muñeca que imitaba las Barbies. Era lo primero que le pertenecía realmente después de que hubieran abandonado su apartamento.

Una tarde, su madre los reunió en el comedor, antes de que se llenara de gente para la hora de la cena.

–La directora me dijo que apareció un trabajo para mí. Les costó conseguirme uno porque nadie quiere en su casa a una mujer con dos hijos. Es en Canberra. Ella dice que sería bueno que lo aceptara, porque no saben cuándo podría aparecer otra oportunidad de ser

mucama con cama adentro teniendo dos chicos a mi cargo y que también nos vendría bien alejarnos de Melbourne para estar más seguros de que su padre no nos encontrará. El juez autorizará nuestro traslado y el divorcio. No puede exigirle una manutención, porque no tiene un trabajo declarado. Partiremos en una semana. Quería que lo supieran con anticipación.

Fueron días largos en los que la imaginación tuvo más lugar que la realidad. Chelsea le confió a Max que creía que los compañeros de una nueva escuela se burlarían de ella porque provenía de un hogar temporal y que, si continuaban cambiándose de colegio, nunca conseguiría amigas. Él intentó consolarla explicándole que, algún día, se establecerían para siempre en un sitio propio donde se sintieran seguros, amados y protegidos.

Viajaron a la nueva ciudad en un autobús que les pagó el gobierno. El recorrido duró ocho horas. En la terminal los esperaba el chofer de la familia para la que su madre trabajaría. Los tres se ubicaron en silencio en el asiento de atrás. Aunque el hombre intentó establecer una conversación, Aurora se mantuvo distante. Max percibió que tenía mucho miedo.

La casa lo dejó boquiabierto. Era una mansión rodeada por un parque hermoso, lleno de plantas y flores magníficas. Su hermanita tomó su mano, asustada, quizás, por tanto lujo. Entraron así a la sala.

Las grandes baldosas lustradas de color blanco y negro, los muebles ostentosos y la imponente escalera de mármol lo hicieron sentir lo que su padre se había cansado de repetir: un trozo de basura. En ese caso, uno que ensuciaba esa sala de ensueños.

Los recibió un matrimonio distinguido con sonrisas amables.

–¿Qué tal? Bienvenidos –dijo el hombre. Max notó que, si bien se comportaba de manera cordial, no le ofreció la mano a su madre para estrechársela. Eso le hizo notar que él y su familia pertenecían a otra clase de personas. Esas que, por ser pobres, no hay que tocar–. Soy Jordan, ella es mi esposa Eva.

La señora sonrió y se acuclilló frente a su hermanita.

–Hola, linda. ¿Cómo te llamas? –preguntó.

En lugar de responder, Chelsea bajó la cabeza y apretó la mano de Max.

La mujer dejó escapar una risita a la vez que se erguía.

–Parece que es un poco tímida –masculló sin perder la sonrisa.

–Adelante, les mostraré sus habitaciones –pidió el señor e indicó una dirección con la mano.

Los condujo a la cocina y, de allí, a un pasillo con poca luz. Les mostró sus dormitorios: uno para su madre y la niña, y otro para él. Había también un baño de servicio bastante deteriorado y una habitación de lavado. Las paredes estaban manchadas, todo era húmedo y frío. Les informó que, a partir de ese momento, debían utilizar la entrada alternativa y que jamás debían volver a ingresar a la casa por la puerta principal.

En la conversación que esos señores mantuvieron con su madre, Max se enteró de que allí también vivían los hijos del matrimonio: un varón de dieciséis años llamado Austin y otro de catorce al que mencionaron como Carter.

Muy pronto, esos chicos lo ayudaron a comprobar la posición que ocupaba en esa casa: el hijo de la sirvienta merecía ser humillado. Le jugaban bromas cuando lo veían regresar de la escuela estatal con sus uniformes del colegio privado y despreciaban abiertamente todo lo que él tocara.

Max sabía que vivía en una mansión, pero no como un ser humano, sino más bien como las ratas del sótano. El matrimonio no les permitía compartir a él ni a su hermana nada con sus hijos. La piscina era exclusiva de ellos, como así también la consola de videojuegos y el televisor. Una vez, Max se hizo de un celular que los chicos arrojaron a la basura y su madre fue reprendida por eso.

Oyendo a escondidas esa conversación se enteró de que las sonrisas del principio habían sido falsas. Su madre casi no recibía un salario por su trabajo y no tenía horarios. Era más bien una esclava.

Aurora se atrevió a susurrar, cabizbaja, que necesitaba cobrar un poco más para comprarles útiles escolares a sus hijos. “El señor”, como ella lo llamaba, respondió que le pagaba menos de la mitad del salario convenido porque le salía muy caro mantener a dos chicos y que debía valorar que, gracias a que ellos los habían

acogido en su casa, ella no tenía que pagar una renta. Como desconocía sus derechos, Aurora le creyó y guardó silencio.

–¿Sabías que lo que hace "el señor" es ilegal? –le preguntó Max una noche mientras celebraban su cumpleaños número quince con un pequeño pastel que su madre había preparado a escondidas. Si los señores se enteraban de que había utilizado sus productos para eso, la regañarían.

–¿Ilegal? –repitió su madre, sin entender.

–Debería pagarte el salario que acordaron y el que aparece en tu recibo. Lo aprendí en el colegio.

Aurora guardó silencio. Nunca le habían entregado un recibo a cambio del dinero.

Estaba tan harto de esa vida, tan resentido, que un día escupió la ensalada de los jefes de su madre y la revolvió para que no se notara cuando ella la trasladara de la cocina al comedor.

No se dio cuenta de que Chelsea se encontraba allí hasta que ella rio.

–¿Qué viste? –consultó.

–Todo.

–Jamás me imites. Lo que hice no está bien.

La niña siguió riendo.

Una tarde, mientras su madre limpiaba algún sector de la inmensa casa, Max salió de su dormitorio con intención de buscar agua en la cocina. Se quedó estático cuando vio que Austin estaba espiando por la puerta entornada del sanitario. Oyó el ruido de la ducha. No tuvo dudas de que su hermana de doce años se estaba bañando y que el degenerado de diecisiete la estaba espiando.

–¿Qué haces? –masculló y se arrojó sobre él como una fiera salvaje. Lo aprisionó contra la pared con un antebrazo en el cuello.

–¡No me toques!

–Aléjate de mi hermana. Si te veo cerca, te mataré. ¿Oíste?

–Suéltame, maldito.

Max lo aprisionó más.

–Solo cuando me jures que no volverás a acercarte a ella. ¡Júralo o te mato ahora!

Austin logró quitárselo de encima con un empujón. Huyó corriendo por el pasillo.

Max se acercó a la puerta del baño para intentar descubrir si su hermana había oído algo. Justo en ese momento, ella cerró la canilla y él pudo oír su voz. Entonaba con dulzura una canción. Soltó el aire que había estado conteniendo, aliviado de que no se hubiera enterado de lo que había sucedido. No quería imaginar cómo podía afectarla saber que un degenerado la había estado espiando desnuda. Como las ratas solo se llevaban lo peor, la bañera no tenía cortinado ni mampara.

Al día siguiente, mientras aguardaba el autobús para regresar a la casa después del colegio, recibió un golpe en la nuca. Si bien trastabilló y casi terminó en el suelo, logró mantener el equilibrio. Giró en una fracción de segundo, todavía agachado, y vio a Austin con dos amigos. Todos llevaban el uniforme del colegio privado. Acababa de golpearlo con un tubo anaranjado.

Se irguió lo más rápido posible y se abalanzó sobre el hijo del jefe de su madre como un animal cazando. Lo arrojó al suelo y lo golpeó en la boca con el puño. Un amigo de Austin intentó apartarlo asiéndolo de la cazadora. Sacudió el brazo y, así, consiguió liberarse. Le asestó el puño en el estómago para apartarlo. El chico se alejó tambaleándose.

Max encegueció de ira. De pronto, dejó de ver el rostro de Austin y comenzó a ver el de su padre. La vida miserable que tenía desde que guardaba algún recuerdo, la porquería que soportaba cada día en esa casa de ricos.

Lo golpeó tanto que la sangre se esparció por el suelo y por sus manos. Los hilos rojos, incluso, comenzaron a correr por dentro de la manga de su cazadora negra, humedeciendo sus antebrazos.

Cuando sintió que los nudillos le dolían demasiado, echó la cabeza atrás, agitado, e intentó ver el cielo. Gritó sentado sobre su víctima, poseído. Nunca se había sentido más fuera de sí que en ese momento.

Bajó la cabeza y vio a Austin desfigurado. Solo entonces fue consciente de lo que había hecho. Oyó que el otro chico al que había golpeado pedía ayuda. El tercero había huido, no sabía en qué

momento. Al mismo tiempo, comenzó a escuchar una sirena. Miró alrededor: había una chica cubriéndose la boca. Unos libros descansaban a sus pies, supuso que se le habrían caído cuando vio la escena.

Estaba perdido.

Se levantó temblando y corrió sin recoger la mochila.

Logró llegar a la mansión más rápido de lo que hubiera tardado en un autobús. Encontró a su madre arrodillada, limpiando el retrete del baño de la planta baja.

–¡Por Dios! ¿Qué ocurrió? –exclamó ella al ver la sangre.

–Llévate a Chelsea lo más lejos posible de esta casa –rogó él.

–¡Max! ¿Qué te hicieron?

Max no se atrevió a decirle. Se le humedecieron los ojos igual que a ella. Volvió a oír la sirena de la policía.

–Lo siento –susurró.

Salió del baño de inmediato. No le hizo falta mirar atrás para saber que su madre lo seguía. Dos policías abrieron la puerta de la casa y le ordenaron que alzara las manos. Aurora gritó, asustada.

–¿Qué ocurre? –preguntó–. ¡Tiene que haber un error! ¿Por qué tratan así a mi hijo?

"El señor" entró detrás de la policía.

–¡Ocurre que tu hijo casi mató al mío! ¡Recoge tus cosas y márchate ahora mismo! Está enfermo. Enfermo de ira y de rencor. ¡Llévenselo!

Max nunca se había rebelado. Jamás había desobedecido a la autoridad hasta ese momento en el que sintió que su vida entera, aunque fuera una basura, se iba por un barranco teñido de injusticia.

Cuando un oficial quiso colocarle un brazo atrás, intentó soltarse. En cuanto el otro se acercó, lo empujó con la mano libre. Estaba harto. Prefería que le dispararan a la cabeza antes que seguir viviendo de esa manera.

Por supuesto, ningún oficial extrajo el arma reglamentaria tratándose de un menor. Tan solo lograron apresarlo utilizando más fuerza física y lo llevaron al coche esposado.

Lo último que oyó fue a su madre repitiendo que tenía que haber un error, que su hijo era incapaz de casi matar a alguien y que por favor no lo lastimaran.



12

Su hermana y su madre debieron abandonar la mansión y regresaron a un hogar transitorio. Con la excusa de que no las querían cerca, el matrimonio les impidió llevarse sus objetos personales, por lo cual perdieron todo. Aurora no sabía que podía reclamarlos y aceptó vivir de donaciones de nuevo.

Max fue interrogado. Dijo que estaba en la parada del autobús cuando recibió un golpe en la nuca por parte de Austin y que por eso se desató la pelea.

–¿Por qué te golpearía? –preguntó la jueza. Para proteger a su hermana, tan solo se encogió de hombros.

Los amigos de Austin, en cambio, declararon que Max había comenzado el altercado. En cuanto al golpe que él tenía en la nuca, uno de los chicos dijo que se lo había asestado con el tubo que usaban para un experimento del colegio cuando creyó que estaba a punto de matar a Austin. Como era cierto que el tubo provenía de ahí, tenía las huellas dactilares de mucha gente y la única testigo del caso solo había visto a Max moliendo a golpes al otro chico, las autoridades creyeron esa versión de los acontecimientos.

Su hermana y su madre lo defendieron, pero sus dichos de que él era incapaz de casi matar a alguien no sirvieron de nada ante los hechos. Además, Austin declaró que Max lo había amenazado de muerte el día anterior. No existían testigos de esa conversación. Sin embargo, por los antecedentes relacionados con su padre, esa

afirmación sirvió para fortalecer la idea de que, para encauzar su vida y reparar el daño realizado, Max necesitaba una sanción.

En las audiencias se enteró de que Austin padecía consecuencias irreversibles por la golpiza. Tenía el tabique nasal fracturado. Había perdido cuatro dientes y parte de la visión de un ojo. Su rostro estaba tan desfigurado que, por más que le practicaran cirugías estéticas, jamás volvería a lucir igual.

Durante la lectura del veredicto, oyó que las pericias psicológicas habían determinado que él era incapaz de controlar la ira, posiblemente a causa del vínculo violento que tenía con su padre, y que era un riesgo para sí mismo y para la sociedad si continuaba por ese camino. Por esa razón, recibió la sanción de pasar nueve meses en un centro de detención para adolescentes.

Ante la desazón de Aurora, la jueza le explicó que no se trataba de una prisión similar a la de los adultos, sino más bien de un centro de formación donde recibiría contención y educación. A Max no le importaba dónde terminaría, sino cuán culpable se sentía porque su madre llorara como si fuera el fin del mundo. En el fondo, era un poco ingenuo. Creyó las palabras de la jueza y pensó que nueve meses en un colegio no eran la muerte de nadie.

Lo llevaron hasta el predio en un coche de la policía. En cuanto ingresó, el director le mostró las instalaciones. Luego lo dejó en un baño con un celador. Este le indicó que se pusiera un uniforme de color café frente a él. No le quedó más remedio que quedarse en ropa interior delante de ese desconocido.

Antes de que se colocara la camiseta, el hombre señaló la cadenita que tenía en el cuello.

–Debes quitarte eso; no se permiten objetos personales aquí. Deposítala en esta caja, te la devolveremos al irte.

–No puedo. Es muy importante para mí –expresó él.

El tipo se la arrancó y, por esa respuesta, Max pasó la primera noche muerto de frío en una zona especial de detención.

Lo liberaron al día siguiente, a la hora del almuerzo. Llevaba tanto tiempo sin ingerir alimentos que terminó aceptando todas las normas con tal de recibir un bocado.

Al llegar al comedor, un centenar de miradas lo atravesó. Oyó murmuraciones. No les prestó atención. Se sirvió arroz y carne en una bandeja, recogió zumo de frutas de un refrigerador y buscó un lugar libre en alguna mesa. Cuando creyó hallar uno, quien se encontraba sentado junto al sitio se movió de manera que él ya no cupiera en la banca. Fue el primer indicio de cómo era el ambiente en esa institución.

Como estaba en plan rebelde harto de todo, igual avanzó hasta el lugar y se sentó empujando al que había intentado ocupar la banca completa. Comenzó a comer sin mirar a sus compañeros. El chico se metió el dedo en la nariz y le arrojó un moco sobre el arroz. Los demás integrantes de la mesa rieron.

Las pericias arrojaron que tenía problemas para controlar la ira. Quizás fuera cierto, porque en ese momento tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener el deseo de moler a golpes a ese imbécil. Simplemente respiró hondo, se levantó y arrojó la comida al cesto de basura. Luego se aproximó al mostrador para servirse de nuevo.

–No puedes hacer eso –le indicó un celador–. Es una sola ración por persona.

Max le devolvió una mirada de hastío, pero, en lugar de desobedecer, tan solo dejó la bandeja en el sitio de los trastos sucios e intentó ir a su dormitorio.

–Nadie sale del comedor hasta que demos la orden –explicó el celador que custodiaba la puerta–. Entran y se retiran todos juntos.

–Entonces tal vez quiera encontrarme un asiento –replicó Max, molesto.

Solo por esa respuesta lo llevaron a la oficina del director.

–Parece que tienes problemas para respetar las normas –dijo el hombre, mucho menos amable que cuando lo recibió–. Esto no es un hotel de cinco estrellas, no estás aquí de vacaciones. Viniste para hacerte hombre. Un hombre entiende que no está por encima de la ley.

–Tan solo quería sentarme en el comedor –manifestó.

–¿Acaso te autoricé a responder?

–Intento explicarle que…

–Cállate antes de que pierda la paciencia. Aprenderás a respetar las reglas. La próxima vez que quieras decirle algo a un superior, le pedirás permiso o habrá consecuencias. ¿Está claro?

–¿Puedo contestar? –se burló.

Terminó en la helada celda de reeducación de nuevo.

Ese lugar no era una prisión como las de los adultos, pero se le parecía bastante. Estaba rodeado por un alambrado imposible de sortear, había reglas estrictas y horarios que cumplir. Sus compañeros eran lo menos parecido a gente amable y ni siquiera se comía bien.

La primera noche que durmió en la cama que le habían asignado dentro de uno de los dormitorios, despertó en la madrugada cuando presintió que otros chicos lo rodeaban. Alguien le introdujo un pañuelo en la boca con intención de ahogar su voz mientras que otros lo sujetaron para que no se moviera. Lo levantaron tirando de sus extremidades y lo llevaron al patio. ¿Dónde estaban los celadores cuando se los necesitaba? Todo le indicó que esos "bautismos de novatos" ilegales estaban permitidos.

Lo desnudaron, lo rociaron con agua de una manguera a presión, lo patearon. El recuerdo de las palizas de su padre lo aturdió. Temía perder el control, desfigurar a alguien y que le extendieran la sanción, por eso tan solo se enroscó en el suelo y permitió que los demás hicieran lo que quisieran con él.

Recibió tantos golpes dolorosos que, en un momento, tuvo que buscar una vía de escape mental. Cerró los ojos y comenzó a repasar escenas de su vida. Viendo a su hermanita cuando era bebé, consiguió abstraerse de la realidad. Su sonrisa a los tres años le sirvió como refugio.

Recuperó la conciencia cuando amanecía. Un celador lo encontró desnudo en el patio, mojado y golpeado, e hizo que lo llevaran a la enfermería. Pasó allí tres días.

A la hora del almuerzo del día que lo devolvieron al edificio común, procuró posicionarse primero en la fila de estudiantes que iban al comedor para no tener el problema de buscar un lugar. Un chico corpulento se sentó frente a él tras recoger su ración.

–Veo que ya te dieron la bienvenida –comentó. Max no respondió–. Tendrás que aprender a defenderte si no quieres terminar estúpido. Estúpido en serio, por una patada en la cabeza o cualquier cosa parecida.

–Claro. Le pediré al director que me cambie las clases de carpintería por las de lucha libre –ironizó. Sabía que esa actitud podía hacerle ganar otro enemigo, pero ¿qué más daba? No quería relacionarse con nadie de ese sitio.

Para su sorpresa, el chico rio.

–¿Por qué te sancionaron? –indagó.

–Casi maté a alguien.

–¿Cuánto tiempo te dieron?

–Nueve meses. ¿Y a ti?

–Dos años. Maté a mi padrastro.

–¿Por qué?

–Por hijo de puta.

Max sonrió, cabizbajo.

–Te entiendo. Muchas veces tuve la fantasía de matar a mi padre por la misma razón.

–¿Lo intentaste y por eso te sancionaron?

–No. Peleé con otra persona.

–¿Estabas ebrio o drogado, o se lo merecía?

–No consumo drogas ni bebo. Podría decirse que se lo merecía.

–Espero que lo hayas arruinado.

–En cierto punto, sí. Pero creo que me arruiné más a mí mismo. No estoy orgulloso de lo que hice.

–Yo sí. El maldito ya no podrá violar a sus hijos. –Max guardó silencio, conmocionado al darse cuenta de que existían personas cuyas vidas habían sido aún más duras que la suya–. Te enseñaré a defenderte si quieres –continuó el chico–. Soy Kai.

–Max.

El domingo, su madre lo visitó en el horario estipulado para ello. Inteligentes, sus compañeros no habían tocado su rostro en la golpiza. Por eso no tuvo que inventarle una excusa: los hematomas no se veían.

–¿Cómo estás? –preguntó Aurora, lagrimeando.

–Bien –mintió él.

–¿Te tratan con respeto? ¿Te alimentan bien?

–Sí. ¿Cómo estás tú? ¿Y Chelsea?

–Estamos bien. Servicios Sociales nos consiguió una nueva casa donde mudarnos. Dicen que es mucho más fácil encontrar empleos para mí teniendo solo una niña a mi cargo y no un adolescente varón.

Max sabía que, quizás por la falta de educación, su madre era muy ingenua y transparente. Por esa razón, comprendió que no le contaba eso para que se sintiera mal. Sin embargo, fue inevitable pensar que ellas estaban mejor sin él y que tan solo era una molestia, aunque su madre no lo sintiera así.

–Me alegro –dijo–. ¿Es muy lejos?

Aurora bajó la cabeza, apenada.

–Es en Gold Coast.

–Ah… Bien.

–No lo aceptaré. Pensaba venir a visitarte todos los domingos. Si nos mudáramos allí, con suerte podría acercarme una vez por mes.

Max se inclinó sobre la mesa en busca de sus ojos. Sonrió para tranquilizarla.

–Mamá, creo que deberías aceptar ese empleo. El hogar transitorio no es bueno para Chelsea. Solo ten cuidado, por favor. ¿Sabes cómo está compuesta la familia con la que vivirán?

–Al parecer solo se trata de un matrimonio de ancianos.

–De acuerdo. Cuidado con ese hombre, nada más.

–¿Por qué? Hijo… No puedo quitarme de la cabeza lo único que alcanzaste a decirme antes de que la policía te apresara. Por favor, si algo ocurrió con tu hermana, necesito saberlo. Me resulta imposible creer que tan solo golpeaste a Austin porque sentías rencor. Te conozco. Eso de que él era rico y tú, pobre, como fuente de ira no tiene sentido.

Max suspiró. Bajó la cabeza y volvió a respaldarse en la silla.

–Si te lo cuento, debes prometerme que jamás se lo dirás a Chelsea. Tiene doce años, me asustan las consecuencias que podrían existir para ella y su relación con los varones si supiera lo que ocurrió.

–Habla, por favor.

–Encontré a Austin espiándola mientras se duchaba.

–¡Oh, no! –exclamó Aurora, cubriéndose la boca con las manos–. Debiste decírselo a la jueza. Quizás, eso habría aliviado tu sanción.

–No lo creo. No hubo testigos, ¿quién me creería?

–¿Por eso lo amenazaste de muerte? –Max asintió. Su madre negó con la cabeza y sollozó–: No puedo irme a Gold Coast y dejarte aquí.

–Por favor, mamá: lleva a Chelsea al mejor sitio que encuentres. No pienses en nada más.

A pesar del miedo que sentía de quedarse realmente solo en ese horrible lugar, convenció a su madre de que accediera al empleo y se mudara a Queensland.

Estar a su suerte lo llevó a aceptar la oferta de Kai. De lo contrario, terminaría herido o quién sabe qué más. En poco tiempo, aprendió a pelear de verdad, controlando los movimientos y sus emociones para no cometer errores, incluso para no dejar rastros visibles de lo que hacía. En cuanto sus compañeros lo provocaron de nuevo, encontraron una fuerte respuesta. Lo molestaron un par de veces más hasta que entendieron que ya no podían meterse con él y fueron en busca de otro novato.

El hecho de no poder responder a las autoridades lo volvió callado. En el centro de detención no había muchos motivos para reír, así que también se convirtió en un chico bastante serio. No se sentía conectado con sus compañeros, ni siquiera con Kai, por lo cual acabó siendo solitario.

Tomó las clases regulares para terminar la escolarización obligatoria y, además, varios talleres. Carpintería, electricidad, fontanería. Hacían ejercicio a diario. El director repetía en cualquier oportunidad que la mejor manera de no volver a cometer los errores que los habían llevado allí era la educación.

Durante los nueve meses que pasó en ese lugar, su madre lo visitó solo dos veces. Le costaba ahorrar dinero para los pasajes. Según ella, la vida en Gold Coast era pacífica y los ancianos para los que trabajaba eran buenos. Incluso le contó que, cuando ella les dijo que tendría que llevar allí a su hijo, ellos le ofrecieron rentarle un apartamento que tenían desocupado por muy poco dinero y que ella

trabajara las horas reglamentarias sin permanecer todo el tiempo en la casa.

Max no confiaba en nadie. Aun así, todavía era menor de edad y dependía de su madre, así que tuvo que mudarse.

Volver a ver a su hermana después de tanto tiempo lo impactó. Estaba mucho más alta y grande que la última vez que habían estado juntos, cuando se despidieron antes de que a él se lo llevaran al centro de detención. De todos modos, ella corrió a su encuentro y lo abrazó como cuando era una niña.

Las primeras noches que pasó en ese apartamento casi no pudo dormir. Se sentía muy extraño, en una realidad a la que no pertenecía. Había perdido la costumbre de sentirse acompañado por su familia y jamás, hasta ese entonces, había tenido la oportunidad de intentar llevar una vida normal. Primero estaba atento a su padre; después, a los vagabundos y drogadictos del hogar; luego, a la gente de la mansión y, por último, a sus compañeros del internado. ¿Cómo se vivía sin estar en peligro? Tal vez jamás lo comprendiera.

La vida comenzó a transcurrir sin mucho sentido. A veces, se sentaba frente al mar a mirar la salida o la puesta del sol mientras se hacía preguntas. Cuando se sentía demasiado triste, se sentaba bajo la lluvia.

Su hermana se dio cuenta de por qué lo hacía; los recuerdos eran vívidos en ella. De alguna manera, Max seguía recibiendo un castigo. Aunque Chelsea intentaba rescatarlo, había mucho que no sabía.

Max no pensaba seguir el nivel preuniversitario y en su casa se necesitaba dinero, así que buscó un empleo. Consiguió hacer una suplencia por vacaciones en un supermercado donde luego lo contrataron como personal efectivo. Reponía mercadería y ayudaba a las personas a cargar la compra hasta sus automóviles a cambio de una propina. Había una señora en particular que era muy generosa; siempre le daba tanto que, ahorrando solo lo suyo, pudo comprarse un celular usado.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó ella un día.

–Max.

–Mucho gusto, Max. Soy Elsie.

No estaba acostumbrado a sonreír, así que asintió y continuó cargando la mercadería en el maletero. Desconocía dónde vivía esa señora, pero rogaba que jamás dejara de ir al supermercado.

Allí conoció a muchas personas con las que logró establecer algunos vínculos. Entre ellos, el dueño de una tienda de surf que le ofreció trabajar durante la temporada por un salario mejor. Cambió las propinas por ese aumento; la mercadería de almacén, limpieza y perfumería por tablas, trajes de neopreno y accesorios varios.

Entonces, una noche, conoció a una chica que le devolvió la ilusión de que podía sentirse vivo de nuevo.

Era una pena que hubieran terminado en la playa, discutiendo.



13

Después de que Hazel se fue de la playa, Max ocultó al ladrón entre la maleza y se aseguró de que estuviera vivo. Sentía tanto miedo de haber perdido el control de nuevo y acabar en prisión, esta vez la de los adultos, que no se dio cuenta de que el pecho del hombre se movía. Respiraba. Se quedó con él hasta que volvió en sí. En cuanto el tipo lo vio sentado a su lado, se asustó.

–Tranquilo. ¿Estás bien? –preguntó Max. Estaba acostumbrado a los delincuentes; había pasado nueve meses rodeado de muchos y él mismo había sido uno para la justicia. El ladrón lo miró con el ceño fruncido–. ¿Por qué robas? ¿No crees que asaltar a una chica sola en una playa sea caer demasiado bajo? Te entiendo: no puedes vivir sin las drogas y necesitas dinero para comprarlas. Pero hay otras formas de resolverlo. ¿Qué consumes?

–Lo que consiga.

–¿Intentaste buscar ayuda para salir de la adicción? Te acompaño si quieres.

–Vete a la mierda, todavía me duele el golpe que me diste.

–Te estoy ofreciendo mi ayuda, puedes aceptarla si quieres o seguir cayendo bajo. Tú eliges.

Le escribió su número telefónico en la arena con el dedo. El tipo lo desvaneció de un manotazo. Max se fue sin insistir.

Estaba triste, pero menos que cuando había visto a Hazel besándose con otro. Recordó que ella lo mencionó como Liam

mientras discutían. Comprendió que había albergado fantasías inalcanzables y que la primera impresión que tuvo de Hazel era correcta: se trataba de una chica muy diferente de él; debía asociarse con personas parecidas a ella, como ese chico.

No se enterraría a llorar por amor, o lo que fuera que sintiera por Hazel, ni por las ilusiones perdidas. Sin embargo, olvidar le resultó difícil. Estaba entrenado para ocultar sentimientos y controlar reacciones, no para dominar los pensamientos.

A sus veintiún años y a los dieciocho de su hermana, la enfermedad de su madre los tomó por sorpresa. Un cáncer de mama no detectado a tiempo porque no se practicaba estudios de rutina ya había hecho metástasis en los pulmones y fue imposible evitar su fallecimiento. Tanto él como Chelsea la cuidaron hasta el último momento. De hecho, estaban juntos, tomándole una mano cada uno, cuando ella dio el último suspiro. Lloraron abrazados, abrumados por los recuerdos que, inevitablemente, revivieron en ese triste momento.

Los ancianos para los que trabajaba Aurora mantuvieron el valor mínimo de la renta, aunque ella hubiera fallecido. Sin embargo, sin el salario de su madre, el dinero ya no alcanzaba. Además, Max quería que su hermana estudiara. Por más que no concurriera a la universidad, deseaba evitarle su mismo destino de empleos poco remunerados. Con eso en mente, cambió la tienda de surf por una de artículos agrícolas. Era un trabajo más pesado porque repartía sacos de tierra, fertilizantes y alimento balanceado. Sin embargo, tenía fuerza y aprendía rápido. Cambió la motocicleta por una camioneta, también de su jefe, y los conocimientos sobre surf por granjas. Mientras tanto, su hermana, que sí había hecho el nivel preuniversitario, consiguió una beca para estudiar Gerente de Cocina, lo que todos conocen como chef.

Una mañana, cuando su jefe le dio la lista del reparto, los recuerdos de sus dieciocho años lo azotaron. Nunca había regresado a la finca de la abuela de Hazel. Aunque el recorrido pedía que fuera allí primero, lo invirtió y comenzó por el lado opuesto.

Llegó al cerco donde solía dejar a su amiga a las tres de la tarde. Ya se había preparado mentalmente para enfrentar el pasado;

además, como se encontraban en época de clases, lo más probable era que Hazel no estuviera allí, sino en Sídney para acudir a la universidad.

Descendió del vehículo, abrió la cerca y regresó para acercarlo hasta la casona que tantas veces había visto desde lejos. Cuando bajó frente a ella, la observó desde los cimientos hasta el techo. Estaba bastante descuidada, pero aun así le pareció magnífica.

Respiró hondo mientras subía los escalones del porche, abrió la puerta mosquitera y golpeó la de madera un par de veces. Bajó las escaleras para estar cerca de la camioneta y no de quien abriera. Se sorprendió en cuanto reconoció el rostro de la señora que lo recibió. Jamás hubiera apostado a que la mujer que le daba tan buenas propinas en el supermercado era la abuela de Hazel.

–Hola, vengo de la tienda agrícola –explicó–. ¿Dónde quiere que descargue la mercadería? ¿Desea controlarla antes o después?

Se dio cuenta de que la señora también lo reconoció, o por lo menos que su rostro le resultaba familiar, ya que lo observó un instante en suspenso.

–No hace falta –respondió al final–. Confío en que Louis me habrá enviado lo que solicité y que tú descargarás todo. Encontrarás el depósito por allá. –Señaló. Max asintió con la cabeza y movió la camioneta para ir al sitio que ella le había indicado.

Una vez que terminó de descargar el pedido, regresó a la casa para avisarle a la señora que se iba, en caso de que se hubiera arrepentido y sí quisiera controlar la mercadería; lo hubiera dejado más tranquilo que lo hiciera. Encontró que ella estaba sentada en una mecedora del porche con una copa llena de zumo anaranjado. Se levantó en cuanto lo vio.

–Ya terminé –anunció él–. La acompaño si desea controlar el envío.

–Te dije que no hace falta. Toma, es para ti –dijo, ofreciéndole la copa–. Apuesto a que tienes sed.

–No debió molestarse. Estoy bien. –Como ella insistió en entregarle el zumo, él terminó aceptándolo–. Gracias.

–Eres Max, ¿verdad? El chico del supermercado y de la tienda de surf.

–Sí. También la recuerdo, Elsie.

Ella rio con ilusión. Era tan parecida a Hazel que, por un instante, eso y el hecho de recordar la época en que trabajaba en el supermercado le hicieron sentir que tenía dieciocho años de nuevo, o quizás menos.

–Debes estar cansado. ¿Por qué no entras un momento y te sientas? Te serviré un café con pastel. Soy una excelente cocinera –ofreció la señora.

–Disculpe, tengo que hacer una entrega más antes del horario de cierre de la tienda –se excusó él y le devolvió el zumo que había bebido hasta la mitad.

–¡Ah, vamos! Dudo que Louis se moleste porque le hiciste compañía un rato a una anciana que se siente aburrida y sola. Además, soy una gran clienta.

–Usted es buena manipulando –concluyó Max, casi riendo.

–La mejor.

Aunque no estaba seguro de querer entrar en esa casa, la familiaridad que sintió cerca de la señora terminó de convencerlo.

Desde que puso un pie en la vivienda, estudió lo que estaba alrededor con interés. Los techos antiguos con molduras, las lámparas de vidrio, los muebles de roble. Todo tenía un aire de, al menos, un siglo.

–¿Te gusta? –consultó ella. Él la miró.

–Es una casa muy bonita. ¿Sabe en qué año se construyó?

–Es de alrededor del 1900. ¿El café lo prefieres con azúcar, con edulcorante o solo?

–Azúcar. Gracias.

En ese momento, vio unos portarretratos sobre el piano. Entre los rostros que poblaban las fotografías, distinguió el de Hazel. Sintió un golpe en el pecho al verla. Muchas veces había pensado que había sido un acierto no tomarse una fotografía cuando eran amigos y otras, que le hubiera gustado tener algún recuerdo de ella más allá de los que albergaba en su memoria. En especial porque lo que más recordaba era su beso con otro chico.

Se sentó donde Elsie le indicó y volvió a agradecerle la taza con café y la porción de pastel. En cuanto lo probó, descubrió que sí era

una excelente cocinera.

–¿Y? ¿Qué tal? –consultó ella.

–No lo sé. Tendrá que ofrecerme platos diferentes cada vez que venga para que pueda emitir un veredicto –bromeó él. Ella rio.

–Mi nieta me preguntó por ti.

Max se quedó en suspenso un momento.

–¿Por eso me invitó a entrar?

–No. No hay un motivo. Tan solo lo sentí así.

–Prefiero no saber de su nieta y que ella no sepa de mí.

–¿Por qué? Me contó que eran buenos amigos.

–No hay un motivo –la imitó.

Durante un año, pasó por lo de Elsie una vez al mes para entregarle sus productos y ella lo invitó con sus comidas. Dependiendo del horario, podía esperarlo con algo dulce para la tarde o con un rico almuerzo.

–Usted está malacostumbrándome –murmuró él un mediodía frente al plato de cerdo con verduras al vapor.

–Imagina si pudieras comer así cada día de tu vida –alegó Elsie.

–¿Eso qué significa?

–Verás… El empleado que tenía renunció. Me preguntaba si quisieras ocupar su lugar. Se trabaja de lunes a sábado, nueve horas diarias. Necesito ayuda, las tareas de la finca son demasiado duras para mí.

–¿Yo? Lo siento, creo que escogió a la persona equivocada. No sé nada del trabajo de campo.

–Apuesto a que tampoco sabías de supermercados, surf y artículos agrícolas cuando comenzaste a trabajar en esas tiendas.

–Debí imaginar que había comenzado a manipularme con sus ricas comidas porque quería algo a cambio –musitó él. Ella rio.

–¿Cuánto te pagan en la tienda agrícola? Duplicaré ese valor.

–No.

–¿Por qué no? Aprendes rápido. Si no hubiera sabido que antes trabajabas en otros rubros, ni siquiera me habría dado cuenta de que eras un novato la primera vez que trajiste mi pedido.

–¿Quién me enseñará?

–Yo.

–Lo pensaré.

Le venía bien el dinero y le gustaba la idea de trabajar en el campo; desde hacía varios años se sentía cómodo con la naturaleza. Sin embargo, lo aquejaba la pregunta de qué ocurriría cuando la familia de Hazel, con ella incluida, visitara a la anciana. La había superado, claro. De hecho, la cantidad de chicas con las que se había acostado en ese tiempo le demostraba que no estaba penando en los rincones por los recuerdos de una muchacha con la que apenas se había besado. Pero trabajar para su abuela, en la casa que ella podía visitar en cualquier momento, le parecía un desafío demasiado arriesgado para sus barreras.

Meditó bastante la decisión. Un día de esa misma semana, apresuró el reparto para que le quedara tiempo libre y fue a la finca, aunque no le tocara hasta el mes siguiente.

–Antes de aceptar su oferta, quiero poner algo en claro –advirtió–. Si su hija y su nieta vienen de visita, tiene que avisarme. Esos días, no vendré a trabajar y usted seguirá sosteniendo que no tiene idea de mí.

Elsie dejó escapar el aire de manera ruidosa a la vez que hacía un gesto con las manos.

–¡Ay, Max! ¿Cuántos años han pasado desde que viste por última vez a Hazel? ¿Por qué me obligas a seguir repitiendo que no sé nada de ti? ¿Hasta cuándo?

–Para siempre.

–¡¿Por qué?!

–Porque le dije desde el primer día que no quiero saber de su nieta ni que ella sepa de mí.

–¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Por qué le guardas tanto rencor?

La palabra "rencor" lo sacudió de forma inesperada. ¿Acaso Elsie tenía razón? ¿Sí era una persona rencorosa después de todo? Como no quería pensar en lo que había determinado la pericia psicológica que le habían hecho una vez, cambió de tema.

–Si usted me asegura que cumplirá con esa condición, yo aceptaré el empleo.

Elsie bajó la cabeza.

–Hace un año que somos amigos. Te habrás dado cuenta de que mi hija no viene a verme muy seguido.

Max supo con certeza que, en ese momento, Elsie no pretendía manipularlo. Cuando lo hacía, se aseguraba de que quedara claro. Tan solo estaba abriéndose con él, mostrándole que añoraba un poco de atención, que su familia no se la brindaba y que sufría la soledad del abandono.

Durante ese año que la había visitado, ella le contó que su esposo había fallecido hacía varios años y que, desde entonces, le costaba mucho mantener la finca. Incluso le había relatado que lo conoció en una feria y que habían sido los novios más felices. Lo extrañaba demasiado. El motivo por el que su hija la visitaba poco y odiaba tanto la finca era un misterio.

–¿Cuándo quiere que empiece? –preguntó.

***

Desde el primer día, el trabajo en la granja le pareció el mejor que había tenido. Elsie le explicaba todo con detalle, y él hacía. Pronto aprendió a esquilar ovejas, ordeñar vacas, curar a los cerdos, sembrar la tierra. Por último, ella lo instruyó en el arte de hacer negocios.

Almorzaban juntos todos los días y, cuando llovía y no podían trabajar afuera, jugaban a los naipes.

–¿Qué ocurre? –le preguntó él una tarde, después de ganar la tercera partida. Elsie nunca era un oponente tan fácil.

–Estoy triste. Mi hija me avisó que mi nieta se casará el mes que viene.

La confusión envolvió a Max por un instante. No porque Hazel fuera a casarse; hacía mucho que Elsie le había contado que tenía un novio y se enteró de quién era en cuanto ella mencionó el nombre de Liam, sino porque la idea le despertó una sensación desagradable. Por suerte, supo controlarla con maestría. Lo mejor era forzarse a sentir que la noticia lo tenía sin cuidado.

–Debería sentirse feliz, no triste. Un matrimonio es algo bueno.

Ella le dedicó una mirada con subtítulos.

–¿Lo dices en serio? No me agrada. No es un buen hombre. –Se inclinó hacia adelante, como a punto de contarle un secreto–. ¿Por qué no me acompañas a Sídney e irrumpes en la boda al grito de "¡me opongo!"? Yo te invito. Consigo un pasaje para ti al mismo tiempo que compre el mío.

Max soltó una carcajada.

–No haré eso, lo siento. Usted mira muchas telenovelas.

–¡Y tú tienes el corazón de hielo!

–Hace mucho que superé a su nieta –aseguró, sonriendo con ternura por la idea descabellada de su amiga.

–Estoy seguro de que la querías. O, al menos, te atraía.

–Hace bien en usar el pasado. "Atraía", no más.

–¡No puedo permitir que arruine su vida de esa manera!

–Elsie –susurró él–. Hace tiempo me contó que Adeline presionaba mucho a Hazel. Por favor, no actúe como su hija. Confíe en su nieta, por algo habrá escogido a ese hombre.

–Porque tú nunca respondiste sus mensajes y me obligas a decirle que no sé nada de ti –replicó. Se cruzó de brazos a la vez que miraba hacia el costado. Max volvió a reír.

–Le aseguro que su decisión no tiene nada que ver conmigo.

–Querrás decir, la de su madre.

–Que yo recuerde, Hazel era muy inteligente. Se graduó de ingeniera y ya no tiene diecisiete años; dudo que su madre siga teniendo tanta influencia sobre ella. Hágame caso: vaya a la boda, diviértase y permítame a mí continuar con mi vida sin el recuerdo de su nieta de por medio.

–¿Esa en la que hoy picoteas aquí y mañana allá, como las gallinas?

Max volvió a reír con fuerza por la metáfora.

–Sí. Comprometerse es para ilusos. Es más divertido "picotear".

–¡Cállate, cretino! El día que me invites a tu boda y te encuentre mirando a tu futura esposa con expresión de tonto me burlaré de ti por esto que acabas de decir.

–Eso nunca sucederá. Solo existe una mujer en este mundo con la que me casaría, pero ella no aceptaría, así que ya puede ir borrando esa fantasía de su mente.

–¡Hazel! –exclamó Elsie.

–Usted –bromeó él. Elsie soltó una carcajada–. ¿Lo ve? Si no se casará conmigo, entonces no me hable más de su nieta.

Mientras Elsie se hallaba en Sídney para la boda, él logró cerrar un buen negocio para vender algunas cabezas de ganado. Necesitaban el dinero para recuperar las pérdidas de una mala cosecha.

El día que entró a la casa después del regreso de Elsie, encontró un nuevo portarretratos sobre el piano. Aprovechó que ella no había bajado las escaleras todavía, lo recogió y observó la fotografía de Hazel y Liam en la boda. Volvió a experimentar un golpe en el pecho. Tal vez, el rencor en realidad encubría dolor y falta de ilusiones.

–Si estás pensando en irrumpir en la boda, como te pedí, ya es tarde –dijo Elsie desde la escalera.

Max devolvió el portarretratos a su sitio y se dispuso a fingir una vez más con una sonrisa.

–¿Cómo lo pasó en Sídney? –preguntó.

–¿Qué piensas al mirar esa imagen? –consultó ella. La sonrisa de Max se fortaleció.

–Que su nieta usó un lindo vestido. ¿Cómo estaba el pastel?

–Duro y sin sabor, como todos los pasteles de bodas –respondió la señora. Él rio.

***

Trabajó muchos años para Elsie y, en todo ese tiempo, ella visitó a su familia varias veces. Su hija, en cambio, fue a la finca en una sola oportunidad. Durante esos días, Max se tomó vacaciones. Su hermana se había puesto de novia con Cooper, un chico que conoció trabajando en la cocina de un hotel, así que se dirigió solo al Parque Nacional Kakadu, donde hizo una caminata exploratoria de nueve días y actividades deportivas. Nunca había viajado tan lejos ni se había tomado vacaciones reales. Fue un gran momento en su vida y, gracias a eso, terminó de confirmar que la naturaleza era su lugar preferido.

Cuando Elsie falleció, sintió que perdió otra parte de su ser, así como le sucedió cuando su madre se fue. Dado que tenía acceso al sistema de la finca, se dio la baja como empleado y borró todo rastro de su participación en ese lugar lagrimeando. No creía que Adeline entablara conversación con alguien que pudiera decirle que él había trabajado allí. Los únicos que podían ponerla al tanto eran los familiares de su esposo que vivían en la ciudad, pero por lo que Elsie contaba, no se comunicaban demasiado. Rogaba que, aunque Adeline no pudiera amar esa finca al igual que Elsie y como había llegado a apreciarla él, al menos la cuidara bien.

Esa misma noche, se llevó algunas cosas que le pertenecían en la camioneta que había logrado comprar ahorrando la mitad del salario que le pagaba Elsie. Asistió al funeral a escondidas, aun sabiendo que allí podía volver a ver a Hazel, para colmo, con su esposo. Extrañamente, ni ella ni Liam aparecieron.

Pronto consiguió trabajo en otra finca. Una en la que había muchos otros empleados y él solo tenía que ocuparse de las ovejas. Sin embargo, el salario le servía y prefería pasar el día al aire libre que encerrado en una tienda.

Aunque su vida seguía, no podía desprenderse con facilidad del lugar donde había pasado tantas horas los últimos años, así que regresó cada día para verificar que los animales estuvieran bien. Siempre encontró alimento en los comederos, por eso supuso que algún vecino se ocuparía por pedido de Adeline. No había rastros de un encargado y mucho menos de la familia de Elsie.

Una noche, su hermana le dio una noticia inesperada.

–Recibí una llamada de un hospital de Melbourne. Me avisaron que a nuestro padre le quedan pocos días de vida. Se está muriendo de cirrosis.

La información lo tomó desprevenido. Muchos recuerdos horribles se agolparon en su mente, pero también una extraña sensación de culpa y una nueva desilusión: la de jamás haber tenido el padre que necesitaba.

–¿Qué quieres hacer? –preguntó.

–No sé –respondió ella, bajando la cabeza–. Pensé en ir para cerrar mi historia con él. Pero si tú lo sientes como una traición, no

lo haré.

–¿Por qué lo sentiría como una traición?

–Era pequeña, pero no lo olvido: tú te llevaste la peor parte cuando vivíamos con él. También otras veces, pero eso no viene al caso.

–No sentiría que estás traicionándome si quisieras ir. Haz lo que sientas.

Mientras que su hermana viajó a Melbourne para acompañar a su padre durante sus últimos días de vida, él se quedó en Queensland, trabajando en la finca donde cuidaba las ovejas. Aunque intentó concentrarse en la tarea, esos días estuvo muy distraído a causa del pasado. Todo empeoró la noche en que su hermana lo llamó llorando y le avisó que su padre ya había muerto.

–¿Te dijo algo que deba saber antes de partir? –consultó.

–Estuvo inconsciente todo el tiempo.

Lo único que lo movió a soltar una lágrima fue el hecho de que, después de ese fallecimiento, ya no había posibilidades de sentirse amado por su padre alguna vez. Isaac ni siquiera había recapacitado antes de morir y, si lo había hecho, jamás se enteraría, porque no había dejado ninguna palabra para él antes de marcharse. Tan solo el mismo silencio de todos esos años y la indiferencia de olvidar que tenía hijos. Era mejor eso que la crueldad de castigarlos.

Chelsea regresó con más noticias.

–Todavía conservaba su apartamento, así que tenemos una pequeña herencia. Quiero que lo vendamos y que compres algo para ti con ese dinero.

–La mitad es tuyo –replicó él.

–No lo quiero. Cooper me propuso que vivamos juntos, me mudaré con él. De verdad creo que tú mereces ese dinero más que nadie.

Max se sintió tranquilo al pensar que, si su hermana estaba enamorada de un buen hombre y quería formar una familia con él, lo que le había ocultado hacía muchos años había sido para bien.

Aunque no se sentía a gusto quedándose con toda la herencia, fue imposible convencer a Chelsea de que aceptara su parte. Además, si solo conservaba la mitad del dinero, no podría hacer nada. El

apartamento tenía muchas deudas, estaba deteriorado y se ubicaba en un lugar con mala reputación. Fue tan poco lo que pudieron conseguir con la venta que ni siquiera le alcanzó para comprarse una vivienda económica en Queensland. Por eso buscó otras opciones.

Investigando en qué podía invertir, encontró que Adeline buscaba un socio para trabajar la finca. Sus conocidos le aseguraron que no le convenía, pues esa tierra solo generaba pérdidas. Tantas, que la heredera ni siquiera podía venderla. No era así cuando trabajaban codo a codo con Elsie.

No estaba seguro de querer entrar en ese negocio, en especial porque no quería encontrarse con Adeline ni volver a ver a Hazel, lo cual podía suceder si permanecía en su territorio. Sin embargo, los indicios previos, empezando porque ella nunca había regresado a Gold Coast después de las vacaciones en las que la había conocido y que su madre lo había hecho una sola vez, lo impulsaron a ofrecerse como socio. Dudaba de que Adeline lo aceptara si se daba cuenta de que Max Turner era el mismo chico que alguna vez había osado salir con su hija, pero como el "no" ya lo tenía, consideró que no había nada que perder.

Para su sorpresa, después de unos días, recibió la conformidad de parte de ella a través del abogado que se ocupaba de establecer la sociedad. El letrado les sirvió como mediador para que se transmitieran sus condiciones.

Max pidió vivir en la casona, llevarse la mitad de la ganancia que produjera la finca en todas sus especialidades existentes y futuras y que nadie lo molestara más que para lo estrictamente necesario.

Adeline solicitó una suma de dinero para que él ingresara en el negocio, que se ocupara de trabajar la finca al máximo nivel posible y que le informara cualquier decisión relevante que tomara. Por ejemplo, si contrataba un empleado o quería hacer un negocio grande. Los pequeños podía hacerlos por su cuenta, siempre que todo estuviera informado en la rendición de cuentas que le enviaría cada mes. Por supuesto, dispuso una cláusula en la que tenía el derecho de controlar esos reportes presentándose en persona en la finca si así lo deseaba. Max sabía que no quería ni ver ese sitio del

que no podía deshacerse, así que aceptó, convencido de que tendría que soportar su desagradable presencia en contadas ocasiones.

El encuentro con Adeline para la firma fue bastante tenso. Se dio cuenta de que ella sabía quién era y gozó que se viera obligada a incorporarlo en su vida después de todo, solo para que esa maldita finca, como debía de pensarla ella, no continuara arruinando sus finanzas.

La mujer lo acompañó a la granja en persona. Le mostró el terreno y el interior de la casona. Al pasar frente al piano, se detuvo y recogió el portarretratos con la fotografía de su hija en la boda con Liam. Sonrió y miró a Max con un sesgo triunfal.

–Mira –dijo, fingiendo un tono amable a la vez que le mostraba la imagen–. Sé que mi hija y tú se conocieron cuando estuvimos de vacaciones en esta misma finca hace varios años. Aquí está con su esposo. ¿No forman una pareja maravillosa? Desde hace tiempo viven en Estados Unidos. Él es ingeniero, como ella, y el director de una prestigiosa compañía. ¡Son tan felices juntos!

Max la escuchó en silencio, inexpresivo, como si no supiera todo eso.

Está ciega, pensó. *Su hija no parece tan feliz en esa foto*.



14

Presente

Max terminó su jornada de trabajo antes de que anocheciera. Guardó las herramientas, se dio una ducha y se sentó en el porche para beber de una botella con la camisa desprendida. No pensaba cambiar sus costumbres porque Hazel hubiera invadido la finca. Por lo cansada que se la veía al limpiar, supuso que, en cuanto tuviera que trabajar, saldría corriendo. Si le pedía que curara las heridas de los cerdos, no duraría un día.

Cenó y volvió a salir al porche con la botella. No quería sentir lástima, pero al ver que Hazel todavía no terminaba de limpiar la cabaña, su corazón de hielo, como lo había llamado Elsie, se derritió un poco.

La vio espantar a los perros antes de recuperar al gato, que continuaba en el corral vacío, e ingresó a la cabaña con el animal. Poco después, salió con él en la transportadora. Cuando se dio cuenta de que caminaba en su dirección, su corazón comenzó a latir más rápido.

–Hola –dijo ella, subiendo los escalones. Tenía el mismo aspecto ingenuo y dulce que a los diecisiete años, solo que más maduro y seguro. Max tan solo movió la cabeza como saludo. No cerró las

piernas, no apartó la botella que sostenía sobre la rodilla, no se prendió la camisa–. Gracias por los productos de limpieza. –Aunque Hazel hizo silencio para darle espacio a una respuesta, se mantuvo callado–. El asunto es que no pude terminar y seguro todavía queda algún insecto. Si Honey, mi gata, intenta atraparlo, temo que sea venenoso para ella. Por ejemplo, si una araña la picara… –Dejó la frase en suspenso. Por un instante, se perdió en el torso del socio de su madre–. ¿Puede pasar la noche contigo para que no corra riesgos?

–Claro –respondió Max y se levantó, resuelto–. Tráela adentro.

Abrió la puerta de la casa e ingresó antes que ella. Encendió la luz de la sala que a la vez era el comedor. Por suerte, desde el primer día que había habitado esa casa había ocultado el portarretratos de Hazel con su esposo boca abajo en la última gaveta de un mueble.

Max notó que, al entrar, ella observó alrededor. Percibió que la envolvía cierta emoción; su mirada y una leve sonrisa lo dejaron absorto por un segundo. Cuando Hazel lo miró, su expresión volvió a ser hermética.

Ella apoyó la transportadora sobre una silla y se aproximó al piano.

–Recordaba que esta casa me parecía preciosa, pero no tanto como ahora –reflexionó y lo miró con una sonrisa. Por un instante, Max se sintió en una playa donde Hazel lo contemplaba de la misma manera.

Volvió a dejarla sin respuesta. Se aproximó a la transportadora, se puso en cuclillas y arrimó el rostro a la rendija para observar a la gata. Como la percibió tranquila, comenzó a quitar las trabas para que saliera.

–Yo que tú, no acercaría tu rostro bonito a Honey; es bastante irritable –advirtió Hazel.

Max la miró de inmediato. *Un rostro bonito es el de tu esposo*, pensó. No podía decirle eso; se suponía que no la recordaba. Continuó abriendo las trabas sin hacer caso de la advertencia. No apartó el rostro. Por el contrario, al ver que la gata se acurrucaba con temor, aproximó una mano despacio.

Poco a poco, el animal tomó confianza y asomó la cabeza. Olió sus dedos. De forma inesperada, comenzó a frotarse contra la palma de su mano.

–¡No puedo creerlo! –exclamó Hazel.

Animada por la reacción de Honey ante un desconocido, se acercó también e intentó acariciarle la cabeza. La gata bufó, casi le arrancó una yema con la garra y volvió a internarse en la transportadora.

–¡Gata traidora! –exclamó, indignada.

Max ahogó la risa. Consiguió disimular por fuera, pero no anular la ternura que Hazel le despertó por dentro.

–Sucede que estás acartonada –replicó–. Tu gata puede sentirlo y actúa en consecuencia. Relájate.

Hazel ladeó la cabeza con la boca entreabierta.

–¡Vaya! Gracias por los consejos sobre mi propia gata –ironizó–. Espero que pasen una bonita noche juntos.

–¿Estás celosa?

–¿De mi gata durmiendo contigo? –Hazel se dio cuenta de lo que acababa de decir y sintió las mejillas arder. Intentó salvarse antes de morir de la vergüenza, pero solo le salieron balbuceos–. Yo… Quiero decir que… Es que…

–De tu gata llevándose bien conmigo y no contigo –aclaró él, antes de correr el riesgo de que ella se desmayara de los nervios.

–¡Ja! Sí, claro, señor gato.

Se encaminó a la puerta, decidida a irse, hasta que recordó que necesitaba otro favor de ese hombre grosero e irritante en el que se había convertido el chico de sus sueños. ¡Había desperdiciado tanto tiempo recordándolo! Sin duda, lo había idealizado. ¿Tan estúpida era a los diecisiete años?

Apretó los labios y se volvió hacia él haciendo acopio de toda la cordialidad de la que disponía.

–Hay algo más –soltó–. ¿Por casualidad irás a la ciudad en estos días? Vi una camioneta. ¿Es tuya? Si pudieras acercarme a un supermercado, te lo agradecería.

–Supongo que tendrás un plan de datos en tu teléfono para solicitar un taxi. De lo contrario, puedo ofrecerte la clave del *wifi*.

–Preferiría no depender de taxis todo el tiempo.

–¿Por qué no? Los taxis vienen hasta aquí sin problemas.

–Lo sé, llegué en uno. Compré una tarjeta SIM australiana y tengo datos. También veo que muchas cosas han cambiado. Por ejemplo, antes en la finca no había señal de internet. Aun así, prefiero evitar los taxis. Ocurre que… –Suspiró, incapaz de decirle que casi no tenía ahorros–. No importa. Olvídalo.

Se volvió hacia la puerta de nuevo. Max pensó en dejarla ir y que se arreglara con sus problemas, pero le ganaron otras ideas. Por lo agotada que se veía, apostaba a que no había volado desde la casa de sus padres, sino desde Estados Unidos. Como mínimo, debía llevar dos días sin pegar un ojo y casi sin comer. En la cabaña no había alimentos y dudaba de que tuviera algo en el equipaje. Si acaso se había comprado un aperitivo antes de dirigirse a la finca, debía de habérselo devorado al mediodía.

–Espera –pidió y se dirigió a la cocina. Extrajo un recipiente del refrigerador y se lo ofreció–. Iré a la ciudad mañana. Deberías estar lista a las ocho si quieres que te lleve.

–No te preocupes, no quiero molestarte.

–Insisto.

Hazel lo miró, dudando acerca de lo que debía hacer. Tenía tanta hambre que terminó aceptando el recipiente.

–Gracias –respondió.

–¿Guardas ropa de cama en el equipaje? No puedes utilizar la que estaba en el camastro.

Hazel suspiró. Las hermosas sábanas que le habían tocado en el reparto del divorcio habían quedado en el depósito de Atlanta.

–No –respondió sin hacer aclaraciones.

–Te prestaré algo.

Mientras subía las escaleras, Max pensó que hubiera sido más fácil que ella se quedara en una de las habitaciones de la casona. Apartó la idea de inmediato y se prometió que toda la ayuda que le daría se remitiría a la cena de esa noche, la ropa de cama y el traslado al supermercado. Nadie le había avisado que Hazel se instalaría allí. En el contrato que había firmado con Adeline figuraba claramente que no debían molestarlo excepto en situaciones inevitables. ¿Por qué tenía que recibir a su hija con honores?

Le entregó la ropa de cama y la acompañó hasta la puerta. Antes de que bajara los escalones del porche, volvió a hablarle, solo porque amaba a los animales y le hubiera dado mucha lástima que la gata sufriera algún percance por desconocimiento de su dueña.

–Ten cuidado con los perros. Son buenos, no le harán daño a Honey, pero pueden estresarla. Lo mejor sería que se familiarizaran poco a poco. Si la dejas salir, no la encierres en el corral. Hay animales salvajes y le resultaría imposible escapar si tuviera que hacerlo.

Hazel asintió y se despidió con un "buenas noches" cordial y mesurado, como era ella desde que Max la conocía.

A los dos les costó mucho dormir. Max recordaba escenas del pasado como si hubieran ocurrido el día anterior. Alzó la cabeza para mirar a la gata, que se había enroscado a sus pies, e hizo un sonido con la boca a la vez que tamborileaba los dedos sobre la sábana para atraer su atención. El animal despertó y se acercó. Él esperó a que tomara confianza y lo depositó sobre su pecho. Lejos de retirarse, la gata lo frotó con las garras, se acostó sobre él y lo miró.

–Eres tan bonita como tu dueña –murmuró Max y le acarició la cabeza. Honey cerró los ojos para disfrutar de la cosquilla. Él también cerró los suyos y se regocijó con su aroma: no podía creer que oliera a Hazel.

Recordó parte de su conversación en el comedor, cuando él acababa de abrir la transportadora. Le dijo que estaba celosa, y ella preguntó si se refería a que su gata y él pasarían la noche juntos. Era imposible que lo hubiera dicho con doble sentido, a Hazel ni se le ocurriría hacer algo así, pero ¿por qué había mencionado eso? Era como si, en su inconsciente, en algún momento, hubiera fantaseado con pasar la noche con él.

Rio, convencido de que estaba equivocado. Seguro Hazel había querido decir algo diferente, la pregunta tan solo había sonado rara y él la estaba malinterpretando.

***

Hazel no solo era acosada por los recuerdos del pasado con Max, sino además por el engaño de su esposo, el reciente divorcio y los ruidos que no paraban de ponerle los pelos de punta.

En la ciudad, era fácil precisar si se trataba de un vehículo o de una vecina que caminaba con tacones en el apartamento de arriba. En cambio, allí no sabía si el sonido que provenía de las paredes eran insectos, crujidos propios del material o si otra araña se deslizaría por debajo de la puerta y llegaría hasta la cama, sigilosa y letal.

Estaba agotada por el viaje y por la falta de descanso, pero a la vez sentía tanta impotencia y temor que no lograba conciliar el sueño. En un momento, hasta tuvo ganas de llorar.

Para empezar, no entendía cómo había terminado durmiendo en una choza miserable, casi sin dinero y dependiendo de que un hombre que la ignoraba por completo le diera un plato de comida y la trasladara a un supermercado.

Había imaginado muchas veces un maravilloso reencuentro con Max. La realidad, en cambio, le había dado una bofetada: él no solo la había olvidado mientras que ella siempre lo tuvo en su recuerdo, sino que, además, parecía ofuscado por su presencia. Nada salió como lo había soñado una y otra vez en su juventud, y eso la hacía sentir muy mal.

No entendía por qué su madre lo había aceptado como socio si debía de saber que era el amigo de su adolescencia que en su momento había considerado poca cosa y un estorbo. Para colmo, no podía preguntarle; Adeline no sabía que ella se encontraba allí y quería demorar la noticia lo máximo posible. Necesitaba que la dejara en paz, aunque fuera por un tiempo. Tendría que advertirle a Max de su secreto para que no se lo contara.

Poco después de que consiguió dormirse, la despertaron los gallos. Entreabrió los ojos: todavía no aclaraba del todo. ¿Siempre cantarían tan temprano? Por suerte, el cansancio la ayudó a volver a conciliar el sueño a pesar del sonido.

La siguiente vez que despertó fue por unos golpes a la puerta. Saltó de la cama: recordó que la alarma había sonado, pero la

aplazó. Al parecer, en realidad la había desactivado sin querer. Abrió la puerta tal como estaba.

Max la observó de la cabeza a los pies. El cuerpo de Hazel había cambiado en esos años, pero el pantalón corto y la camiseta en conjunto con su cabello enmarañado y su expresión semidormida le hicieron sentir que todavía tenía diecisiete años. Era muy hermosa. Demasiado para lo que podía resistir.

–Lo siento –susurró ella–. Apagué la alarma sin darme cuenta. ¿Puedes aguardar cinco minutos?

–Cuatro –replicó y se volvió a la camioneta.

Controló los cuatro minutos con el reloj del celular. En cuanto pasaron, encendió el motor. Hazel salió corriendo con el calzado en las manos. Se sintió un cretino por lo que acababa de hacer y a la vez un estúpido por sentirse culpable. ¿Acaso nunca aprendía?

Ella subió con cierta dificultad, sin duda por la fatiga y porque todavía debía estar soñando con pajaritos azules.

–¿Cómo durmió Honey? –indagó a la vez que se calzaba.

–Enroscada a mis pies, luego sobre mi pecho –contestó Max y comenzó a andar.

Los dos recordaron al mismo tiempo la pregunta malsonante de Hazel sobre pasar la noche juntos e hicieron silencio mirando al frente. Solo se oyó el *clac* del cinturón de seguridad que ella se ajustó con decoro. Bajó la ventanilla. De pronto, hacía mucho calor en esa camioneta.

–¿Cómo es la vida en la finca? –consultó, repuesta gracias al aire que entraba por la abertura.

–Trabajosa, pero tranquila –respondió él.

–¿Cómo terminaste siendo el socio de mi madre?

–Vi el anuncio, me postulé y, como no había competencia, me aceptó.

–Recuerdo que solías trabajar en la tienda de surf.

–Fue hace mucho. ¿Tu madre te envió a controlar los informes?

–No tengo idea de qué estás hablando.

–Me parecería bien que los hicieras tú. No tengo nada que ocultar, pero estoy harto de que ella crea que sí.

–¿Mi madre piensa que eres deshonesto con la administración?

–Todo lo que tenga que ver conmigo le parece deshonesto, así que, si pudieras elaborar los informes, me harías un favor.

–Claro. Tan solo explícame cómo hacerlos.

–Por supuesto. Como te dije, era hora de que mis socios también se ocuparan de la finca.

Hazel cayó en la cuenta de por qué su madre había aceptado a Max como administrador: tal como Adeline le había dicho por teléfono, fue el único que quiso hacerse cargo. Lo que le intrigaba era el motivo por el que él se postularía.

Creyó alcanzar una conclusión al pensar que, si se había olvidado de ella, tampoco recordaría su relación con ese sitio. Y, aunque la hubiera recordado en algún momento, no tenía por qué seguir rememorando la situación que los había separado afectivamente hacía quince años. Era extraño que no se hubiera acordado de ella ni siquiera al volver a ver la granja. La única razón posible era que, para él, su relación no hubiera significado nada.

Max la dejó en el supermercado y le avisó que pasaría a buscarla a las diez. Hazel le dio las gracias y fue al encuentro de un carrito. No se dio cuenta de que él la observó hasta que entró al edificio.

Estaba en una estantería, intentando alcanzar un paquete de arroz, cuando oyó su nombre. Giró y se encontró con Evelyn.

–¡No puedo creerlo! –dijo su prima–. ¿Qué haces en Gold Coast?

–¡Ey! ¿Cómo estás? Pasaré aquí una temporada.

–¡Hace tanto que no hablamos! ¿Por qué nunca más nos comunicamos? ¿En dónde te estás quedando?

–En la finca que era de mi abuela. Por favor, no le cuentes a tu padre. No quisiera que se comunicara con el mío y le dijera que yo estoy aquí.

–¿Entonces tu familia no sabe que regresaste a Australia?

–Es largo de explicar. Prométeme que mantendrás el secreto, como cuando éramos adolescentes.

–Solo si tú me prometes que nos encontraremos para ponernos al día. Dame tu número –pidió, extrayendo el celular. Hazel se lo dictó–. Perfecto. ¡Qué bueno verte! –exclamó y la abrazó.

Hazel se sorprendió por la efusividad de su prima. No la veía desde su boda con Liam.

–¿Qué es de tu vida? –indagó Evelyn con las manos en sus brazos–. ¿Acaso tu esposo se quedó sin empleo y por eso están en la finca?

–Me divorcié.

–¿Tú, de Liam? ¡No puede ser! Eran la pareja perfecta.

–Se ve que no.

–¿Entonces te estás quedando en la casona con Max? ¡Tienes que estar bromeando!

Hazel se dio cuenta de que le había pedido información a la persona equivocada: en lugar de preguntarle por Max a su abuela, debió averiguar a través de su prima. Pero, por aquel entonces, se había llevado una impresión tan mala de ella que no quiso volver a tener contacto.

–Vivo en la cabaña –explicó sin más detalles. Miró la hora en el teléfono. Aunque eran las nueve, la usó como excusa para no sentirse incómoda frente al interrogatorio–. Disculpa, tengo que irme.

–¿Viniste en automóvil? ¿Quieres que te lleve de regreso a la finca?

–No, gracias. Reservé un taxi. Nos vemos otro día.

–¡No desaparezcas!

–No lo haré.

Huyó lo más lejos posible de Evelyn y terminó de hacer la compra cuidándose de reencontrarse con ella. Seguía temiendo que su plan de librarse de su madre por un tiempo se derrumbara a causa de terceros.

A las diez estuvo en la puerta del supermercado, esperando a Max. Miró hacia un lado y hacia el otro para ver si aparecía y también para corroborar que Evelyn no estuviera por la zona. Si lo veía pasar a buscarla, tejería más historias en su cabeza.

Se detuvo en ese pensamiento. ¿Y si la que tejía historias falsas era ella? Max vivía solo en la casona, pero eso no significaba que no tuviera pareja. Quizás estaba en una relación, por eso, aunque no la recordara, se mantenía tan distante con ella. No quiso imaginar lo que pensaría una mujer si otra vivía en el mismo terreno que él.

Todavía no se había recuperado del largo viaje y de la limpieza de la cabaña. Pensar que aún no había terminado le hacía doler la cabeza. El celular vibró en su bolsillo. Lo extrajo creyendo que se trataba de Max para explicarle por qué se había atrasado. La jaqueca empeoró cuando vio el número de su madre en la pantalla.

–Hola –dijo con voz suave.

–¡Hazel! ¿Cómo estás?

–Bien, ¿y ustedes?

–Bien. ¿Sigues en lo de tu amiga?

–Algo así –respondió.

–¿Qué significa eso? –rio Adeline.

–Estoy bien. –En ese momento, vio aparecer la camioneta de Max–. Perdona, tengo que cortar. Estoy saliendo del supermercado.

–¿Tan tarde? ¿Qué hora es en Atlanta? ¿Las ocho de la noche? De acuerdo. Llámame en cuanto puedas.

–Claro. Saludos a papá y a Lachlan.

Colgó la llamada, guardó el teléfono y se aproximó a la camioneta. Max no descendió. La cajuela estaba repleta de maderas, así que abrió la puerta del asiento de atrás y cargó la mercadería allí sin su ayuda. Subió luego de llevar el carrito a su lugar.

–¿Te alcanzó el tiempo para comprar todo lo que querías? –preguntó él.

–Sí. Tampoco compré mucho –respondió ella y miró por la ventanilla.

De pronto se puso a pensar en qué habría ocurrido si, en lugar de besar a Liam, hubiera llegado a oír la propuesta de seguir en contacto de Max.



15

Durante días se estudiaron a la distancia, como los felinos que necesitan reconocerse antes de acercarse.

Trabajar en el techo le sirvió a Max para tener una vista privilegiada de Hazel. Dejar la cabaña en condiciones habitables le demandó bastante tiempo y trabajo. Verla hablarle a su gata mientras la mascota se lamía una pata como diciendo "me importa un bledo lo que dices" era tierno y divertido. Aunque ella no había vuelto a ponerla en el corral, Honey no se alejaba más allá del porche. Por precaución, Max mantuvo a los perros en otro sector de la finca para que no interfirieran hasta que pudieran hacer lo de la familiarización.

El fin de semana, Hazel comenzó a sentirse muy aburrida. Como estaba nublado y no sabía si llovería, no se atrevió a dar una vuelta. Preparó un té tras calentar agua en una jarra de lata sobre la única hornalla del anafe metálico y se puso a mirar por la ventana. No extrañaba Atlanta, ni siquiera estar en una ciudad, pero sí algunas comodidades, como una cama mullida y el microondas.

Vio la camioneta de Max aproximarse por el camino desde la cerca hasta la casona. Se preguntó por milésima vez por qué, si no se acordaba de ella, la ignoraba de forma tan exagerada. Entendía que su presencia quizás le pareciera invasiva, pero tenía el mismo derecho que él a estar en la finca.

Volvió a pensar que podía contarle a su madre que ella se hallaba allí y arruinar sus planes de mantener el hecho en secreto por un tiempo. Buscaría la manera de aclararle los tantos para que no cometiera el error de delatar su presencia. Todavía no lo había hecho; de lo contrario, su madre la habría llamado de inmediato. Tal vez hasta hubiera abordado el primer vuelo a Gold Coast para rescatarla de lo que ella consideraba una vida rústica e inapropiada.

Su lado racional dejó de funcionar en cuanto vio que una chica morena, muy atractiva, descendía de la camioneta a la par de Max. ¡Con que ahí estaba su novia! Los observó hasta que ingresaron en la casona.

La taza tembló entre sus dedos. Respiró hondo, incapaz de comprender por qué el hecho de enterarse de que él tenía pareja la puso triste. Era lógico y esperable que en quince años hubiera formalizado con alguien. Ella, incluso, se había casado.

Un recuerdo llevó al otro y terminó en la cama, cuestionándose por qué, desde hacía mucho tiempo, nunca lo había pasado bien realmente. Las únicas veces en que había reído de verdad y se había soltado era con sus amigas. Había cambiado las cenas con ellas en restaurantes de categoría por una hornalla en un anafe un poco oxidado. ¡Qué avance!

Desde que había pisado Gold Coast, solo parecía que retrocedía. Curiosamente, mientras que su razón le indicaba que no valía la pena el sacrificio, su corazón la incitaba a seguir adelante. Era evidente que una vida nueva no se forjaba en un instante y que los principios podían ser duros.

La vibración del celular sobre la mesa de noche la rescató de esos pensamientos. La llamada de su amiga Denise fue lo único bueno en ese día gris.

Le relató el sorpresivo reencuentro con Max, su trato distante y que él no la recordaba.

–¡Te lo dije! –exclamó Denise.

–Creo que sé por qué se comporta de manera tan grosera conmigo: para empezar, debe creer que mi madre me envió para controlarlo. Dice que ella desconfía de su honestidad en la

administración de la finca. Además, no debe querer que su novia se moleste porque ahora comparte el terreno con una mujer.

–Puede ser. ¿Cómo sabes que está en pareja?

–La vi hace un rato, llegaron juntos en su camioneta. En este momento, deben estar pasándolo bien en la cama de mi abuela mientras que yo estoy encerrada en esta pocilga, intentando acariciar una gata que me esquiva. Jamás creí que llegaría a los treinta y dos años de esta manera.

Lo tragicómico de su historia era digno de una película. Por suerte, Denise estuvo allí para sostenerla y para que riera en lugar de llorar.

Al día siguiente, la lluvia al fin apareció. Cuando se levantó y miró por la ventana, la camioneta de Max ya no estaba. Supuso que habría llevado a su novia a la casa. Estaba segura de que con ella sí era amable.

La teoría de la pareja se desplomó en cuanto lo vio regresar con otra chica. Esta vez, una asiática.

Llamó a Denise de inmediato.

–¡No puedo creerlo! –exclamó–. Olvídate de todo lo que te dije ayer acerca de Max y de su pareja. No tiene novia. Se acuesta con turistas. ¡Dos por fin de semana!

Denise soltó una carcajada.

–Bueno, aunque hayas nacido en Australia, tú también cuentas como una turista. Háblale con acento norteamericano y asunto resuelto.

–¡Cállate! –prorrumpió Hazel y rio con ella.

Entonces, si Max no tenía novia, ¿por qué se comportaba tan distante con ella? Solo le quedaba la teoría de que debía sentirse invadido y controlado al creer que obraba en nombre de su madre.

Al otro día, despertó a causa de unos golpes a la puerta. Sabía que se trataba de Max. Divisó a través de la ventana que el cielo estaba claro, pero todavía no amanecía. Temió que hubiera ocurrido algo, así que abrió enseguida.

Él estaba debajo de los escalones. La tomó por sorpresa al arrojarle una gorra verde que ella debió atrapar en el aire.

–Hay mucho trabajo que hacer –dijo.

–¿Qué? –murmuró Hazel, sin entender. Todavía estaba adormilada.

–Supongo que terminaste de acondicionar la cabaña y que ya descansaste del viaje. No mencionaste que estuvieras de vacaciones, sino que te instalarías. ¿Pensabas cobrar sin hacer nada, como tu madre?

–Supongo que habrán firmado un contrato donde se estipula que tú trabajas y ella pone el dinero.

–¿El que yo genero?

Hazel frunció el ceño y negó con la cabeza. Estaba acostumbrada a la cortesía social, no a que alguien fuera tan directo.

–¡Eres tan desagradable! –estalló.

–Tu gata no opina lo mismo.

–Porque es de tu misma calaña. De paso, dime una cosa: ¿cuántas turistas piensas traer a la casona que también le pertenece a mi familia?

–Tantas como se me antoje.

–¿A la cama de mi abuela fallecida?

–Sí. Tiene un respaldo ideal para sostenerse mientras lo hacemos.

Hazel abrió la boca y los ojos de manera desmesurada.

–Tú no me recuerdas, pero yo a ti sí –rugió–. Parece que fueras otra persona. ¿Qué ocurrió contigo?

–¿Desde cuándo?

–Desde que tenías dieciocho años y eras un chico maravilloso hasta que te convertiste en esto.

Chico maravilloso, repitió Max para sus adentros. *Sí, claro*. Alzó la mirada al cielo, como recordando.

–Me acosté con muchas mujeres, viajé una vez, aprendí a trabajar en el campo… Te toca empezar hoy con eso último. Dejemos de perder el tiempo con conversaciones vacías, no me interesa ser tu amigo. Si eres mi socia, trabajaremos juntos. ¿Estás lista?

Hazel apretó los dientes. Sentía un deseo inmenso de mandarlo literalmente a la mierda, pero su esmerada educación se lo impidió.

–Tengo que vestirme –respondió con mesura.

–Por supuesto. No esperaba que fueras desnuda.

Volvió a tragar un insulto y entró en la cabaña sin responder. Se vistió, se peinó con una coleta y salió con la gorra en la mano, como la persona obediente que siempre había sido.

Max la esperó con la espalda apoyada en la puerta de la camioneta. En cuanto Hazel reapareció, alzó la mirada. Le agradó verla una vez más con la ropa deportiva que utilizaba desde que había llegado a la finca, aunque parecía que estaba a punto de ir a un gimnasio de categoría antes que a trabajar en medio del campo embarrado por la lluvia.

–Cinco minutos. ¿Por qué no me hiciste esperar más a propósito? –indagó.

–Porque yo no soy grosera como tú.

–Quizás deberías. ¿Por qué tan solo no te liberas y dejas de estar inmóvil, como una gata atrapada en una transportadora?

–No hables como si me conocieras. Ni siquiera me recuerdas.

Abrió la puerta del lado del acompañante. Como el asiento estaba ocupado, esperó a que Max se ubicara en el volante para volver a hablarle.

–Has dejado tu bebida y tu sándwich en mi lugar. ¿O la idea era que yo caminara la distancia que tú recorrerás en la camioneta porque, por alguna razón, necesitas que la hija de tu socia sufra?

–Eso no es mío, es tuyo. Yo ya desayuné. Supuse que tú no. –Hazel se quedó atónita–. Entiendo que, quizás, hasta hace poco trabajabas en una oficina. Te levantabas a las siete u ocho de la mañana. Pero aquí el día comienza a las seis. Son las siete y media. Te di más de una hora extra de descanso mientras yo me ocupaba de los animales.

–No eres mi jefe para imponerme horarios. En tal caso, yo soy la tuya.

–Tampoco existen los jefes. Soy el socio de tu madre, no su empleado. Mucho menos el tuyo. ¿Vienes o no?

Ya había tenido un jefe maldito: su propio esposo. No la asustaba lidiar con un socio arisco. Apartó el vaso térmico junto con el sándwich y subió.

Mientras Max conducía, no paró de hablar a la vez que comía y bebía.

–Ya que te encanta escucharme y te apasiona responder con monosílabos, te contaré una historia. Soy ingeniera civil. Tenía trabajo en Sídney, pero a mi ex le ofrecieron un puesto ejecutivo en Atlanta, Estados Unidos, y tuve que renunciar para seguirlo. Una vez allí, no conseguí empleo. Entonces, él me contrató. Se convirtió mi jefe. Y conmigo era peor que con cualquier otro empleado. Ni siquiera me dio permiso para asistir al funeral de mi propia abuela. Allí casi no hay leyes para los empleados. Si faltas por una enfermedad cotidiana, te descuentan el día. Como todos sabían que yo era su esposa, la porquería de Liam me obligaba a asistir aunque me estuviera muriendo solo para que los demás no pensaran que me daba un trato preferencial. Seguro que lo pensaban igual. ¡Pero yo tuve que soportar ir a trabajar volando de fiebre y con dolores menstruales horribles solo para que él conservara su imagen! Tengo endometriosis. ¿Sabes cuánto duele eso?

Se sobresaltó cuando Max rodeó su mano con la de él para asegurar el vaso térmico que ella sostenía a la par del sándwich. Comprendió el motivo que lo llevó a hacerlo en cuanto la camioneta se sacudió a causa de un desnivel en la tierra, como si se tratara de un barco sorteando una tempestad. Guardó silencio, agradecida de que él hubiera evitado que la tapa se desajustara, que el líquido se derramara y que la quemara, y respiró hondo.

–Por esa razón ningún otro hombre será mi jefe nunca más –culminó, bastante más tranquila. No entendía por qué había llegado a perder los estribos hacía un segundo. Transcurrió al menos medio minuto en el que ninguno habló–. ¿Vas a decir algo? ¿Ya ni siquiera merezco un monosílabo?

–No tendría sentido, encuentro demasiadas fallas en tu lógica.

–¡Dímelas!

–Para empezar, estás presuponiendo que todos los hombres somos iguales, lo cual no es cierto.

–De acuerdo. ¿Qué más?

–Ya te dije que yo no soy tu jefe y tú no eres la mía.

–¿Algo más?

–No tengo idea de cuánto duele la endometriosis, porque no tengo un endometrio. Sería como hablarte a ti de cuánto duele un

golpe en los testículos. Pero puedes quedarte a descansar si te sientes mal. ¿Te duele ahora? –consultó, mirándola.

Hazel apartó los ojos enseguida, avergonzada. ¿Por qué le había confesado todo eso? Ni siquiera lo sabía la mayoría de sus amigas.

–No. Me operé el año pasado pensando en tener un hijo y la condición mejoró.

–Bien. ¿Dónde está el hijo?

–En los testículos de Liam. No había tiempo: mucho trabajo –masculló, sin poder creer lo que decía. Max rio.

–Veo que también puedes ser grosera. Me agrada.

–Y a mí que, al parecer, tú también puedes reír. Había comenzado a creer que, en estos quince años, además de los modales, también habías perdido los dientes, por eso no abrías la boca.

Él volvió a reír.

–Están en su lugar –aseguró–. Solo tuvieron que extirparme una muela del juicio que no terminaba de salir y me hacía ver las estrellas. Ya llegamos. Hoy cosecharemos uvas. No olvides tu gorra, en un rato me lo agradecerás.

–¿Qué haces con ellas?

–Las vendemos a personas que producen vino.

Hazel comprendió cuán en serio se tomaba Max el asunto de la sociedad al darse cuenta de que, mientras ella acababa de utilizar la segunda persona del singular, él había usado la primera del plural.

Buscó dos pares de guantes en la cajuela y le entregó uno a ella. Le explico cómo arrancar el racimo de la vid, qué tipos existían, cuáles sembraban allí. Hazel aprendió enseguida cómo hacer el trabajo. Era cansador y le hacía doler los brazos, pero estar al aire libre se sentía bien. Como el día anterior había llovido, en poco tiempo terminó con la ropa mojada. Max observó sus pechos generosos demarcados en la camiseta rosada. Tuvo que pensar en otra cosa para evitar los sentimientos que ella le despertaba.

No había perdido nada de lo que lo había atraído alguna vez. Incluso ahora poseía cualidades que lo atrapaban todavía más. Ojalá hubiera entendido la razón. Tal vez, como solía decir Elsie, "no hay un motivo", y tan solo se siente lo que se siente.

–Deberías comprarte otra ropa –sugirió–. Arruinarás esas prendas tan bonitas.

–Son las únicas que tengo. No puedo invertir en renovar mi guardarropa en este momento –respondió Hazel, agitada, mientras intentaba hacerse de otro racimo. Max se dio cuenta de que estaba agotada.

–Descansemos un rato –propuso.

Almorzaron más sándwiches que él había cargado en la cajuela con una lata de refresco para cada uno.

–¿Cómo conoces a las chicas? –preguntó Hazel mientras admiraba la belleza del horizonte, entre verde y beige, del campo.

–¿A las turistas? –Ella asintió y bebió de la lata. Max tragó con fuerza. Esa acción de Hazel con el fondo espectacular de la naturaleza fue letal para su autocontrol. Bebió un trago también–. En cualquier parte. En la playa, en bares, en reuniones con conocidos…

–¿Por qué turistas?

–Son interesantes. Nunca he podido viajar fuera de Australia, pero me agrada aprender sobre distintas culturas.

Hazel lo observó con curiosidad. Como cuando tenía dieciocho años, Max notó que, con la luz del sol sobre el rostro, los ojos de ella se tornaban de un azul claro transparente.

–Entonces no solo te atraen por el físico, sino también por sus mentes.

–Algo así –admitió él–. ¿Y a ti? ¿Por qué te atrae alguien?

Hazel suspiró mientras se acomodaba un mechón de cabello rojizo que se había soltado de la coleta.

–Dijiste que no querías ser mi amigo, así que no le veo sentido a contártelo.

–¡No es justo! Tú me preguntaste y yo respondí.

Ella alzó los hombros haciendo un gesto de pena con la boca. Se puso de pie bajo la atenta mirada de Max y volvió al trabajo.

No tenía idea de qué la atraía de un hombre, porque el único que alguna vez la había encandilado era él.



16

Comenzaron con la adaptación de la gata y los perros esa misma semana. Costó bastante: Honey se ponía nerviosa, sobre todo cuando un cachorro quería jugar con ella. Aunque los demás no le prestaban demasiada atención, bastaba que ese se acercara para que bufara y mostrara las garras.

A la vez, se dedicaron a la cosecha de las uvas. El viernes, fueron juntos a entregarlas. Max la presentó como su socia. Hazel estrechó la mano del comprador con una sonrisa muy educada.

Le sorprendió que el hombre rechazara parte del cargamento aduciendo que las condiciones de la mercadería no le servían para mantener la calidad de sus productos. Aunque Max intentó convencerlo de que se hallaban en perfecto estado, no hubo manera. Tuvieron que volver con un cuarto de la carga. No podía creer que tanto el trabajo de recogerlas como el dinero que valían se desperdiciaran por el simple "no" de un productor vitivinícola. Al menos les obsequió dos botellas de vino.

–¿Qué haremos con estas uvas? –indagó, señalando la cajuela.

–Intentaremos vendérselas a otra persona en tiempo récord, antes de que se arruinen. Posiblemente, un productor de vinagre. Son menos quisquillosos –explicó Max.

Se produjo un instante de silencio en el que Hazel apretó las manos sobre el regazo, ideando cómo iniciar la conversación que tenían pendiente.

–¿Mi madre visita seguido la finca?

A Max le pareció un tanto sorpresivo el cambio de tema. Entendió que habría alguna razón, por eso respondió enseguida.

–Solo fue dos veces desde que me incorporé en la sociedad.

–¿Te comunicas con ella?

–Le envío los reportes por correo electrónico antes del día diez de cada mes. Solo me ha llamado las veces que me atrasé. A decir verdad, son varias. Odio el papeleo. ¿Hoy qué día es?

–Once.

–Todavía no se lo envié; mi teléfono debe estar a punto de sonar.

–¿Puedo pedirte un favor? –Él esperó callado–. No le cuentes que estoy aquí; ella no sabe que vine.

La suavidad con que Hazel pronunció esas palabras a la vez que miraba sus manos unidas sobre el regazo le provocó un cosquilleo en el estómago. Al parecer, la relación con su madre continuaba siendo bastante tensa. Supuso que mudarse a Estados Unidos había roto los mandatos y, aunque en parte así parecía, todavía le faltaba ser más libre. Sin duda lo estaba intentando al ocultarle información a Adeline.

–Tu secreto puede ocasionarme problemas. Aun así, lo conservaré con una condición –respondió. Hazel lo miró, expectante–. Escribe los reportes, como te pedí el otro día. De verdad me niego a hacerlos.

–A mí sí me agradan los números y el papeleo; no tengo problema de hacerlos. Te pedí que me explicaras cómo, pero todavía no lo hiciste.

–Porque los odio.

–Ya me quedó claro –rio ella, enternecida–. ¿Por qué podrías tener problemas?

–Cuando llegaste, dijiste que habías venido para ocuparte de la finca. Supuse que tu madre te daría parte de las ganancias. Pero, si ella no sabe que estás aquí, es evidente que eso no sucederá. Supongo que necesitas dinero.

»Una cláusula del contrato especifica que debo consultarle a tu madre las decisiones importantes, como contratar empleados. No puedes tan solo tomar dinero de las ganancias sin más, ¿cómo lo

justificaría? Tendré que darte de alta como empleada si quieres percibir un salario. La mitad tendré que pagarlo yo; la otra, tu madre. Es la única manera si no quieres contarle que te instalaste en la finca.

–No había pensado en ello –reconoció Hazel. No quería que él tuviera que pagarle nada, mucho menos ocasionarle problemas–. ¿Mi madre podrá ver que yo soy su empleada?

–Sí, pero no creo que revise el sistema por su cuenta. Tenemos un contador para eso.

–¿Y si le preguntara a él quién es el empleado nuevo?

–Dudo que le interese conocer el nombre de quien supondrá un chico rudo, de unos veinte años, que anda cosechando uvas al rayo del sol.

–No quiero que me des tu dinero.

–No te lo estaría dando, sino intercambiándolo por tu trabajo.

–Tal vez debería conseguir un empleo en otra parte. ¿Qué se puede hacer en Gold Coast?

–Eres ingeniera.

–Sí, pero no quiero dedicarme a eso por el momento.

Él suspiró. Resultaba evidente que Hazel no solo intentaba librarse de su madre ocultándole su decisión de mudarse. También se alejaba de una profesión que, quizás, no terminaba de satisfacerla y que no había elegido por su cuenta.

–En temporada alta hay bastante trabajo en hoteles, restaurantes, tiendas… –Se interrumpió al imaginarla como mucama o mesera. No le pareció que fueran empleos en los que una ingeniera pudiera sentirse reconocida–. Seré honesto: estoy frente a la oportunidad perfecta para deshacerme de ti, pero creo que, si no quieres volver a tu profesión, por el momento nada será mejor que la finca.

–Así que quieres deshacerte de mí.

–No lo dije para ofenderte. Ignóralo.

–Habla, no sientas lástima. Ya casi empiezo a pensar que no podría vivir sin tu desagradable manera de ser.

No podía decirle la verdad, así que tomó un atajo.

–Si bien el contrato establece que tu familia puede ir a la finca cuando quiera, nadie lo hace. De hecho, las dos veces que tu madre

la visitó, con suerte permaneció allí dos horas; odia ese lugar. Estaba acostumbrado a estar solo.

–Entiendo. Lamento molestarte. No habría regresado a Queensland si no fuera estrictamente necesario. De verdad lo siento.

–Basta. No necesito que me pidas disculpas.

–Creo que, por el momento, tendré que aceptar el empleo en la finca. Serás mi jefe después de todo. Nunca rompo con la maldición.

–Te prometo que no me comportaré como uno. Es eso o decirle la verdad a tu madre. No puedo mentirle con los números. Tú eliges.

Hazel pensó que Max no lo recordaba, pero ya le había contado una vez que odiaba tomar decisiones. Esa parecía bastante simple cuando en realidad no lo era. Significaba subordinarse a alguien de una u otra manera: él o su madre. Ya conocía cómo era depender de Adeline. Por primera vez en su vida, eligió a Max.

–Por favor, avísale a mi madre que contratarás a alguien en cuanto lleguemos. Supongo que solo podrás darme el alta como tu empleada cuando ella lo autorice.

–Supones bien. Todo tiene que asentarse por escrito. Le enviaré un correo electrónico. Suele cuestionar mis decisiones, así que prepárate para luchar.

–Parece que la conoces muy bien.

–Apostemos algo: ¿qué crees que responderá en cuanto lea el correo?

–Quisiera que respondiera: "Confío en ti". Pero seguro dirá que la finca no genera suficiente dinero para contratar a alguien y que puedes seguir arreglándotelas solo.

–Me has arruinado la apuesta. Olvidaba que la conoces mejor que yo.

En cuanto llegaron a la casa, el teléfono de Max sonó. Lo sostuvo delante del rostro de Hazel con la sonrisa de quien acaba de acertar todos los números de la lotería. A ella se le puso la piel de gallina; estaba segura de que el contacto "Ay, no" que aparecía en la pantalla era su madre. Pensó en lo extraño de la situación. Para que no hubiera dudas, él la puso en el altavoz.

–Hola –dijo a secas.

–Buenas tardes –replicó Adeline con la falsa cortesía que la caracterizaba–. Me pregunto por qué todavía no hay un informe en mi correo.

–Sabe que no me agrada esa parte del trabajo.

–Pero es una de las más importantes. Cuando firmamos el contrato acordamos que… –Mientras ella continuaba hablando, Max alejó el teléfono con expresión de hastío. Hazel se cubrió la boca para reír. A Max le pareció una actitud muy dulce. Tanto, que temió que los sentimientos que ella le despertaba escaparan por su mirada–. Por lo tanto, tengo derecho a…

–Sí, sí, entiendo –respondió cuando se cansó de escucharla–. Estuve muy ocupado. Lo tendrá lo antes posible.

–Eso espero. Si no lo envías para mañana…

–He dicho lo antes posible –la interrumpió.

–Espero que eso no signifique en una semana o me veré obligada a contactar a mi abogado.

–¿Y arriesgarse a que la finca se quede sin administrador? ¿Sabe cuánto le costará encontrar a otro? ¡Vamos! No quiere tomarse tanto trabajo.

–Que sea hoy mismo. Por cierto… Necesito que hagas algo.

–Ya le dije que no venderé el caballo; es el mejor que tenemos. No necesito una motocicleta nueva, puedo seguir guiando a las ovejas con la que está en el garaje y con los perros.

–No se trata del caballo, sino de mi hija. –Max y Hazel se miraron. Él jamás hubiera esperado eso. Maldijo haber activado el altavoz. Intentó quitarlo, pero Hazel le sujetó las muñecas y moduló sin emitir sonidos: "¡Déjalo!". Él respondió de la misma manera: "¡Es mi teléfono!". Tironearon un poco. Por luchar en oficio mudo mientras Adeline seguía hablando, no la oyeron–. ¿Qué ocurre? ¿Me estás escuchando?

Max desistió alzando las manos. Hazel lo amenazó con la mirada.

–Sí, la oigo –contestó al teléfono.

–¿Entonces lo harás?

–¿Puede repetir, por favor? Hubo una interferencia y no se escuchó bien.

Adeline resopló de manera ruidosa para demostrarle cuán ofuscada se sentía.

–Te dije que mi hija está actuando de manera muy extraña. Me temo que aparezca en la finca en cualquier momento.

–¿Qué la hace pensar eso?

–Hace unas semanas me preguntó por ese lugar y tuve que decirle que ahora lo administraba un socio. Si la ves aparecer, dile que no puede quedarse y envíala a Sídney.

–¿Quién cree que soy? ¿El papá de una niña de once años? No haré eso.

–Es una orden.

–Nadie me da órdenes. ¡Debería sentir vergüenza! Calculo que su hija tendrá edad de tomar sus propias decisiones.

–Supongo que no la querrás merodeando por ahí.

Max le dio la espalda a Hazel. No podía responder lo que quería mirándola.

–¿Por qué no? Si pasa por la finca, la internaré en mi cama y usted no la verá durante meses.

–¡Grosero! Maldigo la hora en la que te acepté como socio. Debí imaginar que eras así de repugnante. Siempre lo supe.

–¿Se le ofrece algo más que no sea insultarme? ¿Podemos colgar?

Adeline cortó la llamada sin despedirse. Max miró el teléfono un momento, preguntándose cómo enfrentaría a Hazel después de lo que acababa de decirle a su madre. Por lo menos, la mujer no había delatado que él sí la recordaba. Enterró sus deseos y sentimientos en lo más profundo, se colocó la máscara de nada absoluta y giró sobre los talones.

La expresión anonadada de Hazel casi lo hizo flaquear. Se echó a reír antes de correr el riesgo.

–Me encanta molestarla –arguyó–. No creas que tendrás tanta suerte.

–No te preocupes, no anhelo la suerte de pasar por la cama de mi abuela fallecida y aferrarme al respaldo como las turistas. Por cierto, gracias por proteger mi secreto.

–No creas que será gratis. Me debes el informe para "hoy mismo" –burló la voz de su madre. Hazel apretó los labios para no reír.

–Claro. Dame todo. Quiero decir… Los informes anteriores para imitarlos y lo que quieras que incluya en este. –Bajó la cabeza, odiándose a sí misma por ser tan transparente–. Maldición –susurró.

–Mejor dejémoslo así –propuso él y señaló una dirección con la mano–. Es por aquí.

La llevó a la habitación de la planta baja que utilizaba como oficina, encendió la notebook que estaba sobre el escritorio y buscó el montón de papeles desordenados que guardaba en una gaveta. Asentó dos pilones delante de Hazel.

–Estos son los recibos que otros me han dado por lo que he comprado y las cuentas que pagué. Estos, los que yo entregué al vender lo que producimos. Lo que queda en el medio es la ganancia del mes. Mitad para tu madre, mitad para mí. –Señaló la computadora–. En la carpeta "Para la vieja loca" encontrarás muchos informes para imitar. Lamento lo del mote; sé que, aunque yo tenga razón, es tu madre y la amas. ¿Alguna pregunta?

–Por ahora no –respondió ella, mirándolo a los ojos. Ante la inmovilidad y el silencio de él, se frotó los labios. Por último, sonrió.

Max respiró hondo para dejar de imaginarla en la cama, aferrándose al respaldo.

–Mientras tú haces eso, yo intentaré encajarle las uvas a alguien. Con permiso.

Hazel lo miró salir del cuarto con un dedo sobre los labios. No estaba segura de poder concentrarse en la tarea.

Era cierto que los números le gustaban, así que se familiarizó enseguida con las planillas de cálculo y los recibos. Había un único problema: Max era demasiado desordenado y los archivos de los informes anteriores ni siquiera tenían nombres apropiados. Tan solo colocaba letras sin sentido, como: "ashfjfgl" o "gaffrutm". Tampoco seguían un mismo formato. La enfermó ver que incluso cambiaba la tipografía.

Tuvo que contenerse para no perder el tiempo en reformular tantos archivos viejos, pero sí abrió uno por uno y los nombró con el mes, un guion y el año. Luego los acomodó en carpetas diferentes. Por último, transcribió los datos del mes en un formato mucho más claro y estructurado.

Cuando él reapareció, anochecía. Le avisó que encendería la luz por si ella quería cubrirse los ojos para que la claridad repentina no la dañara tras haber permanecido en la penumbra. Entró mientras Hazel se frotaba los párpados. Cuando lo miró, lo encontró a su lado con una mano apoyada sobre el escritorio. Alzó la cabeza para explicarle.

–Ya terminé. Nombré los archivos viejos con el mes y el año al que corresponden y los reubiqué en carpetas separadas.

–No sé por qué no te contraté antes –replicó Max, sorprendido por la velocidad con que ella había hecho todo eso. Hazel rio–. ¿Puedo dictarte el correo para tu madre?

–Seguro.

Abrió el navegador, presionó el ícono del correo electrónico y después, "redactar". Seleccionó el correo de su madre en el destinatario. Aguardó con las manos sobre el teclado sin saber que Max se había entretenido estudiando cuán bella lucía vista desde arriba.

Cuando él cayó en la cuenta de que ella estaba esperando, se espabiló y comenzó con el dictado.

–"Hola. Le adjunto el informe. De paso le aviso que, como nos está yendo bien, contrataré a alguien para que nos vaya aún mejor. Saludos". ¿Está bien así? ¿Es cierto que nos fue bien este mes?

–¿De verdad no tienes idea de cuánto dinero has ganado? –replicó Hazel. Lo miró, asombrada. Como él permaneció en silencio, respondió–: La verdad es que el margen de ganancia de la finca es bajo, pero ha estado creciendo de manera lenta y sostenida en cada informe. Pueden pagar el salario mínimo de un empleado entre los dos sin que los afecte demasiado.

–Bien. Entonces envíalo así y prepárate para la respuesta.

–Max, si es demasiado problemático…

–Tranquila. No lo será. –Sonrió y se aproximó a su rostro–. ¡Logré vender todas las uvas! ¿Sabes lo que hacemos cuando eso sucede?

Por un instante, Hazel tuvo la impresión de que volvía a hallarse frente al chico de dieciocho años original y creativo que había conocido.

–No –respondió, sonriendo con ternura.

–¡Celebramos! Vamos. Tenemos dos botellas de vino que beber.

Hazel adjuntó el archivo a lo que había redactado, presionó "enviar" y bajó la tapa de la notebook. Al salir, apagó la luz.

Se sentaron a beber en las cómodas mecedoras del porche. Comenzaron con el vino tinto. Pronto la noche los envolvió, cálida y apacible. La bebida hizo efecto y, como hablar de asuntos serios no era una opción, fueron por las tonterías.

–Los ruidos que hay aquí no me permiten dormir –confesó Hazel antes de beber otro trago.

–¿Qué ruidos? El campo es sinónimo de silencio –rio Max.

–¡Esa cabaña cruje por todas partes! Ha de estar embrujada o algo. Aquí también hay ruidos. Escucha. –Alzó un dedo junto a la oreja.

–Hay varios sonidos a la vez, no entiendo a cuál te refieres.

–Ese que hace "scritch, scritch, scritch".

–No escucho ningún "scritch" –respondió Max, riendo–. A ver, adivina qué es este otro: "trrr".

–Lo escucho también. No sé. Parece algo que se frota.

–Vas bien.

–Pero no sabría decir qué es.

–Son las libélulas al frotar las alas. Asústate cuando escuches un "sss".

–¿Qué insecto hace "sss"?

–No es un insecto, son las serpientes. Eso significa que tu madre está a punto de llamar.

Hazel soltó una de sus carcajadas raras a la vez que se inclinaba hacia adelante.

–¡No seas cruel! –exclamó con tono divertido–. Debo confesar que son más relajantes los sonidos del campo que los de la ciudad. Lástima que la incertidumbre no me permita dormir. –Intentó servirse más vino. Descubrió que la botella se había vaciado. Inclinó la cabeza hacia atrás y dejó caer las últimas gotas en su boca desde el pico–. Abre el otro –solicitó.

Max la observó por un instante, incapaz de moverse. Se dio cuenta de que Hazel se estaba soltando, en parte gracias a la bebida, como hacía quince años, y supo que eso no era conveniente

para su postura de hombre frío y rudo. Aun así, le dio el gusto de abrir la botella y hasta le sirvió la copa. El vino blanco dulce era todavía más delicioso que el tinto.

–¿Qué te agrada de este lugar? –consultó ella.

–Todo.

–¡Vaya! Casi volvimos a los monosílabos.

Se puso de pie. Al intentar caminar, se balanceó hacia un costado.

–¿Estás bien? –consultó Max. Como a Hazel todavía le restaba algo de cordura y no quería pasar vergüenza cayéndose, se sentó en el suelo frente a él. Sonrió con la copa junto a los labios.

–Perfecta –aseguró–. Aquí es lindo. Pero a veces, cuando no puedo dormir, me pregunto si hice bien en venir. Mientras vivía en Estados Unidos, comencé a ir a un gimnasio. No hay nada que hacer: este es mi cuerpo, no puedo cambiarlo. No importa cuánta gimnasia haga, siempre seré un poco gordita.

–Tienes un cuerpo muy bonito –respondió Max en voz baja. Hazel dejó escapar otra de sus risas peculiares.

–¡Sí, claro! Tal vez Liam me engañó por eso. Solía llamarme la atención cuando le parecía que había aumentado de peso. ¿De qué me sirvió ser la hija perfecta, la estudiante perfecta, la esposa y empleada perfecta? La recepcionista con la que me engañó era muy bella. Estoy segura de que, si hubiera venido aquí como turista, habría terminado en tu cama también. –Volvió a reír–. Tú no lo recuerdas, pero hace mucho te conté que tiendo a arruinarlo todo. Lo hice otra vez: en cuanto lo encontré con ella, le pedí el divorcio. Ni siquiera me interesaron sus excusas. ¿Sabes por qué? ¡Porque nunca me enamoré realmente de él! –Rio una vez más.

Max se acercó al borde del asiento y apoyó los codos en las rodillas para estar más cerca.

–Detente. No creo que quieras contarme todo eso.

–¿Por qué no? Tal vez tú puedas decirme por qué los hombres son tan… No lo sé, ¿traidores?

–Mejor no hablemos de traición.

Sabía que Hazel no lo había traicionado, pero a veces no lograba recordar el asunto del beso con Liam de otra manera.

–Lo son –afirmó ella–. Debí hacerle caso a mi madre y fingirme una estúpida respecto del engaño. ¿En qué momento creí que venir aquí era una buena idea? ¿Te das cuenta? Lo único que hago es arruinarlo todo.

–Será mejor que dejemos lo que resta de vino para otro momento –sugirió él e intentó hacerse de la copa que ella tenía en la mano.

–¡¿Estás loco?! No me la quites, todavía le queda bebida –dijo y sorbió otro trago. En menos de un segundo, su sonrisa se transformó en lágrimas–. Si no puedes decirme por qué los hombres son unos traidores, tal vez puedas explicarme cómo terminé aquí, quebrada económicamente, viviendo en una choza que se cae a pedazos, siendo despreciada por el chico que solía amar.

Durante unos segundos solo se oyó su llanto. Max respiró hondo. Se negaba a caer en el juego de las ilusiones de nuevo. Cuando lo hizo, era un muchacho y no entendía el mundo como en la adultez.

A pesar de las enormes barreras que se imponía, en ese momento supo que podía sincerarse con Hazel. Apostaba a que su estado no le permitiría recordar nada al día siguiente.

–Estoy seguro de que no amabas a ese chico. Quizás te atraía mucho, como nadie antes. Pero no lo amabas –aseguró con voz calmada.

–Yo creo que sí. Como siempre, lo arruiné todo, y ahora él ni siquiera me recuerda. Para mí, en el fondo, apuesto a que solo siente odio y rencor.

–Él no te odia ni siente rencor, Hazel. Está muerto de miedo.

–¿Miedo de qué? Si me perdonara, no cometería el mismo error.

–Es imposible resumirlo en pocas palabras, no lo entenderías. Tampoco tiene nada que perdonarte. Eres una de las mejores cosas que le ocurrieron en la vida. –Le acarició una mejilla sin pensar y se llevó una lágrima–. No llores. Nadie merece tu dolor. Dame la copa. Te acompañaré a tu "choza que se cae a pedazos" así puedes acostarte a dormir –propuso, sonriendo cabizbajo.

–No quiero. Prefiero que veamos el amanecer.

–¿Qué amanecer? Son las once de la noche.

–Iré a ver el amanecer –repitió ella. Dejó la copa junto a la botella y se apoyó en sus piernas para levantarse.

Él alcanzó a ponerse de pie antes de que Hazel se inclinara hacia adelante y acabara en el suelo. Terminó con la frente contra su pecho. Alzó las manos despacio mientras la oía reír y le acarició el cabello. Olía tan rico como lo recordaba.

Hazel alzó la cabeza de golpe. Sonreía de nuevo, esta vez casi pegada a sus labios.

–Voy a ver el amanecer –aseguró.

–Claro, ¿por qué no? –respondió él y le secó las lágrimas con los pulgares.

La abrazó por la cintura para ayudarla a caminar. Creyó que podría convencerla de entrar a la cabaña al llegar a la puerta. Ella lo desafió con risas y afirmando varias veces más lo que en realidad deseaba hacer.

Terminó llevándola a una roca desde la que se podían apreciar los mejores amaneceres y atardeceres, según hacia qué lado mirasen. Lástima que, para ese momento, eran las once y veinte de la noche y se quedaría dormida mucho antes de que pudieran ver la salida del sol.

Se respaldó contra la roca y ella se apoyó en su costado. Tal como suponía, se durmió enseguida inclinada sobre sus piernas. Mientras se dirigían allí, había ideado que la llevaría a la cabaña en cuanto cerrara los ojos. Ahora que la tenía así, se arrepintió. Ya habían atravesado una situación parecida hacía quince años. Podía dejar que esa también siguiera su curso.

Despertó cuando sintió que Hazel le apretaba una rodilla. El color maravilloso del cielo lo eclipsó.

–¿Estás despierto? –preguntó ella con voz suave.

–Sí –respondió. No retiró las manos que descansaban sobre su cabello de fuego, aunque se dio cuenta de que el efecto del alcohol ya se había ido y supiera que Hazel recordaría ese momento, a diferencia de los de la noche anterior.

–Te dije que veríamos el amanecer.

¿Entonces sí los recordaba? ¿Cuánto de lo que él le había dicho habría comprendido y memorizado? Sintió más miedo que nunca. Por eso permaneció quieto y en silencio hasta que salió el sol.

Supuso que Hazel no había entendido que él sí la recordaba, de lo contrario, se lo estaría demostrando.

Ella se irguió y lo miró con ternura.

–Gracias –susurró.

–¿Por qué? –indagó Max, procurando ocultar su temor.

–Por haberme dado el gusto. Me duele mucho la cabeza, es evidente que anoche bebí demasiado. Espero no haberme puesto muy pesada. Si lo hice, lo lamento.

Se sintió aliviado de que, al parecer, tan solo recordara lo del amanecer. No era de extrañarse, dadas las veces que había repetido que quería verlo.

–Hazel –dijo–. Es hora de terminar con eso de sentirte culpable y responsable de todo. La próxima vez que me pidas disculpas por una tontería, te despeinaré para que te des cuenta de lo que estás haciendo.

–Es parte de ser amable.

–No necesito tu amabilidad. Las palabras corteses terminan convirtiendo un concepto profundo en algo superficial. Cuando compartamos tiempo juntos, prefiero que todo lo que digas y hagas nazca de tus sentimientos y no de tu razón.

Hazel lo observó levantarse y caminar en dirección a la casa.

Ese sí era Max.



17

Mientras cargaba los comederos, Max se preguntó qué maldita droga era Hazel. Lo atraía más que nadie y perdía el control por eso, igual o peor que a los dieciocho años.

Ella no era una turista con ganas de divertirse y él se negaba a involucrarse emocionalmente. El mejor modo de reprimirse era entregarse a otras sensaciones. Por eso, en cuanto terminó las tareas básicas que no podía dejar de hacer aunque fuera sábado, regresó a la casa para darse una ducha. Fue a la playa con la idea de conocer a alguien para pasar un buen rato.

Sentada en el camastro, Hazel se esforzaba por recordar más de la noche anterior. Era inútil: solo tenía en mente que había repetido cientos de veces que quería ver el amanecer. Max insistía con que se fuera a dormir. ¡Por supuesto, si era plena noche! Debió pensar que era una idiota.

No podía creer que le pareciera tan atractivo y que esa mañana hubiera dejado entrever algo de quien solía ser. ¿Qué lo habría motivado a hacerlo? Temió haberse confesado de manera inapropiada mientras estaba ebria.

Se tomó el rostro entre las manos a la vez que emitía un quejido. Nunca se excedía con la bebida. Solo había llegado a olvidar los acontecimientos dos veces, y justo Max había sido testigo. Creería que era una alcohólica. Tal vez, si hubiera bebido un poco más en la vida cotidiana y no apenas una copa en algún que otro evento

social, estaría acostumbrada y no perdería la cordura con tanta facilidad.

Para dejar de pensar, fue a dar una vuelta por la finca. Sus escasos conocimientos agrícolas le impidieron reconocer las vacas, pero se alegró de encontrar entre los caballos dos de los ejemplares que ya se hallaban allí cuando ella tenía diecisiete años. Los acarició con un cariño especial a la vez que recordaba a su abuela.

Sintió angustia al pensar en lo tonta que había sido al no imponer su decisión de asistir al funeral. Ahora que lo analizaba, le llamó la atención que, en ese momento, su madre no hubiera insistido con que estuviera presente. Lo relacionó con que, cuando mencionó que quería vivir en Queensland tras el divorcio, Adeline puso todas las excusas posibles para que no lo hiciera. Casi parecía que no quería que se reencontrara con el pasado.

Por un instante, no tuvo dudas de que su madre sabía bien quién era Max y cuánto había significado para ella. "Siempre lo supe", dijo cuando se refirió a que él era "repugnante" en la llamada telefónica. Lo que no entendía era cómo nunca había hecho referencia a nada que a él le hiciera recordarla a ella.

Por otro lado, la palabra "siempre" tenía muchos matices; podía significar quince años o desde el momento en que Max se postuló para ser el administrador de la finca. Entonces, aunque le pareciera improbable, quizás Adeline no lo había reconocido. O tal vez a su madre le convenía que él no se acordara de ella. Lo único que importaba era por qué Max no la recordaba. ¿Tan poco había significado en su vida, mientras que él siempre había estado presente en su memoria? Se sintió todavía más ínfima que viviendo en la choza.

Emprendió el regreso porque el día se nubló y se dio cuenta de que ni siquiera con el paseo podía acallar los pensamientos.

De camino a la cabaña, divisó la camioneta de Max moviéndose desde la cerca de ingreso hasta la casona. Se apresuró a ocultarse dentro de la vivienda cuando lo vio descender del vehículo a la par de una mujer muy atractiva. Se preguntó de qué nacionalidad sería. Apostaba a que italiana o española.

Calentó agua en la jarra de lata con un nudo en el pecho. Reconoció con pesar que estaba celosa. Se repitió una y otra vez que no tenía motivos para sentirse de esa manera, pero sus emociones siguieron haciendo de las suyas por más que la razón intentara refrenarlas.

Transcurrieron unas horas en las que bebió un té, reunió a la gata con los perros y reparó la cortina que ocultaba los enseres de cocina. Se sentía bastante mal de tener que vivir como una pordiosera, pero no se hubiera atrevido a pedirle a Max permanecer en la casona. Si él era el socio de su madre, tenía derecho a estar allí. Además, había llegado antes que ella. Compartir la misma vivienda era impensable. Solo le quedaba resistir. ¿Quería un cambio de vida? Ahí lo tenía. Debía hacer frente a las consecuencias de sus actos. Era parte de ser adulta y decidir sin que su madre interfiriera.

A sus diecisiete años, Max insinuó que tenía miedo de hacer sus propias elecciones, porque cuando otro las hacía por ella, no había margen de error. Si las cosas salían mal, la culpa no sería suya, sino ajena. Esta vez, no había a quien responsabilizar más que a sí misma. Era difícil de sobrellevar, pero también liberador.

Después de colgar la cortina, se encontró de nuevo sin nada que hacer. Unos días atrás, Evelyn le había enviado un mensaje. Aunque le hubiera venido bien que la pasara a buscar y que fueran a una cafetería, conversar con su prima no era una opción. Temía que volviera a interrogarla.

Fue al camastro con intención de acostarse y llamar a alguna amiga. Por apartar la sábana de arriba, arrastró la ajustable. Al acomodarla debajo del colchón, sintió algo viscoso y, al instante, un pinchazo. Retiró la mano con urgencia. Se quedó impactada al ver dos puntos de sangre junto al pulgar.

"Siempre tienes que revisar el camastro antes de sentarte o acostarte". "¿Cada vez?". "Cada vez".

La conversación retumbó en su cabeza. No estaba acostumbrada a vivir en una cabaña rural; la mitad de las veces olvidaba hacer la revisión.

Se alejó del camastro, temerosa de que la serpiente que la había mordido saliera de su escondite y volviera a defenderse al creer que

ella la atacaba. Durante un instante, no supo qué hacer. No podía correr el riesgo de dejar la mordedura a su suerte. Sintió un miedo descomunal de que se tratara de una especie venenosa. De ser así, podía morir en menos de un minuto.

Recogió a Honey para no dejarla expuesta al peligro y corrió a la casona. Golpeó a la puerta de manera desesperada. Max abrió en poco tiempo. Tenía el pantalón y el calzado puestos, pero no la camiseta. Dado que la gata se movía como endemoniada, Hazel la dejó ir. La mascota se introdujo de inmediato dentro de la casa.

–Lo siento, no quería molestarte –balbuceó.

–Pero… –completó él, impostando una expresión de hielo.

–Había una serpiente en mi camastro.

–¿Qué clase de serpiente?

–No lo sé. Tan solo… –alzó la mano y le mostró la herida.

Max evitó entrar en pánico o, por lo menos, demostrarle a Hazel que la situación podía ser bastante grave.

–Espera –pidió y se internó en la casa. Salió en un segundo con la camiseta puesta y la llave de la camioneta en la mano.

–Max, no te veo –balbuceó Hazel.

–¿Qué?

–No puedo verte.

Él la atrapó antes de que se desvaneciera. Lo último que Hazel oyó fue que la llamaba por su nombre.

Despertó mareada y confundida. Sentía la garganta seca. Abrió los ojos despacio. Alcanzó a distinguir un cable transparente. Siguió su recorrido y llegó hasta una bolsa de suero.

–Hola. ¿Estás bien? –preguntó Max.

Giró la cabeza hacia el lado contrario y lo encontró sentado junto a ella. Dedujo que se hallaban en el hospital. La camilla era mucho más cómoda que el camastro. Intentó hablar.

–M… Mi lengua… –balbuceó. La sentía muy extraña.

–Está hinchada. También tus manos.

–¿Voy a morir?

–No –rio él–. Claro que no. La serpiente no era venenosa. Pero tú eres alérgica a sus mordeduras, por eso la hinchazón. El desmayo no

tuvo nada que ver con eso, fue por miedo. Así que tranquila. Pronto pasará, te están dando medicación por vía intravenosa.

–¿Mis labios también…? –indagó, llevándose una mano deforme a la boca. Como le costaba demasiado hablar, dejó la frase en suspenso. Max entendió igual.

–No, eso no –aseguró y volvió a reír.

–No es gracioso –susurró ella.

No solo había terminado divorciada y quebrada económicamente, viviendo en una choza mientras que el chico que alguna vez había amado la despreciaba. Cuando creyó que la situación no podía empeorar, resulta que una serpiente le demostró que sí. En ese momento, sintió que no podía más y se echó a llorar.

–Hazel, yo… –susurró Max–. Lo siento. No me río de ti. Estoy nervioso. Casi morí cuando te desmayaste. Creí que habías sufrido un paro cardíaco. Lo importante es que estarás bien.

Como notó que ella intentaba contener el llanto pero aún seguía lagrimeando, dejó de reprimirse y le acarició una mejilla. Era consciente de que, esta vez, Hazel lo recordaría. Ya encontraría la manera de excusarse porque, de pronto, hubiera dejado de ser una estatua y se hubiera convertido en una persona cercana.

–Por favor, no llores –pidió, escurriéndole las lágrimas–. Me explicó el doctor que la medicación puede hacerte sentir somnolienta. ¿Por qué no duermes un poco?

La última vez que Hazel había estado en un hospital se hallaba en Estados Unidos, lejos de su familia. Le habían hecho la cirugía por la endometriosis. Necesitaba sentirse acompañada, sin embargo, Liam se marchó al trabajo en cuanto le informaron que todo había salido bien. Ni siquiera había terminado de despertar de la anestesia cuando él se despidió. De haber sabido que se iría, le habría pedido a una amiga que la acompañara en lugar de a él.

–¿Te irás? –consultó. No imaginaba cómo haría para regresar a la granja, si ni siquiera había salido con el celular.

–Por supuesto que no. Me quedaré aquí hasta que te den el alta.

La respuesta la hizo sentir aliviada.

–Lo siento –sollozó. Se refería al momento presente, pero quizás también un poco al pasado. Si tan solo hubiera escuchado su oferta,

seguro no se habría quedado sola cuando la habían operado.

–¿Qué te dije que haría cuando me pidieras perdón sin necesidad? –replicó Max–. No lo hago porque no podría despeinarte más –concluyó. Hazel soltó una risita entre lágrimas. Estaba más relajada–. Descansa.

Él se respaldó en la silla sin dejar de tocarla. Quitó la mano de su mejilla y la apoyó en su brazo. Comenzó a acariciarlo despacio, desde la manga de su camiseta hasta el codo una y otra vez. Solo se detuvo cuando se dio cuenta de que Hazel ya se había quedado dormida.

Cuando ella volvió a despertar, era de noche. Vio que Max conversaba con un doctor. Una enfermera atravesó la puerta.

–¿Cómo estás? –consultó la mujer–. Te quitaré la vía.

–Todavía siento que mi lengua es un bote salvavidas –balbuceó Hazel. La enfermera rio mientras manipulaba el regulador.

–Puede ser. Volverá a la normalidad poco a poco.

Si le estaba quitando la vía, entendió que ya tenía el alta y que podía regresar a la finca. Max se lo confirmó en cuanto el doctor y la enfermera salieron.

Aunque todavía tenía las manos un poco hinchadas, Hazel se sentó en la camilla por sus propios medios. Sus piernas quedaron colgando sin tocar el suelo.

–Te calzaré –ofreció Max y se agachó para recoger su calzado deportivo. Intentó colocárselo, pero no hubo manera. Se irguió para explicarle–. Al parecer, tus pies también siguen un poco hinchados y no puedes calzarte.

–Soy un maldito globo –murmuró ella. Él rio.

–El doctor aseguró que la medicación seguirá haciendo efecto y que pronto estarás mejor.

–Bueno –replicó ella y se apoyó en la orilla de la camilla para bajar. Max apoyó las manos en sus hombros para retenerla.

–¿Qué haces?

–Creí que nos marchábamos.

–Sí, pero no puedes andar descalza. Estamos en un hospital, quién sabe qué puedas pisar. Lo mismo en la calle. Tenemos dos opciones: te doy mi calzado o te llevo.

–Si me dieras tu calzado, tú también correrías el riesgo de pisar cualquier cosa. ¿Y si solicitamos unos de esos protectores que usan en las cirugías?

–No evitarían que te lastimaras si pisaras algún objeto. Será mejor que te cargue.

–¿Estás seguro?

–Sí.

Max le entregó el calzado para que ella lo sujetara. Hazel enredó las piernas en su cadera y los brazos en su cuello. Él la retiró de la camilla y la acomodó tomándola de la cintura.

–¿Estás bien? –preguntó.

Ella asintió y luego ocultó el rostro contra su mentón. No quería ver la expresión de la gente que pudieran cruzarse en el camino.

Mientras abandonaban el hospital de esa manera, los dos pensaron en lo mismo: la noche que él la había invitado a nadar en el mar habían tomado la misma posición que en ese momento. Ya habían pasado por su estado de ebriedad, por el hecho de que él la acompañara mientras tanto y por la dicha de ver el amanecer. Era como si, con situaciones diferentes, la vida de verdad les estuviera ofreciendo una segunda oportunidad. La gran pregunta era cómo iba a terminar esta vez.

Repitieron el procedimiento para bajar de la camioneta en la finca. Hazel se sorprendió de que Max la llevara a la casona en lugar de a la cabaña. En cuanto entraron, el olor de una rica comida los envolvió. Los dos miraron la cocina al mismo tiempo. La mujer que él había llevado por la tarde seguía allí, nunca se había ido. Se habían olvidado por completo de ella.

–¡Oh, por Dios! –exclamó la joven con acento extranjero–. ¿Es tu esposa? –preguntó.

–No –contestó Max y se dirigió a las escaleras.

–¡Soy su enemiga! –exclamó Hazel, ya en un escalón. Max rio.

–No eres mi enemiga –susurró.

–Oh, sí. Lo soy.

La llevó a la habitación que solía ser de su abuela y la dejó sobre la cama. Hazel observó el respaldo. Lo recordaba. Ya nunca volvería

a mirarlo de la misma manera. También notó las sábanas desordenadas.

–Préstame un calzado. Me iré a la cabaña –pidió.

–Por el momento te quedarás aquí –determinó él.

–¿En la cama donde acabas de acostarte con esa chica que te esperó con la cena? ¡Max! Todavía huele a sexo.

–Disculpe, princesa, pero las demás camas del palacio están desarmadas. Veré qué ha preparado y te traeré un poco. Olía rico, ¿verdad?

Hazel asintió. Debía reconocer que le había dado hambre al sentir el aroma de lo que esa chica estaba preparando. Seguro era una mejor cocinera que ella.

Max bajó las escaleras. Encontró a la turista colocando los platos con la cena sobre la mesa.

–¿Quién es? –indagó ella una vez más, intrigada.

–Mi socia –respondió él y se sentó enfrente.

–¿Qué ocurrió para que te fueras sin avisar?

–La mordió una serpiente.

–¡Ay! ¡Qué miedo!

–No era venenosa, por suerte. Esto está exquisito –dijo Max, señalando la comida que acababa de probar–. ¿Qué es?

–Milanesas con papas fritas –pronunció la chica en español. Como se dio cuenta de que él no entendía qué era lo primero, explico–: Rallé el pan duro que tenías en la despensa, corté carne de tu refrigerador, le pegué la ralladura con huevo y lo freí.

–¿De dónde dijiste que eras?

–Argentina. Es un país que está en…

–América del Sur.

–Casi nadie sabe dónde se ubica. ¿Viajaste mucho?

–No. Tan solo lo sé.

Después de cenar, la llevó al hotel donde se hospedaba. Se despidieron con buenos deseos y sonrisas. Ella incluso le deseó que su socia se mejorara.

Regresó a la finca, recalentó la comida y subió con un plato y zumo de naranjas para Hazel en una bandeja.

Cuando entró al dormitorio y la encontró sentada con la sábana hasta la cadera y la espalda apoyada en el respaldo, tuvo una impresión muy extraña. Sintió que la había visto siempre de esa manera y que quería seguir viéndola por toda la eternidad.

Se sentó en la orilla y le entregó la bandeja.

–Demoraste tanto que creí que estaban teniendo sexo en la encimera –bromeó ella. Desde que habían entrado a la casa y se habían encontrado con esa chica, intentaba tomar con naturalidad que Max y ella no se debían nada el uno al otro y que él podía hacer lo que quisiera.

–Habrías oído ruidos –replicó Max.

–¿Las haces gritar mucho, señor gato?

–Como no imaginas –le siguió el juego Max. Se cruzó de brazos–. Prueba la mila… no sé cuánto. Está muy rica. Y lo mejor es que me explicó cómo prepararlas. Es muy fácil.

Mientras Hazel cortaba la carne en trozos pequeños, le explicó la receta. A ella le costaba tragar con la lengua un poco hinchada todavía, por eso dejó el plato casi completo.

–¿No te gustó? –consultó él.

–Sí, pero me resulta incómodo masticar. Muerdo mi lengua más que el alimento y me duele.

–Entiendo. Te prepararé algo blando –propuso Max. Recogió la bandeja para devolverla a la cocina. Hazel lo tomó del antebrazo. Una electricidad los recorrió. Una vez más, no lo demostraron.

–No lo hagas, prefiero esperar. Seguro despertaré con hambre y sin hinchazón en unas horas, entonces atacaré un pastel que dejé en mi cocina. Aunque me dé miedo que una enorme anaconda me ataque mientras duermo, creo que debería ir a la cabaña.

–No esta noche –respondió Max–. ¿Quieres que cambie las sábanas?

–Lo que dije fue una broma. Huelen bien. Solo creo que no debería invadir tu dormitorio. ¿Dónde te quedarás?

–No te preocupes por mí. Espero que puedas dormir sin ruidos que te perturben.

–Excepto que traigas a otra turista y la hagas gritar.

Él sonrió bajando la cabeza.

–Lo dudo. Me dejaste agotado con la secuencia de la mordedura de una serpiente.

–Hablando de eso, ya no poseo un seguro médico aquí. ¿Tuviste que pagar la cuenta del hospital?

–No te preocupes, lo arreglamos después. Hasta mañana.

–De acuerdo, pero no lo olvidaré. Hasta mañana –respondió ella.

Lo miró con una sensación muy fuerte en el pecho hasta que se fue. Era una mezcla de deseo y ternura, calidez y tensión. Destellos del amor que alguna vez había sentido o de otro aún más sólido y profundo que comenzaba a surgir y que no estaba segura de poder contener.



18

Despertó con la tibia claridad del sol sobre el rostro. Percibió que la gata dormía a sus pies. El ambiente era cálido y acogedor.

Se sintió aliviada de que el tamaño de su lengua y de sus extremidades hubiera vuelto a la normalidad. Para estar segura, las movió. Todo estaba en orden.

Giró hacia el costado, hundió la nariz en la almohada y respiró hondo, como había hecho varias veces antes de dormir. El adictivo aroma de Max lo impregnaba todo.

Esa cama sí que era cómoda, no como el camastro. Además, en ese dormitorio no había ruidos extraños. De hecho, en ese momento, solo se oían pájaros y las copas de los árboles que se mecían por el viento. Con concentración, alcanzó a escuchar un tintineo. Recordó las campanas que su abuela tenía colgadas en el techo. Mientras que para su madre eran molestas, para ella eran relajantes y una invitación a sentirse en paz.

Salió de la cama, se colocó el calzado que estaba a su lado y fue al baño de la primera planta. Sin sus elementos, le costó bastante peinarse. Hizo lo que pudo para lucir menos fantasmagórica y se dirigió al comedor.

Al llegar a las escaleras, oyó ruido en la cocina. Supuso que Max estaría preparando el desayuno.

–Buen día –dijo.

–Buen día –respondió él a la vez que llevaba un plato al comedor. Volvió a la encimera para servir otro al ver que Hazel estaba levantada. En unos segundos, regresó.

–¿No pensabas despertarme para ir a trabajar hoy? –consultó ella. Se había sentado a la mesa.

–Es domingo. Solo tengo que ocuparme de los animales.

–¿Y qué? Puedo acompañarte.

–Sería mejor que terminaras de recuperarte de lo que ocurrió ayer.

–Ya estoy bien. Mira. –Abrió la boca, estiró la lengua y la mantuvo afuera para que él comprobara que ya no estaba hinchada.

Max se preguntó si acaso lo estaba tentando o si simplemente seguía siendo la chica ingenua que no era consciente de lo que podía provocarle. Tuvo que admitir con pesar que la segunda opción era la correcta. Por lo tanto, esas actitudes se repetirían una y otra vez hasta que perdiera la razón.

–Hazel, ¡está azul! –exclamó. La expresión de susto de ella fue magnífica.

–¿Qué significa eso? Estuve en el baño y no lo vi.

–Creo que la serpiente te convirtió en una, como el Hombre Araña cuando lo pica el insecto.

–¡Maldito! –rugió ella, riendo.

Se cubrió el rostro con las manos, sintiéndose bastante tonta por haber caído en la broma. Cuando las apartó y volvió a mirarlo, Max se arrepintió de haberse hecho el gracioso para escapar de la situación de deseo anterior. Esas hermosas mejillas sonrojadas pusieron a prueba su autocontrol, aún más que la actitud de mostrarle la lengua.

Terminó de servir el desayuno y se sentó frente a ella.

–Entonces, ¿por qué animal comenzamos? –consultó Hazel mientras untaba un pan con jalea.

–Si quieres trabajar hoy, puedes buscar la respuesta de tu madre en el correo e intentar convencerla de que te contrate. Tienes cientos de e-mails para tomar como modelo e imitar mi tono. Es una casilla laboral que utilizo solo con proveedores, clientes y con ella.

Hazel suspiró.

–Sería más fácil si me pidieras que bajara un cerdo de las nubes.

–Veo que nadie tiene ganas de lidiar con tu madre –concluyó él. Ella rio.

–Así es. Pero, teniendo en cuenta que te debo mucho, lo haré.

Lo despidió en la puerta de la casona, agitando una mano como a los diecisiete años, solo que con el cuerpo y la mente de una adulta. Max le dedicó una sonrisa apretada y se refugió en la camioneta antes de que sus impulsos lo llevaran a cometer un grave error.

Hazel se internó en el escritorio, encendió la notebook y abrió el correo electrónico. Tuvo que darse ánimos para leer la respuesta de su madre.

> ¡Vaya! Casi pareciera que mi hija ya estuviera allí, nunca me enviaste un informe tan ordenado. No me queda claro para qué compraste tantos clavos. Explícamelo.
> En cuanto al empleado, ¡ni lo sueñes! Todavía no consigues que mi granja no me dé dolores de cabeza financieros. Comienzo a dudar de que siquiera sirvas para ordeñar un par de vacas. No desperdiciaré un centavo más en ese sitio, tendrás que seguir como hasta ahora.
> Que tengas buenas tardes.

Hazel se llevó una mano a la mejilla, boquiabierta. Cuando era niña, creía que su madre era un modelo a seguir. Inalcanzable en todos los sentidos: era mucho mejor que ella en el piano, había sido una estudiante ejemplar y se mantenía siempre esbelta. En la adolescencia, aunque comenzó a notar que algo no iba bien entre ambas, no logró escapar de sus exigencias. Vivir en Estados Unidos la ayudó a desapegarse. Aun así, nada había tenido tanto efecto nunca como leer ese correo.

Le dolió la manera despectiva en que trataba a Max. ¿Cómo esperar que él no fuera hostil con ella en un principio, si seguro pensaba que Adeline la había enviado y que se parecían? Su madre no solo era altanera y soberbia, sino cruel e injusta. Para empezar, menospreciaba el trabajo de Max insinuando que apenas se trataba de "ordeñar un par de vacas". Para colmo, ponía en duda que lo pudiera realizar y, aunque jamás se presentaba para ver todo lo que él hacía en el campo, se atrevía a cuestionar una ínfima parte de un

recibo donde aparecían los clavos. Hasta parecía que solo quisiera fastidiar.

Decir que se sintió indignada era poco. Se trataba de su madre, pero ¡cuánto le hubiera gustado acomodarle las ideas!

Respiró hondo y comenzó a leer los mensajes que Max le enviaba a la gente con la intención de captar su tono. Era bastante expeditivo. Se notaba que la escritura no era su actividad favorita. Sin embargo, se lo percibía más suelto con cualquier proveedor o cliente que con su madre. Con ella era sintético y cortante.

Después de la llamada que ella misma había oído, él le había dicho que adoraba molestar a Adeline. Pero en sus correos no había nada de eso. A pesar de la distancia que imponía, conservaba el respeto. Su madre, en cambio, no se cansaba de poner en duda su honestidad, su capacidad para la administración y sus habilidades para conseguir objetivos.

Cuando puso las manos sobre el teclado para redactar la respuesta, le temblaban los dedos. Los apretó en puños un instante y se largó a escribir.

> Buen día.
> Los clavos están puestos en el techo del nuevo establo que estoy construyendo. No los contaré para que usted compruebe que los utilicé, como si no tuviera nada que hacer. Le enviaré una fotografía cuando lo termine.
> En cuanto al empleado, ya ha sido contratado. No se preocupe, le pagaré de mi parte de las ganancias, usted no tendrá que poner un centavo.
> Saludos.

Por supuesto, no pensaba hacer que Max le pagara todo el salario. Se conformaría con la mitad. Después de todo, allí no había mucho en qué gastar.

Creyó que con esas palabras la discusión acabaría. Olvidó que su madre era cerrada e insistente.

¡¿Cómo que el empleado ya fue contratado?! Yo no di mi autorización explícita para que lo hicieras. El contrato especifica que no puedes tomar este tipo de decisiones sin mi consentimiento. Si ese empleado que has escogido sin mi visto bueno quisiera hacernos un juicio laboral, por más que tú le pagaras todo el salario, como somos socios, también me perjudicaría. Despídelo de inmediato.

Se volvió más fuerte ante esa respuesta. Pelear una guerra verbal con su madre en la piel de otra persona era justo lo que necesitaba para quitarse de adentro muchas de las angustias que Adeline le había provocado.

No lo despediré. Le garantizo que tampoco nos hará un juicio laboral, quédese tranquila. Es domingo, tengo que alimentar a los animales y derecho a descansar. Saludos.

Abrió la siguiente respuesta de su madre solo porque le molestaban las notificaciones que rompían con la uniformidad del correo. No la leyó. Por supuesto, tampoco respondió. Si lo hacía, la discusión no tendría fin. Ya le había informado lo que necesitaba, supuso que Max estaría cubierto legalmente con eso.

Aunque a él no parecía importarle lo que Adeline opinara de su persona, Hazel dudó de si sería cierto. Hasta hacía unas horas, habría afirmado que Max tenía el corazón de hielo. Ya no estaba tan segura. Si hubiera podido atender el teléfono en su lugar, lo habría hecho. Por el momento, solo podía evitarle leer los correos electrónicos ofensivos de su madre. De haber sido posible, habría impedido que ella volviera a maltratarlo por cualquier medio.

Apagó la notebook y recorrió la habitación con la esperanza de distenderse; todavía se sentía nerviosa. Una de las paredes estaba cubierta por una biblioteca. Leyó los títulos: la mayoría eran novelas de amor que leía su abuela. Escogió una que podía interesarle y fue en busca de la gata para marcharse.

Volver a la cabaña le dio un escalofrío. Soltó a Honey, buscó la escoba y levantó el colchón tomándolo de un extremo con temor. No había rastros de la serpiente. Soltó el aire que había estado

conteniendo y apoyó el palo de la escoba contra la pared. En ese momento, se dio cuenta de que había una rama allí. Estaba segura de que no le pertenecía.

Miró alrededor en busca de otros indicios de que Max hubiera estado en su cabaña. No halló más pruebas que la rama, pero tampoco tuvo dudas de que había sido así. Lo más probable era que hubiera liberado al reptil, como había hecho con la araña la primera vez que habían entrado allí.

Aunque por un instante su mente tan racional le dictó que se trataba de una invasión a su privacidad y que tenía que reclamar una cerradura, en su corazón no lo sintió así. Si Max hubiera querido ocultarle su visita, no habría dejado la rama contra la pared. Era muy inteligente, sin duda habría cubierto sus pasos como un experto.

Dejó de cuestionarse los hechos y recogió su celular de la mesa de noche. Había llamadas perdidas de su madre, de Evelyn y de Denise. Como le daba impresión sentarse en el camastro después de lo que había sucedido, utilizó la tapa del retrete. Lo primero que haría, si lograba cobrar su primer salario, sería comprarse ropa adecuada para trabajar en la finca, una mesa y dos sillas, aunque fueran usadas. Estaba cansada de comer con el plato sobre las piernas y un vaso plástico en la mesa de noche.

Le contó a Denise lo que había ocurrido.

–¡Por Dios, amiga! Huye de ese sitio ahora mismo.

–No puedo.

–¿Por qué no? Tienes una profesión. Utilízala para ganar dinero y renta un apartamento en la ciudad.

–A pesar de lo mal que suena todo lo que te cuento, estoy bien aquí. Siento que, si pienso en ingeniería, mi cabeza estallará. Liam se encargó de traumatizarme tanto con el trabajo que ya no quiero saber nada con planos y cálculos.

–¡Al diablo con Liam! Piensa en ti.

–Eso estoy haciendo.

Conversaron hasta el mediodía. Cuando cortaron, Hazel almorzó el pastel salado que había preparado para la noche anterior de pie

delante de la pequeña encimera donde estaba apoyado el anafe. Sin duda sería un domingo muy, muy aburrido.

Demasiado cobarde para echarse en el camastro, utilizó la tarde para revisar su equipaje, que descansaba cerrado en el suelo. Extrajo las prendas con cuidado, temiendo que otra serpiente se hubiera colado de alguna manera dentro de una maleta y la sorprendiera con otra mordida. Separó la ropa que podía utilizar allí, como camisas y pantalones, botas sin tacón y algún vestido sencillo, y las que guardaría solo por si en algún momento decidía buscar empleo como ingeniera de nuevo o visitar a su familia: blusas con estilo sobrio y delicado, trajecitos, accesorios y joyas sin mucho valor.

Se sorprendió al oír la camioneta de Max acercándose. El motor dejó de hacer ruido en la puerta. Salió antes de que él se anunciara. Lo halló abriendo la parte de atrás de la cajuela. Alcanzó a ver maletas y objetos amontonados.

–Prepara tus cosas –pidió él–. Intercambiaremos viviendas.

–¿Por qué? ¡No! –exclamó. La había tomado desprevenida.

Max comenzó a descargar su equipaje sin responder. No podía decirle que, aunque tenía derecho a vivir en la casona por contrato y ninguna cláusula lo obligaba a cedérsela a la familia Anderson, para él su seguridad era mucho más importante. Sin duda, Hazel estaría mejor en la casa, donde había una cama cómoda y muebles antiguos, elegantes como ella, y no tenía que revisar un camastro antes de sentarse o acostarse.

–Espera –suplicó Hazel y se aproximó. Lo sujetó de un antebrazo como rogándole que se detuviera–. No hace falta que intercambiemos viviendas. Te prometo que revisaré el camastro siempre, no volveré a olvidarlo.

Max supo lo que ella estaba sintiendo a través de su mirada; siempre había sido muy transparente. Era imposible contarle por qué no debía sentirse culpable del intercambio. Intentarlo lo habría obligado a explicar que había pisado lugares mucho más horribles que esa cabaña, que había vivido como una rata y que no quería eso para ella.

–Está decidido –replicó, conciso.

–¡Dijiste que éramos socios! Se supone que tenemos que decidir en conjunto.

–Hagamos algo: tú vives en la casa, pero me la prestas cuando te la pida. No puedo traer invitadas a esta cabaña hasta que la acondicione, y eso puede llevar meses. Primero tengo que terminar el establo.

–No es necesario, en serio.

–No discutiremos por esto. Trae tus cosas, yo dejaré las mías aquí –determinó y continuó descargando el equipaje.

Hazel permaneció un instante más a su lado. Al final, se introdujo en la cabaña para buscar lo suyo.

Max suspiró mirando la puerta. Sabía que mencionar el asunto de las turistas haría reaccionar a Hazel como él quería.

Abandonó sus cosas en la puerta de la cabaña y cargó las de Hazel en la cajuela. Solo contaba con dos maletas, una mochila, la transportadora con la gata y un poco de mercadería que conservaba de cuando habían pasado por el supermercado.

Aprovechando que la camioneta estaba disponible, ella subió con la transportadora al asiento del acompañante.

–Ya le avisé a mi madre que contrataste un empleado –anunció–. Pretendía seguir discutiendo. Me pareció que lo mejor era dejar de responder. Lamento mucho cómo se comporta contigo. De verdad lo siento.

Max quitó una mano del volante y le revolvió el cabello. Hazel intentó resguardarse colocando los antebrazos delante del rostro, pero no hubo manera.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Te advertí que no debías pedirme perdón en vano. ¿Qué culpa tienes tú de lo que haga tu madre?

–Es parte de mi familia.

–Si todos fuéramos como una parte de nuestra familia, en este momento yo estaría ebrio, golpeando a una mujer y a un par de niños.

Tras esas palabras, los dos se quedaron en suspenso por diferentes motivos.

Max no podía creer que acabara de mencionar esos hechos que procuraba mantener en el olvido. Para colmo, como si estuviera seguro de las diferencias y no sintiera miedo de ser como su padre algún día. De hecho, existía una pericia psicológica que le habían hecho a sus quince años donde, al parecer, lo era.

Aunque la información fuera un poco críptica, Hazel no necesitó más para comprender a qué se refería. Recordaba haber tocado las marcas en la espalda de Max cuando la internó en el mar una noche a sus diecisiete años. El impacto al descubrir de dónde provenían fue duro. Pensó que sí era bastante ingenua después de todo: las veces que se había preguntado por el origen de ellas en el pasado, supuso que podrían ser cicatrices de caídas que había sufrido mientras practicaba deportes. ¡Ojalá hubiera sido cierto! En la caja de cristal en la que vivía por aquel entonces, no había espacio para pensar en algo tan oscuro como el maltrato físico de un padre a un hijo.

Dejó de preocuparse por su cabello enmarañado y se inclinó hacia él con el pecho anudado. Apoyó la cabeza en su hombro, como abrazándolo en silencio. Habían necesitado quince años para empezar a conocerse en serio.



19

Mientras intentaba acomodar sus cosas en la cabaña, Max sintió que su celular vibraba de nuevo. Sabía de quién se trataba. Aun así, espió la pantalla por si era su hermana. "Ay, no" lo había llamado mil veces en el día. Sin duda estaba molesta por lo que Hazel había respondido en su nombre. Tendría que atender si quería quitársela de encima de una vez.

–¿Sí? –dijo.

–¡Al fin contestas! Espero que hayas recapacitado y despidas al empleado –rugió Adeline.

–No lo haré.

–Es una orden.

–Ya le dije que nadie me da órdenes.

–¡Es mi finca la que administras!

–Dejó de ser solo suya cuando firmamos un contrato.

–Uno que puedo rescindir con facilidad si muestro evidencias de todas las veces que lo has incumplido, incluyendo esta.

–Es inútil, nunca confiará en mí. Dígame una cosa: si se tratara de otra persona, ¿sí confiaría o también lo creería un incapaz?

–Ninguno de los dos quería esta sociedad desde un principio. Debimos hacerles caso a nuestros instintos.

–¿Eso significa que solo se comporta de esta manera porque se trata de mí?

–¡Te llevabas a mi hija a espaldas de sus padres en una motocicleta cuando tenía diecisiete años! ¿Cómo pretendes que confíe en ti?

–Tal vez su bonito yerno también la llevó a pasear alguna vez sin que usted lo supiera, solo que a usted sí le agradaba él y entonces le pareció bien. El problema sigo siendo yo.

–No entraré en tu juego de cambiar de tema. Despide al empleado o sumaré algo más a la lista de tus incumplimientos del contrato.

Max desistió de la vía forzosa e intentó negociar. Sus defensas se habían debilitado en cuanto Adeline mencionó que se llevaba a su hija a espaldas de sus padres. Aunque él también era un adolescente por aquel entonces y nunca se había comportado de manera inapropiada con Hazel, era quizás lo único en lo que esa mujer tenía razón.

–El empleado nuevo necesita el dinero. Si usted lo conociera y tuviera algo de corazón, estaría de acuerdo en contratarlo.

–Parece que de pronto eres bueno y generoso –ironizó Adeline–. El problema es que yo no tengo una finca para hacer beneficencia, sino dinero.

–Trabajará por lo que le paguemos.

–¡¿"Paguemos"?! Dijiste que yo no pondría un centavo.

Max se tomó un instante para idear una respuesta. Debió preguntarle a Hazel qué había escrito exactamente para estar al tanto. Le pareció extraño que hubiera tomado una decisión sobre su dinero sin consultarle, pero la aceptó.

–Es cierto –replicó–. Entonces no sé por qué se preocupa tanto.

–¡Ya te lo dije! Si decidiera hacernos un juicio laboral, yo quedaría implicada de todas maneras.

–Le aseguro que eso no ocurrirá.

–¿Es un amigo tuyo? ¿Un pariente?

–Algo así.

–¡Entonces desconfío todavía más!

Max suspiró. Intentó buscar otra estrategia. Se le ocurrió una ilegal, aunque efectiva: si la mitad del salario de Hazel ya no saldría del bolsillo de Adeline, podía entregárselo sin declararla como

empleada. Le avisaría que, en caso de que existiera una inspección, sostendrían que eran una pareja y asunto resuelto. No tenía problema de pagarle el salario completo por su cuenta, solo necesitaba paz. Restaba un único problema: si le daba la razón a Adeline tan rápido, ella sospecharía.

–Si no contratamos a alguien, jamás ganaremos más dinero. Los dos sabemos que a usted la finca no le interesa. Pero, para mí, es mi medio de vida.

–Lamento que no hayas sabido forjarte un destino más provechoso.

Debía terminar lo antes posible con esa conversación; estaba a punto de estallar.

–¿Sabe qué? Estoy harto. Usted gana. Ya mismo estoy tramitando la baja. No quiero saber de usted hasta el mes que viene.

Cortó antes de que Adeline protestara por alguna cosa más. De verdad necesitaba librarse de ella por un rato, aunque fuera hasta recuperarse de lo que había sentido cuando creyó que Hazel moriría y durante esa llamada. ¿Qué sabía esa señora de forjarse un destino, de por qué no había podido estudiar una carrera universitaria, como su noble yerno, o tener una apariencia más sofisticada? Sin importar lo que hiciera, siempre sería indigno de Hazel, y ella, solo un sueño, como cuando la había conocido.

Dejó sus objetos desordenados y fue a la casona. Golpeó a la puerta. Hazel abrió con una lata de alimento para gatos en la mano.

–¡Me odia! Esta gata quiere verme en la ruina –protestó–. No importa qué intente darle, si no le compro esta porquería de fondo oxidado, ¡no come!

Max pestañeó, desorientado. Había llegado a esa casa ensimismado en sentimientos pesimistas, hablar de alimento para gatos no estaba en sus planes.

–¿Has intentado con carne tibia? –consultó, desanimado.

–¡Le he dado todo! Solo quiere esta basura.

–¿Puedo pasar?

–Claro –aceptó ella, más calmada. Él se dirigió a la cocina.

–¿Qué quieres que coma en lugar del alimento enlatado? –preguntó.

Hazel dejó el envase sobre la encimera y buscó pollo cocido en el refrigerador. Max colocó algunos trozos en un recipiente y los mezcló con un poco del alimento costoso. Usó mucha menos cantidad de la que el animal habría consumido si solo le hubieran dado eso.

–¿Has intentado de esta manera? –indagó.

–No –replicó Hazel, asombrada por la que juzgó una excelente idea. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Max se puso en cuclillas y dejó el recipiente en el suelo. La gata se aproximó, se frotó contra su mano y husmeó la comida. Comenzó a engullirla ante la mirada atónita de su dueña.

–¡No puede ser! –exclamó ella–. Eres una malcriada.

–Tu madre llamó –soltó él y se levantó del suelo–. Le dijiste que yo te pagaría todo el salario.

–Sí, pero no es cierto –explicó ella, sorprendida por el cambio abrupto de tema. Se puso nerviosa al creer que Max se había molestado–. Aunque me des el total, te devolveré la mitad. Creí que sería una buena estrategia para que dejara de quejarse por tener que invertir dinero en alguien más.

–No quiero que me lo devuelvas. Solo evitaré declararte como empleada. De modo que, si viniera un inspector, tendrías que mentir con que eres mi pareja y decir que por eso trabajamos juntos. Si acordamos eso, todo estará bien. Creo que sería menos riesgoso engañar al gobierno que someternos al escrutinio de tu madre.

Lo dijo de manera tan seria y rígida que Hazel no se atrevió a discutir, aunque estuviera decidida a devolverle la mitad del dinero en cuanto él se lo diera.

–Está bien –aceptó.

Max se volvió hacia la puerta. Salió de la casa sin despedirse.

La situación dejó a Hazel tan desorientada como a él el asunto de la comida de la gata. Se preguntó por qué habría vuelto a actuar de manera hostil. No había dudas de que su madre tenía algo que ver. Corrió tras él.

–¡Max! –lo llamó. Él se volvió–. ¿Qué más te dijo mi madre?

–Acordamos que no contrataría al empleado y cortamos. Eso fue todo. Tenías que saberlo por si volvía a escribir y debías responder su correo.

–Dime la verdad.

–Es la verdad.

–Tal vez parezca una tonta, pero no lo soy. Te estás comportando de manera muy extraña. Tú no eres así.

Él sonrió, cabizbajo.

–Créeme, Hazel, no tienes idea de cómo soy.

–Resulta que sí, y no me creo más esta versión del tipo hosco y desatento.

–No tengo tiempo para esto. Que descanses.

Intentó volverse, pero ella lo retuvo tomándolo del brazo. Miró la zona donde lo sujetaba y pensó que podía liberarse con facilidad. Para hacerlo, tendría que moverse de manera brusca, por eso no lo hizo.

–¿Qué más te dijo mi madre? –insistió ella.

–¿Qué importa? –replicó él, molesto.

–Tienes razón: no interesa. Lo que sea que te haya dicho y que te hizo sentir así es mentira.

Max negó con la cabeza. No le quedó más remedio que sacudir el brazo si quería deshacerse de Hazel y volvió a caminar hacia la cabaña.

–¿De qué huyes? –reclamó ella. Como Max no se detuvo, se plantó delante de su camino.

–Muévete.

–¡Basta! –bramó Hazel, sollozando–. Me lastima que te comportes de esta manera. ¡Sé fiel a ti mismo! –gritó y lo empujó.

Max reconoció la situación: Hazel lo estaba regañando por ser obstinado y cruel, como cuando eran adolescentes y discutieron en la playa por el beso que ella se había dado con Liam. Ni siquiera faltaba el empujón.

En aquel momento, tal como en ese, solo quería abrazarla y besarla. Hacía quince años, se había mantenido en su lugar seguro de autodefensa y control, en esa prisión simbólica que había construido en torno de su persona, tan parecida a la que alguna vez había habitado y donde, para sobrevivir, había que ser fuerte. Le tocaba a él decidir si quería recorrer el mismo camino que en el pasado o aventurarse en uno distinto.

"Sé fiel a ti mismo". Ojalá no hubiera sentido tanto miedo de soltarse.

–Hazel… –susurró. No sabía qué hacer.

–Por favor –masculló ella y se secó la nariz con el dorso de la mano.

Para Max, fue como si las barreras se derrumbaran de repente. Sentirse liberado de su enorme peso aclaró sus pensamientos y lo dejó vacío de recuerdos. Solo existían el presente y los sentimientos que afloraban gracias a Hazel.

Atrapó su cabeza con una mano, la atrajo hacia él y la besó con una fuerza inesperada. Ella lo abrazó por el cuello y respondió de la misma manera: sin restricciones, con ansia de entregarse y de recibir todo a cambio.

Max comprobó que el sabor de los labios de Hazel no había cambiado. Ella pensó que había desperdiciado muchos años buscando en otra boca lo que solo Max podía darle. Experimentaron una pasión desenfrenada, más madura que la que sintieron hacía quince años, y se aferraron a ella.

Él la alzó sobre su cadera y Hazel enredó las piernas alrededor. No dejaron de besarse ni ella dejó de acariciarle las mejillas mientras que Max subía las escaleras del porche y luego, las de la casa.

La sostuvo contra la pared del pasillo, junto a la puerta de la habitación, y le desprendió la camisa. En cuanto sus pechos abultados aparecieron, besó la línea que los dividía e introdujo los dedos por dentro del sujetador de encaje. Hazel echó la cabeza atrás y comenzó a moverse, agitada. Lo abrazó y lo besó por todo el rostro a la vez a que él le quitaba la prenda y la arrojaba al suelo.

La llevó hasta la cama y se quitó la ropa. Mientras tanto, Hazel se deshizo de las botas y del pantalón. Reconoció el dije que pendía de la cadenita que estaba en el cuello de Max. Una sensación muy intensa la recorrió cuando se dio cuenta de que era el mismo que usaba a los dieciocho años.

Él se sentó en la cama. Ella se acomodó sobre sus muslos y comenzó a moverse contra su entrepierna. Volvieron a besarse a la vez a que Max le acariciaba la espalda, y Hazel, los hombros. Fue inevitable sentir una vez más las cicatrices. Eran pequeñas, como

cortaduras que hubieran necesitado una sutura pero nadie había atendido de forma apropiada. Se sentó sobre su miembro para que se internara en ella, convencida de que nunca había conocido a una persona más fascinante y hermosa.

El aire de la habitación no era suficiente. Estaban tan excitados que, para poder moverse como necesitaban, los dos terminaron aferrándose al respaldo de los pies de la cama.

La tarde nublada teñía sus cuerpos de un color azulado que contrastaba con el fuego interior que los dominaba. Hazel comenzó a gemir, cerca del final. Max le lamió los pezones, le apretó la cintura, la encerró entre los brazos mientras también se dejaba llevar por ese maremoto que jamás creyó que podía experimentar. Había intimado con muchas mujeres. Sin duda, estar enamorado convertía el sexo en un acto muy diferente.

Hazel terminó agotada, con la cabeza apoyada en su hombro. Aunque él estaba exhausto, buscó su frente y le dio un beso. Permaneció con los labios sobre su sien, intentando respirar con normalidad, un buen rato.

Enredó los dedos en su cabello, la besó en la mejilla, volvió a acariciarle la espalda. Hazel encerró su rostro entre las manos y lo miró a los ojos. Apoyó la frente en la suya, como cuando él la internó en el mar hacía quince años, y le rozó la comisura de los labios. Otra vez lo deseaba tanto que casi no podía respirar.

Max la sujetó de la cintura y la acostó en la cama. Se sostuvo sobre ella con los codos apoyados a los costados de su pecho y recorrió su cuerpo con la lengua. Hazel tembló, presa de las sensaciones más asombrosas. Apoyó una mano en su cabeza y lo atrajo hacia ella. Él obedeció. Se besaron en la boca de nuevo a la vez que Max la penetraba.

Después de acabar por segunda vez, durmieron abrazados. Max despertó en la madrugada y la besó en la frente. Hazel alzó la cabeza y buscó sus labios. Volvieron a hacer el amor.

La cuarta vez la incitó ella al amanecer con caricias.

–¿Cuál es tu récord? –preguntó mientras le tocaba el pecho sentada sobre su entrepierna.

–¿Qué tipo de respuesta prefieres? ¿La que se da en una conversación entre amigos, donde el que más rendimiento tiene es el mejor, o la que se le da a una mujer, donde intentas no parecer un maníaco sexual?

–La verdad, Max.

–Tres en una noche.

–Hagamos que sean cuatro –propuso, bajando una mano lo máximo posible, hasta donde sus zonas íntimas se rozaban de manera sensual. Él rio, tentado. Ella lo observó con fascinación–. Eres tan hermoso cuando ríes –susurró y se inclinó para besarlo en los labios.

Fue una noche maravillosa, la más especial que habían vivido nunca. Sin embargo, con la salida del sol, las sensaciones negativas de Max regresaron, de la misma manera que en los cuentos de hadas se rompe un hechizo.

Miró a Hazel dormir con la cabeza apoyada en su brazo y sintió mucho miedo. El miedo de repetir una historia, de terminar lastimados, de no ser suficiente para ella ni para lo que podían construir juntos.

Se levantó despacio, con cuidado de no despertarla, y se vistió. Atravesaba la puerta cuando Hazel lo llamó. Respiró hondo, sintiendo que su corazón se rompía en pedazos, y giró para mirarla. Estaba desnuda en la cama pero se cubría los pechos con la sábana, como si presintiera que una barrera se había interpuesto entre ambos.

–No hago de novio –decretó él, dolido por sonar frío y desalmado–. Eso quedó atrás. Nunca seré lo que quieres.

Hazel pestañeó, confundida, pero también consciente de que tenía que ser paciente.

–No quiero nada que no sea lo que hicimos –aseguró.

Max dudó de la respuesta. De cierta forma, le dolió. ¿Por qué, si él mismo imponía la distancia? Hazel solo respondía a su solicitud.

–Bien –concluyó y se marchó.

Ella respiró hondo mientras observaba la puerta por donde el hombre que amaba acababa de salir, convertido en el chico

misterioso que alguna vez había conocido. Prefería que fuera honesto.

"Un chico así no es uno con el que valga la pena acostarse", recordó. Se lo había dicho su madre al hacerle saber que conocía su relación.

Sonrió. *No, no vale la pena*, pensó. *Vale venderle el alma al diablo*.



20

Estaba tan cansada que durmió hasta el mediodía. Cuando vio la hora en el celular, no podía creer que hubiera pasado tanto tiempo.

Le dio de comer a la gata pollo mezclado con el alimento de la lata. Se sintió aliviada de que comiera y de que la muy desgraciada no esperara a que la mano de Max se lo diera.

Ella almorzó algo ligero. Salió para ver si por casualidad hallaba a Max, pero ni siquiera estaba su camioneta. Si no le indicaba de qué tenía que ocuparse ese día, no sabía. Ante su ausencia, se le ocurrió que podía ordenar los asuntos administrativos que a él le molestaban tanto.

Fue al escritorio y dedicó la tarde a eso. Se sintió bien al descubrir que sí hacía falta que hiciera ese trabajo, ya que Max no lo había realizado en todo ese tiempo.

Las carpetas donde guardaba los recibos y otros comprobantes eran un caos similar a los archivos de la computadora. Separó ingresos de egresos, rotuló las carpetas y los folios por años y meses, y aprovechó para leer el contrato que encontró mezclado con unos reportes viejos.

Una vez que terminó, respondió algunos correos electrónicos y dejó otros para preguntarle a él qué responder.

Cuando oyó la camioneta, recogió el papel donde había hecho algunas anotaciones y fue a la cabaña. Al golpear a la puerta, esta

se movió; estaba sin la traba. Tuvo más cuidado para no invadir la privacidad de Max. Enseguida oyó su voz diciendo "adelante".

–Permiso –dijo e ingresó a la vivienda. No imaginó que verlo sucio y desaliñado le provocaría tanto deseo como el de la noche anterior. Sonrió, avergonzada de sus propios pensamientos–. Hola.

–Hola –replicó él, amable pero distante.

–Hoy te busqué, pero te habías ido. No sabía de qué debía ocuparme.

–Supuse que querrías descansar.

–No hubiera sido justo que yo me tomara el día mientras que tú trabajabas, así que me ocupé de ordenar los asuntos administrativos. Encontrarás las boletas separadas por ingresos y egresos, acomodadas por año y por mes.

–Qué bien. Gracias.

–También respondí correos. Tengo algunas preguntas para poder responder otros. ¿Puedo? –Él asintió. Ella miró el papel–. John Singh quiere saber si podrías venderle un cargamento de frijol mungo.

–No producimos más eso. Solo trigo y cebada, además de las uvas.

–Entendido. El vendedor de la tienda agrícola desea saber si te gustó la marca de fertilizante que te vendió la última vez y si te prepara de la misma para el mes que viene o de la anterior.

–La última está bien.

Mientras Hazel continuaba leyendo la lista, Max se concentró en sus labios sensuales. Recordó cuán natural y libre se veía la noche anterior mientras hacían el amor y deseó revivir esos instantes en los que se había sentido tan bien. Le apenó no ser merecedor de ellos, y mucho menos de la mujer que tenía delante.

Reaccionó en cuanto ella alzó la cabeza.

–¿Sí o no? –consultó Hazel.

–Lo siento, no escuché –confesó.

–No hay problema. Lily White pregunta si le venderías un lechón para el cumpleaños de su hija.

–Ya me lo preguntó por teléfono y le dije que no.

–Excelente. Eso es todo. Si quieres, mañana, mientras tú te ocupas de alimentar y liberar a los animales, yo puedo atender la

administración. Vendré a la cabaña a la hora que me indiques para hacer lo que haga falta.

–Hazel, te enseñaré a hacer algunas cosas, pero no me va mucho eso de darte órdenes. Así que espero que, si seremos socios, hagas lo que creas que sea necesario sin que te lo pida, tal como hiciste hoy.

Hazel se humedeció los labios. Estaba acostumbrada a obedecer a un jefe. Había tenido uno cuando no lo precisaba, pues sabía bien qué hacer en ingeniería, pero ahora se sentía perdida con las cuestiones del campo. Como Max aseguró que le enseñaría, terminó aceptando.

–De acuerdo –respondió.

–¿Puedo pedirte un favor?

–Sí, claro.

Él abrió una maleta, extrajo dos cajas del tamaño de la palma de la mano y se las entregó. Notó la expresión de sorpresa de Hazel cuando se dio cuenta de que acababa de darle dos paquetes de condones.

–Guarda uno en la gaveta de tu mesa de noche y otro en la habitación de al lado; es la que utilizaré cuando me prestes la casa. Si llegamos a repetir lo que hicimos, no podemos cometer el error de anoche. Debimos usar protección. ¿Utilizas algún método anticonceptivo?

Hazel procuró salir rápido del estado de asombro y timidez que de pronto la envolvió. Tragó con fuerza y lo miró.

–No. Pero no te preocupes, es imposible que esté embarazada. Tuve el período hace una semana.

–Mejor. Te aseguro que no quieres un hijo mío.

Ella prefirió guardar silencio ante esa afirmación tan dura y cruel, en especial hacia sí mismo. También calló que, a pesar de haber recibido una cirugía, era más difícil concebir con su condición.

–Solo dormí con un hombre en mi vida antes de ti, y los últimos análisis que me hice dicen que estoy sana. Supongo que tú también lo estás.

–Por supuesto. Nunca lo hago sin protección. No sé qué ocurrió.

–Entonces no tenemos de qué preocuparnos. Por cierto, gracias por cambiar las sábanas antes de que intercambiáramos las viviendas.

–De nada. Eso es todo. Nos vemos mañana.

Entendió que Max quería librarse de ella, así que respondió al saludo con cortesía y se retiró. No estaba segura de resistir su frialdad impostada. Después de darse cuenta de que, en realidad, nunca había dejado de ser la persona protectora y cálida que había conocido, fingir que le creía la farsa le resultaba cada vez más difícil.

Recordó las palabras con las que le había dicho en la mañana que no serían una pareja. "No hago de novio. Eso quedó atrás. Nunca seré lo que quieres". ¿A qué se refería con que desear una novia había quedado atrás? ¿Por qué estaba tan seguro de no ser lo que ella esperaba?

Teniendo en cuenta que no recordaba la relación que los había unido hacía quince años ni a ella, imaginó que la frase sobre dejar atrás el deseo de una pareja podía referirse a que alguna vez lo había tenido y que alguien lo había defraudado. Pero el único "alguien" que se le ocurría era ella. Como dudaba de su desapego, también comenzó a cuestionarse hasta qué punto sería tan olvidadizo.

Guardó las cajas de condones donde Max le había pedido y preparó la cena. No quería pensar más por ese día.

***

Durante la semana aprendió tanto y se involucró de tal manera en las actividades de la finca que por primera vez se le ocurrió que, tal vez, instalarse allí no había sido tan mala idea. La sensación se reforzó en cuanto la gata y los perros, al final, lograron una convivencia pacífica. Todo era armonía.

La mañana en que se sentó en la motocicleta para guiar a las ovejas junto con los perros, rio como cuando era una chica de diecisiete años.

–¿Entiendes? –le preguntó Max después de explicarle cómo rodearlas. Se lo había mostrado también la tarde anterior de forma

práctica.

–Sí –aseguró Hazel con una sonrisa. Mientras ella se colocaba el casco, él debió esforzarse para ocultar que se moría de ternura al verla tan entusiasmada.

–Ten cuidado. Si en algún momento te sientes insegura, tan solo detente.

Se cruzó de brazos, procurando mantener a raya el miedo de que Hazel terminara accidentada, como hacía quince años. Para su alivio, realizó muy bien la tarea. Cuando se quitó el casco después de encerrar a las ovejas en el corral, lo miró con una enorme sonrisa. Los perros corrían a su alrededor. Era tan bella, tan luminosa, que por un instante logró llenar su oscuridad.

Caminó hasta ella y recuperó el casco. Hazel se soltó el cabello y lo peinó con los dedos antes de volver a colocarse la coleta.

–¿Qué tal lo hice? –preguntó, orgullosa.

–Lo hiciste excelente.

Al día siguiente, lo acompañó a cosechar.

–¿Por qué esa zona se ve tan seca? –consultó mientras almorzaban debajo de un árbol.

–La tierra es árida y las lluvias no alcanzan para remediarlo.

–¿Has intentado con otros métodos?

–Sí, por supuesto. Probé con abono orgánico y un componente artificial. Pero sin agua, no hay caso. No sé por qué no llega a esa zona. El suelo que está por debajo debe ser inapropiado.

–Si lo único que hace falta es humedad, hay una solución: un sistema de conducción. Ingeniería.

–¿Podrías hacer que ese suelo sea fértil?

–Sí. Bueno, lo haríamos juntos. Yo ideo el sistema y tú lo construyes. ¿Lo intentamos?

–Claro.

Hazel se entusiasmó tanto con la idea que el fin de semana descargó un programa en la notebook y comenzó a darle forma a su proyecto. Ni siquiera se percató de que Max no le había pedido prestada la casa.

Le mostró lo que había estado haciendo a mitad de semana. Debatieron juntos, cada uno con sus conocimientos, por qué la

construcción podía resultar o no, y ella hizo las modificaciones necesarias. Comenzaron con la construcción la semana siguiente.

Aunque Hazel había propuesto que Max ejecutara el proyecto, fue con él a comprar los materiales y también excavó la tierra. En un momento, se aproximó y corrigió la posición de un tubo.

–Este material se deforma levemente con el calor –explicó–. Colócalo así para evitar filtraciones.

Max alzó la cabeza a la par de ella. Se miraron. A pesar de que estaban sucios y desprolijos, pensaron al mismo tiempo en cuán bien se sentían el uno con el otro. Él volvió a concentrarse en la tarea antes de que el deseo de besarla ganara.

Siguió las indicaciones de Hazel al pie de la letra. Admiraba su capacidad para pensar soluciones, su respeto para dirigir la construcción y su voluntad de trabajar a la par de él. Le sugirió varias veces que saliera del rayo del sol, en especial en horarios inadecuados. Aun así, siguió.

A la par de eso, tenían que continuar con sus tareas habituales. Como el tiempo no alcanzaba para todo, Max suspendió la construcción del nuevo establo. De todos modos, gracias a que Hazel aprendía muy rápido, la división de tareas dio un buen resultado y pronto lograron optimizar las horas del día.

Fueron juntos al supermercado, aunque compraron de manera separada. Hazel seguía sin responder los mensajes de su prima. Hallarse en el lugar donde se la había encontrado la llevó a razonar que, si continuaba evitándola, tal vez terminara contándole la verdad a su madre. Tendría que hacer un esfuerzo y conversar con ella.

Adeline la llamaba todas las semanas. Eludirla habría despertado sospechas, por eso siempre la atendía. Sin embargo, desde que había leído los correos que intercambiaba con Max, le costaba mucho ser genuina con ella. En esos momentos, tenía que imaginar que todavía la veía de la misma manera que antes cuando, en realidad, pensaba con dolor que su propia madre era una persona cruel y soberbia, malagradecida y agresiva.

El viernes que Max y ella terminaron el sistema, celebraron por anticipado bebiendo una copa de vino en el porche de la casa.

Hazel se cuidó de no excederse para no volver a pasar vergüenza. Se hallaba en sus cabales cuando Max le pidió prestada la casa para el fin de semana. Hubiera preferido no estarlo para no sentir el dolor que eso le produjo.

–Por supuesto –respondió en voz baja.

No tenían un compromiso. Él le había dejado claro que no quería uno y ella había aceptado los términos de su vínculo. En ese momento, no midió cuánto le costaría sentirse una turista más de las tantas que pasaban por la cama de su abuela.

El sábado, antes de abandonar la casa, escogió ropa delicada por primera vez desde que había llegado a la finca pensando en ir a la ciudad un rato. A solas en la cabaña, respondió los mensajes de su prima. Para explicar la demora, le puso la excusa de que la conexión a internet en esa zona funcionaba muy mal y que, cuando tenía tiempo de responder, no había señal. Sabía que Evelyn no le creería, pero también que sus preceptos la obligarían a fingir que sí. No se equivocó.

Le estaba enviando un audio para contarle del sistema de riego que había ideado cuando oyó la camioneta. Espió por la ventana. Max descendió con una mujer rubia y se introdujeron en la casa. Para no pensar en la tristeza que sentía, terminó preguntándole a Evelyn si, en lugar de seguir conversando por mensajería, no prefería pasar a buscarla e ir a una cafetería.

Sabía que se sometería al escrutinio de su prima y a la posibilidad de que su vida se convirtiera en un chisme. Para no pasarlo mal, dejó de pensar en ello en cuanto se sentaron a una mesa. Ordenaron té y masitas.

–¿Qué ocurrió con Liam? –preguntó Evelyn.

–Me engañó y le pedí el divorcio.

–¡No puedo creerlo! ¿Con quién? ¿La conocías?

–Era una recepcionista de la compañía.

–¿Te cambió por una recepcionista?

Hazel se encogió de hombros.

–No importa mucho qué profesión tenga.

Su prima no respondió a eso, pero pensaba que una recepcionista no era lo mismo que una ingeniera.

–¿Y con Max? –indagó.

–¿Qué hay con él? Somos compañeros de trabajo.

–¿Nada más?

–Nada más.

–Mejor. Sigue siendo un poco raro.

Hazel negó con la cabeza a la vez que esbozaba una sonrisa de resignación.

–Espero que esas tonterías que decían de él a nuestros diecisiete años hayan quedado en el olvido.

–¡Claro! Me refiero a que nadie sabe mucho de su vida. Es cliente de mi padre. Le compra algunas piezas que él fabrica para el campo de tu madre donde está empleado.

–Max no es un empleado. Es el socio de mi madre.

–¡¿En serio?! Nunca lo mencionó. ¿Entonces a tu madre ahora le agrada? –Hazel se quedó callada. No quería responder eso–. ¡No me digas que se apiadó de él y lo conserva allí porque trabajaba para tu abuela! Recuerdo que tu madre solía ser tan pesada –añadió y puso los ojos en blanco.

–Espera. ¿Estás diciendo que Max tenía una relación con mi abuela?

–Sí. Trabajó para ella muchos años. ¿No lo sabías?

Hazel solo sabía que su abuela le había mentido al decirle que no tenía idea de Max las veces que ella le había preguntado por él. ¿Por qué lo haría? Sospechaba cada vez más que eso de que Max no la recordaba no era cierto.

–Estoy bastante atrasada con las noticias –se excusó y bebió un sorbo de té–. ¿Qué tal tú? Supongo que no te casaste, porque no recibí una invitación ni la noticia de boca de mis padres. Quizás estés en pareja.

–Lo estoy. Eso sí: no tenemos ningún apuro por vivir juntos. Cada uno en su casa.

–Está bien. ¿Qué tal Maya y Remi? ¿Siguen siendo amigas?

–¡Sí! Maya es instructora de natación y Remi es ama de casa. Se casó con un empresario y tienen dos hijos. Hablando de eso, ¿sigues tocando el piano?

–Hace bastante que no.

–¡Ah, qué pena! Remi justo estaba buscando una persona que pudiera enseñarle un poco a su hijo más pequeño. Tal vez quieras ponerte a practicar e intentarlo. No espera nada sofisticado, solo alguien que le muestre otra música que no sea la basura que escucha su hermano.

Hazel lo meditó un momento. Max tenía que entregarle su primer salario en esos días. Como tenía pensado devolverle la mitad, creyó que algo de dinero extra le vendría muy bien para cubrir, aunque fuera, la comida de la gata. Al parecer, el niño no entendía nada de música y su madre no estaría allí para juzgarla. Nada le impedía probar suerte como profesora.

–Dale mi número. Puedo acondicionar el piano de mi abuela y enseñarle lo básico.

Sabía mucho más que lo básico, pero no quería comprometerse. Estaba demasiado acostumbrada a sentir que siempre le faltaba algo para tocar bien.

Su prima la dejó en la cerca de la finca al anochecer. La camioneta de Max ya no estaba; supuso que habría ido a la ciudad a llevar a la turista.

Oyó el motor mientras cenaba lo que él había dejado en el refrigerador de la cabaña. Después de revisar el camastro, se acostó. Le resultó difícil dormir, no solo porque seguía acobardada por la posible aparición de un insecto o reptil, sino porque no paraba de pensar en cuántas cosas más le ocultaría Max. Tampoco logró dilucidar si tenía obligación de contárselas. Al final, concluyó que no.

El domingo, se puso a construir el establo, aunque él no se lo hubiera pedido. Después de todo, le había dicho que se ocupara de lo que creyera conveniente sin esperar sus indicaciones.

Cuando Max la vio sobre la escalera, utilizando la pistola de clavos, se acercó.

–¿Qué haces? –preguntó–. Es domingo.

–Lo sé, pero estoy aburrida y esto es entretenido –respondió Hazel.

–Por favor, mantente en la escalera. No subas a las vigas, es peligroso. Yo me ocuparé de los clavos que van hacia el centro en otro momento.

–Estaré bien.

–De acuerdo. Si tienes alguna duda, consúltame.

–Gracias –replicó ella y continuó con lo suyo.

El lunes, intercambiaron viviendas después de haber trabajado todo el día.

Hazel se dio una ducha y luego se puso con el piano. Después de limpiarlo, determinó que necesitaba lubricación. Se dedicó a la tarea de encontrar la cera que debía de guardar su abuela, si su madre o Max no se habían desecho de ella.

Revisó varios muebles. Estaba en ello cuando, en la última gaveta de una cómoda que se hallaba en la habitación junto a la suya, encontró un portarretratos boca abajo. La invadió la sorpresa: se trataba de una fotografía de su boda con Liam. No había rastros de las otras imágenes que su abuela solía tener sobre el piano; su madre tenía que habérselas llevado antes de que Max ocupara la casona. ¿Por qué no se había llevado también esa?

El presentimiento de que él sí la recordaba se hizo más fuerte. Se sintió nerviosa y angustiada. El enojo por la posible mentira de Max se mezcló con los celos por las turistas y el deseo imposible de volver el tiempo atrás. No entendía por qué ya no podía pensar en esas mujeres como lo que eran: un entretenimiento para Max.

Dejó la imagen en su lugar y continuó buscando la cera. Halló un pequeño recipiente en el cuarto de lavado.

Para evitar los pensamientos que le hacían daño, se abocó a la tarea de recuperar el instrumento. No se detuvo hasta que logró el objetivo.

Al día siguiente, tocó atender la huerta. Max notó que algo no iba bien con Hazel, pero no hizo comentarios. Fue un día casi sin diálogo.

Cuando terminaron, le pidió que pasara por la cabaña y le entregó el dinero por su trabajo. Hazel separó la mitad e intentó devolverle el resto.

–Por favor, no me lo des –replicó él–. ¿Sabes cuánto me habría costado que un ingeniero resolviera el problema de irrigación en el campo?

–No lo hice por dinero.

–Lo sé. Pero mereces una enorme recompensa.

–Todavía no sabemos si el sistema funciona. Además, hasta hoy te debo lo del hospital.

–Olvídate del hospital. En cuanto al sistema, funcionará, lo sé. Nada que salga de tu mente racional podría fallar.

–Lo aceptaré solo por este mes. El que viene, solo quiero la mitad.

En esa oportunidad, fue ella quien se retiró sin saludar.

Esa misma noche, muy tarde, Max despertó a causa de un sonido peculiar. Espió por la puerta: la luz de la sala de la casa estaba encendida. Salió de la cabaña y caminó hacia una ventana. Se sentó debajo, apoyó la espalda en la pared, dobló una rodilla contra el pecho y se quedó escuchando la bella melodía que Hazel le arrancaba al piano.

Cerró los ojos y pudo verse sentado junto a ella cuando eran adolescentes y le pidió que tocara en el centro comercial.

Hazel… La hermosa chica tímida pero aventurera. La mujer apasionada y talentosa. Nunca dejaría de sentirse enamorado de ella.



21

Buenos días.
Aquí tiene el reporte del mes.
Saludos.

¡Es el segundo día del mes! ¿Qué está ocurriendo? Si has contratado al empleado a mis espaldas o si mi hija está en la finca y no me lo has contado, tomaré represalias contigo. Te lo aseguro.
En cuanto al reporte, ¡¿qué significa ese gasto sideral en materiales?! Por culpa de eso, casi trabajamos a pérdida. Necesito saber en qué has invertido mi dinero.

¿Qué tal?
Para empezar, si su hija se hallara aquí y no se lo hubiera dicho, podría evaluar qué la obliga a mentirle en lugar de molestarse conmigo.
En cuanto al gasto, invertí en un sistema de conducción de agua subterráneo para que una parte infértil de la tierra sea utilizable. Si no le agrada, puedo arrancar el sistema y arrojar los materiales a la basura, pero el dinero no volverá. Sería bueno que, por su salud mental, se amigara con la idea de haber ganado muy poco este mes a cambio de resolver un problema.
Hasta luego.

Mientras respondía el mensaje de un cliente, llegó otro correo de Adeline. Hazel lo marcó como visto pero no lo leyó. No había más para decirle.

Terminó con la parte administrativa más tarde del horario en el que habían acordado con Max que ella iría a la cabaña. La esperaba para recorrer el campo y hacer la revisión de los animales. Nunca antes se había dedicado a ello. Aunque ya llevaba un tiempo en la finca, siempre había algo nuevo que aprender.

Estaba a mitad de camino cuando sintió la vibración del celular en el bolsillo. Lo extrajo y vio en la pantalla el nombre de su madre. Intuyó por qué la llamaba. Se preguntó qué estaría haciendo tan temprano. Eran las ocho de la mañana, ¿por qué no desayunaba en paz?

Se detuvo para responder. Prefería eso antes que llamara a Max o que sospechara todavía más que ella ya no se encontraba en Estados Unidos.

–Hazel, estoy preocupada por ti.

–¿Por qué? Estoy bien.

–Llevas más de un mes sin empleo, viviendo en la casa de tu amiga.

–La ayudo con algunas cosas.

–No te enojes, pero me comuniqué con Liam.

–¡¿Por qué hiciste eso?!

En ese momento de enorme molestia, vio que Max salía de la cabaña. Se miraron. Al notar que ella tenía el teléfono en la oreja, él enfiló hacia la camioneta. Hazel comenzó a hacerle gestos para que la esperara. No tuvo éxito. Se echó a correr para alcanzarlo antes de que se fuera. Por culpa de pensar en eso, no oyó una palabra de la explicación que le dio su madre.

–¿Hazel? –indagó Adeline, alertada porque su hija respiraba raro.

Hazel tropezó y cayó al suelo. El teléfono escapó de su mano y voló hasta un arbusto.

Al ver la situación, Max bajó de la camioneta y se acercó. Hazel alcanzó a levantar la cabeza y hacerle gestos de silencio para que no hablara. Gateó hasta el aparato, lo recogió y se lo llevó a la oreja sin mirarlo.

–¿Estás ahí? –consultó Adeline.

–Sí, pero no puedo hablar ahora. Lo siento, te llamo más tarde –determinó y cortó la llamada.

Miró la pantalla: se había rajado. Solo eso le faltaba para sentir que terminaba de hundirse en la miseria.

–¿Estás bien? ¿Te lastimaste? –preguntó Max y se acuclilló frente a ella.

–¿Por qué te ibas sin mí? –replicó Hazel, furiosa.

–Hablabas por teléfono, pensé que estabas ocupada.

–¿Y no podías esperar un segundo para comprobarlo?

–Hazel, acordamos que vendrías a la cabaña a las siete y media. Son las ocho.

–¡¿Y qué?! ¡Viste que estaba yendo! Me atrasé porque le envié el informe a tu socia y ella me llamó.

–Cálmate.

–¡No me pidas que me calme! Estoy harta de tu actitud ciclotímica. ¿Lo haces para que me vaya? ¡No lo haré! Esta es la finca de mi abuela. Me importa un bledo que ahora seas una especie de propietario también. Soporté un imbécil que me robaba las ideas y me hacía notar que estaba por debajo de él muchos años, puedo soportar idiotas de cualquier clase, incluida la tuya. –Calló solo porque necesitaba respirar. Eso les ofreció un instante de silencio en el que él podría haber hablado o irse si no quería escucharla más. Resultó llamativo para Hazel que no hiciera ninguna de las dos cosas–. ¿Piensas decir algo o te quedarás callado, haciéndome parecer la loca que grita?

Max se encogió de hombros.

–Lamento si te hace sentir "la loca que grita", pero no tengo nada que decir –respondió–. Te estás liberando. ¿Por qué me opondría con una respuesta? –Hazel se desorientó tanto por sus palabras que, esta vez, fue ella la que no habló–. Las palmas de tus manos y tus rodillas se rasparon y sangran. Mira tu pantalón. –Señaló–. En la casa hay elementos de primeros auxilios. ¿Podemos entrar para utilizarlos?

Se puso de pie y le ofreció su mano. Hazel se levantó sin aceptar la ayuda.

Mientras él iba en busca del botiquín, ella se quitó el pantalón y se sentó en el comedor. Era cierto: sus rodillas y sus manos estaban lastimadas. Estudió la prenda: se había roto. Evitó lamentarse

pensando que la utilizaría de todas maneras. Para trabajar en el campo, era mejor contar con ropa que se pudiera romper y ensuciar.

Max se quedó estático en medio de la escalera, mirando a Hazel con la caja entre las manos. Estaba inclinada hacia abajo, revisándose los tobillos. Lo sorprendieron sus largas piernas al descubierto. Eran hermosas, y más en combinación con su perfil delicado y el cabello que, sujeto en una coleta, caía, extenso, hacia un costado.

Se preguntó por qué siempre le permitía pensar lo peor de él. A veces sentía que estaba perdiendo la batalla para alejarse y que necesitaba que Hazel lo hiciera.

Se acercó y se acuclilló frente a ella. Preparó una gasa y la humedeció con desinfectante de heridas. Le pidió permiso y la apoyó sobre su rodilla.

Recién en ese momento, Hazel se dio cuenta de que acababa de quitarse el pantalón de manera natural, sin cuestionarse si estaba bien que lo hiciera. Podía justificar su actitud pensando que Max la había visto desnuda, ¿qué importaban las piernas? Sin embargo, no pensó en eso. Tan solo lo hizo, como comer o respirar.

–No estaba yéndome –aclaró él mientras le higienizaba las raspaduras–. Tan solo te esperaría dentro de la camioneta para que tuvieras privacidad mientras hablabas por teléfono.

–Sí, claro –replicó ella.

Él volvió a hacer silencio; estaba acostumbrado a que no le creyeran.

Hazel lo estudió por un segundo. Tuvo un *déjà vu* en el que Max estaba haciendo lo mismo que en ese momento, incluso en la misma posición, solo que en el baño de una gasolinera cuando ella tenía diecisiete años. Quizás fue el cariño que le despertó ese recuerdo o el devenir del presente, pero un velo se descorrió y, de pronto, vio con tanta claridad que se sorprendió.

–Es cierto –murmuró–. Dices la verdad. Yo malinterpreté la situación.

Al mismo tiempo, apoyó el pulgar en su pómulo y lo deslizó por su mejilla hasta donde comenzaba la barba.

Max alzó la mirada, confundido por la actitud de Hazel y por sus propias emociones. Hacía mucho que no sentía la responsabilidad de que ella lo considerara una buena persona.

Hazel seguía pensando en la gasolinera donde acarició la nariz de Max con el deseo palpitando en su cuerpo. Por aquel entonces, era tan tímida y recatada que no se atrevió a más, aunque hubiera soñado con besarlo. De alguna manera, seguía siendo como esa chica. Al menos, los años la habían hecho más valiente. Se inclinó hacia adelante y se aproximó a los labios de Max. Cerró los ojos, respiró hondo y lo besó.

La reacción de él no tardó en llegar. Enredó los dedos en su pelo y respondió de manera pasional. Le acarició las piernas desnudas, cuidando de no rozar las heridas de sus rodillas, y las recorrió con los labios. En el trayecto aprovechó a llenarse del aroma delicioso de la piel femenina y de la calidez de su deseo.

Jaló de la ropa interior. Ella se elevó sosteniéndose de los bordes de la silla para que pudiera quitársela. Cerró los ojos de nuevo y echó la cabeza atrás cuando Max se apoderó de su entrepierna con la lengua.

Acabó una vez antes de que él la hiciera acostarse en el suelo y terminaran de quitarse la ropa. Entró en ella mientras le acariciaba los pechos y Hazel apretaba sus hombros. Terminó de nuevo, entre espasmos de placer y la certeza de que, si Max no estaba enamorado de ella, al menos la deseaba en serio.

–No podemos cometer el mismo error de la otra vez –balbuceó él de pronto–. ¿Puedo acabar sobre tu abdomen?

–Sí –consintió ella, casi sin aire.

Entre besos y caricias, sintió la agitación de Max, el calor sobre su vientre y el líquido derramándose por su cintura.

Tras un momento, él se acostó a su lado, pasó un brazo por debajo de su cuello y la abrazó. Continuó besándole el rostro mientras le acariciaba el cabello. Todavía estaba muy ligado a Hazel y a lo que habían hecho, sin embargo, notó que ella, en su interior, se alejaba.

No se equivocó. De pronto, Hazel pensaba en las turistas. No se sintió utilizada, pues ella también quería ese sexo pasional y un poco

salvaje que tenían. Sin embargo, le resultaba difícil respetar la condición que había aceptado. Tener sexo con el hombre del que estaba enamorada era maravilloso, aunque fuera sin compromiso. El problema era sentir que lo quería solo para ella, al menos en ese aspecto.

–¿Estás bien? –consultó él sobre su frente.

–Sí –aseguró ella, aunque no fuera cierto.

–Enseguida regreso.

Hazel no miró hacia dónde se dirigía Max. Se quedó observando el techo con una angustia que le cerraba el pecho. Se había casado con un hombre con el que no sentía ni la mitad de lo que experimentaba con el que no la quería más que para satisfacer los mismos deseos que solía apagar con otras. El sexo era excelente, pero si luego le dejaría esa horrible sensación de vacío, no estaba segura de seguir queriéndolo.

Max regresó con una toalla húmeda y otra seca. La limpió con la primera y la secó con la otra, sin saber que ese hecho tan correcto y simple para él acrecentaba la angustia de ella.

–Déjalo –pidió Hazel y se sentó.

–¿Qué sucede?

–No quiero que seas amable si al instante siguiente te comportarás como un cretino.

–No es que quiera hacerlo.

–Pero lo haces.

Recogió ambas toallas de un extremo y las llevó al cuarto de lavado. Cerró la puerta, se puso un vestido que estaba en el tendedero y apoyó las manos sobre la lavadora con intención de permanecer allí hasta que se recuperara.

Oyó la puerta de la casa. Al parecer, Max tenía la costumbre de irse después del sexo. Negó con la cabeza a la vez que sonreía con tristeza. Era evidente que ese tipo de vínculo solo la llevaría a una ruina emocional peor de la que atravesaba desde que había descubierto que Liam la engañaba. ¿Tan poco valía, que ningún hombre quería quedarse solo con ella? Al menos, Max era honesto, pero eso no la hacía sentir menos desolada.

Max no tenía claro si Hazel al final quería ir con él a revisar los animales. Por las dudas, la esperó sentado en la escalera del porche.

Ella apareció veinte minutos después. Tenía el cabello húmedo, lo cual evidenciaba que se había duchado. Se sorprendió de verlo; creía que se había marchado. Se dirigió a la camioneta sin emitir una palabra. Él la siguió.

No volvieron a hablar excepto cuando Max le explicó cómo revisar cada especie, a qué prestarle atención, qué podían resolver ellos y cuándo era necesario llamar a un veterinario. Terminaron bastante tarde en la pocilga de los cerdos.

–Quédate del otro lado del cerco –pidió Max–. No harás esto.

–¿Por qué no?

–Para empezar, es peligroso. Los cerdos suelen ser buenos, pero, a veces, atacan. Además, es bastante asqueroso. No solo por el ambiente en el que viven, sino porque siempre tienen heridas con gusanos. Hay que quitar las larvas con una pinza y aplicarles un medicamento.

–Puedo hacerlo.

–Por favor, no insistas.

Aunque siempre había mirado el mundo de manera diferente que las demás personas y por esa razón los cerdos le parecían tiernos y bonitos, Hazel respetó la decisión. Se sentó en la camioneta hasta que él terminó.

El viernes, después de reunir huevos de gallinas y ordeñar vacas, regresaron a pie a la zona de las viviendas.

–Si no te molesta, los martes terminaré un poco más temprano –anunció Hazel en la puerta de la cabaña–. Remi, la amiga de mi prima, me pidió que le enseñara piano a su hijo.

La sonrisa genuina de Max la reconfortó por un momento. Se sentía angustiada desde hacía varios días.

–Claro –aceptó él–. Me alegra que tengas un alumno.

A Hazel le llamó la atención que no preguntara acerca de sus habilidades musicales, como si las recordara, pero no hizo comentarios al respecto.

–También quería pedirte algo –continuó Max–. ¿Podrías prestarme la casa este fin de semana?

Hazel sintió que él le enterraba un puñal. Odió la presión de tener que tomar una decisión: seguía soportando la angustia que esa situación le provocaba o develaba sus sentimientos. Intentó hacer un equilibrio entre ambas posturas.

–¿Podrías evitar traer a las turistas a la casa? –consultó–. Comienzo a sentirme un poco mal al respecto.

–Sucede que no todas las chicas me invitan a su cuarto de hotel –explicó Max–. Algunas desconfían de un hombre que acaban de conocer, lo cual me parece muy sensato, y prefieren que vayamos a sus habitaciones, donde se sienten más seguras. Otras, en cambio, eligen venir aquí porque se alojan en dormitorios compartidos.

–Existen los moteles de paso.

–No me agradan.

–Eres muy creativo, ingéniatelas.

–Lo pensaré.

–Gracias. Puedes ocupar la casa desde mañana a las ocho.

Al día siguiente, intercambiaron viviendas a la hora acordada. Si bien Hazel no quería espiar para evitar sentirse celosa, oyó el motor de la camioneta cuando Max se fue y cuando regresó seis horas después.

Que él hubiera pasado el sábado afuera en lugar de llevar a alguien a la finca le hizo creer que había captado su mensaje y que no volvería a hacerlo. Sin embargo, el domingo por la tarde, mientras limpiaba una ventana, vio a una chica muy bonita avanzar por el camino de entrada.

Tenía el cabello negro lacio y no medía más de un metro sesenta. Por sus facciones, dedujo a la distancia que todavía no habría cumplido los treinta años. Era muy delgada y tenía el cuerpo firme de las que van al gimnasio a diario.

Sin duda había llegado en un taxi, pues Max no había salido de la casa en todo el día. Dudaba de que se moviera en un automóvil alquilado, de lo contrario, lo habría llevado hasta adentro en lugar de caminar desde la cerca. Divisó que tenía una caja entre las manos. Por la forma en que la cuidaba, era probable que se tratara de un pastel. ¡No podía creer que las mujeres hasta le llevaran comida!

Dejó transcurrir un rato mientras intentaba convencerse de que no tenía nada que reclamar. Para empezar, ella había aceptado el acuerdo de tener una relación únicamente laboral y sexual con Max. Además, él no le había prometido que cumpliría su pedido de no llevar mujeres a la finca, tan solo le dijo que lo pensaría.

Sabía que no debía interferir. Sin embargo, había callado y soportado tratos injustos durante tantos años que no pudo contenerse y terminó yendo a la casa.

Golpeó a la puerta y bajó los escalones del porche para hablar con Max de la manera más privada posible, si es que abría. Lo imaginó en la cama, besando el cuerpo de esa chica hermosa, y se sintió ínfima.

Para su sorpresa, Max abrió con toda la ropa puesta.

–¿Puedes acercarte? –pidió ella. Él obedeció–. Te pedí que por favor ya no invitaras mujeres a la casa.

La expresión de desconcierto de Max duró apenas un instante. Enseguida logró componer su imagen y dio con una respuesta adecuada.

–¿Y qué?

–¿Cómo "y qué"? ¡Parece que no tuvieras en cuenta mis sentimientos!

–¿Acaso tú siempre tuviste en cuenta los míos?

En ese momento, la chica salió de la casa.

–¡Hola! –exclamó con una sonrisa.

Hazel se sintió muy incómoda. Le resultó imposible tomar esa visita como la de la turista que les había preparado la cena. Hubiera deseado salir corriendo. Sin embargo, su esmerada educación volvió a jugarle a favor y permaneció en su sitio.

–Hola –replicó.

–¿Cómo estás? Supongo que eres Hazel. Soy Chelsea, la hermana de Max. Al fin te conozco. ¡He oído tanto de ti!

–Chelsea, ve adentro, por favor –solicitó Max.

–¿La… la hermana de Max? –titubeó Hazel. Sus mejillas ardieron. Debía estar más roja que el infierno.

–Sí. Encantada –continuó Chelsea, ignorando a su hermano, y extendió una mano para que Hazel la estrechara. Ella lo hizo con los

dedos temblorosos; quería que se la tragara la tierra. Chelsea la apretó fuerte y la soltó sonriendo–. Perdona que me entrometa, pero mi hermano no es lo que parece.

–¿Puedes ir adentro de una vez? –protestó Max.

–Deja de dar órdenes, mandón –refunfuñó Chelsea y volvió a mirar a Hazel–. Se hace el duro, pero sí se preocupa por los sentimientos. A veces, demasiado. Por eso sigue aquí y no está conquistando el mundo.

–Sin duda podría hacerlo –se apresuró a responder Hazel en un intento por mantener la calma–. Yo… Lo siento. Lamento mucho la confusión.

–¡No te preocupes! –exclamó Chelsea, riendo–. ¿Por qué no entras a tomar algo con nosotros? Traje un pastel.

–No lo creo. Perdona, tengo mucho que hacer.

–Espero que tengamos tiempo otro día. Fue un placer.

–Lo mismo digo –respondió Hazel con voz suave y se retiró para cuidar la poca dignidad que le quedaba.

Solo una pregunta la rescató de hundirse en la vergüenza eterna y, en cambio, la sumió en una ira profunda: "¿Acaso tú siempre tuviste en cuenta los míos?".

Ya no tenía dudas de que Max sí la recordaba. Acababa de decírselo.



22

–Al fin conocí en persona a Hazel –comentó Chelsea en el comedor mientras abría la caja donde estaba el pastel–. Es tan bonita como en la fotografía de su boda. Lo último que me dijiste fue que se instaló aquí divorciada y sin dinero. ¿Por qué no me contaste que estaban en una relación?

–Porque no lo estamos.

–¿Entonces por qué te pediría que no invites mujeres a la finca? Tiene pinta de anticuada, pero no la veo tan puritana.

–No sé cómo alcanzaste a oír.

–¿Lo hicieron?

–No le contaré eso a mi hermanita.

–¡Lo hicieron! ¿Invitaste mujeres aquí después de haberlo hecho con ella? ¡Eres un imbécil!

–Sí –contestó Max y se sentó a la mesa. Acercó el pastel para mirarlo–. Soy un imbécil, un envidioso, un rencoroso y tengo serios problemas para controlar la ira. ¿El pastel lo preparaste tú?

–¡No seas ridículo! Te escudas en un informe tendencioso hecho cuando tenías quince años.

–Ella es una traidora, no lo olvides.

–Tan solo se besó con otro chico cuando tenía diecisiete estúpidos años. ¿Cuántos errores cometí yo a esa edad? ¿Por qué a mí me comprendiste y a ella no?

–Se casó con él. No seré el segundo plato de nadie.

–Mejor calla. Con cada cosa que dices, te entierras más. ¿Sabes qué? La verdad es que ni siquiera te importa que haya hecho eso. No eres un rencoroso, esa situación quedó en el olvido. Solo la utilizas como excusa para no enfrentar tus miedos y deseos.

Max suspiró.

–¿El pastel lo preparaste tú? –insistió.

–Sí, para eso soy chef. Pero no te lo mereces.

Él estiró los brazos sobre la mesa y abrazó la caja abierta.

–No te atrevas a quitarme mi pastel.

Chelsea se quedó en la casa hasta el anochecer. Quería pedir un taxi, pero Max se lo impidió y se preparó para llevarla. Al final, justo la llamó Cooper para decirle que acababa de salir del trabajo y se ofreció a ir a buscarla. Le había tocado cubrir el descanso de un compañero ese domingo.

Max cenó otra porción de pastel y subió las escaleras para ir a la habitación que utilizaba cuando se quedaba allí. Al pasar miró la de Hazel mientras en su mente resonaba la voz de su hermana. Para no pensar, intentó dormirse lo antes posible.

Despertó de golpe por un trueno que resonó a lo lejos. Miró por la ventana: el cielo le indicó todo lo que necesitaba.

Cuando Hazel escuchó el motor de la camioneta, abrió los ojos. Espió la hora en el celular: las cinco menos cuarto. Todavía no amanecía.

Temió que algo grave ocurriera. Se colocó una camisa cuadrillé sobre la camiseta blanca sin mangas con la que dormía y abrió la puerta sin haber terminado de acomodársela todavía.

Max notó que ella había salido de la cabaña gracias a que los perros que iban en la cajuela miraron hacia allí. Se acercó y bajó la ventanilla.

–Se aproxima granizo y una tormenta fuerte –explicó–. Podría ser peligroso, permanece adentro.

–¿Entonces por qué tú estás saliendo?

–No estaba pronosticada. Dejé el ganado y las ovejas en una zona donde no tienen refugio. –Hazel se apresuró a ir del otro lado y subió al sitio de acompañante–. ¿Qué haces? –consultó él, confundido porque hiciera lo contrario a lo que le había pedido.

–Iré contigo.

–Te dije que puede ser peligroso.

–Haremos más rápido juntos. Acelera, no perdamos más tiempo.

El argumento era sólido. Max dejó de insistir y se dirigió a toda velocidad al sector del campo donde había dejado a los animales.

Descendieron de la camioneta y corrieron cada uno a ocuparse de algo. Él liberó a los perros para que lo ayudaran a guiar a las ovejas. Antes de que llegaran, abrió el cerco que les permitiría ingresar a la zona de los refugios.

Hazel comenzó a palmear los lomos de las vacas. Algunas se habían recostado bajo los árboles, sin duda previendo que se avecinaba un temporal.

El granizo cayó antes de que terminaran de moverlos a todos. Era difícil cuando el ganado oponía resistencia.

–¡Ve a la camioneta! –gritó Max mientras intentaba forzar a una vaca a caminar. Hazel, que en ese momento estaba inclinada hacia otra, alzó la cabeza.

–¿Cómo haces para que se levanten tan rápido?

–Recuerda acercarte a su cabeza. Se alejará hacia el lado contrario al que estés y te dejará atrás. Si quieres que gire…

–Toco su parte trasera, lo recuerdo.

Él asintió y continuó con lo suyo.

Después del granizo, comenzó a llover a cántaros. Aunque terminaron empapados en segundos, era un alivio; las piedras tenían un tamaño considerable y dolían cuando los golpeaban. Los perros se habían quedado con las ovejas bajo techo. Ya había amanecido.

En cuanto terminaron de ingresar la última vaca a la zona de refugios, Hazel giró la cabeza de golpe y se miraron.

Él notó que el pómulo de ella tenía una raspadura y sangraba; resultaba evidente que una piedra la había alcanzado. Se acercó y tocó los bordes de la lastimadura sin pensar. ¿Cuántas heridas más le provocaría esa granja?

Hazel dio un paso atrás para alejarse de inmediato.

–¿Puedo preguntarte algo? –indagó.

–¿Aquí, en medio de la tormenta? –contestó él.

–Sí. Me recuerdas, ¿verdad? –Max la miró en silencio–. ¿Vas a hablar? ¿Por qué siempre te quedas callado?

–Conoces la respuesta a esa pregunta –respondió él con voz calmada.

La confirmación de lo que tanto sospechaba la hizo sentir a la vez triste y furiosa.

–Entonces, ¿por qué dijiste que no? ¿No te parece inmaduro?

–Lo soy.

–¡No! ¡No lo eres! Ese es el problema. –Comenzó a llorar sin desearlo, y eso la enfureció más–. ¿Acaso soy tan idiota? ¿Siempre me viste así, incluso cuando tenía diecisiete años? ¿Siempre te parecí una estúpida? –Max tragó con fuerza. Pensaba en cuánto la había admirado siempre y en su incapacidad para demostrárselo–. ¡Contesta!

–No.

–¡Pues no parece! No entiendo por qué siempre imagino que la gente es buena y honesta. Lo más probable es que te hayas reído de mí desde que me conociste.

–Te aseguro que no –afirmó Max, negando con la cabeza.

–Soy ingenua y fantasiosa.

–Hazel –murmuró él y dio un paso hacia ella.

–¡Y desde que tengo diecisiete años estoy enamorada de alguien a quien no le importo!

Se cubrió la boca con una mano, giró sobre los talones y comenzó a caminar para regresar a la cabaña. Max se debatió entre hacer lo que creía que debía y lo que deseaba. Terminó de convencerse de ir por lo segundo cuando pensó que no podía permitir que Hazel caminara varios kilómetros bajo la lluvia y los rayos.

Fue tras ella y la abrazó por la espalda.

–¡Suéltame! –bramó Hazel a la vez que intentaba liberarse. Por supuesto, era imposible vencer la fuerza de sus brazos–. ¡Déjame!

–Lo haré. Solo ve a la camioneta.

–¡No me des órdenes!

–Por favor, tranquilízate.

Como ella dejó de luchar, él supuso que ya no huiría. La liberó despacio. Hazel se dirigió al vehículo agitada.

El silencio los envolvió por completo. Solo se oían la lluvia que todavía caía afuera y las gotas que se desprendían de ellos mismos. Como Max notó que Hazel temblaba, encendió la calefacción. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que él también sentía frío.

Mientras conducía se preguntó cómo dejar de lastimarla. La granja podía herirla físicamente, pero estaba seguro de que solo él tenía la culpa del dolor interno. Luchaba contra el miedo a liberar sus emociones y la incapacidad para expresarse. No logró vencerlos antes de detenerse frente a la cabaña.

Hazel descendió de la camioneta sin saludar. Aunque las lágrimas se mezclaban con el agua, Max sabía que seguía llorando. Dejó pasar algunos segundos. Pensó en regresar a la casa y que sus días continuaran transcurriendo, ya sin encuentros sexuales y sin demasiado diálogo. Hubiera sido lo más sencillo.

Estaba aterrado, sin embargo, bajó del vehículo y entró en la cabaña poco después que Hazel.

–¿Qué haces? –preguntó ella, ofuscada.

–¿Podemos hablar?

–¿Para qué? No necesito oír más mentiras.

–No quise mentirte.

–¿Siempre haces lo que no quieres?

–Hazel –rogó Max y se adelantó un paso.

–¡Aléjate!

–Por favor, me cuesta mucho hacer esto.

–¿Hacer qué?

–Abrirme.

–¿Ahora debería sentir lástima?

–No resistiría que eso sucediera. Tienes razón de estar enojada. Pero si permito que sigas pensando lo peor de mí, alimentaré mis monstruos y eso es lo que hago desde que llegaste.

–Estás hablando en códigos, no te entiendo.

–¿Podemos sentarnos?

Levantó el colchón y lo revisó en una fracción de segundo. Estaba libre de riesgos. En lugar de ocupar ese sitio, Hazel se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared. Él notó que todavía tiritaba. Arrancó la manta y se instaló junto a ella. Probó colocándola sobre

sus hombros. Como Hazel no se quejó, la envolvió y la abrazó contra su costado. La oyó llorar de nuevo, ya sin ocultarlo. Se sentía culpable y abatido; su dolor también le pertenecía.

–Nunca fuiste una idiota para mí –confesó con los labios sobre su cabello–. Siempre te admiré. Cuando te conocí, fuiste lo mejor que me pasó en mucho tiempo. En toda mi vida después del nacimiento de mi hermana, tal vez. Tú me mirabas como si yo pudiera hacer cosas buenas, con ilusión y cariño. Nunca alguien se había ilusionado conmigo.

–Siempre vi las cosas de manera muy diferente a los demás –reflexionó Hazel, sollozando–. Esta granja, tú… A nadie de mi familia le gustaba venir aquí. En cambio, para mí, era un lugar especial.

»En cuanto a ti, mi prima y sus amigas decían que eras raro, serio y aburrido. Mi madre pensaba que no eras alguien con quien valiera la pena salir. Pero yo nunca pude verte así. Para mí eras bueno, generoso, protector, original, responsable, creativo…

»La noche que besé a Liam, no lo hice porque desconfiara de ti. Desconfiaba de mí, de mi forma de ver el mundo y de mis decisiones. Si todos decían que algo era de determinada manera, debía de ser cierto, yo no podía ser la única atinada. Tenía que estar equivocada.

»Todos querían que besara a Liam y lo hice. Querían que tuviera un novio como él. Lo hice. Querían que me casara. Lo hice. ¿A dónde me llevó eso? A acostarme cada noche sintiéndome insatisfecha, una mujer tildando acciones de una lista que ella no había confeccionado. Una tonta que cada tanto se acordaba de un chico que la había internado en el mar y la había hecho sentir en las estrellas. Así que sí: soy bastante idiota, Max. Porque ese mismo chico que recordaba como alguien bueno y cariñoso hoy no es más que un hombre mentiroso y deshonesto. –Se apartó de su pecho para mirarlo–. Cuando dejé a Liam ni siquiera pensé en salir con otra persona. Puedo estar sola. No te necesito. No necesito a nadie.

–Lo sé. Aunque yo sí te necesite, no se trata de eso, sino de querer estar juntos.

–Si quisieras estar conmigo, no tendrías el deseo de acostarte con otras. Tú lo dijiste hace años acerca de mi beso con Liam. Hoy aplica

para ti.

–Solo estuve con una persona desde que lo hicimos. El sábado no me vi con otra mujer, salí con amigos. ¿Te acuerdas de Luca? Él estaba entre ellos.

–No me des explicaciones. Cometí el error de que tu vida me importara. Tú no tienes la culpa. Ya lo dije: soy demasiado ingenua y fantasiosa.

–No estuve con esa mujer por lo que piensas. Fue porque te amo.

Hazel rio, recelosa. Le pareció tan increíble el concepto que no pudo darle un mínimo de crédito.

–Eso no tiene sentido.

–Lo tiene para mí.

–Pero no para mí. No quiero estar con un hombre que me dice que se acuesta con otras porque me ama.

–No he dicho eso.

–Será mejor que te vayas.

–Quise expresar que…

–¡Vete!

Antes de comenzar a sentirse un niño acurrucado bajo la lluvia, Max le hizo caso.

En cuanto él se fue, Hazel se echó a llorar sobre la cama, cubierta con la manta. Sentía mucha impotencia. En especial porque era imposible volver el tiempo atrás: lo que debió ser ya nunca sería.

Max subió a la camioneta, condujo los pocos metros que separaban la cabaña de la casa y se encerró en ella. No había mucho que hacer cuando llovía, así que se dio una ducha y se acostó. Era inútil: por más que se esforzara por vencer sus temores y ser sincero consigo mismo y con los demás, nadie nunca le creía. Podía soportarlo de cualquiera, pero no de Hazel. Se sentía como si algún día su hermana de verdad lo creyera una mala persona.

Hazel pensó en lo ocurrido durante horas. Algo era cierto: Max nunca se había abierto de esa manera. Excepto por ese asunto sombrío de su padre que se le escapó una vez en la camioneta, nunca hablaba de su pasado. No daba explicaciones sobre sus actos ni hablaba de sus sentimientos.

“No estuve con esa mujer por lo que piensas. Fue porque te amo”. ¿Qué significaba eso? Debió permitir que él le diera la explicación que se negó a escuchar.

Cada vez entendía menos cómo funcionaba la mente de Max. Solo sabía que no había tolerado a un infiel y que no estaba dispuesta a soportarlo ni aunque se tratara del hombre que sí la hacía sentir y al que no quería perder por nada del mundo. No lo necesitaba, pero en parte sí. ¿Podía creerle? Temía sí ser una idiota después de todo y darle una oportunidad a alguien que no la merecía. Si Max se burlaba de ella, la angustia sería inmensa.

Aunque intentaba apartar la razón que tanto la había perjudicado en ciertas ocasiones, a veces sentía que era la única que podía ayudarla cuando debía tomar decisiones. Pensó en el pasado, recordó que no le había dado una oportunidad a Max cuando eran adolescentes, y le pareció que una buena manera de compensar al destino podía ser dársela ahora. Si se equivocaba, al menos, sería su propio error y no uno inducido por su madre y las inseguridades personales que ella le había generado presionándola desde que tenía memoria y tratándola como a una niña incluso cuando ya no lo era.

Salió de la cabaña con la ropa húmeda. Aunque ya no llovía, todavía caían gotas aisladas, había charcos y un lodazal en algunos sectores del césped. Se dirigió a la casa y golpeó a la puerta. Max abrió sin camiseta. Ella tragó con fuerza, temblando por dentro y por fuera. Miró la cadenita que estaba en su cuello con el dije de su adolescencia y se le cayó una lágrima.

–Ese beso que viste y que te lastimó… Por favor, perdóname.

Max se quedó atónito. Su corazón latió rápido, mucho más fuerte que el miedo o sus creencias negativas sobre sí mismo.

–Tenías diecisiete años. Somos adolescentes para equivocarnos, lo sé mejor que nadie. No tengo nada que perdonarte.

–Necesito que lo hagas. Tan solo dilo, te lo ruego.

–Está bien. Te perdono, Hazel. No siento dolor ni rencor por lo que pasó. Te lo juro.

–Gracias. Entonces yo también te perdonaré por haberme mentido y dejaré de sentirme una estúpida.

–No lo eres. Por favor, nunca te sientas una tonta por creer en alguien.

–¿Puedes decirlo de nuevo?

–Te perdono.

–No esa parte, la que dijiste en la cabaña.

–Te necesito.

–La otra.

–Solo quiero estar contigo.

–No dijiste eso.

–Te amo.

Hazel sonrió entre lágrimas.

–Yo también te amo –confesó. Al fin sentía que era libre para amar y decidir, para experimentar y vivir.

A Max lo atravesó el miedo de nuevo. Sin embargo, la emoción aterradora convivía con sentimientos mucho más fuertes. Intensos como la lluvia que amenazaba con volver a caer en cualquier momento. Profundos como el océano que los envolvía cuando se dieron el primer beso sin un juego de por medio.

Atrajo a Hazel y la besó con las manos en sus mejillas. Tocó su cabello húmedo y enmarañado con las puntas de los dedos. Había andado tanto sin hallar un lugar de paz… No podía creer que lo tuviera delante. Lucharía contra sí mismo para volver a confiar en el futuro. Necesitaba creer que algo bueno podía ocurrirle; solo así lograría vencer las marcas de su historia.

Hazel ocultó el rostro en su pecho y él la abrazó con fuerza.

No te soltaré, pensó Max. *Por favor, no me sueltes.*



23

Hazel salió del baño con una camiseta y un pantalón corto. Estornudó y se secó la nariz con un trozo de papel higiénico.

–No debiste pasar tanto tiempo con la ropa húmeda –opinó Max desde la cama. Ella se acercó.

–Cuando te fuiste, no pensé en cambiarme. Me eché a llorar.

–¿Lloras a menudo?

–Demasiado. Soy muy sensible.

Se acostó a su lado con las manos junto al rostro. Él giró para mirarla, tomó una y entrelazó sus dedos con los de ella.

–Todavía tienes la marca de la sortija de bodas –murmuró.

–Hacía tiempo que me apretaba. Engordé respecto de cómo estaba cuando me casé. Logré bajar varios kilos para caber en el vestido. Por cierto, encontré una fotografía de eso boca abajo en una gaveta.

–Estaba en la casa cuando me mudé. Imaginarás que no quería verla cada día de mi vida.

–Lo siento –susurró Hazel, imaginando cuánto debió de sufrir Max por esa fotografía.

Recordó su advertencia acerca de pedirle disculpas cuando él la despeinó con la mano libre. Ella rio.

–Lo digo en serio –se excusó.

Los dedos de él bajaron hasta el borde de la raspadura que ella tenía en el pómulo.

–¿Te pusiste desinfectante para heridas? –consultó.

–La lavé con agua, no es nada. –Hizo una pausa–. ¿Qué recuerdas?

–Todo. Desde el beso en medio del juego hasta que te pedí que te fueras de la playa.

–¿Por qué me dijiste que no te acordabas de mí?

–Tu llegada me tomó por sorpresa. Me asaltaron sentimientos que no estaba preparado para afrontar.

–Pensé que no existían tales sentimientos. Jamás respondiste mis mensajes. Buscaba cualquier excusa para escribirte, pero de tu parte solo había silencio.

–Lo sé. Es difícil de explicar.

–Mi prima me contó que trabajaste para mi abuela. Es curioso: cada vez que le pregunté por ti me dijo que no tenía idea.

–Yo se lo pedí. Quería que nos mantuviéramos distanciados.

–Entonces ¿cómo terminaste trabajando para ella?

–Fue casualidad. Un tiempo después de que te fueras, cambié el empleo en la tienda de surf por uno en una tienda de artículos agrícolas. Un día me tocó hacer el reparto aquí, entonces me enteré de que tu abuela era una mujer que conocía de cuando trabajaba en el supermercado. Me invitó a comer. Así cada vez que traje su pedido, hasta que me ofreció trabajar en la finca por el doble de lo que me pagaban en la tienda.

Hazel sonrió con ternura.

–Era una mujer muy buena.

–Se parecía mucho a ti –afirmó Max y le acarició una mejilla–. Ella me enseñó todo lo que sé de granjas.

–¿El relato de cómo terminaste siendo socio de mi madre es cierto?

–Por supuesto. Si te preguntas cómo logré entrar en el negocio, fue gracias a una pequeña herencia.

–No precisamente, pero me interesa todo lo que digas.

–Como ya sabes, mi padre no fue un buen ejemplo, por eso mi madre, Chelsea y yo nos alejamos de él. Murió de cirrosis en un hospital de Melbourne, donde nací. Mi hermana fue. Yo no. Regresó con la noticia de que el apartamento en el que solíamos vivir,

aunque estaba repleto de deudas y bastante deteriorado, nos pertenecía. Para ese momento, ella estaba a punto de mudarse con Cooper, su pareja. Así que, aunque yo no quería, me cedió su parte de la herencia. Incluso así, solo me alcanzó para invertir en esta granja. Supongo que tu madre no sabe que fui empleado de tu abuela, ni que le guardaba cariño a la finca. Cuando ella murió, me di la baja como empleado y borré todo rastro de mi paso por aquí. Según sé, no se comunican mucho con tu tío, así que supongo que, por ese lado, mi secreto respecto de Elsie también permaneció a salvo. –Rio con resignación–. Fue muy raro fingir que no tenía idea de tu vida cuando tu madre me mostró el portarretratos que tu abuela tenía sobre el piano con la fotografía de tu boda. Creo que nunca antes lo había odiado tanto.

Hazel pensó que, aunque Max le contara la situación como si hubiera sido graciosa, ahora que conocía mejor a su madre, debió de ser bastante mordaz. Sin duda no había perdido la oportunidad de hacerle notar a Max cuán bien le iba a ella con Liam y cuán superiores eran.

–Fuiste un espectador silencioso de mi vida –concluyó, intentando disimular que se sentía abatida. Max se dio cuenta, por eso procuró distraerla.

–Podría decirse que sí. Seguro no lo sabes, pero cuando ibas a casarte, tu abuela me pidió que irrumpiera en la boda y la impidiera.

Los dos rieron.

–Ojalá lo hubieras hecho –musitó Hazel–. Dices que no me guardas rencor por lo que hice, pero todo indicaría que sí: cortaste toda relación conmigo, le pediste a mi abuela que me ocultara su vínculo contigo… Además, la última noche que nos encontramos en la playa, parecías muy enojado.

–Lo estaba, pero no contigo, aunque sé que te demostré lo contrario. Por aquel entonces, no estaba pasando un buen momento. Tenía sentimientos bastante oscuros casi todo el tiempo. De pronto, en un juego, me diste un beso lleno de calidez y pureza. De alguna manera, quedé atrapado en ese beso, en la ilusión que tú me despertabas. Fue duro cuando esas ilusiones se rompieron.

–Por mi culpa.

–No. Porque sabía que ese chico que besaste era mejor que yo.

–¡Eso no es cierto!

–En ese momento lo era.

–No lo besé porque me atrajera. Ni siquiera volví a hablarle hasta que nos reencontramos en la universidad. No estaba interesada en él.

–Lo elegiste como tu esposo.

–Era lo esperable. Pero no me quitaré toda la responsabilidad sobre ese acto. Aunque estuviera presionada por mi madre y por las exigencias socioculturales, fui yo la que aceptó casarse con Liam. ¿Qué iba a hacer? ¿Seguir enviándole mensajes a alguien que no quería responder?

–Por supuesto. Los dos continuamos con nuestras vidas.

–¿Lo hicimos? Siento que una parte de nosotros se movió, pero otra se estancó en el pasado.

–Yo también, pero tenías razón: nuestra relación no podía ser.

–¿No hubieras hecho lo que dijiste?

–Sí. Era una primera vez para mí también: no había podido disfrutar de algo por completo en mucho tiempo. Hasta que llegaron tú y los momentos que teníamos. Me habría subido a cualquier automóvil que se detuviera en la carretera para perseguirlos. Habría hecho todo para conseguir aunque fuera uno más de esos instantes felices. Pero no estábamos preparados para vivir de esa manera. Enceguecí sin tener en cuenta mis circunstancias y que tú merecías mucho más que un chico que se colara en un automóvil ajeno para visitarte.

–No digas eso. Si hablamos de un compañero, tú eras todo lo que deseaba. No sé por qué sigues convencido de que jamás podrías ser lo que quiero o necesito.

–No lo soy.

–Supongo que esa decisión me corresponde a mí y no a ti. –Levantó la cadenita y el dije que él llevaba en el cuello con un dedo–. Cuéntame la historia de esto. Lo tienes desde que nos conocimos.

–Me lo regaló mi hermana –explicó Max con un tono sereno–. Ahorró durante meses para comprármelo cuando tenía ocho años.

Adentro hay un pequeño rollo de papel con su nombre escrito con su letra a esa edad.

–Parece que ella es muy importante para ti.

–Lo es. Una vez, cuando llegué a un… colegio, me quitaron su regalo. Tuve que repararlo para volver a ponérmelo.

–¿Quiénes te lo arrebataron? ¿Fueron tus compañeros en una situación de acoso escolar? ¿Cómo lo recuperaste?

–Fueron los adultos. Me lo devolvieron cuando me fui. Estaba prohibido tener objetos personales. De todos modos, los chicos tampoco eran muy amigables. No se podía hablar con los adultos sin autorización, pero entre nosotros, la única ley era ser el más fuerte.

Hazel presintió que Max le estaba contando mucho más que una historia relacionada con el colgante. El relato estaba encriptado y, por la forma en que él la miraba, presintió que pedirle aclaraciones lo haría sentir incómodo. Ya parecía estarlo solo con lo que había mencionado. Al menos entendió que, posiblemente, le estuviera explicando el origen de su dificultad para expresarse y para liberar sus emociones.

–¿Pasaste mucho tiempo en esa escuela? –indagó con cuidado–. Como pupilo, imagino.

–Nueve meses.

–¿Hace cuánto habías salido de allí cuando nos conocimos?

–Menos de dos años.

–¿Era un colegio militar?

–Algo así.

Se contemplaron un instante en silencio. Hazel presintió que él quería decir mucho más. También entendió que, en ese momento, no podía hacerlo, así que decidió cambiar de tema.

–Max, si vamos a estar juntos, no soportaré que duermas con otras mujeres utilizando la excusa de que me amas. Acepto la explicación que no te permití darme en la cabaña. Soy toda oídos.

–Lo hice para escapar de ese sentimiento.

–¿Y piensas seguir huyendo? No quiero que olvides que me amas. Deseo que lo recuerdes cada día de tu vida y que alimentemos ese sentimiento. Quiero que trabajemos juntos para que perdure y se transforme en una relación que se mantenga firme, aunque todo lo

demás se derrumbe. Dijiste que no hacías de novio, que eso había quedado en el pasado. No espero que un hombre me obsequie flores y me diga cursilerías. Soy fantasiosa, pero racional. Solo necesito sentir que me amas y que no luchas todo el tiempo para controlarlo.

–A veces, amar significa soltar.

–Lo hiciste una vez y no resultó. Por favor, intentemos un camino distinto. Ya no hay edad ni distancia que lo impida. No hay nada ni nadie a quien responsabilizar, excepto a nosotros mismos.

–No te estarías llevando un premio si tuviéramos una relación, Hazel. Me asusta que pueda volverse dolorosa para ti. Soy una persona complicada.

–Por suerte, veo en ti mejores cualidades que tú. Pero está bien. Si prefieres seguir a tu manera, no me opondré. Lo único que te estoy pidiendo es que seas honesto. Si me amas, sé fiel a ese sentimiento.

–Lo intentaré –prometió él–. No me refiero a no engañarte; jamás lo haría ni necesito a alguien más. Estoy hablando de amarte sin barreras, con todo lo que soy.

Hazel se irguió sobre un codo con los labios entreabiertos y los ojos húmedos.

–¿Lo dices en serio? –preguntó.

–Una de las pocas ventajas de salir con alguien que tiene problemas para comunicarse es que jamás dirá algo que no vaya en serio.

Ella rio. Soltó su mano para acariciarle las mejillas y lo besó.

–Eres hermoso –susurró–. Siempre lo fuiste.

–Tú eres hermosa –repuso él y enredó un mechón de pelo de ella en un dedo.

Volvieron a besarse con la lentitud de la mañana y la quietud de los pájaros en el nido, disfrutando cada sensación que pudieran brindarse. En cambio, hicieron el amor con la fuerza de la tempestad que otra vez se había desatado afuera, al compás de las ramas impetuosas que se agitaban con el viento.

Durmieron mucho. Se saltaron el almuerzo y volvieron a hacer el amor en la tarde.

Hazel besó el cuerpo de Max de la cabeza a los pies. Pensaba en el hombre en que se había convertido, pero también en el chico que fue. Imaginó el padre ebrio y violento y la escuela militar; tal vez había optado por ingresar allí para escapar de él. Jamás hubiera imaginado que pudiera convertirse en un soldado o "algo así", como había afirmado él.

Quedó tan cansada después de hacerlo por segunda vez que volvió a dormir. Que Max la abrazara y besara despacio ayudó a que conciliara el sueño todavía más rápido.

Despertó sola en la cama cuando estaba oscureciendo. Estornudó. Como ya no le quedaba papel en la mesa de noche, se dirigió al baño del dormitorio, se sonó la nariz y se tocó la frente. Le dolía mucho la cabeza.

Oyó ruidos en la cocina desde la escalera. Encontró a Max preparando la cena. Se aproximó y abrió el refrigerador en busca de agua.

–¿Por qué estás haciendo eso descalza? –protestó él, y la alzó tomándola de la cintura para alejarla del electrodoméstico. Extrajo la botella en su lugar y cerró la puerta. Mientras ella la destapaba, apoyó una mano en su frente–. Creo que tienes unas líneas de fiebre. ¿Quieres un analgésico?

–Con toda mi alma –replicó Hazel y se sirvió agua en una copa.

Revolvió lo que él estaba preparando para que no se pegara en la sartén y luego se sentó a la mesa. Max reapareció con la medicación y con un par de sandalias para que se las colocara.

Después de cenar, le pidió que se acostara mientras él lavaba la vajilla.

–¿Te quedarás conmigo esta noche? –preguntó Hazel.

–Si me invitas –replicó él con una sonrisa.

–Siempre estás invitado.

Como se sentía mal, le costó dormir. Para colmo, comenzó a sentirse peor en la madrugada.

Cuando volvió a abrir los ojos después de un tiempo, sintió un peso sobre la frente. Llevó la mano allí y percibió la de Max sobre un paño húmedo. Entendió rápido lo que él había hecho y lo apartó despacio. Giró la cabeza y lo encontró dormido a su lado. Lo observó

un rato, asombrada de que la vida les hubiera dado una verdadera segunda oportunidad. Le dio un beso en la mejilla a la vez que se prometía que no la desperdiciaría por nada del mundo.

–¿Te sientes mejor? –murmuró él y apoyó una mano en su cintura.

–Sí, gracias. No pusimos la alarma, debe ser tarde. Me daré una ducha, siento como si hubiera corrido una maratón y no me hubiera higienizado.

–Entonces la fiebre se fue –concluyó Max–. No te apresures, quédate mientras yo me ocupo de algunos asuntos.

–¿Por qué me quedaría en la casa si ya me siento bien?

–Tal vez porque exponerte a la intemperie cuando todavía estás resfriada no sea una buena opción.

–Si me siento mal, regresaré. Enseguida vuelvo.

Ducharse le hizo bien para terminar de despejarse. Cuando regresó a la habitación para vestirse, Max ya no estaba. Bajó las escaleras y encontró que le había dejado el desayuno sobre la mesa. Se había ido sin ella.

Después de tomar el café y comer un poco, se ocupó de las tareas administrativas. Almorzó temprano y fue en busca de Max a donde creía que podría encontrarlo.

Cuando él la vio aparecer por las plantaciones, abandonó la pulverizadora y se acercó.

–Hazel, creí que teníamos un acuerdo –dijo.

–Dame algo para hacer hasta que venga mi alumno. Ya terminé con el trabajo administrativo y me aburro.

–No hay nada para hacer aquí. Tenemos una plaga. Es posible que la mitad de la cosecha se pierda. Tendremos que soportar a tu madre culpándome.

Era imposible para Hazel explicar lo mal que se sentía cada vez que pensaba en el modo en que su madre trataba a Max.

–Pero tú no tienes la culpa. Son cosas que pasan.

Él suspiró, encogiéndose de hombros, y señaló parte de la tierra.

–Al menos descubrí que tu sistema funciona: ya hay brotes donde antes solo había tierra seca.

–¡¿En serio?! –exclamó Hazel, contenta. Él asintió. Ella aprovechó para jalar de su camisa–. Anda, dame algo para hacer, por favor.

–Ocúpate de los animales.

–¡Gracias!

–¿Por qué caminaste tanto? Te llevo de regreso.

–Me gusta caminar –replicó ella mientras se alejaba. Era cierto: siempre había disfrutado pasear por la finca.

Recogió huevos, ordeñó vacas y revisó ovejas hasta que se hizo la hora de recibir a su estudiante de piano.

Se vistió con ropa de la que había apartado para ocasiones especiales, se hizo un peinado recogido y se maquilló. Miró por la ventana hasta que vio un coche. Cuando Remi estacionó frente a la casona, Hazel ya estaba en la puerta.

–¡Hazel! Tanto tiempo. ¿Cómo estás? –exclamó su vieja conocida con una sonrisa.

Se notaba que ahora era una adulta, pero conservaba la piel de porcelana de una adolescente. Era evidente que su esposo tenía mucho dinero y ella, tiempo para gastarlo en tratamientos de belleza.

El niño era muy bonito, pero por su expresión era obvio que de lo que menos tenía ganas era de recibir lecciones de piano. Hazel se aproximó y lo saludó. Nunca se había sentido muy conectada con los niños. Hacía tanto que no tenía cerca a uno que se sorprendió de que esa antigua creencia ya no fuera una certeza.

–Hola, soy Hazel –dijo–. ¿Cómo te llamas?

–Sonny.

–Encantada de conocerte, Sonny.

Remi se aproximó con una sonrisa todavía más amplia.

–¿Qué es de tu vida? –preguntó. Mostraba una alegría desbordante.

–Estoy bien. Veo que tú también.

–Demasiado. A decir verdad, dos niños me vuelven un poco loca a veces, pero tener la posibilidad de criarlos no tiene precio. ¿Qué te trajo de nuevo a Queensland?

–Me divorcié y no tuve mejor idea que regresar a la finca de mi abuela.

–¡Vaya! ¿Estás buscando empleo como ingeniera?

–No. Estoy bien así, aprendiendo las tareas de la granja.

–¿En serio? ¡No puedo creer que te guste el trabajo duro!

Hazel sonrió con los labios apretados.

–Bueno, será mejor que comencemos con la clase. Pasa a buscarlo en una hora y media –indicó.

–Claro. Otro día podemos acordar un encuentro con Evelyn y Maya en la ciudad. ¿Qué opinas?

–Cuando quieran. Nos vemos en un rato.

En cuanto cerró la puerta y se quedó a solas con el niño, se puso muy nerviosa. Tenía miedo de no ser una buena profesora o de equivocarse en algo esencial. Intentó entablar un diálogo con el chico mientras lo conducía al piano.

–¿Cuántos años tienes?

–Seis.

–¿Cómo te va en el colegio?

–Bien.

Al parecer, era tímido; solo respondía monosílabos. Podía comprenderlo: ella también lo había sido. Dejó de forzarlo y le pidió que se sentara en la banca. Se ubicó a su lado y comenzó a explicarle las notas básicas. Le indicó cómo apoyar los dedos y lo ayudó para que tocara los primeros acordes de la canción de música clásica con la que comenzaban a aprender casi todos los estudiantes. Le costaba bastante, así que fue más lento.

A pesar de todo, para el final de la hora, los dos estaban más relajados y terminaron riendo cuando ella rompió las reglas y tocó "la basura que escucha su hermano", como la mencionó Evelyn.

Remi llegó a buscarlo diez minutos más tarde de la hora acordada.

–Ay, perdona. Se atrasaron en el salón de belleza. ¡Mira qué lindas me han dejado las uñas! –Extendió una mano y le mostró una manicura perfecta. Aunque Hazel se había pintado las de ella, ya no las tenía largas; se le quebraban con facilidad por los trabajos manuales de la granja.

–Están preciosas –respondió por compromiso.

–¡Mamá! ¿Cuándo es la próxima clase? –indagó Sonny. Las dos rieron.

–El martes que viene –respondió Remi y miró a Hazel–. ¿Te parece bien a la misma hora?

–Claro. Nos vemos.

Madre e hijo subieron al auto y la saludaron con la mano.

Hazel permaneció en la puerta hasta que el coche desapareció. Justo antes de que entrara a la vivienda, Max se acercó. Estaba sucio y desaliñado, resultaba evidente que había trabajado todo el día y que todavía no se había duchado.

–¿Cómo te fue? –preguntó.

–Bien –admitió Hazel con ilusión–. El hijo de Remi se llama Sonny. Es encantador.

–¿Disfrutaste enseñar?

–Sí, y creo que lo hice bastante bien.

–Me alegro mucho. ¿Viste que no necesitabas oler traseros para ser maestra?

Hazel soltó una carcajada.

–No –respondió con el mismo aire cálido y tímido de su adolescencia.

Al verla vestida, peinada y maquillada como una persona distinguida, Max se preguntó hasta qué punto ella disfrutaría ordeñar vacas y cosechar uvas bajo el rayo del sol, andar en una camioneta un poco deteriorada y salir con un hombre que la mayoría de las veces lucía como un pordiosero.

Se había prometido que lucharía contra sus miedos, así que la saludó y fue a la cabaña procurando no pensar en la tristeza que a veces lo envolvía.

La amo, pensó con la frente apoyada en la pared del baño, mientras el agua corría por su espalda repleta de pequeñas cicatrices. *Llénate de ese amor para poder ignorar lo demás*.



24

–¡Buen día! –exclamó Hazel, sonriente. Abrazó a Max antes de que terminara de salir de la cabaña.

Los dos se transportaron al pasado, cuando se encontraban en el cruce y se saludaban casi de la misma manera. Max le acarició las mejillas. Aprovechó para apartarle algo de cabello que se había escapado de la coleta.

–¿Qué haremos hoy? –consultó ella. Él le parecía tan atractivo que no podía dejar de mirarlo con una sonrisa.

–Yo intentaré adelantar el establo. Tú haz lo que quieras.

–Noté que a causa de la plaga los cerdos están descuidados desde hace varios días.

–Ya hemos hablado de los cerdos –replicó Max. Ella rio.

–¿Por qué no me permites acercarme a ellos? Son tiernos y buenos.

–Hazel, desde que llegaste te mordió una serpiente, te caíste y te raspaste las manos y las rodillas, te golpeó el granizo, tuviste temperatura por quedarte con la ropa mojada después de estar bajo una tormenta…

–Está bien, lo entiendo. Con mi mala suerte, alguno me atacará. No habrá cerdos para mí.

–No habrá cerdos para ti, muy bien. Otra cosa: iré al supermercado a eso de las tres. Te aviso por si quieres venir.

–Sí, gracias. Ya casi no me quedan provisiones. Por poco me como las latas de comida para la gata. Es lo único que compro de sobra.

–Lo noté cuando preparé el desayuno ayer.

–Nos vemos más tarde. Te extrañaré.

–Y yo a ti.

La tomó de la cintura, la besó en la mejilla y se dirigió al edificio de madera a medio terminar. Por lo menos, ya había acabado con el techo y solo le faltaba completar el interior.

Mientras se ocupaba de los animales, Hazel pensó en que le parecía extraño que Max buscara excusas para reducir sus tareas. Ni se le cruzó por la mente que quisiera echarla. Solo tuvo una idea que tampoco terminaba de convencerla: quizás, en un principio, sí quería vengarse y ahora estaba arrepentido.

Por un lado, le agradecía: había tareas que requerían mucho esfuerzo y no estaba del todo preparada para ellas. Por otra parte, se sentía en falta haciendo tan poco. Aunque esa vida no era todo lo que soñaba, se hallaba mejor allí que en la empresa constructora, teniendo como jefe a su exesposo. Miró sus uñas mientras cepillaba un caballo. Recordó las de Remi, tan parecidas a las que ella misma solía tener. A pesar de todo, prefería las del presente.

Una vez que terminó con los animales, preparó unos sándwiches, sirvió bebidas y fue al establo. Max estaba colocando una portezuela.

–¡Guau! –exclamó Hazel. Admiró el techo con una sonrisa–. ¿Dónde aprendiste carpintería? Dudo que eso te lo haya enseñado mi abuela.

Max se quedó en suspenso un momento.

–Fue en la escuela de la que te hablé –respondió.

Ella se sentó en el suelo, a su lado, en espera de que él terminara de utilizar la pistola de clavos.

–¿Qué más aprendiste allí? –indagó a la vez que cortaba un trozo de sándwich.

–Había talleres de muchas cosas –resumió Max. Pensó que, si le contaba a Hazel todo lo que había aprendido en ese lugar, se asustaría.

Ella le ofreció comida en la boca. En lugar de aceptarla, Max se limpió las manos en el pantalón y la tomó con los dedos.

–Gracias –dijo. Hazel sonrió y comenzó a comer también.

–¿Ocurre algo? –preguntó. Percibía que él estaba un poco distante. Max aseguró que no.

Después de almorzar, Hazel le dijo algo más antes de irse.

–Recuerda que todavía tenemos muchos instantes felices para vivir.

Max meditó en esas palabras hasta que la alarma del teléfono sonó para avisarle que era hora de ducharse e ir al supermercado. A pesar de lo que pudiera aparentar y de todo lo que aún no le había contado a Hazel, ella lo conocía mucho. Tenía que apartar la idea de que Hazel sería infeliz a su lado si no quería arruinar la oportunidad de una relación. Cuando eran adolescentes, también le costaba soltarse; no estaba acostumbrado a la alegría y ella la irradiaba todo el tiempo. No sabía romper con el dolor y, por momentos, volvía a recubrirse con el escudo de frialdad por temor.

Pasó a buscar a Hazel justo a las tres. En cuanto ella subió a la camioneta, él le entregó su segundo salario. Hazel apartó la mitad e intentó devolvérsela.

–No –replicó Max.

–El mes pasado acepté el total por el trabajo de ingeniería.

–Te debo mucho más por eso.

–Y yo por el hospital.

–¡Te dije que lo olvidaras!

–Max, de verdad no quiero que me pagues el total. Es muy injusto. Para empezar, mi madre debería hacerse cargo de su parte. Además, tu cuenta bancaria está en rojo. Trabajas mucho para ganar muy poco. Lo siento, los resúmenes de tu cuenta llegan al correo de la granja, era imposible que no los viera.

–¿En serio?

–¿No los revisas?

–No. Tan solo vivo.

–¡Por Dios! Eres el peor financista que he conocido.

No insistió con la devolución. Ya que él no se ocupaba de las finanzas de la granja ni tampoco de las personales, se aprovecharía

de eso para devolverle el dinero sin que se diera cuenta.

En el supermercado, Max escogió un lugar para estacionar bastante alejado. A Hazel le llamó la atención, pero no hizo comentarios. Buscaron un carrito cada uno y se separaron.

Antes de ir por sus compras, Hazel buscó el cajero automático que estaba en el interior del supermercado y depositó la mitad del dinero que Max le había dado en su cuenta bancaria. Tenía los datos en el celular por las transacciones que aparecían en el correo de la granja.

Había comprado la mitad de lo que necesitaba cuando se reencontró con él en una estantería. Apoyó el brazo en el suyo y lo miró con una sonrisa.

–Estoy comprando cosas para prepararte mi especialidad –contó. A continuación, señaló las cajas de condones que Max había cargado en su carrito y rio en complicidad–. Amo el postre que has elegido.

Él también rio. En ese momento, Hazel le pasó una mano por el abdomen, y la diversión desapareció de golpe.

–Hazel –susurró Max–. Por favor, no pienses mal, pero me dijiste que no querías que tu madre supiera que estás aquí. Imagino que tampoco deseas que se entere de que tenemos algo. La gente no te conoce ni tu madre conoce a la gente que podría vernos aquí, pero sí saben de mí. Una persona podría decirle a otra que me vio con una mujer de tus características, luego ese otro se lo contaría a tus parientes de Gold Coast, y ellos, a tu madre, como una cadena en la que sería muy fácil deducir que esa mujer con la que yo estaba eres tú. Mencionaste que tu prima te contó de mi relación con tu abuela. Supongo que la viste por estos días. ¿Crees que no le contará tu secreto a tu madre?

Hazel se sintió bastante incómoda con los supuestos que acababa de plantear Max, pero reconoció que tenía razón. Entonces, sus palabras dejaron de parecerle distantes y, en cambio, comenzó a pensar que, en realidad, lo injusto era tener que ocultarse como si aún fueran adolescentes que se encontraban en secreto.

–Todavía no se lo ha contado. De lo contrario, las llamadas de mi madre tendrían un tono muy diferente. Pero es una bomba de tiempo –reconoció.

–En ese caso, estarás de acuerdo en que no nos mostremos tan cerca en público.

Ella sonrió con los labios apretados.

–No te preocupes, me di cuenta de que te transformaste en un témpano de hielo desde hace horas, así que… –Giró para alejarse.

–No. Hazel. ¡Hazel! –la llamó él en voz baja. Ella no regresó.

Como Max terminó de comprar primero, pagó y la esperó en la camioneta. Cuando la vio aparecer con su mercadería, descendió y la cargó con ella en el asiento de atrás. Emprendieron el regreso en silencio.

Si bien varias veces él pensó qué decir para romper con el muro que se había alzado entre ambos, le pareció que las palabras no servirían. Mejor dicho, él no era bueno con ellas. Tal vez le fuera mejor con acciones. Por esa razón, en mitad del trayecto, tomó una ruta alternativa y se detuvo frente a un bar.

–Entraré un rato. ¿Quieres venir? –ofreció a Hazel. Ella miró por la ventanilla para entender a qué se refería.

–Estamos frente a un bar.

–Sí, te invito una cerveza. ¿Aceptas?

–Tienes que conducir.

–Te prometo que una botella no alterará ningún reflejo –aseguró con una sonrisa. Ella terminó aceptando.

El interior del bar estaba poco iluminado. Las paredes eran de color bordó y las mesas, de madera. Se sentaron en una que estaba en un rincón y ordenaron las cervezas. Continuaron en silencio hasta que la camarera se las alcanzó sin vasos. Los dos bebieron de las botellas al mismo tiempo.

–Siempre quise invitarte a un bar, pero eras menor de edad –confesó Max.

–Eso habría sido común y tú eras muy original.

–En realidad lo era porque no tenía dónde caerme muerto.

–Mmm… Yo creo que hay más que eso, pero no discutiré.

Con la excusa de beber, volvieron a hacer silencio.

–¿Pudiste comprar todo lo que necesitabas? –intentó él.

–Ajá.

–¡Vamos, Hazel! Háblame. Soy pésimo intentando que una persona no esté enojada conmigo. Por lo general, la gente lo está.

–¿Crees que estoy enojada contigo?

–Sí. Mencionaste que me había transformado en un témpano de hielo y es evidente que no te cayó bien lo que dije sobre las demostraciones de afecto en público. Créeme: no quiero ser frío. Me despiertas muchas reacciones que no he sentido por nadie, tan solo me cuesta liberarlas.

Se hizo silencio.

–Ajá –murmuró Hazel. Él suspiró.

–¿Por qué no hablas?

–No estoy enojada contigo. Pero fingiré que sí para que sigas hablando; es agradable escucharte ser sincero contigo mismo.

Él sonrió y miró hacia un costado, un poco desconcertado por la respuesta.

–Parecías molesta –insistió.

–Pero no lo estoy. Sí, te has vuelto un poco frío. Supongo que es parte de tu complejidad. Me dijiste que eras complicado. Hasta ahora, eres bastante simple: avanzas y retrocedes. Nada más.

Max tragó con fuerza. Seguía sin entender del todo por qué la actitud de Hazel no tenía que ver con lo que había imaginado, pero le sirvió para soltarse más.

–¿Sabes por qué estamos en este bar? –indagó. Ella negó con la cabeza. La coleta se agitó, haciéndola parecer de nuevo una adolescente. Eso avivó la ternura de Max–. Mira alrededor: no es un sitio al que pertenezcas. No es bonito como tú ni me hubiera gustado invitarte aquí. Lo bueno es que en este lugar puede haber personas que me conozcan, pero estoy seguro de que ninguno de tus parientes o amigas conocerá a las personas que ocupan estas mesas. Eso significa que no importa lo que hagamos: sin gente en común que lo vea, no hay manera de que tu madre se entere.

Hazel bebió otro trago y se frotó los labios.

–Haces de cuenta que no, pero le tienes un poco de miedo, ¿verdad? –arriesgó con los ojos entrecerrados.

Se miraron en silencio unos segundos. La transparencia en la mirada de Max la sorprendió. Era como si hubiera dado en el clavo y

otro velo se hubiera caído.

–No le tengo miedo, pero me trae recuerdos y me hace sentir mal –confesó él.

–¿Recuerdos de nosotros?

–No, de antes. Los nuestros son bonitos.

Hazel asintió con la cabeza. Comprendió que, aunque intentara adivinar a qué se refería Max, no hallaría la respuesta. Tampoco él parecía tener ganas de continuar con esa conversación, así que viró el timón.

–Hace quince años creí que no teníamos nada en común. Te veía tan independiente y decidido… No entendía qué te había atraído de mí ni me cuestionaba mucho qué me atraía de ti. A decir verdad, supongo que, en el fondo, los dos nos reflejamos en el otro. Ambos éramos prisioneros de algo. Todavía luchamos para liberarnos.

Max estiró un brazo y le acarició una mejilla. Hazel sonrió y le tomó la mano.

Esa semana, ella preparó su cena especial. Luego compartieron el postre en el dormitorio. Terminaron juntos el nuevo establo y lo celebraron con una botella de vino. Una sola, para que ninguno perdiera la cordura.

A medida que el tiempo comenzó a transcurrir, rieron más y pensaron menos. Pasaban juntos mucho tiempo trabajando, conversando o haciendo el amor.

Para seguir protegiendo su secreto, una de las tardes en que Remi llevó a su hijo a la clase de piano, Hazel tuvo que aceptar verse con el grupo de amigas. Se reunirían al día siguiente en una cafetería de la ciudad. Se lo contó a Max mientras cenaban.

–Si quieres, puedo acercarte a unas manzanas de allí y recogerte cuando termines –ofreció él.

–¿Lo harías? –replicó Hazel. Le venía muy bien no gastar en un taxi si quería llegar a fin de mes.

–Claro. Cuando necesites trasladarte, solo avísame. Supongo que tienes una licencia de conducir. Te prestaría la camioneta si no la necesitara para seguir trabajando mientras no estés.

–No te preocupes. No me gusta conducir vehículos grandes, mucho menos una camioneta. Que me lleves y me vayas a buscar ya

es un gran alivio. Gracias.

Él se fue a la cabaña y ella se dirigió a la habitación para revolver la ropa que solo utilizaba para las clases. Escogió un vestido que se había puesto hacía mucho. Con suerte, Remi no lo recordaría. Volver a preocuparse por el qué dirán después de haber aprendido a vivir sin esa presión se sentía mucho más duro que antes.

Al día siguiente, Max la dejó a la vuelta de la cafetería. Le pidió que le avisara cuando quisiera que la recogiera. Hazel le agradeció y se despidió con un beso rápido en sus labios.

Caminó hasta la cafetería con un nudo en el estómago. Vio a las tres chicas con las que había pasado el verano hacía quince años por la ventana y sintió el deseo de huir. La razón llegó para auxiliarla: no podía pasarse la vida encerrada en la granja, ni sus salidas podían resumirse a ir al supermercado o a la finca de algún cliente.

Respiró hondo y entró con una sonrisa.

–¡Hazel! –exclamó Evelyn, haciendo un gesto con la mano.

–Hola, ¿cómo están? –respondió ella, como la persona educada que era, y colgó el bolso en el respaldo de la silla junto con su suéter de botones rosado.

–Adoro tu maquillaje –dijo Maya, y la miró de arriba abajo–. ¿Puede que estés más delgada que la última vez que nos vimos?

Hazel repasó los altibajos de peso que había tenido en quince años y concluyó en que no tenía idea. A juzgar por la gran actividad sexual que estaba teniendo, el trabajo físico de campo y los mediodías en que ingería algo ligero, quizás sí había bajado respecto de cuando había llegado a Gold Coast para instalarse en la finca.

–Puede ser –replicó.

–Sigues igual de tímida –bromeó Maya.

–Pero es una excelente profesora de piano –intervino Remi–. Sonny está encantado con sus clases. Es una lástima que tengamos que suspenderlas durante dos semanas. Viajaremos con Tom a las Bahamas.

–¡Qué bueno! –exclamó Evelyn.

Conversaron un rato acerca de viajes. Le preguntaron a Hazel cómo era la vida en Atlanta y si ya tenía pensado a dónde iría de vacaciones ese año.

–No lo he decidido aún –mintió. Por poco no podía pagar ni la comida, viajar era una utopía.

En un momento de la merienda, Remi se disculpó y se dirigió al baño. Maya la miró por sobre el hombro. Luego se inclinó sobre la mesa como si fuera a contarles un secreto.

–¿Se enteraron? Tom le es infiel. Pero claro, ella se hace la estúpida. No quiere soltar al que le paga las uñas esculpidas y los viajes.

–¿Te consta? –preguntó Evelyn, sorprendida.

–Lo vio una compañera de trabajo. Tú sí que tuviste ovarios para quitarte a ese pelmazo de encima –concluyó, mirando a Hazel. Ella bajó la cabeza y bebió el último sorbo de té helado que le quedaba en la taza, solo para ocupar el espacio de una respuesta–. ¿Qué tal Max? Trabajaba para tu abuela y ahora para tu madre, ¿verdad?

–Es el socio de mi madre –aclaró Hazel, como ya había hecho con su prima.

–¿Comparten la casa?

–No.

–Ten cuidado con él. Tiene fama de mujeriego. Anda con cuanta turista se cruce por su camino.

Hazel se esforzó por mantener una expresión neutra. Por suerte, Remi llegó para que esa conversación terminara.

–Disculpen, tengo que ir a casa –se excusó a la vez que dejaba dinero sobre la mesa para pagar su parte de la cuenta–. Mi hijo mayor llamó, dice que su hermano le rompió no sé qué cosa. Debo regresar antes de que se maten.

–Claro –replicó Evelyn.

Las tres amigas dijeron "adiós" al unísono. El saludo de Hazel se oyó por lo bajo. Maya se respaldó en la silla con expresión de hastío.

–Debe haber intentado comunicarse con Tom y él no respondió. Los únicos que se van a matar, y no precisamente en una cama, son ella y su marido.

Hazel sintió que no tenía sentido continuar con el encuentro.

–Lo siento, yo también debería irme –anunció.

–¿Viniste en coche? –consultó Evelyn.

–No. Tengo que retirar una compra en una tienda a unas manzanas y luego tomaré un taxi –explicó a la vez que buscaba dinero en su bolso.

–Te llevo.

–No, gracias. Prefiero caminar un poco.

–¿Tu madre sigue sin saber que estás aquí? Me cuesta conservar el secreto con mis padres.

–¿Por qué tendrías que mantenerlo en secreto? –intervino Maya.

–Es largo de explicar –contestó Hazel–. Por el momento, espero que puedan mantener la boca cerrada.

–Soy tu aliada –aseguró Evelyn.

Hazel depositó dinero sobre la mesa, las saludó con un gesto de cortesía y se fue con la sensación de que una enorme mano le había apretado el cuello durante dos horas y media.

Se detuvo a unas manzanas de la cafetería y le escribió a Max para que fuera a buscarla. Caminó un poco para distraerse hasta que se hizo la hora y regresó al punto de encuentro. Ya la estaba esperando.

–¿Cómo te fue? –preguntó y le acarició el pelo.

–Bien –respondió ella mirando por la ventanilla.

–No estoy muy seguro de eso.

–Podría haber sido peor.

–Así está mejor.

Esa noche, Hazel pensó mucho en la tarde que había vivido. Si no quería que esa situación se repitiera, tenía que intentar otro camino. Ocultar su estadía en la finca se estaba volviendo cada vez más difícil. No solo porque su prima podía abrir la boca en cualquier momento, sino porque su madre le hacía muchas preguntas sobre su paradero. Ya no creía que estuviera en lo de una amiga, viviendo de ahorros, e incluso se había comunicado con su ex. Hazel se molestó por eso y cuando Adeline le cuestionó que lo hubiera bloqueado en su celular en una de las comunicaciones que mantenían. Al menos el disgusto le brindó una excusa para no atenderla en varios días.

Por la mañana, le tocó enviarle otro informe en nombre de Max. La respuesta terminó de crisparla.

¡¿Qué significan esos números en rojo?! ¿Cómo puede ser que hayas echado a perder la mitad de la cosecha? Solo tienes que hacer una cosa, ¡una sola! ¿Y la haces mal? ¿Para qué comparto mis ganancias contigo?

Le respondió hirviendo.

Hola, mamá.
Llevo tres meses enviándote mensajes desde esta cuenta y estoy harta de tu forma de ser. La próxima vez que te dirijas a Max de mala manera, te las verás conmigo. Que ni se te ocurra llamarlo. No hablarás nunca más con él, solo conmigo. Ya tienes mi número.
Hazel



25

–¡Dame tu teléfono! –gritó Hazel a Max. Él dejó de cepillar un caballo y la miró sin entender–. ¡Dámelo! –repitió ella, enérgica.

–¿Por qué? No tengo relaciones con otras mujeres, te lo juro –aseguró él con voz calmada mientras hurgaba en el bolsillo.

–Lo sé. ¿Qué me importan las otras mujeres?

En el fragor de la situación, Hazel no se dio cuenta de que lo que le estaba pidiendo no era correcto. Cayó en la cuenta cuando Max extendió el teléfono en la palma de la mano. No iba a tomarlo.

–Bloquea a mi madre –pidió.

–¿Qué?

–¡Bloquéala ahora!

–No puedo. Es mi…

El teléfono comenzó a vibrar. Era Adeline. Hazel no tuvo más opción que recogerlo. Le dio la espalda a Max a la vez que contestaba la llamada.

–Te dije que a partir de este momento no te dirigieras más a Max, sino a mí –rugió.

–¿Qué haces ahí? ¿Te volviste loca? ¡Ven a Sídney ahora mismo! –ordenó Adeline.

–¡No quiero!

–Escúchame. Ese hombre…

–Escúchame tú: no lo llames más. Si necesitas algo, ¡dímelo a mí! –repitió y cortó. Bloqueó el número, giró sobre los talones y le

devolvió el celular a Max–. No desbloquees a mi madre por nada del mundo ni atiendas llamadas de números desconocidos –pidió.

Intentó girar para retirarse. Max la retuvo tomándola del brazo.

–Espera. Necesito entender qué está ocurriendo.

–Le dije a mi madre que llevo tres meses respondiendo sus correos.

–¡Hazel! No podemos hacer eso. Dirá que me robaste la identidad.

–Es el correo de la finca. –Se encogió de hombros.

–Respondías en mi nombre.

–Jamás firmé como Max.

–Entonces sabe que estás aquí.

–Sí. Por favor, no la atiendas. Yo lidiaré con ella. ¿Está bien? No lo hagas.

–Hazel, yo…

–¡Prométemelo!

–Está bien. Gracias.

Mientras Hazel se alejaba, Max miró el teléfono un momento. Si bien ella acababa de quitarle un gran peso de encima al liberarlo por completo de Adeline, temía que no fuera una buena idea. Sabía cuán insistente podía ser su socia y cuánto le costaba a Hazel escapar de sus mandatos.

Era consciente de que, aunque en el último tiempo la relación entre él y Hazel había fluido mejor, todavía le costaba creer en sí mismo y en su capacidad para ser y hacerla feliz. No quería que Adeline, con sus exigencias y reclamos, la llevara a apartarse de él. Era angustiante no saber cómo haría para recuperarla si eso sucedía; la había perdido una vez, no quería sufrir todavía más ahora que conocía la satisfacción de estar a su lado.

Hazel regresó a la casa. No esperaba que Max le agradeciera por protegerlo de su madre. Al parecer, Adeline le hacía más daño del que él admitía. Se preguntó qué recuerdos avivaría ella y por qué serían tan problemáticos. Como sabía que jamás lo adivinaría, se ocupó de imaginar cómo se desarrollaría la conversación en cuanto su madre la llamara al celular.

Vio la pantalla de su teléfono iluminada en cuanto ingresó al escritorio. Respiró hondo y atendió con el respeto que siempre la

caracterizaba.

–¡Sabía que mentías! ¡Lo sabía! –protestó Adeline–. ¿Cómo se te ocurre instalarte en esa finca? ¿Quién en sus cabales cambiaría la vida que tenías por esa?

–Que a ti no te agrade este lugar no significa que a los demás nos despierte el mismo rechazo.

–¡Por favor! ¿Cuánto puedes durar? No eres mujer para una vida rústica.

–¿Por qué no? La abuela lo era.

–Tu abuela se enterró allí por culpa de mi padre.

–Ella era feliz.

–Hazel, por lo que más quieras. Entra en razón: ¿qué puedes hacer tú en una granja? No sabes nada de eso.

–Estoy aprendiendo.

–Tú eras la empleada que ese embustero quería contratar, ¿verdad? ¿Cómo no te das cuenta de que te incita a quedarte allí para fastidiarme? ¡Te está utilizando!

–Si vuelves a referirte a Max de manera irrespetuosa, cortaré la llamada.

–¿Comparten la casa? ¡Estoy entrando en pánico! Por tu seguridad, no puedes vivir con un hombre que apenas conocemos.

–Para tu tranquilidad, no compartimos la casa.

–¿Entonces dónde vives?

–Él se trasladó a la cabaña.

–No sé si creerte. Ese hombre haría cualquier cosa para molestarme, en especial si tú estás involucrada.

–¿Por qué lo aceptaste como socio si no confías en él?

–¿Crees que quería abrirle las puertas de la finca? ¡No tuve opción!

–Pero lo hiciste. ¡Ahora respétalo!

–¿Cómo confiar en un hombre que te llevaba en una motocicleta a hacer actividades peligrosas a escondidas de tus padres cuando eras menor de edad?

Entonces, su madre sabía quién era Max y, aun así, lo había aceptado en su territorio. Era evidente que jamás creyó que ella

regresaría a Gold Coast y que él era la única opción posible para ocuparse de la granja.

–Tu concepto de "peligroso" es bastante dramático. Además, Max tenía solo dieciocho años y yo quería ir con él. Jamás hizo nada en contra de mi voluntad. Es más, yo le pedía que volviéramos a encontrarnos una y otra vez.

–¡¿Tú?! –Adeline rio–. Intenta engañar a otro con ese cuento: no te creo. No eras esa clase de chica. No te crie para eso.

–Por supuesto que no podía demostrarlo; siempre me asfixiaste.

–¿Que yo te asfixié? ¡Por favor! Te cuidé como a nadie para que eches a perder todo ahora. ¿De qué vives? ¿De reunir huevos en una canasta?

–Soy libre.

Se produjo un instante de silencio en el que Hazel contuvo el llanto. La situación le despertaba una angustia insoportable.

–Perdiste la razón –concluyó Adeline–. ¿Cuánto tiempo conociste a ese hombre cuando era un muchacho? ¿Un par de semanas? Yo lo conozco desde hace años y sé que no tiene buenas intenciones. Liam, en cambio, te ama; tan solo cometió un error. Volvimos a hablar el otro día.

–¡¿Por qué continúas llamándolo?! –protestó Hazel, olvidándose de las lágrimas.

–Esta vez, me llamó él.

–¡Qué bien! Me alegra que sean amigos. Ahora perdona, pero tengo mucho que hacer. Conversamos en otro momento, ¿te parece bien?

–Hija, en Sídney te espera tu familia. Una habitación cómoda, la posibilidad de encontrar un buen empleo…

–Lo siento, mamá. No volveré a Sídney. Estoy bien aquí.

–Es mi finca. No autorizo que vivas allí.

–Max sí.

–¡Yo sigo siendo la dueña!

–Tu socio tiene la potestad de compartir el terreno con quien se le dé la gana. Leí el contrato, no existe una cláusula que indique que no puede admitir a alguien aquí. Es más, hay una que especifica que

no debe ser molestado. Supongo que eso implica no entrometerse en sus decisiones personales.

–¿Qué podría tener de personal aceptar que vivas allí y hasta cederte la casa? –Hizo una pausa–. Entiendo. Padeces la típica reacción de las divorciadas que intentan retroceder en el tiempo. Ese hombre manipulador se aprovecha de eso. ¡Hasta te incitó a mentir como cuando eras una niña!

–Te advertí que la próxima vez que te refirieras a Max de manera irrespetuosa, cortaría. Gracias por la llamada, ha sido un placer. Hasta la próxima –sentenció y colgó.

Estaba temblando y le faltaba el aire, pero había logrado vencer los temores que la forzaron a ser tan obediente la mayor parte de su vida. Se sentía culpable, no podía negarlo. Aun así, sabía que había hecho lo correcto.

Por suerte, su madre no volvió a llamar y ella pudo refugiarse en el trabajo.

Esa noche cenó en la casa con Max. Lo notó más callado que de costumbre. Imaginó que el motivo sería su madre, por eso también guardó silencio. Al menos, él se relajó cuando la gata subió a sus piernas para que la acariciara.

–No sé por qué odia a todo el mundo menos a ti –comentó Hazel con una mano debajo del mentón.

–Es inteligente –replicó Max, mirando al animal mientras le pasaba un dedo por la cabeza.

–Yo también –afirmó ella y se levantó de la silla. Apartó los platos vacíos y se inclinó sobre la mesa para quedar cerca de su rostro–. Exijo mi caricia –reclamó. Max alzó la mirada y sonrió. Dejó de acariciar a Honey para tocar el pelo de Hazel. Mientras lo hacía, se miraron a los ojos con ternura–. ¿Quién es tu favorita?

–Tú. Siempre tú –aseguró Max y la besó.

No lavaron la vajilla por ir a la habitación y hacer el amor.

Cuando Max despertó en la madrugada, la gata estaba enroscada entre sus pies y los de Hazel. Ella descansaba con la cabeza sobre su brazo. Giró sin molestarla, recogió el teléfono de la mesita y miró la hora.

–Hazel, me voy a la cabaña –susurró. Ella le tomó la mano para retenerlo.

–¿Qué hora es?

–Las dos.

Entreabrió los ojos, resignada.

–¿Por qué casi nunca te quedas? Me haces pensar que no te agrado –protestó. Él rio.

–¿Qué dices? Me encantas.

–¡Entonces demuéstralo!

–¿Otra vez?

–Tú sí me gustas.

Para que no le quedaran dudas, Hazel se sentó a horcajadas sobre su cadera. Estaba tan cansada que terminó con el pecho recostado sobre el de él. Acomodó la cabeza en el hueco de su hombro. Max la abrazó y la besó en la frente a la vez que le acariciaba el pelo. Respiró hondo al imaginar que esos instantes felices pudieran terminar una vez más.

–¿Cómo quedaron las cosas con tu madre? –consultó. Hazel apoyó las manos sobre su pecho y el mentón sobre ellas para mirarlo a los ojos.

–¿De verdad quieres hablar de mi madre en esta posición a las dos de la madrugada? –preguntó. Él volvió a reír.

–No –confesó.

–¿Entonces por qué mejor no dices lo que en realidad deseas?

Max se tomó un instante para responder.

–Te amo.

–Yo también te amo –expresó Hazel.

–¿Cuán fuerte crees que sea tu amor?

–Muy fuerte. ¿Por qué lo preguntas?

–No quisiera que tu madre cambiara eso. Aunque posiblemente tenga razón sobre mí, me dolería que tu manera de mirarme se alterara por lo que ella dijera.

–Sería imposible. Vivir tantos años lejos de mi mamá me ayudó a confiar más en mí misma. Nunca volveré a dudar de mi manera de ver el mundo. Y aunque pudiera sentir miedo de equivocarme en muchas cosas, jamás pensaría que me he equivocado contigo. –

Sonrió con tranquilidad y le acarició las mejillas–. No tengas miedo. Ni siquiera quince años separados, un matrimonio y cientos de turistas pudieron contra lo que sentimos. ¿Por qué podría mi madre?

Max sonrió también y la besó, maravillado con su capacidad para expresar sentimientos tan profundos, loco por el rastro de inocencia que ella conservaba de su adolescencia combinado con una inteligencia incuestionable.

Cuando Hazel volvió a dormirse sobre su torso, le pareció que la dimensión de su amor por ella crecía aún más. Imaginó muchos escenarios: en la mayoría salía perdiendo. *Sin duda, por miedo haré muchas cosas para que me sueltes*, pensó. *Por favor, no lo hagas.*

Hazel despertó con los albores del amanecer. Descubrió que Max ya no estaba con ella en la cama, tampoco en la cocina. Le había preparado el desayuno antes de marcharse. Lo recalentó, lo bebió y se ocupó de las cuestiones administrativas. Por milagro, no había correos ni llamadas perdidas de su madre.

Terminaba de responderle a un cliente cuando oyó golpes a la puerta. Al salir del escritorio distinguió a través del cortinado de una ventana que se trataba de Max. Mientras ella abría, él bajó los escalones del porche. Se encontraron al frente de la casa.

–¿Estás bien? –consultó. Le pareció extraño que hubiera regresado tan temprano.

–Vengo de las plantaciones –explicó él con una alegría inusual–. Tienes que ver la zona que tu sistema mejoró. No hay distinción con las otras. ¡El trigo crece como si nunca hubiera sido árida!

–¿En serio? ¡Tenemos que celebrarlo! –replicó Hazel, contagiada de la misma energía. Saltó sobre su cadera. Max la abrazó por la cintura y se besaron.

La voz de Adeline los tomó por sorpresa.

–Hazel –dijo con un tono frío y seco.

Los dos la miraron con el corazón acelerado. Max sabía que esa mujer no se quedaría de brazos cruzados y que en cualquier momento aparecería por la finca. Hazel también lo suponía, pero no creyó que ocurriría tan rápido. Imaginó que su madre intentaría convencerla por todos los demás medios antes de pisar ese lugar que aborrecía.

Descendió de la cadera de Max y dio un paso que la posicionó por delante de él.

–Hola, mamá –respondió.

Hacía mucho que no la veía. Recibir de ella una mirada reprobatoria antes que un abrazo fue doloroso. Sin embargo, por una vez logró entender que ella no tenía la culpa y siguió convencida de que estaba obrando bien.

Adeline asentó una maleta de cabina en el suelo, giró el rostro y se dirigió a Max.

–Quiero hablar contigo ahora –sentenció.

–Ya te dije que no te dirigirás más a él –intervino Hazel–. Habla conmigo.

–Está bien –contestó Max en voz baja. Hazel lo miró con expresión asesina.

–¡He dicho que no!

–Hazel…

–Nadie puede impedirme conversar con mi empleado –intervino Adeline.

–¡Tu socio! –la corrigió Hazel–. Yo lo representaré.

–No estoy segura de la legalidad de eso.

–Eres mi madre; lo haremos legal solo por ese motivo. –Se encaminó a las escaleras y señaló la puerta–. Entra. –Como Adeline no se movió, insistió con más fuerza–. ¡Entra!

Al final, Adeline recogió la maleta y se internó en la casa. Max aprovechó su ausencia para acercarse a Hazel.

–¿Estás segura? –preguntó.

–Ya hablamos de esto.

–En caso de que te sientas mal…

–No te preocupes. Estaré bien. Espero que tú también lo estés. –Le acarició el abdomen y se internó en la casa.

Él se quedó mirando la puerta; temía que dejar a Hazel sola con la situación no fuera una buena idea.

Cuando comenzó a oír su voz y la de su madre, se dio cuenta de que, si permanecía allí, se transformaría en un espía. Se alejó despacio mientras se esforzaba por aceptar que, por primera vez, alguien recibiría los disparos en su lugar. Hubiera deseado que no

fuera Hazel y a la vez estaba agradecido de que fuera ella. Era la única persona a la que creía tan fuerte como él para resistirlo.



26

Adeline dejó la maleta a un costado y apoyó las manos sobre la mesa.

–Hazel, tenemos que hablar seriamente.

–Solo si piensas que delante de ti hay una mujer capaz de tomar sus propias decisiones y no una niña.

–¿Qué dices? Desde que comenzaste la universidad eres independiente, y más aún a partir de que te casaste. ¡Te mudaste a miles de kilómetros y no dije una palabra!

–Porque pensabas que era lo mejor para mí. No lo fue.

–Por supuesto que tu mudanza con Liam no me generó las preocupaciones que me produce verte en esta granja, vestida así, completamente descuidada. Te casaste con un profesional que logró ser directivo de una compañía y que te llevó a vivir a un país del primer mundo, rodeada de comodidades.

–Tantas, que me perdí a mí misma. Tu yerno ideal hasta me brindaba la comodidad de no exponer mis ideas en el trabajo apropiándoselas. Incluso me rodeó de la comodidad de no tener tanto sexo porque, de todos modos, lo hacía con otra empleada.

–Al menos te ofrecía una vida decente. ¿Crees que este no te traicionará? Una infidelidad es inofensiva. En cambio, las cosas que los hombres como Max Turner son capaces de hacer son imperdonables.

–¿Ah, sí? ¿Cuántas infidelidades le has perdonado a papá?

–Tu padre no sirve ni para ser infiel.

–¡Qué curioso! Humillas a todos los que no tienen apariencia de niño rico: Max no sirve para nada, papá tampoco, mi abuelo era un inútil… ¿Así mides a las personas? ¿Servir para algo significa tener una profesión elegante y aportar mucho dinero?

–Los hombres como el que tanto defiendes son peligrosos.

–¿Por qué piensas que somos más que Max? Naciste y viviste en esta granja hasta que te casaste. ¿Por qué reniegas de tus orígenes? No creo que crecer aquí te haya hecho tanto daño.

–Me esforcé mucho para salir de este lugar y para que tú jamás tengas que ponerte en peligro aquí ni en otra parte.

–Te lo agradezco, pero ya no soy una niña. Tengo derecho a decidir.

–¡No tienes idea de todo lo que hice por ti! ¿Quieres saber la verdad? Tu padre y yo no nos casamos en el año que escribimos detrás de las fotografías. Fue uno después, cuando quedé embarazada de ti.

A Hazel la sorprendió la noticia, pero no le extrañó el método que su madre había utilizado para mantener las apariencias. También entendió por qué, quizás, era tan exigente con ella y no con su hermano. Para empezar, en su mente era la culpable de que hubiera tenido que conformarse con un hombre que no la contentaba. Por otra parte, temía que repitiera una historia que a ella la había lastimado. Sin duda su madre había llegado a amarla, pero nunca había existido el deseo de tenerla, y eso había marcado su relación para siempre.

–Ahora entiendo: por eso no crees en el amor y sí en que un hombre debe servir a tus propósitos, que básicamente consistían en salir de esta granja. Lo lograste por ti misma, eso debería enorgullecerte.

–Sí, lo hice por mí misma; tu padre nunca trabajó tanto como yo. Todo para que mi hija desperdicie las oportunidades que le he servido en bandeja y regrese al punto de partida.

–Para ti puede que esté retrocediendo, pero yo siento que en estos tres meses he avanzado más que en toda mi vida.

–Es una fantasía, Hazel. Una ilusión que se derrumbará cuando te des cuenta de lo que intento advertirte. Ese hombre con el que estabas besándote no es confiable.

–No permitiré que hables mal de Max.

–Eres muy ingenua. No le creas, solo te conquistó para molestarme.

–¡Qué idea paranoide! Max tiene demasiadas cosas que hacer como para tramar un plan para fastidiarte.

–Las personas con malas intenciones no necesitan planes, hacen daño de manera natural y por mero gusto.

–Te dije que no soportaré que hables mal de él.

–Por una vez en tu vida, escúchame.

–¡Llevo escuchándote más de treinta años! ¿Y qué gané a cambio? Una vida que nunca sentí que me perteneciera, más parecida a la que tú soñabas para ti que a lo que yo quería, con un hombre del que ni siquiera estaba del todo enamorada.

–¿Ahora dirás que te obligué a casarte?

–No de forma literal, pero sí de manera simbólica.

–¡Por favor! Estás desvariando. Eres incapaz de ver la realidad.

–La única realidad que conozco es que Max y yo nos enamoramos hace quince años. Estamos concretando lo que en ese momento me pareció imposible.

–¿Enamorados? ¿Qué pueden saber del amor dos adolescentes?

–Quizás lo sabíamos todo. Que el amor es compartir instantes de felicidad, cuidar de la otra persona, elegirse una y otra vez.

–Parece que los años hubieran transcurrido en vano, suenas tan ingenua como cuando tenías diecisiete años.

–Prefiero ser ingenua y no utilitarista; tu manera de amar me lastima. ¿Para qué has venido? ¿Necesitas controlar los informes de la granja?

–Por supuesto que controlaré los informes que, es evidente, has estado haciendo. Pero antes he venido para protegerte.

–No lo necesito, gracias.

–Ten cuidado. Huye ante la primera señal de alarma.

–Eso debí hacer cuando me casé con Liam. Vamos al escritorio. Todo lo que necesitas ver está allí.

Su madre la volvió loca con la revisión de cuentas, pero al menos dejó de opinar sobre su decisión de vivir allí y sobre su relación con Max. No pudo evitar que protestara sobre las acciones de él en la granja. Lo defendió varias veces de su desconfianza. Ella misma había sido testigo de muchas de las cuestiones sobre las que su madre plantaba dudas; ni siquiera era justo que las tuviese.

A las cinco y media, supo que si no se duchaba y mudaba de ropa para recibir al hijo de Remi, tendría que suspender la clase de piano.

–Mamá, tengo un compromiso a las seis y necesito hacer otras cosas. ¿Te molestaría que continuáramos mañana?

–Haz lo tuyo, yo me quedaré aquí.

–Estuvimos en el escritorio todo el día, necesitamos un descanso.

Adeline alzó la cabeza.

–Me refiero a que dormiré en la casa. Ya que ahora no la ocupa ese hombre, puedo quedarme con mi hija, ¿no?

Lo que menos quería Hazel era que su madre oyera desde el escritorio cómo enseñaba. Se armó de valor para soportarlo y se retiró cerrando la puerta.

Antes de dirigirse a la planta superior, fue a la cabaña para ver si encontraba a Max. Golpeó a la puerta entreabierta. Como oyó el ruido de la ducha en el baño, avanzó llamándolo. Se detuvo antes de entrar.

–Disculpa, ¿puedo pasar? –preguntó.

–Claro –respondió él desde adentro.

Lo encontró fuera del espacio de la ducha, con el pantalón puesto, pero sin los zapatos ni la camiseta. Era evidente que estaba a punto de introducirse bajo el agua. Se aproximó para abrazarlo. Él la detuvo tomándola de los hombros.

–Estoy muy sucio –advirtió.

–No importa –respondió ella y avanzó.

Max le devolvió el abrazo y la besó en la cabeza.

–¿Estás bien? –consultó, acariciándole la espalda.

–Sí. Te extraño.

–Y yo a ti.

Hazel alzó la cabeza para mirarlo.

–Mi madre decidió que pasará la noche en la casa. No puedo negarme, es suya.

–Por supuesto. Intenta compartir un buen rato con ella.

Hazel lo contempló durante un instante mientras que por su mente pasaban varias frases desafortunadas que su madre había dicho acerca de ese hombre que la miraba con el mismo amor que sentía ella. Adeline quería convencerla de que él era una mala persona. Max, en cambio, les deseaba un buen momento juntas. Todo era tan injusto que se sintió culpable de cosas que ella no había hecho.

Max le rodeó las mejillas y le dio un beso suave en los labios como despedida.

Hazel logró ducharse, peinarse, maquillarse y mudarse de ropa justo antes de que Remi llegara con su hijo. Abrió la puerta, agitada por la prisa, y recibió a Sonny con una sonrisa. Por un instante, incluso logró olvidar que su madre oiría la clase desde el escritorio.

Procuró tocar lo menos posible y que el niño se desenvolviera. Al terminar la hora y media, lo felicitó con un aplauso y le entregó unos dulces que le había comprado en el supermercado para cuando pudiera tocar la primera pieza completa.

Su madre pasó a buscarlo a la hora acordada. Remi le recordó en la puerta que no asistiría durante dos martes por el viaje y aseguró que la llamaría para retomar a la vuelta.

Cuando Hazel cerró la puerta, encontró a su madre detrás de ella. Respiró hondo intentando ocultar que la había tomado por sorpresa.

–Estás dando clases de piano –dijo Adeline–. Bueno, es mejor que reunir huevos. ¿Cuántos estudiantes tienes?

–Por ahora, solo uno. En cambio, reúno muchos huevos –ironizó Hazel.

–Es una ciudad superficial, a la gente no le interesa la cultura.

–No lo veo de la misma manera, pero como quieras.

–Te daré un consejo: no le festejes tanto. La única manera de que un alumno mejore en su técnica es destacarle los errores.

–No es cierto. Eso hacían conmigo tú y la profesora a la que me enviaste. Solo consiguieron traumarme y que jamás quisiera tocar en público. Creo más bien en el refuerzo positivo: si festejo sus logros,

lo incentivaré a llegar más lejos. De hecho, en las semanas que lleva viniendo, ha avanzado mucho más que yo sintiéndome presionada y criticada todo el tiempo. Me quitaré esta ropa. Con permiso.

Se retiró y reapareció en la cocina poco después con otra camisa y un pantalón de color café claro. Por lo menos, su madre no interfirió mientras preparaba la cena. Lograron compartirla sin comentarios ácidos de por medio.

Al terminar, Hazel aprovechó a preguntar por su padre y por su hermano. A veces, su madre le pasaba el teléfono a Daniel para que conversara con ella, pero Lachlan estaba bastante desaparecido.

–Está muy ocupado con el trabajo y con su novia. En cuanto a tu padre, no hay mucha diferencia: siempre hizo vida de jubilado.

–Trabajó como administrativo hasta que pudo. Creo que, si soy tan ordenada y adoro los papeles, es gracias a él.

–Si hubiera sido por tu padre, ustedes ni siquiera habrían podido ir a la universidad. Por suerte, mis profesiones nos permitieron crecer en lo económico. Tu abuela y yo repetimos la maldición de casarnos con hombres muy simples. Creí que tú habías roto con ella, pero la empeoraste.

–¿Podemos terminar la cena en paz?

–Me desviví trabajando como profesora de inglés y de piano para que tu hermano y tú tuvieran todo.

–Ya conozco esa historia –culminó Hazel y se levantó para no oírla de nuevo.

Después de lavar la vajilla, acompañó a su madre a la habitación de huéspedes y la ayudó a tender la cama. Adeline no tuvo mejor idea que abrir el primer cajón de la mesa de noche para guardar sus alhajas. Se encontró con un paquete de condones. Abrió la boca y dejó escapar el aire como si acabara de ver una serpiente. Hazel se apresuró a recogerlo y lo ocultó detrás de la espalda; había olvidado por completo que estaban ahí del momento en que Max le había pedido que los guardara para cuando invitara turistas.

A la mañana siguiente, desayunó sola muy temprano, hizo el trabajo administrativo y fue a la cabaña para verificar sus ocupaciones del día. Max ya no estaba. Como no quería regresar a la casa, limpió el establo, reunió huevos y ordeñó las vacas.

Regresó al mediodía para almorzar. Se preocupó al encontrar que su madre no estaba. Recorrió la finca hasta que al fin la encontró. Inspeccionaba el establo que ella había limpiado hacía algunas horas. Aunque le molestó que por poco no se pusiera a contar los clavos, le dio cierto alivio que no hubiera ido a buscar a Max para llenarlo de agresiones. Tal vez lo había hecho sin que ella supiera o no lo había encontrado. Para no amargarse, no preguntó.

–¿Te gusta? –indagó. Aunque era evidente que sí, sabía que su madre jamás lo reconocería.

–Mmm… –murmuró Adeline.

–Max es muy bueno haciendo muchas cosas.

–Para eso le pago.

–Tú no le pagas, hacen negocios juntos. La finca ha tenido un crecimiento sostenido desde que él se hizo cargo.

–Excepto cuando pierde la mitad de la cosecha.

–Son cosas que pasan. Al menos el hecho no te generó deudas. Eso habla bien de las demás áreas de la granja.

Adeline se retiró sin responder. Como su vuelo salía por la tarde, pidió un taxi y Hazel la acompañó hasta la cerca.

–Recuerda lo que te dije. Esto no quedará así –indicó antes de subir al coche.

Hazel prefirió hacer oídos sordos a la advertencia. Se dieron el breve abrazo que se debían del reencuentro para la despedida y Adeline subió al vehículo. Hazel observó el camino hasta que desapareció en el horizonte.

Fue a los lugares donde creyó que podría encontrar a Max, pero no dio con él. La camioneta tampoco estaba; supuso que se hallaría en la ciudad para comprar algo o en otra granja, entregando materia prima de la que producían.

Aprovechó un rato libre para llamar a Denise. Su amiga la regañó porque le había enviado mensajes y ella no respondía.

–Lo siento. Mi teléfono se cayó y la pantalla está rajada en una parte que me dificulta escribir –explicó.

–¡Debiste enviarme un audio!

–Tienes razón, esa parte sirve. ¿Cómo estás?

Denise le contó bastante sobre su empleo, su jefe insoportable y una compañera odiosa. También había algunas cosas buenas: a su sobrino le estaba yendo mejor en el colegio y tenía pensado hacer un viaje a Miami para las vacaciones.

–¿Y tú? ¿Qué cuentas? –indagó.

–Estoy agotada. Mi madre vino ayer y se fue hace un rato. Cotejó informes con facturas de hace meses, una por una. Padecí sus exigencias durante años, pero nunca me di cuenta de que fuera tan intensa. No entiendo cómo podía tomar con naturalidad sus actitudes.

–¡Vaya! ¿Era la primera vez que la veías desde que llegaste?

–Sí. Y en lugar de correr a abrazarme, como haría cualquier madre, lo primero que me dijo fue que teníamos que hablar seriamente.

–¿Se enojó porque te encontró allí?

Respiró hondo y se preparó para revelar lo que ya no era un secreto.

–Además de eso, llegó cuando Max y yo nos estábamos besando de una manera bastante escandalosa.

–¡No bromees! –exclamó Denise, riendo–. ¿Desde cuándo ocurre eso? ¿Cómo no me contaste?

–Te lo contaré ahora.

Le hizo un resumen general de la historia reciente con Max y escuchó sus festejos y felicitaciones.

–Por favor, permíteme contarles esta historia extraordinaria a las chicas. –Se refería al grupo de amigas que tenían en común en Atlanta.

–Claro –consintió Hazel.

–Gracias. ¡No podrán creerlo!

Después de que cortó con Denise, se preparó un té. Estaba lavando la taza cuando vio la camioneta de Max. Salió al porche y le hizo señas para que se aproximara allí en lugar de ir a la cabaña.

–¿Tu madre sigue aquí? –preguntó él tras bajar.

–Se fue hace un rato –explicó Hazel y abrió los brazos para recibirlo–. ¿Dónde habíamos quedado antes de que nos interrumpiera?

Max rio, subió los escalones y la alzó sobre su cadera para darle otro beso como el que su madre había arruinado.

–¿Dónde estabas? –preguntó ella mientras le acariciaba las mejillas.

–Fui a visitar a mi hermana.

–¿Cómo está?

–Bien. ¿Y tú? ¿Todo está en orden?

–Sí. Mi madre se fue poco convencida de muchas cosas, pero no me interesa. Supongo que no volverá por bastante tiempo.

–¿Entonces por qué te ves preocupada?

–No estoy preocupada, estoy exhausta. Ayer me tuvo todo el día en el escritorio. Cuestionó cada mínima cosa de los informes.

–Te lo dije. Tal vez podríamos turnarnos así no tienes que rendirle cuentas sola. Y no me refiero solo a los informes.

–Prometiste que te ocuparías de los cerdos, y yo, de mi madre. Cumpliremos. Es un acuerdo justo: los dos pueden atacar en cualquier momento.

–En ese caso, iremos a la habitación y te haré un masaje. ¿Qué dices?

–Eso sí me agrada.

Después de varias horas de mucha tensión para ambos, al fin pudieron relajarse juntos en la cama.

–¿Todavía me quieres? –preguntó él, entrelazando los dedos con los de ella. Estaban desnudos, cubiertos por la sábana, mirándose a los ojos.

–Te amo.

–¿Todavía eliges quedarte a mi lado?

–Siempre.



27

Hola, mamá.
Adjunto el nuevo informe.
Cariños,
Hazel

A diferencia de las oportunidades anteriores, esta vez no recibió una respuesta.

En esas semanas, su madre dejó de llamarla seguido y a cambio solo lo hizo los lunes. Su padre se comunicaba los jueves. Ninguno hacía referencia a dónde vivía o a lo que estaba haciendo. Percibía cierta animosidad por parte de Adeline. Daniel, en cambio, parecía cohibido por su esposa.

Nunca había analizado a su padre. Su madre siempre había llevado la delantera. Era la protagonista, y él, un actor de reparto. Daniel nunca opinaba. Adeline decidía desde algo tan simple como qué se cenaba hasta los permisos que les otorgaban a sus hijos. Él tampoco tenía voz ni voto en las decisiones patrimoniales, como cambiar el automóvil, pues todo el dinero era de Adeline; lo que su padre ganaba apenas alcanzaba para el día a día.

Nada de eso le había parecido extraño hasta ese momento. Incluso le sonaba bastante injusto. Quizás, la inocencia que la hacía mirar el mundo de manera distinta la había salvado de colocarse las lentes de su madre y que todo se midiera a través del estatus.

Se preguntó hasta qué punto sería parecida a ella y si el hecho de agotarse rápido con algunas tareas de la granja significaba que, en realidad, no estaba hecha para ese trabajo. Quizás, extrañar ciertas comodidades, como el acceso a la cuenta bancaria abultada de su exesposo y un automóvil propio, también era indicio de que había heredado algo de Adeline.

Dudaba de muchas cosas, pero no de que Max era una buena persona, de que se amaban y de que su relación ya no le parecía imposible. Su familia y que provinieran de mundos distintos no eran un límite, como sí lo habían sido la edad, el dinero y la distancia cuando eran adolescentes. Hablar de un romance impedido por la diferencia de clases en su época le parecía un disparate. Sin duda su madre, más allá de los prejuicios por lo económico, quería a toda costa que ella cumpliera con las expectativas que no había logrado para sí misma. Por ejemplo, recibirse de una carrera que la elevara más allá de la categoría de profesora y casarse con alguien importante.

Esa semana, además de su padre, también la llamó Lachlan.

–¡No puedo creerlo! –exclamó Hazel–. Dime que mamá no te pidió que me llamaras para convencerme de que me instale en Sídney, te lo ruego.

–¿Mamá? ¡De ninguna manera! –rio él–. ¿Cómo estás, hermanita?

–Bien. ¿Y tú? ¿Por qué estás tan perdido?

–Mira quién habla. Si no fuera por nuestros padres, ni me enteraba de que estás en Australia.

–Te llamé algunas veces, pero no respondiste.

–Yo te escribí y tampoco lo hiciste.

–No escribo porque mi celular se cayó y la pantalla está rajada en la zona del teclado.

–¿Y por qué no te compras otro?

Porque estoy cuidando cada centavo para no exterminar los pocos ahorros que me quedan, pensó Hazel, pero no podía confesar eso.

–Ya lo haré. Me contó mamá que estás muy ocupado con el trabajo y con tu novia.

–Sí. En la compañía de programación todo lo necesitan para ayer. En cuanto a Frankie… Pusimos fecha de casamiento: es en un mes.

–¡Ey! ¡Felicitaciones! Mi pequeño cangurito ya no es un niño.

Lachlan rio.

–Ya no saltaré a tu habitación para robarte los útiles escolares.

–Extraño esa época. ¡Eras tan tierno! Luego te transformaste en un adolescente insoportable y ahora, en un adulto que solo saluda para los cumpleaños.

–Te prometo que intentaré comunicarme más seguido. Por el momento, quiero invitarte a la cena de compromiso. La haremos en casa el sábado que viene.

Hazel procesó en un instante los posibles precios de los pasajes aéreos a Sídney y de regreso a Gold Coast. Si invertía en ir a la cena de compromiso, sería complicado gastar también para la boda, aunque los comprara en la aerolínea más económica. Ir en autobús sería agotador. Además, si necesitaba todo un día solo para ir y otro para volver, el tiempo no alcanzaría. Se hubiera sentido mal de faltar a sus tareas de la granja mucho tiempo.

–Lachlan, me encantaría ir. El problema es que no podría viajar para la cena y para la boda. ¿A cuál de los dos eventos prefieres que vaya?

–¡A ambos! Si es por el pasaje, no te preocupes. Yo tengo muchos gastos por la boda, pero mamá me dijo que lo comprara con su tarjeta de crédito. También se ocupará del obsequio familiar. No tienes excusas.

Hazel sospechó de la actitud generosa de Adeline.

–Está bien. Aceptaré solo si me envías pasajes para ir y para regresar.

–De acuerdo. Te escribo en cuanto los tenga para pasarte el código de reserva.

–No te molestes si no respondo por escrito. Recuerda que es engorroso usar el teclado en este teléfono.

–¡Cierto! Lo siento, tengo que cortar; me esperan para una llamada de trabajo con gente que está en Malasia. ¡No veo la hora de que nos reencontremos!

–Lo mismo digo. Te quiero.

El teléfono volvió a sonar mientras preparaba el almuerzo. Era su hermano para dictarle los números de la reserva. Los anotó en un

papel con un bolígrafo, como en los viejos tiempos, y constató por internet que se tratara de pasajes de ida y vuelta. Había cumplido. Solo le preocupó que partiría el viernes al mediodía y regresaría recién el lunes por la tarde.

Llamó a Max para preguntarle si prefería ir a almorzar a la casa o que ella le llevara el plato a donde se encontraba. Tuvo que repetir la acción varias veces hasta que atendió.

–¿Qué preparaste? –preguntó él.

–Ensalada de papas con panceta asada y cebolla crujiente.

–¡Suena tan bien que iría volando! Pero estoy terminando algo y me llevará unos veinte minutos. Almuerza si quieres, yo lo haré después.

–Te espero.

–¿Segura?

–Sí. No estoy desesperada de hambre, solo por verte.

Él rio y cortaron.

Logró llegar en quince minutos en lugar de veinte. Hazel sirvió los platos y se sentó frente a él. La gata ya estaba en sus piernas.

–Bájate –pidió ella. Estiró una mano para tocarla y que se moviera.

–No me molesta –aseguró Max y comenzó a comer con el animal en su regazo–. ¡Recuerdo este sabor! Tu abuela solía preparar esta misma ensalada.

–¿En serio? No lo sabía.

–Casi siempre preparaba el almuerzo para los dos el tiempo que trabajé aquí. Oye, vi que me llamaste varias veces. Había dejado el celular en la cosechadora y no lo vi. Cuando no responda a la primera, escríbeme un mensaje. A veces estoy con gente y no puedo responder llamadas, pero sí contestar por escrito.

–Ya no puedo escribir en este teléfono –explicó Hazel. Lo había dicho tantas veces a personas diferentes que se sentía reproduciendo un audio automático. Lo extrajo del bolsillo y se lo mostró–. ¿Recuerdas cuando me caí y voló por el aire?

–Lo había visto roto, pero no lo relacioné con que no podías escribir por eso. ¿Cómo participas de los grupos de amigas?

–Dejé de hacerlo.

–No es justo. Deberíamos buscar quien lo repare o comprar otro.

–En este momento no puedo hacer ninguna de las dos cosas.

–¿Necesitas un aumento?

–¡No! –rio ella. Temió que, si se adentraban en ese tema, él se diera cuenta de que depositaba la mitad de su salario de regreso en su cuenta bancaria–. Es culpa de la gata. Te lo dije: me fundirá por preferir la comida enlatada.

–No le eches la culpa a Honey. Luego te preguntas por qué está molesta contigo.

–Si se llevan tan bien, ¿por qué no la adoptas y la llevas a la cabaña?

–¿Me lo permites?

–¡Ni loca! Es mía. –Los dos terminaron riendo–. Max… –susurró Hazel de pronto–. Mi hermano contraerá matrimonio. Hay una cena por el compromiso el sábado que viene. Mi madre me obsequió los pasajes. El problema es que partiría el viernes al mediodía y regresaría recién el lunes por la tarde.

Mientras Hazel hablaba, Max pensó en cuánto miedo le daba que ella visitara la que solía ser su casa. Para empezar, Adeline la tendría a su merced para intentar convencerla de que abandonara la granja. Además, Hazel recordaría lo cómodo de vivir en un lugar mucho mejor que la finca y quizás se sintiera infeliz al regresar, si acaso lo hacía.

Relegó sus temores, convencido de que siempre querría lo mejor para la mujer que amaba. Si ella consideraba que eso significaba quedarse en Sídney, que así fuera. Después de todo, él sabía desde que tenía dieciocho años que no la merecía.

–¿Por qué sería un problema? –preguntó, procurando conservar un tono sereno.

–No podría trabajar esos días.

–¿Y qué? No soy tu jefe, no tienes que pedirme permiso.

–Los dos sabemos que, aunque me presentes como tu socia, no lo soy y que tú me pagas el salario.

–¿Podemos tomarlo con más naturalidad? Entiendo que, quizás, esta situación te recuerde a tu exesposo, pero… No es lo mismo. No soy él.

–Lo sé. Gracias.

–¿Necesitas que te lleve al aeropuerto y que te vaya a buscar?

–Sería demasiado.

–Lo haré. ¿Me prestas tu teléfono? Quiero ver cómo se abre. Quizás pueda comprar la pantalla en una casa de repuestos y repararlo mirando algún video de internet.

Hazel se lo cedió. Para revisarlo, él le quitó la funda negra. Una pequeña flor aplastada y seca quedó al descubierto. Frunció el ceño y miró a Hazel a la vez que ella también alzaba la cabeza. No podía creer que hubiera conservado la flor que él le había regalado durante tantos años. El sentimiento de increíble amor que eso le despertó comenzó a pelear a muerte con los que experimentaba desde que se había enterado de que ella iría a Sídney.

–Debería regalarte una flor nueva –comentó.

–Te dije que no necesito que me des obsequios ni que me digas palabras bonitas.

–Mereces mucho más que eso.

–Tu amor es suficiente.

Aunque Max no creía lo mismo, no discutió. Tan solo se fijó cómo podía abrir el celular y se lo devolvió. Mientras ella acomodaba la flor y colocaba la funda de nuevo, miró partes de un video de internet. Para ser un iPhone, era sencillo de reparar. Solo le parecieron problemáticas las pequeñas piezas internas que podían romperse con facilidad al hacer el cambio.

A medida que fueron transcurriendo los días, Hazel comenzó a ponerse nerviosa. Cuando tuvo que armar la maleta solo con prendas elegantes, sintió que otra vez la ataban con una soga, dejando sus brazos inmóviles. No podía arruinar el buen momento de su hermano discutiendo con su madre o perdiendo la cortesía. Sabía que se sentiría reprimida en esa casa y eso la atormentaba.

La mañana de su partida, Max cargó la maleta en la camioneta para que Hazel no hiciera esfuerzos. Lo mismo sucedió a la hora de descargarla en el aeropuerto. La acompañó hasta la zona de registro, donde se besaron.

–Pásalo bien –dijo él y le acarició las mejillas.

–Lo intentaré. No lleves turistas mientras yo no esté –bromeó Hazel, arrugándole la camisa.

–Solo hay una persona con la que quiero dormir y hacer muchas otras cosas –respondió Max. Sonrió cerca de su boca–. Su nombre empieza con H.

–¿Helen? –arriesgó Hazel. Él rio.

–No.

–¿Hallie?

–Casi. Todavía falta que aciertes varias letras. Tienes todo el viaje para pensarlo. Te amo.

–Te amo.

Se besaron de nuevo para despedirse. Max se quedó allí hasta que Hazel terminó con el registro y se dirigió al control de seguridad para ir a la sala de embarque.

Después de abordar, antes de que pidieran a los pasajeros que activaran el modo avión en sus celulares, Hazel hizo un esfuerzo para escribir una sola palabra con la pantalla rota en la zona del teclado y se la envió a Max.

Hazel.

Él respondió enseguida.

Así es. Nunca lo olvides.



28

En cuanto el taxi se detuvo frente a la casa de Sídney, Hazel encontró que su padre la esperaba en la puerta. Hacía tanto que no iba que todo le pareció diferente, aunque no hubiera cambiado. El frente blanco, la puerta en arco de madera, las plantas del jardín delantero.

–¡Hazel! –dijo él, alegre.

–¡Papá! –exclamó ella con una sonrisa Experimentó una sensación contradictoria en el pecho. Por un lado, estaba feliz de volver a verlo. Por el otro, le pareció que lucía mucho mayor que en las llamadas de video, y eso la angustió. Pensó durante un instante que, al hallarse tan saturada por su madre, nunca había prestado verdadera atención a su padre. Ahora él ya era grande y no se podía retroceder en el tiempo.

Daniel no era un hombre que se preocupara por destacar en ningún aspecto. Aun así, se sintió culpable de no haber pasado tiempo de calidad con él en el pasado. A medida que se acercaba para abrazarlo, se dio cuenta de que nunca lo había mirado a los ojos con la misma claridad que en ese momento. Tenía una mirada bondadosa y sufrida que le generó a la vez serenidad y tristeza.

A diferencia de Adeline cuando había ido a la granja, él la recibió con el amor que ella necesitaba. Después de abrazarla, le sujetó el rostro entre las manos y la miró a los ojos.

–¡Te extrañé tanto! –exclamó, sonriente –Y yo a ti –afirmó Hazel.

–¿Cómo viajaste?

–Bien.

–¿Por qué no corriste a visitarnos en cuanto llegaste de los Estados Unidos?

–Mamá me hubiera hecho quedarme, y de verdad prefiero estar en la granja.

Percibió que su padre se guardó la respuesta.

–Entremos –pidió a cambio y recogió la maleta por ella.

Hazel entró observando alrededor. La casa estaba tal como la última vez que la había pisado. Incluso su fotografía en la boda con Liam seguía ocupando un sitio en la pared de la sala.

Dejó de mirarla en cuanto su madre dijo "hola" desde la escalera. Terminó de bajar y se aproximó para darle el abrazo que no le había procurado en la granja. No sintió la misma calidez que le transmitía su padre; ella nunca había sido una persona afectuosa. Sin embargo, necesitaba ese tipo de contacto.

Los dos la acompañaron al que solía ser su dormitorio hasta que se había casado. El decorado en color rosa viejo seguía intacto. Al ya no haber rastros adolescentes en la decoración, parecía todavía más delicado. Guardó la maleta dentro del guardarropa; no le vio sentido a desarmarla si pasaría allí poco tiempo. Tan solo extrajo los productos de higiene y los maquillajes, y los acomodó sobre el tocador.

Vio a su madre a través del espejo mientras apoyaba el desodorante.

–Espero que te peines para la cena. El cabello suelto te queda desprolijo –opinó–. No tienes que preocuparte por la boda: para ese día contraté un estilista.

Hazel giró para tenerla de frente.

–Mientras esté de visita, te ruego que no hagas comentarios sobre mis decisiones, Max o mi apariencia. No puedo evitar molestarme cuando lo haces y odiaría arruinar el momento de mi hermano. Por cierto, ¿dónde está? Quisiera saludarlo.

–Trabajando.

–Bien. Espero que podamos pasar unos días en paz.

–Es lo que más deseo. ¡Esperé tanto que regresaras a casa!

Como Hazel estaba a la defensiva, casi le respondió que no se ilusionara porque solo permanecería allí unos días. Guardó silencio para no dar lugar a más discusiones y aceptó la tregua.

Tras salir de la habitación, Adeline la tomó del brazo y le pidió que la acompañara a su dormitorio.

–Tu hermano me comentó que tenías problemas con el teléfono. Te compré uno nuevo –anunció y le entregó una caja.

–Gracias, mamá, pero no hace falta.

–¡Déjate de tonterías! ¿Qué es eso de no poder responder por escrito?

No quería que su familia le pagara nada. Ya tenía suficiente con que le hubieran regalado los pasajes para el compromiso y que, quizás, se los compraran también para que asistiera a la boda. Aun así, volvió a agradecerle y guardó la caja en la maleta. Al menos hasta que dejara de sentirse una joven necesitada de manutención, continuaría utilizando el celular viejo.

Su madre salió para encontrarse con Frankie y ultimar juntas algunos detalles de la cena de compromiso. Hazel aprovechó ese rato para sentarse con su padre en el jardín. Conversaron con un zumo de frutas de por medio. Mientras él le contaba cómo hacía para que sus plantas lucieran mejor que las de un vivero, pensó en el tiempo que había invertido cumpliendo las exigencias de su madre en lugar de tan solo acercarse a él y vivir un poco.

–¿Tu esposo y tú tenían plantas en el apartamento de Atlanta? –consultó Daniel.

–Un par.

–¿Qué ocurrió con ellas?

–Se las quedó Liam. No podía traerlas aquí ni dejarlas morir en un almacén. De todos modos, ya no deben existir; él no era aficionado a la jardinería. Tampoco yo, pero al menos las mantenía con vida. ¡Vaya! Acabo de recordar que está por vencer el contrato del depósito que dejé pago en Atlanta. Le pediré a una amiga que me envíe algunas cosas y que intente vender otras, así no tengo que renovarlo.

–¿Necesitas dinero?

–Sí, pero no quiero que mamá lo sepa o lo utilizará para extorsionarme.

–¡Hazel, qué cosas dices!

–Ya la conoces.

–Si lo estás pasando mal, ¿por qué no te quedas con nosotros?

–No quiero. Ya me siento una adolescente solo con que mamá me haya regalado los pasajes para el compromiso y un teléfono, imagina si tuviera que convivir con ustedes.

–¿Has buscado trabajo como ingeniera en Gold Coast?

–No por el momento.

–¿Te has planteado volver con tu esposo?

–Jamás. ¿Mamá no te contó que estoy en una relación con otra persona?

–No. ¿Es el muchacho de la finca?

–Sí. Si no te lo dijo, ¿cómo lo sabes?

–Es fácil deducirlo: se trata del chico con el que salías a los diecisiete años y ahora viven en el mismo sitio.

Hazel sonrió. Bebió un poco más de zumo y contempló el cielo, preguntándose qué estaría haciendo Max en ese momento. Lo extrañaba.

Su hermano llegó de trabajar antes de que su madre regresara del encuentro con Frankie.

–¡Hermanita! –exclamó y se abrazaron.

Conversaron sobre el empleo de Lachlan y sobre los planes para la boda.

Esa noche, cenaron como cuando eran una familia de cuatro y se fueron a dormir bastante tarde. Hazel celebró en su interior que su madre hubiera depuesto las armas. De ese modo, sí disfrutaba visitar a su familia.

Después de ponerse la ropa de cama y pasar por el baño, se acostó y llamó a Max. Él atendió enseguida.

–Hola. ¿Cómo estás? –preguntó ella.

–Bien, ¿y tú?

–Bien. ¿Qué hacías?

–En este momento, tenía a tres turistas en la cama, pero nos interrumpiste con la llamada.

–No las oigo gritar, así que habrás perdido tu toque –replicó ella. Él rio.

–Todo es culpa de una mujer que se lo llevó solo para ella.

–¿Con qué letra empieza el nombre esta vez?

–También con H.

–Oh, esas te tienen loco. Ahora dime la verdad: ¿qué hacías?

–Hazel, ¿por qué siempre me preguntas qué estoy haciendo?

–¿Te incomoda? Por favor, no pienses que es por desconfianza. Es una cuestión de cortesía; no me gusta molestar a la gente cuando está ocupada.

–Nunca estaré ocupado si se trata de ti. Estaba durmiendo.

–Lo siento. No quería despertarte; se me hizo bastante tarde.

–No te preocupes, esperaba que me avisaras que llegaste bien.

–Perdón. Todo fue una vorágine y no pude comunicarme antes.

–Deja de pedirme disculpas o tendré que despeinarte mucho cuando regreses. No te preocupes; miré si el avión había llegado a destino en internet y, como vi que sí, me quedé tranquilo. ¿Cómo lo estás pasando?

–Bien. Mi madre y yo hemos hecho un acuerdo de paz por mi hermano.

–Me alegro. Avísame si necesitas algo.

–Gracias. Tú también. Te llamo mañana. Te amo.

–Yo también. Que descanses.

Suspiró a la vez que cortaba la llamada. Hablar con Max era como un soplo de aire fresco, ese que tanto le gustaba de la finca.

Al día siguiente, los preparativos para la cena de compromiso comenzaron temprano. Su madre estaba bastante pesada con el asunto de la decoración. Cuando Hazel se levantó, acababan de llegar las flores y ella le pedía a la mucama que las moviera de un lado al otro. Nunca parecía estar conforme con la posición.

Desayunó rápido en la cocina y regresó a su habitación para ducharse. Su madre le pidió que fuera a hacer unas compras de último momento. Su padre la llevó en el automóvil mientras que su hermano iba a la casa de Frankie para verificar si necesitaba algo.

Después del almuerzo, tuvo un rato libre para llamar a Denise. Le pidió el favor de que le enviara algunas cosas a la granja y que

intentara vender otras, ya que no pagaría más el almacén.

–Lo intentaré, pero será difícil. Ya sabes: aquí la gente prefiere comprar cosas nuevas y no usadas. Excepto que intente vender el contenido del depósito completo en esas ofertas a ciegas una vez que te envíe lo que deseas. El misterio de lo que podrían encontrar ahí sí que los excita.

–Haz lo que quieras, siempre que obtengamos algo de dinero. Te lo agradeceré toda la vida.

–Amiga, no te ofendas: ¿necesitas un préstamo?

–¡No! –rio Hazel–. No he llegado a ese punto todavía, pero ¿para qué quiero esos objetos reuniendo polvo en un depósito?

–Hay ropa muy bonita.

–Quédate la que quieras.

–No me atrevería. ¿Por qué no te la envío también?

–¿Para arruinarla cosechando? No, gracias. Mejor intentemos venderla.

Tuvo que cortar cuando su madre golpeó a la puerta y abrió sin esperar el permiso.

–¿Todavía no te estás preparando? –indagó.

–Almorzamos hace un rato, falta mucho para la cena.

–¿No te arreglarás las uñas, el cabello, el maquillaje?

Hazel miró sus dedos: había pensado en la ropa y en el maquillaje, pero no en sus manos.

–Olvidé los accesorios de manicura –expresó.

–Enseguida le pido a la mucama que te alcance los míos –dispuso Adeline y cerró la puerta.

Hazel notó algo extraño en la actitud de su madre. Si bien siempre se había preocupado por la imagen, desde que había llegado insistía para que luciera perfecta. Además, rebosaba de generosidad. Los pasajes, el celular, los elementos de manicura… Sin duda quería mostrarle lo bien que podía pasarlo en su casa en lugar de sacrificarse en una granja sin futuro.

Había olvidado cuánto tiempo y esfuerzo demandaba enmascararse para un evento social. Se pintó las uñas de un tono bordó, como pensaba maquillarse los labios. También se hizo un

peinado recogido que agradara a Adeline y que, de modo implícito, le recordara la tregua: yo te doy el gusto y tú a mí.

Cerca de la hora de la cena, se delineó los ojos, se vistió con una delicada blusa floreada, una falda de corte irregular y zapatos de tacón, y se colocó como accesorios un brazalete y un collar perlado de tres vueltas.

Oyó voces desde la escalera. Respiró hondo, procurando acostumbrarse de nuevo a los protocolos. Saludar, sonreír, hablar con propiedad. Comer con los cubiertos adecuados, beber de forma moderada, mantenerse erguida. ¿Por qué su madre había llenado sus vidas de reglas absurdas, como si fueran una reina y una princesa? No terminaba de hallar una respuesta cuando llegó a la sala y divisó a los padres de Frankie. Acababan de llegar detrás de su otra hija y de su esposo.

–Mucho gusto, soy Hazel –dijo con delicadeza y les tendió una mano a los invitados.

–¡Al fin tienen la oportunidad de conocer a nuestra hija! –exclamó Adeline. Delante de la gente, siempre se mostraba amable y alegre–. Como les conté, vive en Atlanta, Estados Unidos. Su esposo es el director de una compañía. No tienen mucho tiempo para visitarnos.

–Vivía. Ahora vivo en las afueras de Gold Coast. Y el director de la compañía es mi ex –repuso Hazel mientras estrechaba la mano de la madre de Frankie.

Notó que la pareja fruncía el ceño, evidenciando cierta confusión. Entendió el motivo cuando oyó su nombre en una voz conocida a su espalda.

Giró con los labios entreabiertos. Volver a ver a Liam la dejó perpleja. Estaba vestido con un traje y zapatos lustrados. Llevaba el prolijo cabello rubio peinado con gel, como de costumbre. La sorpresa fue cediendo paso a una ira sin nombre a medida que él avanzaba hacia ella. Le tomó una mano de improviso y la besó en la mejilla.

Hazel se soltó bruscamente, aunque de manera que los invitados no notaran la escena; debía mantener la compostura por su hermano. Miró a su madre por sobre el hombro.

–Mamá, ¿tienes un momento? –preguntó.

–¿Ahora? ¡Imposible! –exclamó ella.

–Es urgente –replicó Hazel entre dientes.

Casi tuvo que arrastrarla a su dormitorio.

–¿Cómo te atreves? ¡Teníamos un acuerdo! –bramó una vez a solas.

–Hazel, tu esposo te ama.

–¡Qué concepto pobre tienes del amor! Una persona que ama no traiciona.

–Fue un error. Está arrepentido, él me lo dijo.

–¿Cómo puedes ponerte de su parte y no de la mía?

–Parece que soy la única que piensa en lo que te conviene.

–¿Entonces es eso? ¿Su puesto y su dinero? ¡No los necesito! Si los quisiera, los conseguiría para mí por mis propios medios. Eres una mujer que ha alcanzado logros increíbles por su cuenta. ¿Cómo puedes hacer hasta lo imposible para que tu hija dependa de un sujeto que la engañó? ¡Liam no me ama! Solo le habrá ido mal con su amante y tiene una exsuegra que lo apaña.

–¿Y crees que ese otro con el que sales te quiere en serio?

–Si me equivoco, será mi error y no uno que cometa intentando satisfacerte.

–¿Cuánto más tienes para recriminarme? Es la cena de compromiso de tu hermano, serías muy egoísta si la arruinaras.

–¿Y tú no eres egoísta? ¿Acaso me preguntaste si quería compartir la mesa con Liam?

–¡Es tu esposo!

–¡Era!

–Lachlan también lo quería en la cena.

–Permíteme dudarlo. –Dio un paso adelante, agitada–. Lo soportaré solo porque echarlo sería un problema y las dos estamos de acuerdo en que esta es la noche de Lachlan y de Frankie. Cuídate de incumplir lo que te pedí en cuanto llegué, porque no sé si pueda contenerme.

Su madre intentó responder. Ella no le dio tiempo. Abrió la puerta y salió de la habitación hecha una furia.

Se encerró en el baño para calmarse. Respiró hondo, contó hasta diez y volvió a salir. Bajó las escaleras, entrenada para ser educada,

y se acercó a su hermano y a su novia para felicitarlos, como se suponía que debía hacer.

Otro disgusto se avecinó cuando descubrió que, en la extensa mesa, su nombre estaba frente al de Liam.

Lo ignoró buena parte de la velada. Sin embargo, se sentía tan incómoda que se le notaba.

–¿Así que te estás quedando en la finca? –preguntó Frankie de pronto, sin malicia–. No quiero sonar descortés, pero ¿no es un lugar inhóspito?

Hazel suspiró. Entendía por qué la novia de su hermano pensaba eso: su madre se había encargado de diseminar la idea. Miró su plato a la vez que movía un poco los hombros.

–Estoy bien allí –confesó, manteniendo la calma–. A veces trabajo duro, pero soy libre. Hacía años que no veía un atardecer y ahora puedo verlo todos los días. Soy privilegiada solo por eso.

–Suena un poco novelesco –intervino su hermano.

–Pues adoro vivir en la fantasía –defendió ella.

–Está bien, cada uno debe buscar la felicidad a su manera –terció la madre de Frankie.

–Me alegra que al menos el atardecer valga la pena –intervino Liam–. No creo que encuentres otras satisfacciones; esa granja funciona a pérdida.

–¿Y tú qué sabes? –protestó Hazel de mala manera.

–Es cierto –lo secundó Adeline–. El encargado no sirve para nada.

–¡Mamá! –bramó Hazel–. Teníamos un acuerdo.

–¿Disculpen? –intervino Lachlan, sin entender.

–¿Más vino? –ofreció Daniel para terminar con el altercado.

–Es la verdad –insistió Adeline.

Hazel apretó los dientes. Por un instante, tuvo la sensación de que su madre la provocaba y deseaba que arruinara la noche para tener algo más que criticarle. Era probable, dado que siempre pensaba que Max estaba tramando algo en su contra. Dicen que vemos a los demás con el velo de nuestra propia personalidad, y eso es lo que Adeline hacía.

La conversación se diluyó en otros temas. Hazel sintió la mirada de Liam clavada en ella durante mucho tiempo, por eso casi no alzó

la cabeza. Él, en cambio, se integraba a la velada como si todavía fuera parte de la familia. No entendía cómo su propia madre podía abrirle las puertas de su casa a un hombre que la había tomado por estúpida y, en cambio, se las cerraba al único que la hacía sentir valorada.

Un rato después de la cena, su hermano y su cuñada intercambiaron las sortijas de compromiso a la vez que se dedicaban palabras bonitas. Todos aplaudieron. Hazel recordó las que Liam le dedicó a ella en la misma situación y en la boda. Posiblemente, Max fuera incapaz de decir la mitad de todas esas cosas, pero valoraba lo que ella hacía, siempre estaba cuando lo necesitaba y transformaba el sexo en amor. Las palabras eran bellas, pero sin acciones no servían de nada. Esperaba que su hermano y su novia sí las cumplieran.

Brindaron por la pareja. Hazel evitó la copa de Liam cuidando que los demás no lo notaran; debía conservar las apariencias. Él la miró con la cabeza gacha, sonrió detrás del cristal y tocó su copa con la suya a la fuerza.

En ese momento, las palabras de su madre acallaron las demás voces de la mesa.

–¡Ahora un brindis por las reconciliaciones! –exclamó.

La soga que comprimía a Hazel se desató de golpe. El circo llegó a un punto irresistible para ella. Había contenido tanta rabia que explotó. Se levantó y arrojó la servilleta sobre la mesa.

–¡Detente! –bramó ante la mirada atónita Frankie y su familia–. ¿Para qué me invitaron?

–Hazel –murmuró su hermano. Estiró un brazo para que se calmara.

–¡Estoy harta! –Le pareció que hasta el collar perlado la ahogaba, así que se lo arrancó y lo arrojó sobre la servilleta–. ¿Por qué está este hombre sentado en nuestra mesa? –preguntó, señalando a Liam.

–Hazel, no seas grosera –la regañó su madre–. Tu esposo recorrió miles de kilómetros para verte.

–Pues tendrá que recorrerlos de vuelta. Resulta que no es más mi esposo. ¡Nuestro matrimonio fue una farsa! Tan falso que, al final,

me engañó con otra. Al parecer, nadie más que yo lo recuerda. –Miró a Liam–. No me interesas. Estoy saliendo con otra persona.

–¡Por favor! –exclamó Adeline a la vez que reía–. Siéntate, estás dando un espectáculo bochornoso.

–Bochornoso es que pretendas que me reconcilie con un hombre solo por su dinero.

–¿Y qué harás? ¿Dejarte engañar por un renegado?

–¡Sí! Prefiero mil veces al hombre que me hace el amor como un dios griego antes que a este mentiroso aburrido. Con permiso.

Por huir lo más rápido posible del comedor, se golpeó la pierna con el borde de la silla. No se detuvo para masajearse. Subió las escaleras casi sin aire y se encerró en el dormitorio. Desarmó su peinado, reunió sus cosas a la velocidad de la luz, llamó un taxi y bajó las escaleras con la maleta.

Su padre la detuvo después de que hubiera atravesado la puerta.

–Hazel, espera.

–No puedo –respondió ella.

–¿A dónde vas? Es tarde. Deja que te lleve a un hotel.

–No quiero. Papá… –susurró con los ojos húmedos–. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué soportas a mamá? Tú eres bueno.

Daniel tragó con fuerza. Se encogió de hombros.

–La amo.

Hazel negó con la cabeza. Cerró los ojos para que no se le escaparan las lágrimas. El taxi llegó en ese instante. Soltó la maleta y corrió a abrazar a su padre. Él la tomó de la cintura.

–Ten cuidado, pequeña –expresó.

Hazel retrocedió, volvió a hacerse cargo de su equipaje y se marchó.

En el automóvil, tuvo tiempo de pensar en lo que había ocurrido y también de avergonzarse. No podía creer que había dicho delante de su familia directa y política que Max hacía el amor como un dios griego. ¿Qué significaba eso? Ni siquiera era consciente de que albergaba esa clase de groserías sofisticadas en su mente hasta que la había dicho.

Conseguir que le cambiaran el pasaje para un vuelo de esa misma noche le costó una penalidad. No podía pasar casi dos días en el

aeropuerto hasta que saliera su avión original y pagar un hotel más o menos decente le habría costado lo mismo.

Una vez que se sentó en la sala de embarque, tomó coraje y llamó a Max.

–Hola. ¿Qué hacías? –consultó, muy nerviosa. Se oían música y voces a lo lejos.

–Estoy en un bar con mis amigos, pero ya me voy. ¿Por qué? ¿Estás bien?

Tragó con fuerza.

–Sí. Me preguntaba si podrías ir a buscarme al aeropuerto en dos horas.

–¿No regresabas el lunes?

–Hubo un cambio de planes.

–Ahí estaré. ¿Qué ocurrió? ¿Estás segura de que estás bien?

–Sí. Gracias.

–¿Estás en el aeropuerto de Sídney en este momento?

–Sí, a punto de embarcar.

–Dime el número de vuelo así puedo seguirlo por internet.

Le dictó las letras y los números y se despidió con la excusa de que ya tenía que abordar para que él no pudiera preguntarle más. De todos modos, era cierto. Había llegado justo para el último vuelo del día.

Contener el impulso de llorar durante el viaje fue casi tan duro como reconocer que ya no se sentía parte de su propia familia.



29

Al ver a Max en la zona de arribos del aeropuerto, Hazel corrió a abrazarlo. Él ya no tuvo dudas de que algo había ocurrido en casa de sus padres, lo que no entendía era por qué se había resuelto de la manera que menos esperaba. Creyó que, en tal caso, ella se quedaría en Sídney, no que regresaría antes de tiempo.

Le sujetó el rostro entre las manos para besarla y luego para que lo mirara a los ojos.

–¿Qué ocurrió? –preguntó.

–Nada –aseguró Hazel y volvió a abrazarlo.

La besó en la cabeza y la apretó con fuerza. Al parecer, ella no necesitaba conversar, sino una contención silenciosa.

Cuando la zona se despejó, Max se hizo con el equipaje y caminaron hasta la camioneta.

Durante el viaje se mantuvieron callados. Hazel miraba por la ventanilla y él intentaba reconstruir la discusión que seguramente ella había tenido con su madre.

–Hay buenas noticias –dijo en un intento por apartarla de cualquier mal pensamiento. Hazel lo miró–. Conseguí la pantalla para tu celular. Ahora solo tengo que cambiarla.

En lugar de sentirse mejor, Hazel pensó que alguien había introducido una mano en su pecho y le retorcía el corazón. Llevaba en la maleta un teléfono nuevo, mucho más moderno y costoso que el que tenía. Su madre se lo había comprado como parte del plan

para que hiciera su voluntad. Max no podía regalarle eso. En cambio, le ofrecía lo mejor que tenía sin intenciones ocultas, al igual que a sus dieciocho años.

No quería ni pensar en cuántas estrategias más había utilizado Adeline para manejarla durante toda su vida sin que ella se diera cuenta. Había caído en la trampa, presa de su inocencia y de su manera de ver el mundo como un lugar poblado de gente bondadosa. Dado que ella no tenía intenciones perversas, no se le ocurría que los demás las tuvieran. Comprobaba una vez más que cada persona miraba el mundo según su propia personalidad, y la suya, a decir verdad, estaba ausente de maldad.

Reconocer que había sido prisionera de tantas manipulaciones por parte de su madre, y quién sabe si también de Liam, le generó angustia. No pensaba decirle a Max que ya había resuelto el asunto del teléfono. Lo único que se le ocurrió fue que prefería quedarse con el viejo que él repararía y que podía hacer dinero con el nuevo.

–¡Qué bien! Gracias –respondió, demostrando alegría a pesar de que estuviera triste. Solo la reconfortaba saber que estaba eligiendo a Max una vez más.

Cuando llegaron a la casa, él cargó la maleta hasta el dormitorio.

–¿Quieres que me quede contigo esta noche? –ofreció. Ella asintió.

Se acostaron. Hazel se acurrucó contra su costado. Max tomó su mano y pasó el otro brazo por debajo de su cuello para abrazarla. La besó en la frente y luego recorrió el camino hasta sus labios inspirando hondo para llevarse su aroma a frutas. Alzó las manos unidas de ambos y le acarició una mejilla con el dedo sin soltarla.

–No volveré a preguntarte qué ocurrió. Solo quiero que sepas que estoy aquí –susurró.

–Gracias –respondió Hazel y ocultó el rostro contra su cuello.

Despertó por la mañana, cuando sintió que Max abandonaba la cama. Le preguntó la hora, creyendo que se estaba marchando a la cabaña en medio de la madrugada, como de costumbre. Resultó que ya eran las siete. La alarma había sonado, pero ella estaba tan cansada que no la había oído.

–Voy contigo –determinó.

–Es domingo, por eso me estoy levantando más tarde. Solo tengo que ocuparme de los animales y terminar de acomodar unos paquetes de alfalfa.

–Te acompaño.

Max bajó para preparar el desayuno. Hazel revisó el celular que, desde la noche anterior, aún estaba en su bolso. Encontró llamadas perdidas de un número desconocido y de su hermano. Se armó de valor y lo llamó. Era consciente de que había arruinado su compromiso y le debía una disculpa.

–¿Dónde estás? –consultó él.

–En la granja.

–No debiste irte de esa manera, ni siquiera te despediste.

–¿Esperabas que regresara a la mesa después de lo que hice? Lo siento. No quería arruinar tu noche. De verdad lo lamento.

–Hazel, está bien. No voy a decirte que me agradó lo que ocurrió, en especial por cómo se lo tomó Frankie, pero lo entiendo. Mamá nunca me presionó como lo hizo siempre contigo. Creí que habías dado tu consentimiento para que ella invitara a Liam. Papá me dio a entender que no.

–Mamá me dijo que tú lo querías ahí.

–Lo quería siempre que tú también lo quisieras. Está invitado a la boda.

–Lo imaginaba. Lamento no poder asistir. Me habría encantado, pero no creo que Frankie y su familia me quieran ahí.

–Eso no importa. Me las ingeniaré para recomponer la relación entre ustedes; necesito que estés. Eres mi hermana, ¿cómo faltarías a uno de los acontecimientos más importantes de mi vida? Ya faltaste cuando me gradué; ni siquiera pienses en fallar esta vez viviendo a solo mil kilómetros.

Hazel se secó una lágrima que rodó por su mejilla.

–No puedo creer que estés perdonándome. Siempre lo arruino todo.

–Tan solo no arruines la boda con un incendio accidental o cualquier cosa parecida –bromeó él. Ella rio, conmovida–. ¿Necesitas que te compremos los pasajes?

–No, gracias. Yo me haré cargo esta vez. Y, por favor, envíale mis disculpas también a Frankie.

–Lo haré.

Pasar un rato con los animales mejoró su humor. Aun así, no dejaba de pensar en la boda de su hermano. Era cierto que no podía faltar, pero a la vez no quería exponerse de nuevo a las estrategias de su madre, la pasividad de su padre y las miradas escrutadoras de Liam. Haberlo visto de nuevo la tenía preocupada. Se puso en el lugar de Max y pensó que, si fuera él, querría saberlo, aunque el hecho le disgustara.

Lo observó apilar un paquete de alfalfa mientras ella terminaba de anudar otro. Se había quitado la gorra y la camiseta, dejando su fibroso torso al descubierto. Pasó la mirada por la cadenita que pendía de su cuello, sus brazos, su espalda… Hasta sus manos eran preciosas. En ese momento, se acordó de ese asunto del dios griego y sus mejillas ardieron. Por suerte, tenía la gorrita verde con visera y el sol que la acaloraba para disimularlo.

–Max –dijo. Él la miró de inmediato–. Ayer, cuando llegó el momento de la cena, me enteré de que mi madre había invitado a Liam.

Max sintió que le daban una golpiza. Los celos crecieron de manera precipitada, al igual que sus inseguridades. Imaginó a Hazel compartiendo la mesa con su ex, el mismo con el que se había besado hacía quince años y por lo que habían terminado su relación de verano, y estuvo a punto de dejarla de nuevo, como había hecho aquella vez en la playa. No por ella, sino porque se sintió amenazado por una sombra mucho más imponente que la suya. Más merecedora de Hazel.

Como había prometido que lucharía contra sus temores con todas sus fuerzas, apeló a contener sus emociones, algo que le salía bastante bien. Intentó razonar: ya sabía que Adeline no se quedaría de brazos cruzados. No esperaba que jugara una carta tan fuerte ni imaginó que Liam quisiera volver con Hazel, pero así era y había que hacerle frente. Peleaba por lo que quería o lo perdía, así de simple.

–¿Tú estabas bien con eso? –preguntó, intentando sonar calmado. Hazel se encogió de hombros.

–Verlo no me provoca emociones. Ni siquiera siento rencor porque me haya engañado. ¿Cómo podría culparlo, si yo lo engañé mil veces contigo en mi mente?

–¿Conmigo? –repitió él con el ceño fruncido. No esperaba esa respuesta.

–¿Crees que miento cuando digo que te recordaba? ¡Encontraste escondida en mi teléfono la flor que me obsequiaste hace quince años! Lo que me molestó fue que mi madre intentara obligarme a hacer su voluntad con una estrategia tan perversa. Traicionó nuestro acuerdo. Se aprovechó de que estábamos delante de otras personas y de que yo no podía reaccionar por eso. Si lo hacía, quedaría como una demente. De hecho, así fue. Soporté hasta cuando pude por mi hermano, pero en un punto ya no aguanté y tuve un colapso emocional.

Los celos de Max desaparecieron de golpe.

–¿A qué te refieres? –indagó, preocupado.

–Hice y dije cosas alarmantes de forma explosiva. Hablé con mi hermano esta mañana para pedirle disculpas. Desea que asista a la boda a pesar de todo. No quiero perdérmela, pero tampoco puedo ir sola. No resistiría exponerme de nuevo a la mirada de Liam, la actitud de mi madre y lo ahogada que me siento cuando estoy con mi familia.

–¿No va Evelyn?

–Sí, pero sabes que no me siento del todo cómoda con ella.

–¿Y si invitas a alguna amiga?

–Estoy intentando que quieras ir conmigo.

–¿Yo? –replicó Max–. Lo siento. No estoy invitado.

–Tampoco una amiga mía.

–Si le dices a tu familia que irás con una amiga, la inscribirán en la lista. En cambio, a mí nadie me aceptaría.

–Mi hermano lo haría si se lo pidiera.

–De verdad lo siento, pero no puedo ir contigo a esa boda.

–¡Les dije a todos que me haces el amor como un dios griego!

–¡¿Qué?! –exclamó él, riendo con expresión de asombro–. ¡Hazel! ¿Cómo dijiste eso?

–Te advertí que tuve un colapso emocional. Escucha. –Dio un paso adelante para quedar más cerca–. Más vale que me lleves ahí con una enorme sonrisa en el rostro o tu mito se derrumbará.

–¿Qué mito? No hay uno.

–Oh, créeme que sí.

Los dos se miraron en silencio un momento. Max no sabía si sentirse preocupado, celoso o contento. Hazel estaba otra vez muy nerviosa. Para evitar fantasmas, él terminó de acercarse y le acarició el rostro.

–No puedo acompañarte, y de verdad lo lamento, porque lo que más quisiera es que pudiéramos tener una relación en la que te sintieras completa –dijo–. Sabes lo mal que lo pasaría allí, entre tu madre, tu ex y otra gente que me considera un bueno para nada… Como una rata –completó aunque los recuerdos le dolieran. Sonrió con intención de ocultarlo–. Pero te prometo que trabajaré muy duro para que igual puedas ir con esa enorme sonrisa. –Y le rozó los labios con el pulgar.

–Es muy injusto –murmuró Hazel con los ojos húmedos.

–Lo más injusto sería que te perdieras la boda de tu hermano. Eres fuerte. Aunque tengas que ir sola, nadie podrá contigo. Desbordarse es lo que sucede cuando uno soporta mucho en silencio. Pero eso no volverá a ocurrir, porque eres una mujer impresionante. Sabrás salir de cualquier aprieto como la chica educada que eres. Solo tienes que usar ese rasgo en tu favor. Me convertiría en mosca para entrar ahí y verte esquivar los intentos de persuadirte con altura y respeto. Dejarás a quien lo intente por el suelo.

Hazel no estaba convencida de ello, pero se sintió mejor por el hecho de haberle dicho la verdad sobre la presencia de Liam a Max y porque su actitud continuara siendo generosa y compasiva.

Esa misma noche, él reparó su teléfono y ella puso en venta el nuevo a través de internet. Como lo publicó a un precio más bajo que el de las tiendas, logró venderlo enseguida. Lo llevó al correo en su bolso una tarde en la que fueron al supermercado, todo sin que Max lo viera. Con ese dinero compró los pasajes para asistir a la boda, así no seguía gastando sus escasos ahorros.

Durante esos días recibió más llamadas del número desconocido. Ante la sospecha de que se trataba de Liam, lo bloqueó como había hecho con el otro.

Max se tomó en serio el asunto de que regresara a Sídney con una enorme sonrisa. El sexo se volvió más placentero e incluso más frecuente. Hazel le propuso ir a cenar a la ciudad y él aceptó sin importar que en el restaurante pudieran encontrarse con algún conocido en común. Su relación dejó de ser un secreto en público cuando le tomó la mano por sobre el mantel y ella sonrió mientras le acariciaba los dedos.

El fin de semana de la boda, volvió a llevarla al aeropuerto. A pesar de que Hazel estaba nerviosa, también se sentía más segura. Se despidió de Max sin mostrarse triste o preocupada.

Él esperó a que completara el registro y la observó hasta que ella lo saludó con la mano desde donde se ingresaba al control de seguridad. No estaba tranquilo. Imaginaba a Hazel en la fiesta, sentada en la misma mesa que su exesposo, quizás también bailando con él una pieza. Sin embargo, nunca se comportaría como Adeline; jamás la forzaría a quedarse a su lado si no era eso lo que ella deseaba. Incluso a veces la empujaba para que se fuera, aunque lo que más deseaba era que lo eligiera para siempre.

Cuando Hazel consiguió un taxi en el aeropuerto de Sídney, le avisó a su padre que estaba yendo a casa. Su madre no había vuelto a comunicarse desde la noche del compromiso. Durante el trayecto, hizo algunas cuentas mentales para predecir si, al final, Liam asistiría a la boda. Era probable que lo hiciera, dado que tenía varios días de vacaciones y debía de estar instalado en lo de sus padres, que también vivían en Sídney.

Esa vez, nadie la esperó en la puerta. Hizo sonar el timbre. Daniel abrió. Le sonrió con dulzura y le dio un abrazo rápido. Hazel se dio cuenta de que su madre estaba mirando. Era una forma de controlar la situación. De ese modo, obligaba a su esposo a ser menos cariñoso con una hija tan desobediente y malagradecida.

Adeline la saludó con frialdad y le indicó que podía dejar las cosas en su cuarto. Su padre la acompañó.

Una vez a solas, le envió un mensaje escrito a Max para avisarle que había llegado. Encontró uno de Evelyn.

¡Nos vemos mañana por la noche!

Respondió: *¡Sí!,* y guardó el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. A diferencia de la vez anterior, no se había preocupado por llegar con la apariencia de la vieja Hazel. Tenía el cabello sujeto en una media cola y otra parte suelto, una camisa cuadrillé, un jean y botas sin tacón.

–No estás utilizando el teléfono que te obsequió tu madre –observó Daniel.

–Lo vendí para costear los pasajes –explicó.

–¡No debiste hacerlo! Tu madre te los hubiera comprado si se lo pedías.

–No quiero pedirle algo ni necesito nada de ella. Gracias por el regalo, pero tampoco lo precisaba; mi viejo teléfono ya fue reparado.

Cuando su hermano llegó de trabajar, ella le pidió hablar a solas y volvió a disculparse por lo que había hecho en la cena de compromiso. Él le aseguró que ya había arreglado el asunto con su novia y su familia política y que todo estaba en orden.

Después de una cena donde solo su hermano le dirigió la palabra, regresó al dormitorio. Como no tenía un vestido de fiesta, extrajo de la maleta el que había llevado, que en realidad era de tarde. Alguien golpeó a la puerta y abrió sin esperar su permiso. No había duda de que se trataba de su madre.

–Necesito hablar contigo –dijo. Se sentaron en la cama–. Bajo ninguna circunstancia permitiré que durante la boda ocurra algo como lo que hiciste en el compromiso.

–No te preocupes, ya no me importan tus actitudes como para reaccionar de alguna manera.

–Liam está invitado, porque en esta familia lo queremos.

–Lo sé, Lachlan me lo dijo. Yo también lo quiero.

La boca de Adeline se abrió tanto como sus ojos.

–¿Estás pensando en volver con él?

–¡Por supuesto que no! –exclamó Hazel, riendo–. Solo dije que lo quiero. Lo conozco desde hace quince años, compartimos la carrera universitaria, nos casamos, tuvimos sexo… Si él hubiera querido, hasta habríamos tenido hijos. Soy feliz ahora. Por eso he decidido que prefiero recordar su lado bueno antes que lo negativo. En cuanto a lo que hizo al final, solo fue una muestra de que nuestra relación de pareja ya estaba muerta. ¿Por qué lo odiaría o, por el contrario, querría volver con él? Los muertos no resucitan.

Hazel notó el desconcierto en su madre. No se sintió culpable de volver a defraudarla. Ni siquiera le molestaba que ella continuara intentando controlar su vida. Era como si ya no sintiera los efectos de esas acciones y las viera desde afuera, parecido a mirar una película.

–¿No has traído un vestido de fiesta? –preguntó Adeline, señalando el que había colgado en el guardarropa cuya puerta no había cerrado.

–No tengo. Le pedí a mi amiga que me enviara uno antes de vender lo que quedó de mis cosas en un depósito de Atlanta, pero no hizo a tiempo.

–Vayamos a comprar uno.

–Gracias, pero no quiero. Aunque el que traje es de tarde, es bonito.

–Tu padre me dijo que vendiste el teléfono que te obsequié para pagar los pasajes aéreos.

–Sí. Por eso mismo no deberías comprarme un vestido: también me desharé de él.

–Hazel…

–Si no te molesta, ¿podemos seguir conversando mañana? Tengo sueño.

Por más increíble que pareciera, su actitud segura y decidida hizo que su madre respetara su pedido. Suspiró, agotada de esforzarse por ser esa persona que no tenía bien claro si era. Como dio resultado, se prometió que intentaría sostener sus determinaciones con más frecuencia.

Conversó por teléfono con Max hasta que el sueño la venció y se despidieron para que durmiera.

Al día siguiente, la estilista llegó a la casa temprano. Como su vestido era rosado con una cinta plateada en la cintura que combinaba con las sandalias de tacón, la maquilló con tonos cálidos. Para el peinado, ella le pidió que le dejara algo de cabello suelto. Amó el resultado.

En cuanto arribó a la iglesia, Evelyn se abalanzó sobre ella.

–¡Prima! –exclamó. Hazel respondió al abrazo con unas palmaditas en su cintura.

Sus tíos y otros primos también se hallaban allí. La saludaron con efusividad; hacía mucho que no la veían. Le preguntaron cómo le estaba yendo en Atlanta.

–Me divorcié y estoy viviendo en la granja que era de mi abuela –sintetizó. Notó la sorpresa de Evelyn. Ella no tenía idea de que su locación ya no era un secreto.

En ese momento, la voz de Liam diciendo "hola" interrumpió la conversación. El desconcierto de Evelyn creció. Él le dedicó una mirada especial a Hazel. Ella no se la retribuyó.

Antes de que comenzara la ceremonia, su prima la tomó del brazo y le preguntó al oído qué estaba ocurriendo.

–Mi madre aprecia mucho a Liam y no quiso dejarlo fuera de la boda –explicó.

–¿Te estás reconciliando con él?

–No. Estoy en una relación con Max.

–¡¿Con Max?! –exclamó Evelyn, demasiado fuerte para una iglesia–. ¿Y las turistas?

–¿Para qué necesitaría turistas si existo yo?

Debieron callar porque comenzó la ceremonia.

Evelyn se moría por seguir obteniendo información de su prima, pero en la fiesta les tocaron mesas separadas.

Por supuesto, Adeline sentó a Liam con los parientes directos de los novios, como si todavía fuera parte de la familia. Para colmo, junto a Hazel. Ella se concentró en conversar con los padres y la hermana de Frankie, ya sin preocuparse por su imagen. Reía con

soltura, aunque sus carcajadas fueran peculiares y llamativas, y bebió cuanto quiso.

Liam la invitó a bailar. Hazel se negó con amabilidad y fue al baño. Allí se reencontró con Evelyn y le pidió bailar a ella. Como su prima no había ido con su novio y quería seguir conversando, le dijo que sí enseguida.

Se divirtieron un rato mientras que Evelyn intentaba obtener información y Hazel se entretenía respondiendo sus preguntas de manera enigmática. En un momento, Evelyn le dijo que iba por un poco de agua y se alejó hacia su mesa. Hazel estaba a punto de volver a la suya cuando, a su espalda, resonó la voz de Liam.

–¡Por Dios, estás tan hermosa!

Giró sin poder creer lo que oía. En otro momento de su vida, hubiera experimentado mucha ira. Ya ni siquiera le provocaba un poco de frustración.

–No deberías decirme eso –respondió, muy tranquila–. Te dije que estoy en una relación con otra persona.

–Lo sé. Tu madre me lo contó. Pero eso no puede ir en serio.

Hazel miró a un costado para no reír y volvió a él, todavía más segura.

–Disculpa, voy a sentarme –determinó. Intentó caminar hacia la mesa. Él la tomó del brazo para retenerla.

–¿Podemos conversar como adultos?

–Siempre que no me toques –replicó ella. Liam la soltó de inmediato. Hazel volvió a su silla, tal como había anunciado.

Después de beber otra copa de vino, se dirigió al pasillo de ingreso al salón de fiestas del hotel para despejarse un poco. Unas amigas de Frankie salieron del baño conversando. Luego, el ambiente quedó en silencio. Solo se oía la música de la celebración a lo lejos. Había un enorme espejo, luces de colores y baldosas de color beige. Pensó que era un lugar muy bonito para tomarse una fotografía.

–Hazel –dijo Liam. Ella suspiró y se volvió hacia él una vez más–. ¿Podemos ir a tomar un café antes de que regreses a Queensland?

–Parece que no oyeras: te dije que salgo con otra persona. Y, hasta donde sé, tú también.

–Eso se terminó.

–Lo siento por ti. Ya conocerás a alguien con quien perdurar.

–Ya la conocí: tú.

–El problema es que yo ya no quiero perdurar contigo. Liam, te debo una disculpa: creo que nunca estuve tan enamorada de ti. Jamás debí aceptar que nos casáramos. Perdóname por haber sido egoísta.

La mirada de desconcierto de él fue similar a la de su madre la noche anterior.

–Hazel, no hables tonterías. Los dos estábamos enamorados cuando dimos ese paso.

–Sí, pero no tanto –replicó ella–. Aunque esté mal comparar, no puedo evitarlo. Siendo sincera, nunca me sentí contigo como con mi actual pareja. Lo lamento.

Él negó con la cabeza gacha. Extrajo un papel del bolsillo interno del saco, como si lo que ella decía no existiera.

–Regresaré a Atlanta el miércoles. Aquí tienes tu pasaje.

–Un momento –rio Hazel–. Devuélvelo, no lo necesito.

–Por favor, acéptalo. Si decides regresar a casa, te estaré esperando en el aeropuerto.

–No regresaré. Atlanta no es mi hogar. Es Australia. Es la granja. Es Max.

–Tan solo piénsalo –insistió él. Colocó el papel en sus manos y regresó al salón.

Hazel dejó escapar el aire, incapaz de creer lo que ocurría. Jamás hubiera imaginado que Liam en algún momento querría volver con ella.



30

Hazel disfrutó en la boda de su hermano. También en casa de sus padres al día siguiente. Su madre se hallaba tranquila; supuso que estaba al tanto de que Liam le había propuesto que regresara a Atlanta y tenía la esperanza de que aceptara. Lo comprobó en cuanto bajó con la maleta para partir el lunes y ella lució sorprendida.

–¿Ya te vas? –preguntó y se levantó del sofá en el que leía una novela.

–Te conté que mi vuelo partía hoy por la tarde.

En ese momento, Daniel salió de la cocina. Hazel le preguntó si podía llevarla al aeropuerto. Él miró a su esposa en espera de una reacción. Como no emitió un veredicto, respondió que lo haría. Hazel pensó que, probablemente, su padre siempre le hubiera consultado todo a su madre, solo que ella no se daba cuenta. No podía creer el nivel de poder y dominio que Adeline ejercía sobre todos.

Camino al aeropuerto, intentó conocer parte de la historia desde su mirada.

–¿Cómo conociste a mamá?

–Te lo hemos contado en varias ocasiones.

–Me refiero a tu versión. Como la abuela cuando relataba que conoció al abuelo en una feria de juegos. Parece de novela.

–Lo nuestro no fue tan especial. Yo trabajaba como empleado administrativo en una compañía de Sídney. Me trasladaron a Gold

Coast por un tiempo. Tu madre fue a hacer un trámite en nombre de sus padres, resolví su consulta y le pedí su número de teléfono. En aquella época, no podíamos comunicarnos al celular de la chica, teníamos que ser valientes y llamar a su casa. Recuerdo que la primera vez que lo hice atendió su madre. Por suerte, era muy simpática. O quizás notó que estaba nervioso y se apiadó de mí. –Su risa provocó ternura en Hazel.

–¿Crees que mamá vio en ti una manera de salir más rápido de la granja?

–¿Ella quería irse?

–Sí.

–No lo sé. La invité a una cafetería. Comenzamos a salir. Estuvimos de novios un año hasta que nos casamos y luego naciste tú.

–Mamá me contó una historia un poco diferente respecto de eso.

–¿Te lo dijo? ¡Vaya! Tiene que haber estado muy desesperada para hacerlo.

–Sí, todavía lo está. Es capaz de hacer cualquier cosa cuando las cosas no salen como ella espera.

–Tu madre no es mala. Solo es… controladora.

–¿Te parece que eso es bueno?

–No, pero te acostumbras.

–Fue muy triste para mí, me quitó muchas posibilidades. No quiero más de eso. Me apena que continúes por ese camino.

–Somos mayores, ¿qué ganaríamos divorciándonos? Me enamoré de ella y la amaré siempre.

Hazel dejó de insistir o se le partiría el corazón. Sin duda había heredado la sensibilidad de él.

Descendió en el aeropuerto, se despidió de su padre con un abrazo y se marchó mirándolo de a ratos mientras avanzaba hacia los puestos de registro.

Viendo su figura alta y delgada, con el cabello canoso y la mirada bondadosa, sintió que los ojos se le humedecían. Tenía claro que su padre no era libre desde que estaba con Adeline, pero al parecer lo había hecho feliz que una mujer como ella lo escogiera, sin importar la razón. Nada le quitaba de la cabeza que su madre había hallado

en Daniel una posibilidad de huir más rápido de un lugar que aborrecía. Y durante un noviazgo con el que solo pretendía escapar de la granja, ocurrió el embarazo.

Se reencontró con Max en el aeropuerto de Gold Coast. Estaba contenta de verlo, sin embargo, como lo había pasado bastante bien en Sídney, le costó reincorporarse a la dimensión de Queensland. Llevaba viviendo allí unos meses, en cambio había pasado muchos años en la ciudad de sus padres y otros tantos en Estados Unidos.

Mientras Max guardaba la maleta en el asiento trasero de la camioneta, Hazel se quedó de pie a su lado y comenzó a contarle de la boda. Él dio la vuelta al vehículo para ubicarse del lado del conductor. Ella abrió la puerta para subir al suyo. No pudo sentarse: había un pequeño ramo de flores en la butaca. Rio, un poco nerviosa, y lo miró en cuanto él ocupó el volante.

–¿Y esto? –preguntó.

–Son para ti. Te prometí que te obsequiaría unas nuevas.

–Te dije que no necesito flores.

–Lo sé. Solo quería dártelas.

Las recogió y se sentó con ellas. Miró a Max con una sonrisa.

–Gracias –susurró y lo besó en la mejilla.

En ese momento, él pensó que Hazel le había dicho que no necesitaba flores ni palabras bonitas, pero se veía muy ilusionada con ellas. Casi tanto como cuando tenía diecisiete años.

Al llegar a la casa, subió la maleta a la habitación mientras que Hazel colocaba el ramo en un florero. Lo dejó sobre la mesa del comedor y se reencontró con él en las escaleras.

–¿A dónde vas con tanta prisa? –preguntó, arrugándole la camisa.

–Tengo que seguir trabajando. Pero te prometo que prepararé la cena.

–No tardes. Te espero.

Una vez que Max se fue, se dirigió al dormitorio. Al ver a la gata durmiendo sobre la cama, se abalanzó sobre ella para tocarla y besarla. La mascota la observó con expresión de disgusto, pero al menos no la atacó. Estaba aprendiendo a ser más sociable.

Desarmó la maleta y puso la ropa a lavar. Antes de guardar el bolso delicado que había llevado a la fiesta, lo vació sobre la

cómoda. Entonces volvió a ver el papel que Liam le había entregado con la reserva de su vuelo a Atlanta.

Respiró hondo, recordando las flores que estaban en el comedor. Las imaginó en una mano y el pasaje, en la otra. Una vez más estaba frente a dos caminos muy distintos. El que la llevaba a Liam le ofrecía comodidades, incluso ciertos lujos. El que implicaba a Max, muchos sacrificios, pero también libertad y la dicha de amar y ser amada. Su madre había hecho todo lo posible para que temiera equivocarse. Aun así, no dudó en romper el pasaje. Lo arrojó al cesto de basura de la cocina.

Descansó un rato y luego revisó los correos electrónicos de la finca. Ordenó recibos, anotó ingresos y egresos de dinero y se ocupó de las demás cuestiones administrativas que se habían atrasado por su ausencia.

Max regresó al anochecer. Ya había pasado por la cabaña, donde se había duchado y mudado de ropa. Enseguida comenzó a preparar la comida. Hazel lo abrazó por la espalda. Giró y se besaron. Ella sonrió con una expresión relajada y se alejó para poner la vajilla sobre la mesa.

Cuando terminó de pelar zanahorias, Max pisó la palanca del cesto de basura para que se abriera. Divisó en el interior un pasaje aéreo. Aunque no tenía intención de leerlo, fue inevitable que viera que no se trataba del boleto que ella había utilizado para volar a Sídney o a Gold Coast, sino de uno a Atlanta. Extrajo las dos partes con cuidado y arrojó los restos de verdura.

–Hazel –dijo. Se miraron–. ¿Qué es esto?

–¿Por qué lo extrajiste del cesto? ¿Estás revisando mi basura?

–No. Tan solo lo vi. ¿Por qué te molestas? Solo te pregunté qué era.

–Sabes qué es.

–Sí, pero me refiero a por qué lo tienes y está a tu nombre.

–Liam me lo dio.

–¿Quiere volver contigo?

–Sí.

–¿Y tú?

Hazel rio, molesta.

–¿Crees que si quisiera volver con mi ex, estaría aquí, abrazándote y besándote?

–No lo sé. Tal vez deberías.

–¿Debería qué?

–Regresar a Atlanta.

–¿Es broma? –replicó ella, desconcertada–. ¿Por qué me dices eso?

–Supongo que extrañas ciertas cosas.

–Vete a la mierda, Max.

Se aproximó más furiosa que la gata cuando los perros querían jugar con ella, le arrancó los trozos de papel de las manos y volvió a depositarlos en el cesto. A continuación, cerró la bolsa y la sacó de la casa.

Cuando regresó, Max la esperaba en el comedor.

–No entiendo por qué te enojaste –soltó.

–Estás empujándome a un avión que no me interesa abordar, tal como hace mi madre. Parecería que lo nuestro te importara un rábano.

–Sí me importa.

–Sin embargo, te resulta muy sencillo sugerirme que debería regresar a Estados Unidos. Eres la única persona que conozco que impulsaría a alguien que se supone que quiere a su lado a que se vaya.

Él se quedó callado, mirándola. Hazel entendió el motivo con tanta claridad que se sorprendió de cuánto lo conocía aun sin saber casi nada: la razón para alejarla era él mismo. Por algún motivo, Max nunca se sentía en paz ni terminaba de creer que su relación fuera en serio.

Suspiró para cambiar de estrategia.

–Hay algo que extraño demasiado de mi vida en Sídney y en Atlanta –dijo–. El microondas. ¿Crees que podamos comprar uno alguna vez?

La confusión hizo presa de él por un momento. Solía ser bastante hermético en cuanto a sus emociones, pero a cada instante que Hazel pasaba a su lado, se hacían más evidentes para ella.

–Sí, claro –respondió.

–Gracias. Siempre olvido extraer del congelador lo que quiero comer.

Se aproximó al refrigerador para buscar agua y continuó hablando de las bondades de adquirir un microondas.

Aunque procuró ignorar la pequeña discusión que habían tenido, no fue fácil. Esa noche, Max se fue a la cabaña en cuanto terminaron de cenar y ella se acostó sabiendo que le costaría dormir. No dejaba de preguntarse las razones por las que él se comportaba de forma tan contradictoria y hasta cuándo se relacionarían de esa manera. Max le había advertido que era una persona complicada y, en un principio, ella creyó que exageraba. Al parecer, era cierto.

A la mañana siguiente, fueron juntos a trabajar. Max le comentó que su hermana iría a almorzar el domingo y la invitó a comer con ellos. Hazel aceptó. Eso, sumado a la hora y media que pasó enseñándole piano a Sonny, mejoraron su humor. Esa noche sí hubo sexo, aunque Max se fue a la madrugada en lugar de quedarse a dormir con ella.

El miércoles, mientras almorzaban bajo la sombra de un árbol, su teléfono vibró. Al descubrir que se trataba de su madre, ignoró la llamada. Adeline hizo otro intento. Temiendo que hubiera ocurrido algo con su padre o en la luna de miel de su hermano, se alejó para responder.

–Liam me llamó antes del despegue: no apareciste por el aeropuerto –dijo la mujer–. Tenía la esperanza de que lo hicieras. Al parecer, insistes con permanecer en esa finca.

–¿Me llamaste para esto? Mamá, estoy trabajando.

–Hazel, he estado investigando a ese hombre con el que compartes cada día. Puede que esté ocultando algo muy serio.

–No tengo tiempo para esto. ¿Podemos hablar en otro momento?

–Ten cuidado, te lo ruego.

–No quiero que hablemos más de Max. ¿Sabes algo de Lachlan? ¿Cómo lo están pasando con Frankie en Bora Bora? ¿Cómo se encuentra papá?

–Ese hombre te romperá el corazón.

–Si de eso se trata, no te preocupes: yo se lo rompí primero.

–¡Despierta! Él no tiene alma. Solo espero no llegar tarde.

Hazel rio, sin fuerzas para seguir discutiendo.

–Lo siento, se escucha mal. Me encuentro en campo abierto y creo que estoy perdiendo señal. Te llamo más tarde. –Y cortó.

Ya sabía que Max ocultaba algo muy serio, no necesitaba que su madre se lo advirtiera.

El viernes a la noche, recibió otra llamada de ella mientras le servía comida a la gata.

–Hazel, tienes que leer lo que te enviaré por mensajería. ¡Te lo ruego! Es imperioso que salgas de esa finca.

–Mamá, por favor. Te pedí que no mencionaras más a Max. ¿Por qué siento que cuando te pido algo pasa una mosca? ¡No lo registras! ¿Acaso hablo en chino?

–Tan solo léelo, me costó mucho dinero y trabajo conseguirlo. Te envié las copias originales, para que no pienses que es un invento mío.

–Está bien. Envíame lo que quieras, lo abriré cuando pueda.

–¡Tiene que ser ahora mismo! Compraré un pasaje para ti. Deberías llegar a Sídney en unas horas.

–No insistas o jamás lo abriré.

–Entonces no me dejarás más opción que ir con la policía.

–Detente, te lo suplico. Estoy perdiendo la paciencia.

–¡Y a mí ya no me queda calma! Tan solo léelo.

Esa vez, fue su madre la que cortó la llamada.

Hazel terminó de alimentar a Honey mientras oía el sonido del mensaje. Se lavó las manos, las secó con un trapo de cocina y recogió el teléfono de la encimera. Abrió el canal de mensajería: su madre le había enviado un archivo que se titulaba nada más ni nada menos que “Max Turner”.

Respiró hondo y lo abrió. Lo leyó con cuidado, desde la primera hasta la última palabra. Cuando terminó, tenía un nudo en la garganta.

Alzó la mirada y observó por la ventana. Desde allí podía ver la cabaña y una luz tenue encendida adentro. Max debía de estar en ella.

Sintió miedo, no podía negarlo. Pero también mucho dolor y angustia.

Tenía toda la noche para pensar qué haría.



31

Mientras desayunaba, tocó un pétalo de una de las flores que Max le había regalado. Se cayó solo con el roce de su dedo. Sentía que, de la misma manera, se derrumbaba todo lo que había construido: años de fantasías e ilusiones que nada tenían que ver con la vida real. Había habitado una caja de cristal y, ahora que se había hecho añicos, los trozos se le clavaban en el pecho.

Cuando revisó el celular encontró mensajes de su madre. Le preguntaba si había leído el informe, insistía con que debía abandonar la finca y hasta le había enviado el número de reserva de un vuelo que salía en dos horas. Lo canceló antes de que fuera demasiado tarde y le escribió un mensaje.

> Te prometo que lo resolveré, pero será a mi manera. Ni se te ocurra venir con la policía. ¿Cuál sería motivo? Por favor, no seamos ridículas.

Su madre aceptó tras hacerle más advertencias.

Después de ocuparse de los asuntos administrativos, fue a la cabaña como cada día. Se reencontró con Max cerca de la camioneta y le preguntó qué harían. Intentaba actuar con normalidad, sin embargo, le resultaba imposible volver a verlo de la misma manera.

Lo observó mucho tiempo, insegura acerca de cómo iniciar la conversación que le interesaba. Ni siquiera se atrevió mientras almorzaban; permaneció absorta en una especie de tristeza.

–¿Estás bien? –preguntó él mientras abría otra soda para ella. Hazel asintió con una sonrisa tímida.

Se atrevió por la tarde, mientras terminaban de encerrar a las ovejas en el corral ante una inminente tormenta.

–Max –dijo con voz suave. Él la miró–. Necesito hacerte una pregunta.

–¿Por qué no la hiciste antes? Estuviste todo el día silenciosa, con esa expresión sombría, solo por contener una pregunta.

–En realidad es más que eso. –Aunque se puso muy nerviosa, siguió adelante–. Mi madre me hizo llegar una información acerca de ti. Es algo bastante serio. Pero creo que, detrás de esos hechos, debe haber una historia. Quisiera escucharla.

Notó la rigidez de Max en cada músculo. De pronto, en lugar de abrirse, se cerró como el día poblado de nubes grises.

–¿Cuáles son los hechos? –preguntó él de manera muy directa.

Los labios de Hazel temblaron; se sentía angustiada de solo pronunciar las frases que había leído.

–En palabras simples, que casi mataste a alguien, que una pericia psicológica determinó que tenías problemas para controlar la ira, entre otras cuestiones, y que por ese motivo pasaste nueve meses en un centro de detención juvenil. El "colegio militar", supongo.

Max bajó la cabeza y miró hacia un costado. Hazel notó que sus labios estaban apretados. Supuso que se había puesto nervioso o que estaba asustado. Tal vez se encontrara molesto. Era imposible dilucidarlo porque nunca lo había visto de esa manera.

–Es correcto. Eso fue exactamente lo que ocurrió –aseguró. Hazel enarcó las cejas.

–Entiendo, pero creo que debe haber algo más. Necesito conocer tu versión.

–No hay otra versión. Ocurrió justo así.

Hazel rio, indignada.

–"Ocurrió justo así" –repitió–. Sí, claro. Debí suponer que esa sería tu respuesta.

–Deberías irte.

–¿Irme? ¿A dónde?

–De aquí. Tienes un pasaje a Atlanta esperándote. Imagino que lo cancelaste y lo dejaste abierto para usarlo en otro momento o que te comprarían uno nuevo si lo pidieras.

La indignación de Hazel creció hasta hacerle perder la paciencia.

–Mejor cállate. "Ocurrió justo así" –ironizó y se echó a caminar.

–¿A dónde vas? –preguntó él. Ella se dio la vuelta para mirarlo sin dejar de moverse.

–¡A Atlanta!

–¿Necesitas que te lleve al aeropuerto?

–¡Si serás imbécil! –gritó, ya a unos metros–. Me iré en tus sueños. ¿Escuchaste? ¡En tus sueños! Si quieres que rompamos esta relación, tendrás que hacerlo tú. ¡Cobarde!

–¿Entonces vas a la casa?

–¡Claro que voy a la casa! No me quedaré aquí a escuchar tonterías.

–Deja que te lleve. Estamos lejos y va a llover.

–¡No me molestes! No quiero verte hasta el domingo cuando almorcemos con tu hermana –replicó, enojada, y giró para seguir su rumbo.

Aunque, en efecto, comenzó a llover antes de que llegara a la casa, Max no apareció con la camioneta para llevarla. Lo peor era que, seguramente, no lo hacía creyendo que lo mejor para ella era que él se mantuviera lejos. Podría haberse enojado porque su madre hubiera revuelto su pasado, pero no. "Ocurrió justo así". *¡Ja!*, pensó Hazel, todavía más molesta. Lidiar con los problemas de comunicación de Max le estaba resultando muy difícil.

No cometió el mismo error de la vez en que se había resfriado. Al llegar a la casa, se duchó y se mudó de ropa. Mientras ponía la otra a lavar, sonó el celular. Aunque no sentía deseos de hablar con su madre, la atendió para evitar que olvidara que había aceptado que ella se ocuparía de Max.

–¿Y? –preguntó Adeline–. No entiendo por qué todavía no estás de camino a Sídney.

–No lo estaré.

–¡¿Qué?!

–Lo que oyes.

–¡Me dijiste que lo resolverías!

–Lo haré. Pero eso no implica que regrese a tu casa y mucho menos a la de Liam.

–¿Entonces? Me gustaría entender.

–Mamá, es hora de que dejes ir a la hija de tus sueños. Jamás lo seré. Sería bueno que ya no desperdiciaras energía intentando transformarme en una pequeña tú y que la ocuparas en algo que te hiciera bien.

–Esto no se trata de mí, sino de tu seguridad.

–No te preocupes, Max jamás me lastimaría.

–¿Cómo lo sabes? Perdona, pero me resulta más imposible que nunca confiar en él.

–Entonces confía en mí.

Le costó convencer a su madre. Sin embargo, como continuó asegurando que se ocuparía del asunto, al final Adeline lo dejó en sus manos.

Por supuesto que se ocuparía. No podía convivir con una información de esa magnitud sin entenderla en profundidad. Si bien, al parecer, era cierta, no encajaba con el hombre que conocía, ni siquiera con el chico que Max había sido. Recordó la vez que la defendió de un ladrón en la playa y que lo dejó inconsciente de un solo golpe. Padeció un escalofrío que sofocó enseguida cuando la gata maulló para que la alimentara. Era la única vez que lo había visto actuar con violencia y existía un motivo más que relevante. No entraría en pánico.

Cumplió con su palabra de no aparecer en la cabaña. Max tampoco fue a buscarla hasta el domingo a la mañana, cuando golpeó a la puerta.

–Perdona –dijo–. ¿Recuerdas que hoy viene mi hermana?

–Ajá.

–Vine para preparar el almuerzo. No puedo llevarla a la cabaña y, además, estás invitada. Si todavía quieres quedarte…

–Por supuesto. Jamás rechacé la invitación. Pasa.

Le costaba mantenerse en esa posición rígida. Lo hizo solo porque no cedería hasta que él accediera a comunicarse. Ella se esforzaba a diario para cambiar sus defectos. Le constaba que él también lo hacía, pero necesitaba que mejorara aún más en la cuestión del diálogo. Si eran una pareja, quería sentir que Max confiaba en ella, por más difícil que le resultara recordar asuntos dolorosos. No le pedía que lo hiciera siempre, solo esa vez. Una oportunidad le bastaba para comprenderlo mejor.

Hazel no lo sabía, pero a Max también le costaba mantenerse alejado. Lo hacía solo porque pensaba que ella debía estar horrorizada y que, si había alzado un muro entre ambos, ya no quería que hubiera tanta confianza. Era lógico: ¿quién no se asustaría si se relacionaba a diario con alguien como él? Sabía que, tarde o temprano, ocurriría.

Cuando Chelsea llegó, estaba revolviendo una cacerola con salsa de tomates. Le preguntó a Hazel si podía abrir en su lugar. Ella hizo a un lado la botella de vino que estaba descorchando y acudió a la puerta.

–¡Hola! –exclamó la chica, sonriente. Tenía toda la luz y la alegría que a Max le faltaban.

–¡Hola! –respondió Hazel de la misma manera–. Estoy encantada de volver a verte en una circunstancia menos vergonzosa para mí. –Las dos rieron.

Mientras almorzaban, Chelsea les contó muchas cosas sobre la cocina del hotel que dirigía, su pareja y un viaje relámpago que harían. La concentración con que Max la escuchaba se ganó la atención de Hazel. Pensó en el pequeño colgante que él llevaba en el cuello, donde el nombre de su hermana estaba grabado en un rollito de papel, y recordó que le había contado que se lo quitaron en el "colegio militar". "Estaba prohibido tener objetos personales". Sintió un escalofrío al recordar esas palabras y al pensar en cuánto debió haber sufrido.

–Disculpen –dijo de pronto, extrayendo el celular del bolsillo, y se dirigió a un lugar donde pudiera atender una llamada en privado.

No había una. Tan solo dejó pasar un momento y regresó al comedor.

–Max, una vecina llamó. Dice que pasó por la zona oeste de nuestro campo y que vio a una yegua pariendo en problemas.

–Es imposible, no tenemos una yegua preñada en este momento –replicó él con el ceño fruncido.

–Eso dijo –aseguró Hazel, encogiéndose de hombros.

–De acuerdo. Iré a ver. ¿Te aclaró dónde se encuentra exactamente? –Hazel negó con la cabeza. Él se puso de pie–. Enseguida regreso.

Mientras Max salía de la casa, Hazel hizo cálculos mentales: supuso que hasta que buscara la llave de la camioneta en la cabaña, recorriera el campo en busca de la yegua parturienta y regresara para decirles que no la había encontrado, tendrían al menos veinte minutos.

Sonrió a Chelsea. Chelsea le sonrió de regreso.

–No sé si te diste cuenta, pero lo de la yegua es mentira –dijo de forma apresurada. Chelsea rio.

–No. ¿Por qué mentirías? –indagó, sorprendida. Hazel se sentó frente a ella, donde antes estaba Max.

–Verás… No tienes que responder, pero no puedo dejarte ir sin hacerte una pregunta. Lamento si sueno entrometida o fastidiosa. De verdad no es mi intención que…

–Ya. ¿Qué sucede? –la interrumpió Chelsea.

A pesar de los nervios, Hazel arremetió:

–Me enteré de algunas cosas sobre tu hermano, pero cuando le pedí que me diera su versión de los hechos, se negó. Sé que hay una. Esperaba que tú me la contaras.

La expresión divertida de Chelsea cambió de pronto. Hazel notó su temor y preocupación, y se puso todavía más tensa.

–Entiendo –respondió la chica con voz suave–. Imagino de qué te enteraste. Yo también creo que deberías saber la verdad. Si se negó a contártela, fue por mí.

–¿Por ti? –replicó Hazel con el ceño fruncido.

–Te la contaré siempre que me prometas que jamás le dirás a mi hermano que yo sé la historia completa. Si se enterara, sentiría que todo lo que soportó fue en vano. Antes de morir, mi madre me confesó lo que él siempre ocultó.

»Nuestro padre era un hombre alcohólico y abusivo. Solía maltratarnos de forma verbal y física. En especial a Max, porque desde que cumplió once años, él lo enfrentaba, muchas veces para que mi madre y yo no recibiéramos golpes. Lo castigaba de muchas maneras. Por ejemplo, recuerdo verlo sentado en el patio de casa durante horas, sin importar si llovía, si hacía frío o calor. Sé que eso lo debe haber marcado, porque es una actitud que repitió durante años cada vez que se sentía triste o frustrado, aunque mi padre ya no viviera con nosotros.

»Una vez, cuando él tenía trece años, nuestro padre le dio una golpiza tan dura que casi lo mató. Nuestra madre era una mujer muy buena, pero no tenía educación. Supongo que eso la hizo más vulnerable. Sin embargo, esa vez fue tan terrible que se armó de coraje, nos llevó al hospital para que atendieran a mi hermano y pidió ayuda.

»Vivimos en un refugio para personas sin hogar durante meses. Mi padre tenía una restricción perimetral, pero temíamos que la rompiera y que nos encontrara. Era difícil que el gobierno le consiguiera un empleo a mi madre si ella no tenía estudios y, además, cargaba con dos hijos. En especial, a los posibles empleadores les preocupaba que uno de ellos fuera un varón adolescente.

»Después de un tiempo, una familia nos aceptó en su casa en Canberra. Este es el punto secreto de la historia, ese que él intentó proteger durante años. En esa casa vivían dos chicos, más o menos de la edad de Max. Él tenía quince años. Yo, doce. Mi madre me contó que uno de esos chicos me espió desnuda en el baño y que Max lo atrapó. No quiso contármelo porque tenía miedo de cómo podría afectarme.

»Al día siguiente, ese chico con sus amigos lo atacaron en una parada de autobús. Max se defendió, pero en un punto perdió el control. Soportamos muchas humillaciones en esa casa. Además, lo de mi padre lo marcó. El punto es que la justicia determinó en él varias actitudes que podían repetirse, como la falta de control de la ira. Sugirieron que, para reeducarse, debía pasar nueve meses en un

instituto para menores. Es un eufemismo para lo que conocemos como una prisión para jóvenes o un reformatorio.

»Por supuesto, Max nunca declaró que había encontrado a uno de esos chicos espiándome. Además, la familia era rica e influyente. Por eso creo que el informe que lo llevó a ese instituto era impreciso y tendencioso. Pero mi hermano se lo creyó y no hubo manera de cambiar la idea que se hizo de sí mismo, guiado por la posibilidad de haber heredado la personalidad de nuestro padre.

»Mientras él estaba ahí, el gobierno le consiguió a mi madre un empleo aquí, en Gold Coast, y nos mudamos. No sé qué ocurrió en ese lugar donde Max se quedó, mi hermano nunca habla de eso, pero cuando regresó, ya no era el mismo. Era callado, serio, solitario… Había perdido la ilusión y la alegría.

»Max siempre se llevó la peor parte de todo: la ira de nuestro padre, la estadía en el instituto, hasta lo más tonto, como el plato con menos comida cuando vivíamos en esa casa de ricos y, paradójicamente, no teníamos dinero ni para los útiles escolares.

»Hazel, sé que todo esto debe ser muy difícil de aceptar y lo entiendo. De verdad. Si yo estuviera en tu lugar, me asustaría y desconfiaría. Mi hermano tampoco colabora para que eso no suceda. Apuesto a que te aleja, hace muchos silencios o, por el contrario, dice cosas que lo hacen quedar mal. Por ejemplo, que no quiere compromisos, que él no es una persona conveniente, que su amor no es precisamente un premio… No es verdad. Él cree que sí, pero no. Es una buena persona. Pondría mis manos en el fuego por eso.

»Créeme: su amor es inmenso y maravilloso. Haría lo que fuera por la persona que ama. Lo sé, lo he vivido. Y te ama. Por eso solo te pido que, si vas a dejarlo por todo esto o por su personalidad compleja, lo cual es aceptable y lógico… Hazlo con gentileza. Por favor, sé buena cuando termines la relación. No rompas su corazón. Ya está muy roto.

Hazel se humedeció los labios. Movía las piernas debajo de la mesa, esforzándose para contener el llanto.

–Claro. Gracias. Necesitaba conocer esta versión de la historia.

–Por supuesto.

El ruido de la camioneta acalló sus voces. En menos de un minuto, Max entró mientras guardaba la llave en el bolsillo.

–Tal como sospechaba: todas nuestras yeguas están en perfectas condiciones. Ninguna pariendo –informó. Hazel suspiró a la vez que se ponía de pie.

–Qué vecina tonta. Debe de haberse confundido con otro campo.

–¿Quién fue? La llamaré para avisarle. Deberíamos comunicarnos con la persona correcta para que el animal no muera.

–No te preocupes, yo lo hago; por su culpa, ya perdiste mucho tiempo para estar con tu hermana. Los dejaré solos para que puedan conversar de sus asuntos –dijo con amabilidad–. Fue un placer, Chelsea.

–Igualmente.

Por suerte, las dos lograron ocultar sus emociones cuando se saludaron.

Hazel se arrepintió de haber salido tan deprisa. No había recogido un abrigo y afuera hacía frío. Justo cuando estaba a punto de liberar las lágrimas, debió contenerlas de nuevo porque Max la llamó a su espalda. Giró fingiendo una expresión relajada. Se cruzó de brazos para paliar el frío mientras él se aproximaba.

–¿Vas a la cabaña? –preguntó.

–Sí.

–Está bastante desordenada. ¿Por qué no te quedas con nosotros?

–No me gusta sentirme una entrometida.

–¿Por qué crees que lo serías? ¿Ocurrió algo mientras yo no estaba?

–¿Qué podría ocurrir? Tu hermana es muy buena y simpática. Me explicó unas recetas como si yo fuera una gran cocinera. No quise romperle la ilusión y asentí como si entendiera –rio.

–De acuerdo. Si te sientas o acuestas, no olvides revisar el camastro.

–No lo olvidaré, gracias. Que se diviertan.

Se volvió creyendo que finalmente podría dar rienda suelta a sus emociones.

–Hazel –pronunció Max con voz suave.

–¿Sí? –indagó ella, mirándolo de nuevo.

–¿Me permites besarte?

–Claro.

Fue el beso más duro de su vida. No sintió pasión ni alegría mientras se lo daban, sino una profunda tristeza.

Apenas cerró la puerta de la cabaña, se echó a llorar como si todo lo que acababa de contarle Chelsea le hubiera ocurrido a ella misma.

Logró llegar hasta el camastro, lo revisó y se acurrucó sobre él. Apretó la almohada encadenando palabras y hechos.

"Mi padre tenía una restricción perimetral, pero temíamos que la rompiera y que nos encontrara". Por eso Max, a sus dieciocho años, le dijo que tenía miedo de que alguien lo hallara. Ese alguien ahora tenía nombre: era su padre.

La familia que los aceptó en Canberra y el trabajo que consiguió su madre en Gold Coast explicaban las mudanzas.

"Soportamos muchas humillaciones en esa casa", "vivíamos en esa casa de ricos y, paradójicamente, no teníamos dinero ni para los útiles escolares". Comprendió qué fragmento de su pasado le recordaba su madre a Max y por qué lo hacía sentir tan mal, y maldijo no tener una manera de cambiar a Adeline.

"Cuando regresó, ya no era el mismo. Era callado, serio, solitario… Había perdido la ilusión y la alegría". Por eso la gente lo veía así a los dieciocho años.

"Max siempre se llevó la peor parte". Seguía ocurriendo: bastaba saber que vivía en esa cabaña destruida cuando tenía el derecho de habitar la casa, y todo para dejársela a ella.

Las piezas del rompecabezas encajaron tan deprisa que no podía entender cómo alguna vez le había parecido que estaban desordenadas. Incluso creyó hallar la motivación de él para cuidarla en la playa cuando su prima la había dejado sola: el temor de que le ocurriera lo mismo que a su hermana con ese chico al que encontró espiándola.

Lloró tanto analizando las situaciones del pasado de Max y las que habían compartido juntos que se quedó sin lágrimas. Terminó en un estado de debilidad absoluta, con ardor en los ojos y las mejillas muy rojas. La caja de cristal continuaba rompiéndose. Lo peor era que no tenía cómo repararla. El mismo mundo que había sido muy

gentil con ella había maltratado de manera muy cruel a una persona que amaba. La desesperaba no saber cómo ayudarlo. Quería que fuera feliz y que sintiera ilusión, todo lo que su hermana decía que había perdido. Sería difícil si él tenía miedo y no se atrevía.

Sin darse cuenta, se quedó dormida.

Despertó, temerosa de que Max descubriera cuánto había llorado, cuando sintió su mano sobre la frente y oyó su voz.

–Hazel. ¿Te sientes mal? –consultó–. No me digas que otra vez no te mudaste de ropa después de mojarte con la lluvia.

–¿Tengo fiebre? –replicó ella y se tocó la frente también.

–No parece. Pero tus mejillas están muy rojas y tienes los ojos vidriosos.

–Ah. Eso es porque estoy muy cansada –mintió.

–De acuerdo. Te llevo a la casa, mi hermana ya se fue.

Hazel creyó que se refería a que fueran en la camioneta, aunque solo tuvieran que recorrer unos metros. En cuanto se sentó en el camastro, Max la cargó como cuando habían salido del hospital.

No tuvo fuerzas para negarse, ni siquiera al pensar que él estaría esforzándose para transportarla. Tampoco pudo evitar volver a pensar en las marcas de su espalda cuando lo abrazó para mantenerse firme.

Lo apretó con fuerza. *No te soltaré*, pensó. *Por favor, no sigas combatiendo contra ti mismo para que lo haga.*



32

Fue una noche difícil. Tenía mucho para resolver y pocas opciones que pudieran servir como solución.

Para empezar, no había forma de cambiar a su madre. Si quería cuidar a Max, tendría que mantenerla a raya todavía más que antes. Ahora que conocía la verdad, entendía por qué, para él, su maltrato podía representar tanto dolor, y no quería exponerlo a eso.

Tampoco se le ocurría una manera para que Max se liberara del peso que implicaba su pasado. Entendía que una parte del relato debía permanecer oculta porque él creía que su hermana la desconocía y, como el asunto la implicaba en algo muy personal, deseaba protegerla. Sin embargo, hubiera sido justo que le relatara lo demás en lugar de asumir hechos que lo hacían quedar de la peor manera. Para colmo, le sugirió que se fuera, como si su relación no le importara cuando sentía lo contrario. Recordó sus palabras: "No había podido disfrutar de algo por completo en mucho tiempo. Hasta que llegaron tú y los momentos que teníamos". Entonces, si ella le importaba, ¿por qué la alejaba? Seguro era una especie de mecanismo de autocastigo más sofisticado que sentarse durante horas a la intemperie aunque su padre ya no lo obligara a hacerlo.

No entendía por qué Max podía pensar que ella lo vería como a una mala persona. Por más que con sus palabras le hiciera creer eso, sus actos indicaban lo contrario. Reforzaba sus ideas ahora que

conocía la verdad de boca de su hermana y comprendía la razón de muchas de sus actitudes.

Dio vueltas a esos asuntos durante horas sin alcanzar una salida. Solo se le ocurrió una manera de que, al menos en lo que a ella respectaba, él no volviera a llevarse la peor parte nunca.

Por la mañana, desayunó deprisa y se dirigió a la cabaña sin hacer el trabajo administrativo. La camioneta todavía estaba en la puerta, así que Max tenía que hallarse adentro. Golpeó. Él le dio permiso para entrar.

No le sorprendió que no hubiera cerrado la puerta, nunca usaba la traba. El calentador estaba encendido y había una jarra metálica un poco deforme sobre el fuego. Por el aroma, dedujo que estaba preparando café para el desayuno.

Se hallaba sobre la cama, ajustándose las botas.

–Hola. ¿Qué ocurrió? –preguntó enseguida.

Hazel se aproximó y señaló el camastro de forma imprecisa.

–¿Puedo? –preguntó.

Max asintió, entendiendo que quería sentarse. En lugar de acomodarse a su lado, Hazel lo hizo sobre sus piernas. Cruzó las suyas por detrás de la cadera de él y pasó los brazos alrededor de su cuello. Max la abrazó por la cintura para que se sintiera más segura, ya que la posición podía demandarle cierto esfuerzo. Sonrió y le apartó un mechón de cabello que se había interpuesto delante de su ojo izquierdo.

–Si todo esto es para insistir con cuidar a los cerdos… –comenzó. Hazel lo interrumpió negando con la cabeza. Su coleta se movió, brindándole una vez más un aspecto irresistible.

–Estuve pensando –dijo y comenzó a acariciarle una mejilla mientras que, con la otra mano, le apretaba el hombro–. Desde ayer que estuviste en la casa por tu hermana y que yo pasé un rato en la cabaña después de mucho tiempo, no me siento bien con que vivas aquí. No sé por qué, si nuestra relación ya no es un secreto y pasamos juntos la mayor parte del día, alguno tiene que quedarse en este sitio cuando tenemos una vivienda que podemos compartir. Si no quieres que durmamos juntos, puedes utilizar la habitación a la que llevabas a las turistas cuando yo me mudé. El resto sí

tendríamos que compartirlo. De todos modos, tampoco entiendo por qué no querrías dormir conmigo. Tendrías a una chica abrazándote y a una gata calentándote los pies toda la noche –bromeó. La expresión seria de él, en cambio, se intensificó.

–¿Por qué me propones eso después de lo que te enteraste? Deberías hacer lo contrario.

Hazel lo miró con la cabeza ladeada. No se resignaba a convivir con esa manía de Max para hundirse a sí mismo.

–Decidí ignorarlo –determinó con seguridad–. Solo me quedaré con los hechos presentes y los que conocí de ti cuando tenías dieciocho años. A pesar de tus defectos, los que todos tenemos, esos actos son buenos, así que… –Se encogió de hombros.

–Me preocupa que veas el mundo con lentes de colores. Eso podría ponerte en peligro.

–Y a mí que solo lo mires con lentes oscuras. Pero no podemos cambiarnos el uno al otro, te acepto como eres y tú a mí. ¿Por qué tantas vueltas? ¿Estás asustado?

Max demoró un instante en responder.

–Sí.

–No te preocupes, tómate tu tiempo. Si esta noche, o cuando sea, sientes que es mejor una cama cómoda, una chica que te ama y una gata traicionera, me avisas.

Le dio un beso rápido en los labios y se retiró.

Trabajaron la mitad del día separados y la otra, juntos. No volvieron a referirse a los datos que había revelado Adeline ni a la propuesta de Hazel. Sus conversaciones giraron en torno de las actividades del día y de otras trivialidades, como lo que les había contado Chelsea durante su visita.

–¿Has estado en ese lugar al que tu hermana dijo que iría con su pareja? –consultó Hazel mientras guardaban las herramientas que habían estado utilizando.

–No. Es más bien una escapada romántica.

–Ah, y tú no eres romántico porque "no haces de novio". Para tu información, lo eres a veces sin darte cuenta –aseguró Hazel. Él rio.

–¿Eso crees? Veo que Liam dejó la vara muy baja. Suerte para mí.

–¿Puedes aceptar que diga algo bueno de ti sin interferir con un comentario negativo? Además, estás equivocado. Liam no dejó la vara baja: tú la dejaste demasiado alta cuando tenías dieciocho años.

Mientras terminaba de cerrar la caja de herramientas, Hazel percibió que Max tenía la mirada clavada en ella. Era imposible adivinar lo que pensaba. De pronto, él apoyó una mano en su mejilla y le acarició los labios con el pulgar. Ella lo miró. Encontró en sus ojos el amor más profundo y puro que había visto nunca. Estaba sucia y despeinada, sin embargo, se sintió la mujer más hermosa y valiosa del mundo. Creyó que él la besaría. En cambio, la abrazó. Entendió lo que ocurría sin necesidad de palabras: Max no tenía que agradecerle que lo eligiera. Estaba loco si pensaba que cometería el mismo error que a los diecisiete años. Siempre lo escogería.

Se despidieron cuando ella entró a la casa y él se fue a la cabaña. Hazel se duchó, cambió el agua de la gata, le sirvió alimento en la cubeta y se puso a preparar la cena.

Estaba pelando patatas cuando oyó la camioneta. Se preguntó a dónde iría Max tan tarde y alzó la cabeza para mirar por la ventana. Se lavó las manos y se dirigió a la puerta en cuanto se dio cuenta de que acababa de detenerse frente a la casa.

Abrió con un trapo de cocina en la mano. En ese momento, él estaba a punto de subir la escalera del porche con una maleta. Sus otras cosas estaban en la cajuela del vehículo.

Se detuvo. Se miraron. Hazel sonrió sintiendo la gloria de un pequeño gran triunfo. La intensidad que percibía en Max la excitó.

–Llegas justo para la cena –anunció–. Agregaré una patata. ¿Te ayudo con el equipaje?

–Yo me arreglo. Mejor continúa con la comida, me muero de hambre.

–Lo que ordenes, señor gato.

Regresó a la cocina sin poder creer que ahora fueran a vivir juntos. La contentó pensar que Max estaba esforzándose todavía más para vencer sus temores y aceptar que su relación podía ir en serio. No había que perseguir los instantes de felicidad e ilusión si los tenían al alcance de la mano.

Él acomodó sus objetos personales en diferentes partes de la casa: la habitación, los muebles de la sala, los baños. Aunque Hazel se moría de intriga por saber si había decidido dormir en la habitación de las turistas o en la suya, evitó subir las escaleras.

Lo llamó cuando la cena estuvo lista. Max bajó enseguida y se sentaron a la mesa. Conversaron sobre cuestiones de la granja y de unos vecinos sin hacer referencia a cuánto podían cambiar sus vidas a partir de ese momento. Si bien los dos estaban animados por la decisión que habían tomado, permitieron que el tiempo fluyera con naturalidad y lograron que se pareciera a tantas otras cenas que habían compartido.

Al terminar, él se puso a lavar la vajilla y ella fue al dormitorio. No halló rastros de las cosas de Max a simple vista. Por un instante, sintió la desilusión de que hubiera ocupado el otro cuarto. Procuró apartar ese sentimiento y conservar la felicidad de que hubiera aceptado compartir la casa. Eso era mucho más importante.

Se llevó una enorme sorpresa en cuanto abrió el armario y encontró su ropa. Revisó las gavetas: también había apartado un poco las de ella para acomodar las propias. El sistema de compartir cada espacio en lugar de delimitar los de cada uno no le pareció muy ordenado, pero comprendió que lo había hecho de esa manera porque eran los que solía ocupar cuando vivía allí y no quiso cambiar sus objetos de sitio sin consultar. No tocaría nada hasta que comenzaran a discutir porque él era muy desordenado y ella, perfeccionista. Entonces, le cedería las mejores gavetas, que para ella eran las de arriba, ya que no había que agacharse para buscar las prendas. Nunca más lo peor, lo mismo o mejor. Tenía un plan para casi todo.

Cuando Max entró al dormitorio, Hazel leía una novela de la biblioteca de su abuela en la cama. Él fue al baño del cuarto y cerró la puerta. Ella se levantó y le habló desde el otro lado.

–¿Puedo preguntarte algo? –indagó–. Supongo que tendremos que establecer reglas básicas de convivencia. Por ejemplo, ¿te molesta si entro al baño cuando tú lo estás ocupando?

–Depende de lo que esté haciendo.

–¿Si te estás duchando?

–No me molestaría.

–Bien. ¿Y si estás haciendo lo primero?

–Es un poco desagradable, pero tampoco me incomodaría.

–¿Lo segundo?

–Ni loco. No hay negociación con eso. Utiliza otro baño, hay tres en toda la casa.

–¿Y si necesito algo que solo está en este?

–Espera un rato.

–De acuerdo –aceptó ella, riendo–. ¿Y si te estás lavando los dientes?

–Para nada. Puedes entrar mientras hago eso, mientras me peino o me recorto la barba.

–Perfecto. Las mismas reglas aplican entonces para mí.

–¿Eso significa que me permitirás entrar mientras te estés recortando la barba?

Hazel volvió a reír.

–No hago nada que equivalga a eso. Me hice la depilación definitiva cuando vivía en Atlanta.

–Hazel.

–¿Mmm?

–¿Quieres entrar ahora?

–¿Por qué? ¿Qué estás haciendo?

–Iba a lavarme los dientes, pero ahora estoy esperándote.

–¿Para qué?

–Entra y lo sabrás. –Ella permaneció inmóvil, mirando la puerta con una sonrisa ilusionada y el corazón agitado–. ¿Por qué estás tardando tanto? Es fácil: haces lo primero que se te ocurra. Saltas sobre el chico o no. Simplemente así.

Recordar esas palabras que él le había dicho a los dieciocho años, cuando la invitó a nadar en el mar, le aceleró los latidos todavía más. Abrió con una emoción singular. Todo se transformó en excitación al hallarlo desnudo, sentado en la orilla de la bañera. Abrió la canilla con una mano, sin dejar de mirarla.

–Estás demasiado vestida para lo que haremos –comentó.

Hazel tenía puesto un camisón blanco de seda que apenas le cubría la mitad del muslo. Se lo quitó y lo dejó caer a un costado. La

mirada de Max devoró sus pechos sin reparos. Se apresuró a llegar a él con el deseo de que la caricia invisible se materializara.

Se sentó a horcajadas sobre sus piernas y lo abrazó. Él enredó los dedos en su pelo y se besaron con pasión. Tocó su cintura y sus pechos. Los besó y le acarició los pezones con la lengua. Hazel no pudo contener la agitación. Ni siquiera se dio cuenta de que el agua estaba un poco caliente cuando Max la introdujo en la bañera y le recostó la cabeza en la orilla.

Como estaban en el baño, hundidos en el agua, no hubo posibilidad de utilizar un condón.

–Max –susurró Hazel cuando ya estaban abrazados en la cama, desnudos–. Sé que te puede resultar difícil ser feliz, pero ¿lo eres conmigo, aunque sea por unos instantes, como cuando tenías dieciocho años?

Él le alzó la cabeza y la miró a los ojos para responder: –Más.

***

La convivencia resultó menos dificultosa de lo que Hazel imaginaba. Descubrió que Max no era tan descuidado en la casa como con las finanzas y que a ella ya no le importaba tanto el orden. Los dos se volvieron más despreocupados en muchos asuntos: el horario para levantarse, las obligaciones, la protección al hacer el amor.

Las veces que su madre la llamaba, Hazel hacía malabares para que Max no escuchara. Por suerte, siempre encontraba un sitio donde hablar sin exponerlo a las respuestas que tenía que ofrecerle a Adeline.

–Hazel, si no te ocupas del asunto, como prometiste, lo haré yo.

–Ya me ocupé.

–¿Cómo?

–A mi modo, como te dije que haría.

–Explícame.

–No es necesario. Te prometo que todo está bien. Eso es suficiente. Si tu preocupación es mi bienestar, quédate tranquila: soy más feliz de lo que alguna vez imaginé.

–¿Feliz? ¡Hazel! Estás siendo víctima de un engaño. Escúchame con atención: tengo un millón de razones por las que romper el contrato con ese hombre peligroso con el que te has involucrado. No lo quiero en mi granja y mucho menos en tu vida. Si persistes en esta actitud demencial…

–Mamá –la interrumpió Hazel con voz de hierro–. Si las amenazas serán el tono de nuestra conversación, que así sea. Ni siquiera pienses en romper ese contrato. Si tocas a Max, no volverás a verme en tu vida.

–No quiero seguir asociada a un exconvicto. Debí investigarlo mejor antes de aceptarlo en la sociedad. Estaba desesperada y jamás imaginé que pudiera ocultar algo tan grave. ¡Estuvo a punto de cometer un homicidio!

–¡Tenía quince años! La justicia no registra antecedentes penales a los menores de edad, ¿por qué lo harías tú? No tienes nada que decir de él, su trabajo es honesto e impecable. Y no tienes idea de por qué ocurrió lo que leíste en ese informe, así que evita juzgar.

–Ruego a Dios cada noche que no te lastime.

–Ruégale que te dé un corazón. Adiós.

Salió del escritorio fingiendo que nada ocurría, pero Max notó en su expresión que la comunicación con su madre no debía de haber sido buena. Le sirvió té y zumo de frutas. El silencio de Hazel mientras desayunaban confirmó sus sospechas.

–Quizás sería mejor que la próxima vez yo hablara con ella –propuso.

–No –replicó Hazel a secas.

–Siento que te estoy usando de escudo y los escudos se dañan cuando reciben tantos golpes. Este es uno que aprecio mucho como para perderlo.

–Ocúpate de repararlo y lustrarlo cada vez que puedas y todo marchará bien.

Esa semana, como tantas otras, cuando Remi retiró a Sonny de la clase de piano, le pidió a Hazel que se reunieran con Maya y Evelyn un viernes o un sábado para cenar y pasarlo bien.

–Hazel –susurró, aproximándose para que su hijo no oyera–. Evelyn dice que casi no respondes sus mensajes. Me preguntó a mí

si notaba algo extraño en tu comportamiento porque pensó que podías estar en problemas.

–¿Por qué lo estaría? No respondo porque no tengo tiempo.

–Parece que tu madre llamó a tu tío y le dijo algunas cosas serias sobre Max. Tiene miedo de que…

Hazel dejó escapar el aire de manera ruidosa.

–Mi madre puede decir lo que quiera. No tengo que desnudarme para que veas que nadie me maltrata de ninguna manera.

–Por favor, no te ofendas ni pienses que soy una entrometida. Solo quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas.

–Hagamos una cosa: cenemos en mi casa este sábado –determinó–. Tal vez, así, se queden tranquilas.

Tenía la esperanza de que la dosis de información de primera mano que pudieran recolectar solo con entrar a la casa y compartir un rato con ella sirviera para que el chisme que su madre había echado a correr perdiera fuerza.

Es noche, mientras Max y ella cenaban, le informó que el sábado se reuniría allí con su prima y sus amigas.

–Saldré con mis amigos para que puedan estar solas –propuso él–. Solo hay algo que me preocupa: ¿por qué no pareces contenta con eso?

Hazel suspiró. Le dolía por anticipado confesarle la razón.

–Mi madre le contó a mi tío lo que averiguó de ti, mi tío se lo dijo a Evelyn, Evelyn a Remi… Imagina cómo sigue la cadena.

–Está bien.

–¿"Está bien"? ¿Qué puede tener de bueno que la gente se entere de un asunto privado que te lastima y lo use para criticarte?

–Entonces, tú te pones como escudo una vez más y las invitas para intentar hacerme quedar bien. Eso no ocurrirá. Por suerte, existen en esta ciudad muchas otras personas a las que no les interesa mi pasado. Lamento que a la gente que te rodea sí.

–No termino de entender tu tono. ¿Te duele que hagan eso y te desquitas conmigo de manera sutil?

–No.

–Yo creo que sí.

Se levantó y se dirigió al dormitorio.

Max tardó tanto en ir que creyó que se autocastigaría durmiendo en la habitación de las turistas o, peor, en la cabaña. Para su sorpresa, apareció mientras ella leía un libro. Se sentó en la cama de espaldas.

–Tienes razón –dijo–. Duele. Pero no les debo nada. Ni al Estado, ni a la sociedad, ni a la persona con la que tuve el altercado. Tampoco a tu madre y, mucho menos, a tu prima y a sus amigas. No pretendía desquitarme contigo, te lo juro. Debe haber sonado así porque intentaba ocultar el dolor. Lo siento.

Hazel hizo el libro a un lado y lo abrazó por detrás. Estaba agradecida de que se hubiera esforzado para comunicarse en lugar de tomar cualquier otro camino dañino.

–Te amo –susurró.

Él giró y la besó.

–Y yo a ti –respondió.



33

El sábado, Hazel esperó a Evelyn y a sus amigas vestida con una blusa y un pantalón delicados. Cuando ellas llegaron en el automóvil de su prima, Max todavía no se había ido. Él le ofreció retirarse por la puerta del fondo.

–¡De ninguna manera! –replicó Hazel con seguridad.

–¿Por qué no?

–Esta es tu casa. Son ellas las que tienen que saludarte y respetarte.

–Eso no importa en este momento.

–¿Y en qué momento sí importaría?

Max guardó silencio.

Se puso un poco nervioso en cuanto las tres mujeres cruzaron la puerta. Las saludó. Ellas se sorprendieron de encontrarlo allí. Sin embargo, respondieron de la misma manera. Mientras él terminaba de alistarse, todas se sentaron a la mesa. Hazel les sirvió copas de vino y cuadrados de queso como entrada.

Antes de irse, Max se aproximó y les dijo adiós. Hazel alzó la cabeza en espera de un beso. Se sintió extraño de dárselo frente a su prima y sus amigas. No hacerlo habría sido más raro aún, así que se esforzó por imaginar que podía tener una vida normal y se despidió de ella como corresponde a cualquier pareja, sin importar lo que esas mujeres creyeran de él. Además, Hazel tenía un plan y,

aunque no creía que diera resultado, tampoco iba a arruinarlo adrede.

En cuanto se quedaron a solas, Maya comenzó a contar la historia de un alumno de su edad con el que estaba saliendo. Mientras cenaban, conversaron sobre sus trabajos, los hijos de Remi y hombres.

–Este está bien –dijo Maya con la cuarta copa de vino en la mano–. Pero jamás pude encontrar a otro que me sacudiera como el del año pasado.

–¿Y por qué no siguieron juntos? –consultó Evelyn.

–¿Te refieres a tener una relación? ¡Ni loca me ato a un único tipo de por vida! En alguna parte tiene que haber otro mejor, solo que no he podido encontrarlo aún. –Miró a Hazel–. ¿Qué tal Max?

–Como te habrás dado cuenta, no está disponible –respondió Hazel. Maya rio.

–No me refiero a eso y lo sabes. Tengo una teoría: ningún hombre es fiel. Si hasta el santito de Liam fue capaz de engañar a alguien como tú…

–Pues más vale que mi pareja lo sea o se arrepentirá –intervino Evelyn.

–Apostemos algo –propuso Maya–. Una salida en la que, quien pierda, pague las bebidas de todas.

–¿Cómo perderíamos? –consultó Remi.

–Nos subimos al auto, hacemos una recorrida y verificamos que nuestras parejas estén haciendo lo que nos dijeron que harían.

–¡Es una locura de adolescentes! –protestó Remi.

–¿No te parece un poco tóxico? –acotó Hazel.

–Entonces no estás segura de que Max te sea fiel. ¡Lo sabía!

–No dije eso. Pero Max no me controlaría; sería injusto que yo lo hiciera.

–Yo estoy de acuerdo. Divirtámonos un poco –intervino Evelyn.

–Yo no –opinó Remi–. Somos adultas. Eso sería actuar como adolescentes.

–Somos dos contra dos. Que lo defina la suerte –propuso Maya y extrajo una moneda del bolso–. Cara, vamos. Cruz, nos quedamos.

Arrojó la moneda al aire, la atrapó con la mano y la apoyó después de darla vuelta. Cara.

–Díganme que es una broma –soltó Remi.

–Tengo que averiguar dónde se encuentra Harrison; no me lo dijo –pronunció Evelyn y extrajo el celular. Le envió un mensaje de audio: "Hola, amor, estoy en la casa de mi prima con mis amigas. ¡Te extraño! ¿Qué haces tú?".

Hazel guardó silencio. Si bien no tenía ganas de actuar como una adolescente tóxica, pensó que la idea no era tan mala. Estaba segura de que Max se encontraba en el bar con sus amigos, tal como él le había dicho. Aunque había sido engañada una vez y la atemorizaba volver a quedar en esa posición, confiaba en que Max era la clase de persona que no se burlaría de ella, mucho menos con una infidelidad. A diferencia de otros hombres, no tenía una imagen que sostener. Era tan honesto que, si hubiera querido estar con otra, se lo habría mencionado. Si su prima y sus amigas comprobaban que, al menos en eso, él era sincero, quizás terminaran con el rumor que tanto podía dañarlo.

–¡Eres una tramposa! –protestó Remi, dirigiéndose a Maya. Fingió que bromeaba, pero Hazel la notó un poco nerviosa–. Tú solo tienes un vínculo sexual con un tipo que ni siquiera te importa. Somos nosotras las que estaremos traicionando la confianza de nuestras parejas.

–¡Es un juego, Remi! No lo tomes tan en serio –rio Maya.

–Dice que está en lo de su amigo Mason –comentó Evelyn, leyendo el mensaje que su novio le había enviado al teléfono–. ¿Vamos?

El primer sitio al que se dirigieron fue la casa de Mason. Evelyn descendió del vehículo, tocó el timbre y cuando el hombre abrió la puerta, le pidió hablar con Harrison para que las demás lo vieran desde el automóvil. Todas fueron testigos de la breve conversación que mantuvieron en la puerta. Para finalizar, Evelyn lo besó y regresó al coche.

–¿Qué excusa le pusiste para que saliera? –preguntó Maya, riendo.

–Le dije que justo pasamos por la puerta porque nos dirigíamos a un bar y que se me ocurrió saludarlo.

–¿Se lo creyó? –indagó Remi desde el asiento de atrás, el cual compartía con Hazel.

–No me importa –rio Evelyn–. Es tu turno.

Se dirigieron a la casa de Remi. Ella puso algunas excusas por las que no quería entrar, pero al final la presión de Maya y Evelyn fue más fuerte y aceptó.

–Si no lo harás salir de casa para que lo veamos, recuerda traer pruebas –solicitó Maya.

–No puedo decirle que iré a un bar con ustedes, no tenemos ese tipo de relación. Es mi esposo y se supone que soy una mujer, no una niña que hace tonterías –replicó Remi.

–¡No seas aburrida! –exclamó Evelyn–. Las mujeres también tenemos derecho a divertirnos.

Remi se fue negando con la cabeza. Una vez que entró a la casa, Hazel se asomó entre los asientos delanteros y se dirigió a Maya.

–Esto no se trata de Max ni del juego en sí mismo, sino de Remi, ¿verdad?

–Por supuesto –replicó Maya–. Es mi amiga y la quiero. Me duele que no tenga orgullo y permita que ese cretino la engañe.

–No sé si la manera de ayudarla sea enfrentándola a esa verdad y poniéndola en aprietos.

Maya giró en el asiento para mirarla.

–¿Crees que no he utilizado otras estrategias? Hablar, por ejemplo. Pero cuando una se entromete en asuntos de pareja, siempre queda mal parada. Espero que algún día se valore y lo mande al diablo.

Volvió a acomodarse en la butaca, mirando hacia la casa.

Hazel guardó silencio. Si bien no creía que Maya tuviera la solución al problema de Remi, sí le pareció que había cierta buena intención en sus acciones, a pesar de lo discutibles que fueran.

Remi regresó con una pequeña corrida hasta el coche.

–¿Y? –indagó Evelyn.

–Lo siento, dormía. Intenté tomar una fotografía, pero salía muy oscura. Si utilizaba el flash, lo despertaría. No traje pruebas, pero les aseguro que estaba en nuestro dormitorio.

Maya suspiró con los ojos en blanco. Hazel la vio por el espejo retrovisor que estaba de su lado.

–¿Y los niños? ¿No los tiene a cargo? –consultó.

–Están con la niñera.

–Bueno, entonces solo nos queda pasar por el bar –concluyó Evelyn y encendió el vehículo.

A medida que se iban acercando a donde Max le aseguró que se encontraría, Hazel sintió un nudo en el estómago. Olvidó todo lo que pensaba y sabía de él y recordó lo estúpida que había sido respecto de Liam. Jamás hubiera apostado a que la engañaría, sin embargo, lo hizo.

Evelyn estacionó y caminaron unos metros. Como dentro del bar había luces bajas y mucha gente, no alcanzaron a distinguir a Max. Aprovechando que algunas personas bebían y fumaban en la puerta, cruzaron la calle y se aproximaron a una ventana.

–Allí –señaló Evelyn–. Tercera mesa de la segunda hilera después del mostrador. ¡Ahí está Luca! ¿Se acuerdan de él?

–¿Quién es esa? –indagó Maya–. ¿Será una turista?

El corazón de Hazel se aceleró. En efecto, una chica muy bonita se aproximó a Max y él la miró desde la silla. *Por favor, que no sea una conquista. Que el karma no me haga verlo besándose con otra como él me vio con Liam hace quince años*, pensó. No solo porque eso le rompería el corazón, sino además porque los rumores sobre él se recrudecerían.

Recogió una botella de cerveza de la mesa, se la mostró a la chica y ella asintió, sonriente.

–Es la camarera –susurró y se permitió respirar después de eternos segundos sin aire.

–No lleva un uniforme ni una bandeja –cuestionó Evelyn.

–¿Para qué él le mostraría una botella de cerveza y ella asentiría si no fuera la camarera? –defendió Remi.

En menos de un minuto, comprobaron la teoría: la chica le llevó a Max otra botella, la destapó delante de sus ojos y se la entregó con otra sonrisa. Él le agradeció y siguió conversando con sus amigos.

–Punto para Max –bromeó Maya–. ¿Nos vamos?

–Yo pediré un taxi desde aquí –dijo Remi. Se la notaba incómoda desde que su amiga había tenido la brillante idea de enfrentarla con la realidad acerca de su esposo, como si ella no la conociera de sobra.

–Tienes razón, ¿para qué regresar a la granja si podemos irnos desde aquí? ¿Compartimos el taxi? –respondió Maya.

–Yo llevaré a Hazel en mi auto –propuso Evelyn.

–Está bien –replicó Hazel–. Yo también puedo tomar un taxi. Vamos hacia sitios diferentes, así que no se preocupen.

–¡De ninguna manera! –exclamó su prima–. No sería justo.

–En serio, vayan tranquilas.

Por supuesto, no tenía dinero para tomar un taxi, así que tan solo esperó durante una hora, sentada en el suelo junto a la camioneta del lado del que no se veía el bar.

Espió el celular cuando lo sintió vibrar: acababa de llegar un mensaje de Max.

Max
Hola. ¿Ya puedo regresar?

Hazel
Es tu casa, puedes regresar cuando quieras.

Max
No quiero interrumpir.

Hazel
Despídete de tus amigos, sal del bar y ve a la camioneta.

Max
¿Qué quieres decir?

Hazel
Si tu salida ya terminó, tan solo hazlo.

Pasó otro rato. Se levantó del suelo cuando oyó que la puerta del conductor se abría. Golpeó a la ventanilla del lado del acompañante

mientras Max se sentaba. Su expresión de desconcierto en cuanto la vio delató la emoción más notoria que le había conocido en todo ese tiempo.

Abrió la puerta y se sentó a su lado.

–Hazel, ¿estás bien? ¿Qué ocurrió? –preguntó él, asombrado.

–Es una larga historia. ¿Me llevarías a casa?

–Claro. Pero ¿qué haces aquí? ¿Dónde están tu prima y sus amigas?

–Te cuento en el camino.

Max encendió el motor y comenzó a andar. Se moría de la intriga.

–Intento entender, pero… Te ves bien –concluyó.

–Lo estoy. Lo pasé mejor que otras veces con ellas. Descubrí aspectos diferentes de su forma de ser. No son tan desagradables como parecen a veces.

–Me alegro. Entonces ¿por qué estabas sola frente al bar?

–Prométeme que no te molestarás.

–Me estás asustando.

–Mientras cenábamos comenzamos a hablar de hombres.

–Genial –ironizó él.

–¡Vamos! Ustedes también deben hablar de mujeres.

–La verdad es que no.

–¿Y de qué hablan?

–Deportes, política, trabajo, motocicletas…

–¿Ni una sola palabra de mujeres?

–No.

–Bueno, el punto es que Maya dijo que ninguno era fiel. Hicieron una apuesta. Terminamos recorriendo lugares para verificar que nuestras parejas estuvieran donde aseguraron que se encontrarían.

–¡¿Me seguiste al bar?!

–No por la razón que parece. Pensé que, si comprobaban que podías ser fiel, los rumores que esparció mi madre perderían credibilidad. Si el mito de que eres un conquistador de turistas ya no es cierto, ¿por qué lo sería lo otro?

–¡Hazel! ¿Cómo pudiste?

–¡Me prometiste que no te molestarías!

–No hice esa promesa. Me lo pediste y asumiste que cumpliría. Pero sí, me molesta. ¡Desconfías de mí!

–Ya te dije que no.

–Dime la verdad: ¿no tuviste miedo de que estuviera engañándote ni siquiera por un segundo? –Ella permaneció callada–. ¡Contéstame!

–Solo por un instante. Pero sabía que no.

–Entonces no hubieras aceptado hacer algo tan estúpido.

–Gracias por llamarme estúpida –se ofuscó ella y se cruzó de brazos.

–No te llamé estúpida, dije que la acción de seguir a sus parejas lo es. No necesitaste seguir a Liam para saber que estaba siendo infiel. ¡No hagas eso!

–¿Que no haga qué?

–Cruzarte de brazos de esa manera.

–¿Por qué? Mira cómo los cruzo. Mira, mira –lo provocó Hazel, mostrándole que se cruzaba de brazos todavía más.

–Todo lo que veo son esos pechos encerrados de una manera que parecen todavía más grandes de lo que ya son.

–¿Estás excitado en el medio de una discusión?

–¡Sí! Es lo que provocas.

Ella rio. Descruzó los brazos, se acomodó la blusa y volvió a ponerse seria.

–Lo siento. No quería que sintieras que desconfío de ti. Si lo hiciera, no te habría esperado frente al bar para contarte cuanto antes lo que hicimos. –Max estiró un brazo y la despeinó–. Lo digo de verdad.

–Ya pasó.

–Creo que resultó.

–No me importa. Solo me interesa lo que piense la gente que quiero, y tu prima y sus amigas nunca estuvieron en ese círculo.

–No hace falta que te esfuerces por seguir sosteniendo esa imagen de hombre insensible y resistente a todo frente a mí. Te conozco. No permitiré que una sola persona de mi entorno te lastime nunca más.

Max suspiró y apretó el volante. Ya no habló.

En la casa todavía perduraba el desorden que habían hecho las mujeres para la cena. Hazel comenzó a reunir la vajilla sucia. Max la imitó.

–No hace falta que te ocupes de los restos de nuestra reunión. Ve a descansar –indicó a la vez que sujetaba un plato que él tenía en la mano.

–¿Dónde quedó eso de que podríamos hacer todo más rápido juntos?

–Gracias –respondió Hazel y soltó el plato.

Llevó parte de la vajilla sucia al fregadero. Comenzaba a lavar cuando oyó la voz de Max. Lo miró. Tenía en la mano una de las tres botellas de vino que estaban sobre la mesa.

–Ahora entiendo por qué hicieron esa tontería –comentó–. ¿Quién condujo con todo lo que bebieron?

–Evelyn no bebió tanto.

Él se aproximó para alcanzarle las copas. En lugar de irse, llevó su cabello hacia atrás, la besó en la mejilla y la abrazó por la espalda.

–Hazel, jamás traicionaría tu confianza de la manera que cree tu amiga.

–Lo sé. Además, si me engañaras, yo no perdería. El que perdería serías tú. Desperdiciarías la oportunidad de vivir un amor profundo y real solo para ti. Eres demasiado inteligente, no lo harías.

–No pasa por la inteligencia. No lo desperdiciaría porque te amo y lo último que quiero es lastimarte, aunque sé que a veces lo hago.

–Todos nos lastimamos unos a los otros sin mala intención. Max… ¿Todavía estás viendo mis pechos?

–No en este momento, pero puedo hacerlo si quieres.

–Quiero.

Giró la cabeza en busca de sus labios. Mientras se besaban, Max tocó sus pechos por sobre la tela de la blusa. Luego, por dentro del sujetador mientras la besaba en el cuello, la oreja y la mejilla. Le quitó los pantalones y se bajó los suyos. Hazel cerró la canilla, se quitó la blusa y la ropa interior y se inclinó sobre la encimera. Max entró en su cuerpo y lo llevó por caminos sinuosos mientras le acariciaba la zona íntima con una mano y los pechos con la otra, le

besaba la espalda, los hombros y los brazos. Pronto se abstrajeron del entorno y el mundo se resumió a ellos dos.

Al terminar, Max la abrazó y se apoyó en su espalda. Ella llevó un brazo hacia atrás y le acarició el cabello. Permanecieron un momento así hasta que la gata apareció y comenzó a maullar reclamando alimento.

Esa semana, Hazel por fin sintió que tenían una vida normal y pacífica.

Su prima armó un grupo de mensajería con Maya y Remi. Para su sorpresa, la conversación resultó agradable y le dieron ganas de participar en ella. El chat de las amigas que había dejado en Atlanta también estuvo bastante activo con buenas noticias. Además, cuando su padre la llamó, en ningún momento hizo referencia a Max o a lo que su madre decía de él.

Por otra parte, Max y ella lo pasaron bien.

Todo fluía de manera tan bella y natural que el domingo, cuando vio que un taxi se aproximaba por el camino de la entrada, le pareció que el universo se desmoronaba sobre ella.

¿Por qué Adeline había regresado? Para colmo, acompañada por un desconocido.



34

¿Quién era ese hombre con traje que acababa de descender del taxi con Adeline? ¿Por qué llevaba un maletín y una carpeta?

Hazel se desesperó al oír que Max bajaba las escaleras. Giró hacia él muy rápido.

–Regresa arriba –ordenó.

–¿Por qué?

–Haz lo que te pido, por favor.

En ese momento, resonaron algunos golpes a la puerta. La voz del hombre añadió un "¿Señor Turner?".

–Sube –insistió Hazel.

–¿Quién es?

–No importa. –Apoyó las manos en su pecho e intentó moverlo, aunque supiera que era inútil intentarlo–. Max, te lo ruego.

Oyó la llave girar en la cerradura. Se dio la vuelta justo cuando la puerta se abría. Adeline entró, seguida por el hombre. Hazel se aproximó.

–No tengo nada que hablar contigo –dijo la mujer–. Venimos por usted –añadió, señalando a Max.

Hazel se interpuso entre su madre, ese hombre y Max.

–Mamá, ¿qué estás haciendo?

–Buenas tardes, soy el doctor Wilson –pronunció el hombre, dirigiéndose a Max–. Represento a la señora Anderson. He venido a notificarle que se ha iniciado una demanda en su contra por

incumplimiento de contrato. Preventivamente, hemos solicitado que abandone la granja. Hay una orden de desalojo. Tiene veinticuatro horas para irse o será expulsado por la policía.

Hazel sintió que su presión descendía al último subsuelo. La sensación empeoró en cuanto Max aceptó la carpeta que le ofreció el abogado y pronunció un simple y seco "está bien".

Giró de inmediato para mirarlo.

–¡No le digas que está bien! –bramó. Él se dirigió a las escaleras sin responder–. ¡Mamá! –exclamó Hazel y dio un paso hacia Adeline–. Max invirtió su dinero en tu granja. ¡No puedes hacer esto!

–Claro que puedo. Es más: debí hacerlo hace mucho tiempo.

–¡Estás siendo injusta!

–Prepara tus cosas, tú vienes conmigo a Sídney.

–¿Tienes una orden también para eso? –Adeline permaneció en silencio. Los ojos de Hazel se humedecieron–. En ese caso, yo también cumpliré con mi palabra: no volverás a verme.

–No seas caprichosa, Hazel. Vamos a casa.

–¿Por qué me obligas a hacer esto? –sollozó.

–Tú me forzaste a llegar a este punto.

–Entonces no lamentarás que desaparezca de tu vida.

–¡Déjate de tonterías! –Intentó sujetarla del antebrazo. Hazel se apartó.

–¡No me toques! –gritó, furiosa, y corrió por las escaleras.

Entró al dormitorio y cerró con llave, en caso de que su madre la siguiera. Max estaba arrodillado frente al guardarropa, introduciendo calzados en una maleta.

–¿Qué haces? –interrogó ella y se arrodilló a su lado.

Él no la miró hasta que lo sacudió y repitió la pregunta.

–La demanda es real –explicó, señalando la carpeta que yacía sobre la cama.

–No importa. Antes de que la gane tendrás una instancia de defensa.

–Una que no sabría cómo abordar porque no puedo pagar un abogado, como sí puede ella.

–Buscaremos la manera.

–También es real la orden de desalojo. Debo irme, no quiero problemas con la policía.

–¡No puedes tan solo recoger tus cosas y marcharte! –protestó Hazel. Lo que más la desesperaba era que Max ocultara sus emociones y se comportara como un ser sin sentimientos cuando la situación debía de estar destrozándolo.

–Tu madre me tiene harto desde hace mucho. Quizás, lo mejor sea librarme de ella.

–¡Invertiste todo tu dinero en esta granja!

–No me importa.

–¡Te prohíbo que digas que tu dinero no te interesa!

–Hazel, he vivido con nada. Nada literalmente. No me asusta irme de aquí con una camioneta y una maleta.

–¡No lo permitiré!

–Tranquila. –La tomó de los hombros.

–Si te vas, me iré contigo.

–No.

–¿Por qué no?

–Por lo que acabo de mencionar: solo tengo una maleta y una camioneta.

–¿Y qué?

–Esta es una ciudad de veraneo y estamos a punto de comenzar la temporada. Será difícil que encuentre un apartamento de alquiler permanente y no temporal a un precio imposible de pagar. Tampoco sé cuándo conseguiría un empleo.

–Yo también buscaré uno; saldremos adelante juntos. Si tú puedes irte bajo estas circunstancias, yo también puedo.

–No, no puedes. No quiero que lo hagas.

–¿Prefieres que nos separemos? ¡Eso sería darle el gusto a mi madre!

–No se trata de que tu madre gane o pierda, sino de lo mejor para ti. Y, en este momento, yo no lo soy.

–¡Basta de tonterías! –Lo empujó para que se espabilara. Él bajó la cabeza.

–Por favor, no hagas eso –murmuró. Hazel se dio cuenta de que se estaba conteniendo.

–¡Entonces no digas que sería mejor que nos separáramos! No tomes decisiones por mí, ¡no actúes como ella!

–Hazel, no puedo llevarte a vivir en una camioneta.

–No me estarías llevando: yo me iría contigo.

–No sabes a lo que te estás exponiendo.

–¡Deja de hablar como mi madre!

Los dos se miraron en silencio un momento. Él ya no tuvo fuerzas para insistir. Ella se puso a armar su propia maleta.

La mente de Max era un torbellino. Creía que no debía permitir que Hazel lo siguiera. Debía protegerla así como había impedido mil veces que su padre golpeara a su hermana. Un día, incluso había terminado en un instituto de menores para evitar que Chelsea supiera que un degenerado la había estado espiando. Sin embargo, en esa oportunidad, en lugar de hacer lo mejor para la persona que amaba, al final guardaba silencio. ¿Por qué estaba siendo tan egoísta? Si amaba a Hazel, tenía que convencerla de que no lo siguiera, así fuera dejándola. El problema era que podía renunciar a todo en la vida menos a ella.

Se sintió todavía peor cuando recogió una de sus maletas, además de la propia, y comenzó a bajar las escaleras. Hazel lo siguió con la otra parte del equipaje y la transportadora con la gata.

Adeline se levantó de la silla en cuanto la vio.

–Hazel –pronunció.

Hazel avanzó hacia la salida detrás de Max, sin prestarle atención a su madre ni al abogado. Mientras él cargaba el equipaje en la cajuela, Adeline intentó retenerla.

–Olvídate de mí –masculló Hazel con los dientes apretados.

–No estarás pensando en desaparecer en serio.

–No quiero volver a verte nunca.

Se refugió dentro de la camioneta. Su madre golpeó la ventanilla.

–Hazel… Todavía estás a tiempo –susurró Max con sus últimas fuerzas. Ella le destinó una mirada rabiosa.

–Arranca –ordenó.

–Por favor, quédate.

–¡Pon el vehículo en marcha! –repitió y llevó las manos a la llave que estaba puesta en el tambor.

Max se apresuró a llegar antes que ella y le hizo caso. Comenzó a andar. No sabía ocultar que estaba temblando. Tampoco lograba poner en orden sus sentimientos. La vida le demostraba una vez más que su destino era oscuro y amargo. La diferencia era que, esta vez, no se estaba yendo al infierno solo: arrastraba consigo a una de las personas que más amaba en el mundo.

Por un instante, padeció los mismos pensamientos que solían acosarlo cuando acababa de salir del instituto para menores. No importaba lo que hiciera, jamás podía cambiar su suerte. Ni siquiera entendía por qué insistía con seguir vivo o cuál era el propósito de una existencia a oscuras.

Como hacía quince años, le bastó mirar al costado para darse cuenta de que la luz viajaba a su lado, acurrucada en el asiento con una transportadora sobre las piernas. Por eso no podía dejarla: se negaba a soltar su última esperanza. Pero ¿acaso la merecía? Hazel no tenía que pagar por su amor.

Se tomó un tiempo para pensar mientras andaba por la carretera. Para dejar de sentirse culpable y egoísta, miró la aguja de la gasolina. Si seguía dando vueltas sin rumbo, el tanque se vaciaría. Se adentró por un camino rural y estacionó entre unos árboles frondosos. Extrajo el teléfono y, aunque la señal de internet en esa zona era mala, logró entrar en su cuenta bancaria.

–Hazel –dijo. Ella lo miró. Se la notaba angustiada, pero ya no lloraba–. Perdona, no quisiera hacerte esta pregunta, pero ¿cuánto dinero tienes en tu cuenta bancaria?

–Nada.

–¿Cómo que nada? Te pregunté si necesitabas un aumento y dijiste que no.

Hazel suspiró. Era hora de sincerarse.

–No se trata de eso. Gasté los pocos ahorros que tenía durante estos meses y te devolvía la mitad del salario sin que lo supieras.

–¿Es broma? ¡Te pedí que no lo hicieras!

–No es mi culpa que se te haya ocurrido revisar tu cuenta recién ahora.

–No debiste hacer eso.

–Era lo justo.

–Mejor no continuemos hablando de ese tema. En este momento, te sacudiría como haces tú conmigo.

–Pero no lo harás.

–No. –Volvió a mirar el teléfono–. Está bien, creo que me alcanzaría para el depósito y el primer mes de renta. Ahora solo tengo que conseguir una vivienda.

–Podemos extraer el dinero que haya quedado en la cuenta de la finca.

–No le robaré a tu madre.

–Ella te robó primero.

–No necesito su dinero. Lo mejor de todo esto es que ya no le deberé explicaciones. Ahora, los dos somos libres.

–Necesito ir a esos árboles, me siento descompuesta. ¿Puedes sostener la transportadora un momento?

–Dámela. –La recogió y la apoyó en el asiento de atrás mientras ella abría la puerta–. Aguarda, iré contigo.

–¿Estás loco? No quiero que me veas vomitar.

–Nunca establecimos un acuerdo respecto de eso.

–Es una orden –replicó Hazel antes de bajar.

Mientras ella no estaba, él se tomó la cabeza con las manos. No sabía qué hacer. Era casi imposible que consiguiera un apartamento de renta permanente en esa región y en esa época. Los temporarios cobraban por día precios para turistas, no para lugareños. Nadie querría perder la oportunidad de ganar mucho más dinero por ellos. Pensó en llamar a su hermana, pero no quería preocuparla. Dejó esa posibilidad como último recurso si, en tres días, no conseguía una vivienda por sus propios medios.

Lo primero que se le ocurrió fue el matrimonio de ancianos que le rentaba a un precio muy económico el apartamento a su madre y que luego mantuvo el valor para él y para Chelsea. El problema era que los dos habían fallecido. Tendría que comunicarse con sus hijos, quienes sin duda también preferirían alojar turistas. Para estar seguro, llamó al número de uno de ellos. Le explicó quién era y le preguntó si por casualidad el lugar estaba disponible. El hombre respondió que lo tenía reservado para toda la temporada.

Estaba a punto de llamar a sus amigos para que lo ayudaran a dar con algún contacto cuando Hazel regresó. Guardó el teléfono y le acarició el cabello. Se veía pálida y desmejorada.

–¿Tenemos agua aquí? –preguntó ella y se inclinó hacia la gaveta.

–No. Pero hay una gasolinera a unos kilómetros. Compremos una botella y algo para cenar.

Condujo hasta el lugar. Allí, descendieron con la transportadora. Mientras él compraba en la tienda, Hazel liberó a Honey para que hiciera sus necesidades. No se había dado cuenta de recoger las latas de alimento para gatos que estaban en la alacena. Por suerte, Max se acordó de ella y le llevó un sándwich de atún que le dio de comer en el suelo. Además del agua, había comprado una botella de bebida isotónica.

–Esto es muy costoso –comentó Hazel, inclinándola sobre una mano.

–Si vomitaste, te viene bien para rehidratarte.

Cenaron en una mesita exterior de la tienda.

Permanecieron allí hasta que se hizo tarde. En ese tiempo, Max se comunicó con cuanta persona pudo para que lo ayudara a encontrar una vivienda. A pesar de que les dijo que era bastante urgente, nadie conocía a alguien que ofreciera una renta permanente. Debían esperar a que averiguaran con sus conocidos.

Regresaron al punto donde se habían ocultado hacía unas horas. Hazel dejó la transportadora en el suelo y volvió a acurrucarse en el asiento, contra la ventanilla. Después de un rato, Max la oyó respirar profundo y supo que se había quedado dormida. Le acarició el cabello y la mejilla para despertarla a la vez que susurraba su nombre.

–¿Sí? –murmuró ella.

–Muévete al asiento de atrás.

–Estoy bien.

–No importa, estarás más cómoda ahí. Múdate, yo soltaré a la gata aquí.

Mientras ella descendía para cambiar de lugar, él hizo lo mismo para buscar un abrigo en la cajuela. Una vez que volvió a sentarse en su sitio, giró y cubrió a Hazel con la prenda.

–Gracias –susurró ella–. Hace calor, pero siento frío. Estoy muy cansada. Creo que mi madre se llevó todas mis energías.

–Duerme –respondió él, acariciándole los dedos.

Alejó la mano de la de ella cuando se dio cuenta de que volvió a conciliar el sueño. Soltó a Honey, tal como había dicho que haría. En lugar de quedarse en el asiento del acompañante, la gata se acurrucó sobre sus piernas.

Como ya era muy tarde, desistió de enviarles mensajes a las personas que conocía y buscó en páginas de internet. Cansado de no hallar lo que necesitaba, procuró dormir un poco. Le resultaba inevitable pensar en lo contradictorio de sus emociones: no quería que Hazel estuviera allí, expuesta a la nada que siempre, tarde o temprano, lo consumía a él, y a la vez la necesitaba a su lado.

Despertó con las primeras señales del amanecer. Tenía la esperanza de que alguien le hubiera escrito con buenas noticias, pero al mirar el teléfono, no halló nada. Orinó entre los árboles. Poco después, Hazel se dirigió a un sitio cercano para hacer lo mismo. Regresó a la camioneta y se sentó en el lugar del acompañante. Honey se había pasado atrás, un poco inquieta.

Encontró llamadas perdidas de su madre, de su padre y de su hermano. Bloqueó todos los números. Más adelante, volvería a hablar con Daniel y con Lachlan, aunque no con Adeline. Ojalá eso sirviera para que ella recapacitara y comprendiera que estaba siendo muy injusta.

Sintió deseos de llorar. Para no hacerlo, se entretuvo viendo a Max hablar por teléfono. Caminaba de un lado al otro, ojalá recibiera buenas noticias. Su expresión cuando volvió a la camioneta le indicó que no.

–¿Y? –preguntó aun así.

–Hazel, te llevaré de regreso a la granja.

–¿Qué? –replicó, azorada. No esperaba esa respuesta.

–No estoy consiguiendo un apartamento. Comencé a preguntar a nuestros clientes si alguien necesita un empleado en su finca. Uno me dijo que sí, pero no hay espacio para una mujer por el momento.

–¿De qué estás hablando?

–Si regresaras a la granja…

–¡Basta! –bramó–. ¿Por qué insistes con separarnos como si nuestra relación no te importara? ¡Lo dices con tanta frialdad que casi me lo creo!

–No es que no me importe. –Respiró hondo y se pasó una mano por el rostro–. Hazel, no sé cuántos días tendremos que pasar aquí, orinando en arbustos, comiendo en gasolineras, durmiendo en estos asientos. ¡No puedo exponerte a esta vida!

–¡Me importa una mierda lo que puedas o no puedas hacer! ¿De verdad quieres que nos separemos? ¿Es en serio? –Él guardó silencio–. ¡¿Por qué no respondes?!

–No puedo…

–¡Ya te dije que no me importa lo que no puedas hacer! Dime qué quieres. Necesito saber la verdad, Max. ¡¿Qué quieres?!

Él tragó con fuerza, sintiéndose la peor basura del mundo por lo que estaba a punto de decir.

–Quiero estar contigo siempre, de la manera que sea –soltó antes de que el miedo se lo impidiera.

Hazel dejó escapar el aire.

–¿Era tan difícil decirme eso en lugar de la otra porquería?

–Sí, lo es.

–¿Por qué asumes toda la responsabilidad solo? No tienes que ofrecerme una vida. Yo tampoco tengo nada. En este momento, de hecho, tengo menos que tú.

–No sé. Supongo que es la costumbre.

–Pues quítatela. Estamos juntos en esto. Ayer me sentía muy mal, pero hoy comenzaré a preguntar a mis conocidos también. Tiene que existir una renta permanente accesible en este lugar y, si no, nos iremos a otro. Pero ya no insinúes que quieres que nos separemos si no es cierto; me duele demasiado en vano.

–Lo siento. Lo intentaré. No sé si lo logre.

–Dijiste que jamás decías cosas que no fueran en serio.

–Me refería a cosas buenas.

–¿Cómo sabré cuando digas en serio que quieres que nos separemos?

–Jamás lo diré en serio. Te amo. Egoístamente, te amo, y no puedo dejarte ir.

"No quiero que olvides que me amas. Deseo que lo recuerdes cada día de tu vida y que alimentemos ese sentimiento. Quiero que trabajemos juntos para que perdure y se transforme en una relación que se mantenga firme, aunque todo lo demás se derrumbe".

No había olvidado esas palabras de Hazel. Jamás lo haría.



35

–¿Dónde está la carpeta que te dio el abogado? –preguntó Hazel. Cada uno estaba enfrascado en su celular.

Max abrió la gaveta y se la entregó. Hazel comenzó a fotografiar las hojas.

–¿Qué haces? –consultó él, intrigado.

–Le estoy enviando la demanda, la orden de desalojo y una copia del contrato a una amiga de Atlanta. Ella no sabe de leyes australianas, pero podrá entender los documentos mejor que nosotros.

–No creo que tenga mucho sentido.

–¿Podrías dejar de aceptar toda miseria que te toque en esta vida como si la merecieras?

Hubo un momento de silencio en el que Hazel continuó tomando fotografías y Max se quedó pensando en que ella leía su mente.

–Incumplí el contrato muchas veces –expresó–. Alcanza con verificar las fechas en que le enviaba los reportes a tu madre antes de tu llegada.

–Eso no puede ser razón suficiente para quitarle a alguien toda su inversión sin que reciba nada a cambio.

–Lo recibí todo este tiempo, mes a mes. Incluso recuperé la inversión inicial. Incumplí el contrato de otras formas también. Por ejemplo, tomando ciertas decisiones que jamás le consulté. No todas salieron bien.

–Es el riesgo que se corre en los negocios. –Apoyó el teléfono sobre las piernas, donde también descansaba la carpeta, y lo miró–. ¿Por qué parece que te hubieras resignado?

–No quiero regresar allí. No quiero volver a ver a tu madre.

Hazel suspiró. Era difícil luchar contra la culpa que sentía de solo pensar en lo que Adeline había hecho.

–Si mi madre y tú quieren romper el contrato, deberán llegar a un acuerdo en el que no salgas perjudicado.

Aprovechó que estaba con el teléfono para avisarle a Remi que, por el momento, no podría darle clases de piano a su hijo. De paso le preguntó si conocía a alguien que rentara una casa o un apartamento de manera permanente. Su amiga quiso saber qué ocurría. Ella respondió que era largo de explicar y que enviaría un breve resumen al grupo que tenían con Evelyn y Maya.

> Hola, chicas. Max y yo nos fuimos de la granja. Estamos buscando un alquiler permanente asequible. Si alguna conoce a alguien que pueda ofrecernos uno, estaremos agradecidos.

Su prima la llamó enseguida para conocer detalles. Como estaba en la camioneta con Max, rechazó la llamada y le envió un mensaje escrito. En lugar de contarle todo lo que había sucedido, lo resumió en que la sociedad había terminado y que querían apartarse de Adeline. Evelyn le ofreció ayuda, al igual que Maya y Remi. Aseguró que lo único que necesitaban por el momento era rentar una vivienda.

–Max, ¿podemos ir a la gasolinera? Necesito usar el baño para lo segundo, quizás también para lo tercero. No quiero ir a los arbustos. Además, podríamos higienizarnos un poco y cargar los teléfonos.

–¿Otra vez lo tercero? –preguntó él.

–Lo siento.

–No digas que lo sientes, tan solo me preocupa.

–Estoy bien, pero ayer le dije a mi madre que no la vería nunca más. Supongo que eso tiene algún efecto.

–No tienes que cumplir.

–Quiero hacerlo. ¿Podemos ir?

Salir de la camioneta y respirar aire fresco les hizo bien, tanto a ellos como a Honey. Utilizaron el baño para lo que necesitaban, cargaron los teléfonos y almorzaron.

Un conocido se acercó a Max mientras él caminaba por el estacionamiento enviando mensajes por el celular y Hazel jugaba con la gata sobre una mesa. Ella los vio conversar. Aunque no oyó lo que decían, supuso que Max le preguntó si conocía a alguien que quisiera rentarles una vivienda. Apostaba que, como ella, él tampoco daría demasiadas explicaciones acerca de por qué habían dejado la granja. La sociedad se había disuelto, punto.

Regresaron a la camioneta cuando el cielo se puso oscuro. Max colocó la cubierta a la cajuela para que sus cosas no se mojaran. Se avecinaba una tormenta.

En cuanto Hazel se sentó dentro del vehículo, comenzaron a caer las primeras gotas. Su celular vibró: era un mensaje de la abogada. Lo leyó y miró a Max, agotada.

–Mi amiga de Atlanta dice que todo parece legal. Además, si mi madre demuestra que los incumplimientos existieron y que le ocasionaron pérdidas, podrías tener que compensarla. Con suerte podamos hacer que el perjuicio se considere saldado con tu inversión inicial.

–Está bien.

–¿Podrías dejar de decir "está bien" ante cualquier situación? Sugiere que busquemos un abogado de la región lo antes posible.

–No podemos hacer eso. Si le diéramos nuestro dinero a un abogado, no tendríamos con qué pagar una vivienda. A tu madre le sobran pruebas para demostrar el incumplimiento. Ganará la demanda. ¿Qué quieres que diga?

–Cualquier cosa menos "está bien".

–Hazel, puede que para ti esto de las injusticias sea nuevo, pero no lo es para mí. Así que está bien.

Ella dejó escapar el aire, resignada.

–Sé para qué lo hace y cómo terminarlo. Me está acorralando. Quiere que regrese a Sídney. Si le ofrezco regresar a cambio de que

te devuelva tu dinero y anule la demanda, aceptará. ¿Quieres que lo haga?

–¿Qué ocurrirá una vez que estés allí?

–Quizás insista para que regrese con Liam. No lo haré. Jamás volvería con él.

–¿Tú quieres irte?

–No. Lo haría solo para que te dejara en paz.

–Es decir que cambiaría al amor de mi vida por una herencia que ni siquiera quería recibir. Lo siento, no es un buen negocio para mí. Pero sí lo es para ti, así que creo que es un buen plan.

Hazel se respaldó en el asiento y se cruzó de brazos. Negó con la cabeza. Afuera, se desató un aguacero que rompía contra el metal y los vidrios del vehículo haciendo mucho ruido.

–Sabía que no debía preguntarte esto. ¿Por qué lo hice? ¡Si seré idiota!

–¿Crees que no sé lo que tu madre está haciendo? Es evidente desde el primer momento. Comenzó con una manipulación sutil. Cuando vio que no conseguía lo que deseaba, fue por algo más pesado: trajo a tu ex. Y así hasta que terminó en esto. Pero la orden de desalojo es contra mí, no contra ti. Yo soy la persona que está demandando.

–No entiendo a dónde quieres llegar. Sé que obró en tu contra por mi decisión de seguir contigo. Por eso no quiero que rompamos. Pero a la vez sé que, si lo hiciera, ella te dejaría en paz. Entonces necesito saber qué prefieres.

–La única conclusión es que me seguiste por culpa.

–No es eso lo que dije.

–Acabas de decirlo.

–¡No es cierto! –replicó Hazel con los ojos húmedos.

–Escúchate: "Sé que obró en tu contra por mi decisión de seguir contigo. Por eso no quiero que rompamos". ¿Eso qué significa?

–¡Significa que te amo! –bramó, llorando–. Pero ¿qué podrías entender tú de que alguien te elija? Lo único que haces es intentar demostrar que no lo haré todo el tiempo.

Abrió la puerta de la camioneta. Max la retuvo tomándola de la cintura.

–¿A dónde vas? –preguntó.

–A los malditos árboles meados –respondió Hazel, casi sin respiración.

–Espera. Los dos deberíamos calmarnos –sugirió y se estiró para cerrar la puerta. Una vez que Hazel estuvo protegida de la lluvia, la abrazó–. Esta situación nos está sobrepasando. Ninguno de los dos quiere romper la relación. Así que, para empezar, sin importar cuánta culpa sintamos por una u otra razón, podemos dejar de sugerirlo. ¿Qué opinas?

–Opino que eres una buena persona y mereces que te pasen cosas buenas.

–Hazel…

–Lo siento. ¡Lamento tanto que mi madre te haya estafado!

–No –rogó Max y atrapó su rostro entre las manos. Le secó las mejillas con los pulgares–. No me pidas perdón. Tú no tienes la culpa de lo que haga tu madre. En parte, me hizo un favor. Soy de estancarme en los lugares seguros. Ella me pateó y ahora tengo que buscar otra vida.

–Quiero que seas feliz.

–Hazel, mírame. No llores por mí. Eso no ayuda. Te lo ruego.

–Me siento impotente.

–Lo sé. Por otros motivos, yo también. Pero tenemos claro que queremos seguir juntos, ¿verdad? Pase lo que pase, cumpliremos esa promesa. Ahora cálmate, por favor. Discutir y lastimarnos no arreglará las cosas. ¿Te diste cuenta de guardar un paraguas en el equipaje? –preguntó, secándole las mejillas una vez más. Ella negó con la cabeza–. Yo tampoco. Eso sí que es un problema.

Hazel rio y luego hipó. Miró por el parabrisas.

–Puedo bajar yo en la gasolinera si olvidaste comprar algo –ofreció.

–Claro que no –replicó él–. Ya traje la cena y alimento para Honey. Por hoy, todo está bajo control.

La besó en la frente y volvió a abrazarla. Aferrarse a ella era lo único que lo ayudaba a vencer el miedo y el dolor.

La lluvia terminó un rato después. Hazel se recostó sobre las piernas de Max y comenzó a jugar con el llavero que colgaba delante

de su rostro. Se quedó dormida en esa posición.

Despertó cuando ya había caído la noche.

–Max, ¿estás despierto? –preguntó. Él hizo un sonido parecido a una afirmación que a ella le hizo suponer que, en realidad, acababa de despertarse por su llamado. Se irguió y apoyó una mano en su pecho–. ¿Por qué no vamos a la playa?

–¿A la playa? –repitió Max–. Es tarde y no volvió a salir el sol después de la tormenta; la arena debe de estar húmeda.

–¿Y qué? Lo bueno de no tener nada es que no tenemos nada que perder.

Guiados por esa premisa, se ocuparon de vivir el presente y terminaron cenando en la playa, con Honey correteando a su lado.

Hazel pasó un rato mirando el horizonte y otro observando una vivienda muy hermosa con ventanales que daban a la playa.

–Esa casa parece deshabitada. –Señaló–. Sus dueños deben venir solo por temporadas. Podríamos usurparla, como hacen dos chicos con una mansión en una película que vi hace mucho.

–Si estuviéramos en los años 90, te diría que sería posible. Pero en esta época deben tener cámaras de seguridad. Acabaríamos arrestados.

–Tienes razón. Maldita tecnología.

Max la observó mirar con ilusión las casas que los rodeaban. No quería volver a pensar que la estaba arrastrando a su vida oscura, así que le tomó la mano para que cambiara de dirección y regresara a la realidad.

–Mañana llamaré a mi hermana –anunció–. No quería hacerlo para no preocuparla. Tampoco quería irrumpir en su vida de pareja, pero ella puede ofrecernos un lugar donde quedarnos en su casa hasta que consigamos una para nosotros. No podemos continuar en la camioneta mucho más. ¿Está bien para ti?

–Haré lo que decidas.

–¿Lo que sea?

–Lo que sea –aseguró ella. Él esparció una línea de arena sobre su dedo anular–. ¿Qué haces?

–Me estoy casando contigo –explicó. Hazel rio.

–La arena se disipa demasiado rápido –protestó.

–El amor no. Hazel, tú eres mi hogar.

Estaba segura de que no comprendía el sentido completo de esas palabras, pero sí de cuánto representaba que Max pudiera decirlas. Se arrodilló y lo abrazó. Se besaron como si de verdad estuvieran sellando una promesa.

Pasaron la noche en la camioneta de nuevo, ocultos entre los árboles de la zona rural que los había cobijado el día anterior.

Por la mañana, Max despertó, decidido a llamar a su hermana. Hazel lo detuvo cuando encontró un mensaje de Remi en su teléfono. Lo leyó en voz alta: –"Un amigo de la familia de mi esposo tiene una pequeña casa deshabitada en Mudgeeraba, pero está junto al asentamiento de caravanas. ¿Igual quieres el contacto?".

Hazel miró a Max con entusiasmo.

–No lo sé –murmuró él–. Acepta que te pase el contacto, pero no quiero que nos quedemos allí. Veamos. Si acordamos una renta con el dueño, será por poco tiempo.

–¿Por qué? No sé qué es el "asentamiento de caravanas".

–Es un lugar donde viven personas sin hogar. Habitan vehículos de todo tipo. Hay buena gente, pero también drogadictos y delincuentes. Digamos que no es un sitio en el que me gustaría verte.

–¿Y por qué, en lugar de gastar el dinero en una renta, no compramos un tráiler usado y lo colocamos en la camioneta, como hacen esas personas?

–Olvídalo. Lo más cerca que llegaré de eso será esa casa.

–De ese modo pagaríamos menos impuestos. Podríamos…

–Dijiste que harías lo que yo decidiera.

–Sí, pero…

–Sin "peros". Te prometo que podrás ponerlos en todo. No en esto.

Hazel cedió. Le pidió el contacto a Remi. Ella se lo envió enseguida. Llamó al dueño con el altavoz activado para que Max pudiera oír la conversación.

–Hola. Soy Hazel, la amiga de Remi.

–Ah, sí, ¿cómo estás?

–Bien, gracias. Espero que usted también. Lo llamo por el asunto de la casa.

–Remi me lo comentó, pero no creo que sea el lugar que buscan.

–A decir verdad, estamos interesados en una vivienda que podamos habitar por un tiempo. Cerca de la ciudad, donde hay trabajo, pero no allí mismo, porque al parecer solo hay alquileres para turistas.

–¿Trabajan en Gold Coast?

Max supuso que el hombre indagaba respecto de sus empleos por la frase que Hazel había dicho. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza para que ella no cometiera el error de confesarle que estaban desocupados. La gente solía desconfiar, con justa razón, de que no pagaran la renta si no percibían un salario estable, a veces incluso podía tratarse de usurpadores.

–Sí –mintió.

–¿A qué se dedican?

–Hacemos trabajos de campo.

–¿Declarados?

–Un poco y un poco.

–Entiendo. De acuerdo, puedo mostrarles la vivienda esta tarde. Pero te advierto que está muy descuidada. Si Remi no nos pedía el favor, ni se nos hubiera ocurrido rentarla.

–Se lo agradezco. ¿Puede darme la dirección y la hora del encuentro?

Cuando llegaron a la locación, el alma de Hazel se fue al suelo: jamás imaginó que podía existir un lugar tan deprimente. Max sintió como una puñalada los pensamientos que adivinó por su mirada.

–¿Quieres que dé la vuelta? –ofreció.

–¿Y dormir otra noche en la camioneta?

–Llamaré a mi hermana, como tenía planeado.

–Avanza, no podemos plantar al conocido de Remi.

–¿Estás segura?

–Hazlo.

El hombre los esperaba en un vehículo costoso, vestido de traje. Sin duda trabajaba en las oficinas del centro y había ido a ese lugar solo para mostrarles la vivienda. Estrechó sus manos con una

sonrisa. A Max, sin embargo, le recordó el momento en que había pisado por primera vez la casa de ricos que lo había condenado al infierno.

–Me avergüenza mostrar esta casa. La heredamos de mi abuelo. Está deshabitada desde hace años. Le pagamos a Levi, el dueño de esa caravana –señaló–, para que cuide que nadie la usurpe. Lo han intentado varias veces, por eso encontrarán que los vidrios de la cocina están rotos. Cubrimos la ventana con cartón de manera provisoria y, al final, nunca la reparamos.

–Está bien –lo interrumpió Hazel, disimulando que había comenzado a sentirse descompuesta–. Solo buscamos una vivienda temporaria, hasta que encontremos un campo para cuidar.

–Les avisaré si me entero de algo de eso. Adelante.

Si en algún momento pensó que no se podía vivir peor que en la cabaña que estaba en la granja de su abuela, se equivocó. Ni siquiera las paredes le dieron un poco de ánimo; estaban pintadas de un color verde sucio. Lo único bueno de ese lugar era que se hallaba amoblado: había una mesa de madera en el comedor con cuatro sillas, artefactos de cocina, una heladera antigua, un ropero y una cama. Apostaba a que el colchón tenía pulgas y otros insectos. Solo esperaba que ninguna serpiente la atacara por la noche. Dudaba de que la higiene fuera habitual en el barrio precario que los rodeaba. Había alcanzado a ver cacharros amontonados donde podía ocultarse cualquier alimaña.

–Les dije que no sería lo que esperaban –se excusó el hombre, avergonzado.

–Lo es –respondió Hazel. Max la miró con expresión de asombro. Si fuera por él, habría salido corriendo–. Podemos arreglar su casa poco a poco si nos cobra la menor renta posible.

–¿Para qué querría reparar este sitio? No sé cómo aún no lo he derribado.

–Para rentarlo luego a otras personas. Hay mucha gente que necesita una vivienda digna. Lo que usted pueda cobrarles será poco para su bolsillo, pero a otros puede cambiarles la vida.

–Si insisten –rio el hombre, un poco confundido por la teoría–. ¿Con quién hablo de números?

–Por favor, denos un momento –pidió Max y tomó del brazo a Hazel para llevarla aparte–. No nos quedaremos en este lugar –determinó.

–Max, no quiero ir a lo de tu hermana. Tú tampoco. Lo harías por mí, nada más. Por favor, no demos vueltas. Hay una parada de autobús a cincuenta metros.

–¿Y eso qué?

–Buscaré empleo. No creo que en esta región consiga uno, seguro lo encuentre en la ciudad. Necesitaré trasladarme para asistir. Probablemente, tú estarás trabajando en otra parte con la camioneta. No puedo depender de ti para que me lleves y me vayas a buscar. Haz un acuerdo con este hombre y ya.

–No entiendes.

–Lo entiendo: el barrio que tenemos al lado puede ser peligroso, la casa es un asco, no quieres verme aquí…

–Es una repetición del pasado.

–¿De qué pasado?

–No quiero que vivamos aquí, punto.

–Y yo no quiero que sigamos a la deriva. Necesito asentarme, aunque sea en un sitio feo. Te lo ruego.

Él suspiró, cabizbajo. Después de un momento de duda, regresó a donde los esperaba el dueño de la vivienda. Acordó con él un precio bastante más económico de lo que tenía pensado gastar y que no harían un contrato. Al sujeto le bastaba con que cuidaran que nadie usurpara la vivienda y que le pagaran cada mes. De todos modos, allí nadie controlaba la legalidad de los negocios.

–Le avisaré a Levi que ahora ustedes vivirán aquí –culminó el señor–. Denle algo de dinero las veces que puedan, como para que no se moleste porque yo ya no lo haré.

Max asintió y se despidieron.

Cuando giró para volver a la casa y vio a Hazel, tan bonita y delicada, en esa puerta arrumbada, sintió el peso de un destino que, por más que se esforzara, no podía romper.



36

–Creo que, para empezar, deberíamos limpiar a fondo el baño y el dormitorio. Lo demás puede esperar –sugirió Hazel.

–Aunque sea deberíamos revisar la cocina y el comedor también. Temo lo que podamos encontrar cuando abramos esas alacenas. No dormiría tranquilo sin saber qué se oculta ahí –indicó Max.

–Como sea, tenemos mucho trabajo que hacer y necesitamos elementos. Buscaré en el mapa dónde hay un supermercado. –Activó la ubicación y buscó tiendas alrededor–. ¡Vaya! El mercado más cercano está a cuatro minutos en automóvil y a cuarenta y siete caminando. ¿No es una locura?

Él le dedicó una sonrisa apretada y enfiló hacia la puerta. Hazel lo siguió. Al salir, vio que había un hombre sentado frente a un viejo camión que se encontraba estacionado a modo de vivienda detrás de la casa. Lo rodeaban varios electrodomésticos inútiles, basura de todo tipo y una montaña de cenizas donde supuso que encendería fogatas. Aunque no tenía buen aspecto, prefirió no juzgar por la apariencia y se aproximó con una sonrisa.

–Hola, buenas tardes –dijo, alzando una mano como saludo.

La repentina acción de Hazel tomó a Max por sorpresa. Evitar que se acercara al hombre habría empeorado la situación; no le quedó más remedio que seguirla. No podía creer que una mujer tan hábil e inteligente fuera a la vez tan buena e ingenua. Quizás él conocía el

mal por demás pero, sin duda, ella no lo conocía en absoluto. Ser tan educada podía ponerla en peligros que ni siquiera imaginaba.

–¿Cómo está? ¿Usted es Levi? –continuó ella–. Somos Max y Hazel, sus nuevos vecinos. Mucho gusto. –El tipo hizo un gesto con la cabeza–. Me preguntaba si podría decirnos dónde hay un supermercado. El mapa indica que el más cercano está a cuarenta y siete minutos caminando. ¡Es una locura! –Rio.

–Es ese –respondió el hombre sin demasiado interés.

–Oh, bueno. Gracias. Disculpe la molestia.

–¿Y tú qué? ¿Eres mudo? –indagó Levi, dirigiéndose a Max.

–Algo así –contestó él de manera ruda, sin quitarle la mirada de encima.

Hazel se dio cuenta de que el ambiente se había vuelto un poco hostil, así que se despidió del hombre y sujetó a Max del brazo para guiarlo a la camioneta.

–¿Por qué lo trataste mal? –cuestionó.

–Él me habló de la misma manera –replicó Max a la vez que ponía en marcha el vehículo.

–La solución no es comportarnos igual.

–¿Por qué te acercaste a ese hombre para empezar?

–Creí que nos ayudaría.

–Un tipo con una cuchara en la mano no puede ayudarnos, Hazel.

–¿Qué hay con la cuchara?

–¿Lo preguntas de verdad? ¡No puedo creerlo!

–¿Piensas que se estaba drogando? No lo vimos hacerlo.

–Tal vez la estaba utilizando para comer un postre –ironizó Max.

–Si el conocido de Remi le daba dinero para que cuidara la casa, no debe ser tan malo.

–Cuando hay dinero de por medio, todos fingen que son buenos. Por favor, no hables con la gente de este sitio.

–No los prejuzgaré. Seguro haya personas buenas.

–Sin duda, pero no sabemos cuáles son. Hasta que nos demos cuenta, ten cuidado. Te lo ruego.

Hazel hizo silencio. No quería pensar en cuán infeliz se sentía por momentos.

Compraron lo necesario en el mercado y regresaron a la casa en menos de media hora. Ella no comprendió la prisa de Max. Él temía encontrarse con algún acto de vandalismo en la casa. Podía jurar que ese tal Levi estaba molesto porque ya no recibiría dinero del dueño de la vivienda y que no era una buena persona.

No sabía cómo haría para dejar sola a Hazel en ese lugar cuando consiguiera un empleo. Mucho menos, cómo se quedaría tranquilo de que ella caminara sola hasta una parada de autobús, si acaso él no podía llevarla y la casilla que había visto en la carretera era útil. Cuando ella se la mencionó no quiso contradecirla, pero no tenía idea de que algún transporte público pasara por esa zona.

Consideró afortunado que la casa continuara en las mismas condiciones cuando regresaron. Bajaron el equipaje y al fin pudieron soltar a la gata. Colocaron para ella agua, alimento y arena sanitaria que habían adquirido en el supermercado dentro de una caja que Max tenía en la camioneta.

–Muy bien. ¿Por dónde empezamos? –preguntó Hazel, colocándose los guantes que también habían comprado. Max no podía creer que conservara cierto entusiasmo. Ojalá él hubiera podido ver el lado positivo de esa situación, más allá de haberse quitado de encima a Adeline como socia.

Como no quería que Hazel corriera el riesgo de encontrarse con otra serpiente o cualquier cosa parecida, le propuso que limpiaran cada espacio los dos juntos en lugar de dividírselos. El baño era pequeño y apenas cabían con comodidad. Aun así, avanzaron con esa idea.

Terminaron muy cansados después de limpiar a fondo el sanitario y el dormitorio. La descarga de agua no funcionaba. Max revisó el sistema y aseguró que lo repararía al día siguiente, cuando pudiera comprar los repuestos necesarios. También dijo que se ocuparía lo antes posible del vidrio de la cocina; tener un cartón como ventana no era una buena opción.

Revisaron la cocina y el comedor. Si bien todo estaba muy sucio y había insectos y telarañas, no encontraron peligros reales para ellos ni para Honey. Sacudieron el colchón de mil maneras antes de

colocarle el único juego de sábanas que a Hazel se le había ocurrido recoger a último momento de la finca y se acostaron muy tarde.

Era imposible dormir. Primero, se oían pasos, como si alguien estuviera merodeando por el terreno de la casa. Después, gritos. En alguna parte, había una pelea.

–Max –susurró Hazel–. ¿Qué música escuchabas cuando nos conocimos? Es extraño que no me lo hayas contado.

–Nunca pude prestarle mucha atención a la música, pero me gustaba más que nada el rock, supongo.

–A mí también. Cuando me hartaba de las melodías para el piano, mis auriculares temblaban con The Smiths.

Él rio. Como la pelea se oía más fuerte porque se habían sumado personas, Hazel comenzó a entonar una canción de la banda en voz baja. Max no resistió la ternura y giró para quedar sobre ella. La besó de improviso y la miró a los ojos mientras le acariciaba la sien con el pulgar. Hazel sonrió.

–Yo también tengo una pregunta –dijo él–. ¿Qué ocurrió en la casa abandonada que invadiste con tus amigas? Al parecer, siempre tuviste alma de usurpadora.

–No quieres saberlo –rio Hazel–. Por favor, no me obligues a contártelo; me haría quedar muy mal.

–Ahora que dijiste eso no podría pasar otros quince años sin saberlo.

–De acuerdo. Ellas decían que estaba embrujada. Encendieron linternas y comenzaron a filmar nuestro recorrido. Supongo que alguna se llevó algo por delante e hizo ruido. Todas aseguraron que no habían sido ellas. Me asusté demasiado y corrí a casa. Lo siento; te mantuve en vilo quince años solo por hacerme la misteriosa con una historia que no valía la pena.

–¿Sabes qué cosa sí valió la pena? –respondió él–. Cada instante que pasé recordándote –aseguró y le besó la mejilla–. Imaginándote. –Le besó el cuello–. Extrañándote. –La boca.

La pelea de afuera se acalló mientras hacían el amor.

***

Acondicionar la casa les demandó una semana, incluyendo las reparaciones esenciales y la colocación del vidrio.

Cada noche, Hazel revisaba si existían solicitudes de ingenieros civiles en la región. Max también buscaba empleo, pero todo lo que le gustaba hacer, lo cual estaba relacionado con la naturaleza, requería que viviera con otros empleados en el campo.

Se comunicaba con su hermana a través de mensajes escritos. Todavía no le había contado lo ocurrido. Una tarde en que Hazel se estaba duchando, aprovechó para sentarse en la puerta de la casa y la llamó.

Chelsea se indignó por la actitud de Adeline.

–¿Qué harás al respecto? –preguntó.

–Esperar a que me citen para la mediación. Pero no creo que asistir tenga mucho sentido.

–Te ruego que no permitas que se salga con la suya.

–Incumplí el contrato.

–Siempre fue para beneficio de la finca.

–Es la madre de Hazel.

–¿Y eso qué? Hablando de Hazel, ¿qué hizo ella?

–Vino conmigo a este agujero.

–¿Por qué no me llamaste? Podrían haberse quedado en casa hasta que consiguieran un sitio mejor.

–Estamos bien –aseguró él.

–Por favor, no mientas. Y, por lo que más quieras, no hagas algo estúpido.

–¿Por ejemplo?

–Hacer hasta lo imposible para que Hazel te deje.

–Supongo que, sin importar lo que haga, eso no sucederá –admitió Max–. Chelsea, creo que sí puedes ayudarme con algo. No estoy encontrando un empleo de campo que no implique vivir en el lugar con otros empleados. Solo me queda la opción de cambiar de rubro. Sabes que no me gusta mucho eso de enviar currículos e ir a entrevistas.

–Es la manera usual en que las personas consiguen trabajo.

–No es la mía. Si sabes de alguien que me necesite para algo…

–Por supuesto. Me pondré con eso y te avisaré. Estamos en temporada, seguro surja algo. Perdona, se terminó mi turno de descanso. Por favor, cuídate.

–Tú también.

Esa noche, cuando fue a la cama, Hazel estaba revisando el teléfono. Lo miró con expresión desanimada.

–¿Acaso nadie necesita un ingeniero civil en Gold Coast?

–Claro que sí. Solo hay que tener paciencia.

–Envié dos currículos hace días. ¿Por qué no me llaman?

–Lo harán. Ya verás.

Pero no. No la llamaron. En cambio, en tres días, Chelsea le informó a Max que le había dado su número a un jefe de ella que necesitaba un empleado de mantenimiento para uno de sus hoteles.

Pensó que no estaba tan mal. Sin embargo, cuando acudió al encuentro con el hombre, se enteró de que, en realidad, debería pasar la mayor parte del tiempo en el subsuelo donde estaba la base de los empleados del área. Repararía artefactos, haría pedidos y atendería llamadas de la recepción cuando algún huésped requiriera el servicio. Para colmo, se trataba de un trabajo momentáneo para reforzar el personal durante la temporada y no de un puesto fijo. Sin mejores opciones a la vista, lo aceptó.

Cuando llegó a casa y le contó a Hazel, lo primero que ella pensó fue que, con cuánto le gustaba trabajar al aire libre, Max sentiría que se había enterrado vivo en ese subsuelo. Por supuesto, no hizo referencia a ello y le dio ánimos para que intentara disfrutarlo.

–Prométeme que saldrás lo menos posible de la casa mientras no esté aquí –pidió él–. Y que, si ves o escuchas algo extraño, me llamarás enseguida.

–Tranquilo –respondió ella, riendo, y le tomó la mano por sobre la mesa–. Ahora que tú tienes empleo, todo mejorará. Solo falta que alguien me llame y me contrate. Estuve enviando currículos a todas las empresas constructoras que encontré, aunque no hayan publicado avisos. Tal vez tenga suerte.

–La tendrás.

En efecto, el primer día que Max pasó en el subsuelo del hotel, una encargada de recursos humanos de una compañía se comunicó

con Hazel.

El entusiasmo con que ella le relató la conversación esa noche fue casi mágico. Le confesó que estaba muy nerviosa, pero también contenta. Preparó la ropa delicada que se pondría al día siguiente con esmero: una blusa rosada con pequeñas flores celestes, un pantalón azul y sandalias.

–¿Qué piensas? ¿Les gustará? –preguntó a Max en el dormitorio.

–Es imposible que no les gustes.

–Me refiero al atuendo.

–Es imposible que no les guste si lo llevas tú.

–¡Cállate! –rio ella–. La entrevista es a las diez. ¿A qué hora debería salir para llegar con anticipación?

–¿A las diez? Entro a trabajar a las ocho. No podría llevarte.

–Tomaré el autobús.

–No hay.

–¿Cómo que no? Tenemos una parada a cincuenta metros.

–No sé para qué sirva esa casilla, pero estuve averiguando y no hay transporte público en esta región. No te preocupes, ¿tienes dinero para un taxi? Si no, te transfiero.

Hazel se dejó caer en la cama, desilusionada. Recogió el teléfono, abrió la aplicación del mapa, activó la ubicación y colocó el punto al que se dirigiría. En efecto, no había autobuses desde donde se encontraban, pero sí partía uno desde una localidad vecina.

–Tendrás que prestarme dinero para el taxi hasta Robina. Un autobús parte de allí hacia donde necesito llegar. El problema será ir a trabajar todos los días si nuestros horarios no coinciden. Tendré que salir más temprano, a la hora en que tú lo hagas, y deberás esperarme para regresar. Lo siento.

–Está bien, nos arreglaremos. ¿Quieres que te lleve mañana más temprano y luego solo tienes que regresar en el autobús y en el taxi?

–Es una buena idea. Gracias.

No supo por qué dio por sentado que tendría que concurrir a trabajar todos los días, si nunca se sintió más pequeña que en esa entrevista. Los nervios que había padecido todo el viaje se evaporaron en cuanto intuyó que no la contratarían.

Corría en desventaja en comparación con otros candidatos. Para empezar, tan solo tenía el título de ingeniera, sin especializaciones ni posgrados. La entrevistadora no se molestó en ocultar su desencanto al respecto haciendo un comentario: "Por su edad, esperábamos a alguien más preparado".

Para Hazel, fue como si le enterraran un puñal en el estómago. Siempre había sido la mejor alumna y la mejor empleada, la mejor hija y la mejor esposa. No estaba acostumbrada a ser poca cosa.

La entrevistadora también comentó que vivía un poco lejos. *¡Si supiera!*, pensó Hazel. Menos mal que había escrito en el currículo la dirección de la finca. La chica se habría horrorizado si hubiera leído que, en realidad, vivía en un asentamiento a diecisiete kilómetros sin transporte público para llegar al centro.

Por último, había trabajado un tiempo breve para una compañía en Australia. La mayor parte de su experiencia la hizo trabajando para su exesposo. Cuando le preguntaron por qué había terminado su empleo anterior y si podían llamar a su último jefe para pedirle referencias sobre ella, tuvo que ocultar parte del motivo. Dijo que se había divorciado, por lo cual regresó a Australia, omitiendo quién era su superior.

En cuanto al permiso, no lo otorgó. Liam debía de sentirse molesto porque ella lo había rechazado; jamás sería honesto. No haría referencia a su capacidad y creatividad ni a las buenas ideas que ella había generado y él solía robarle. La hundiría. Y si el rumor se echaba a correr, ya nadie le daría la oportunidad de tener siquiera una entrevista.

No pensaba gastar el dinero de Max en un taxi si no podría devolvérselo, así que fue a la puerta del hotel y lo esperó sentada en un muro durante horas. Lo único que había ingerido era la mitad del desayuno, dado que estaba muy nerviosa. Por eso, alrededor de las tres de la tarde, comenzó a sentirse mareada y descompuesta. Por suerte, solo faltaban dos horas para que él saliera.

Le escribió a las cinco menos veinte para asegurarse de que no se retirara por la puerta lateral para empleados y ella se quedara allí, esperando. Cuando se hizo la hora y no había respondido, temió que

no mirara el mensaje. Respondió a las cinco en punto. Le pidió que le dijera dónde se hallaba exactamente así la recogía.

–¿Cómo te fue? –preguntó en cuanto ella subió al vehículo.

–Mal –confesó Hazel–. Soy poco para trabajar como ingeniera y mucho para hacer otras cosas.

–¿Por qué crees que te fue mal? Quizás sea solo una impresión tuya –aseguró él, sin entender demasiado a qué se refería con "hacer otras cosas".

–Créeme: fracasé. Prefiero no hablar de ello.

–¿Desde qué hora estás frente al hotel?

–Desde las once y media.

–¡Es mucho! Debiste ir a casa.

–No le obsequiaré tu dinero a un taxi para nada. Perdona, solo quiero mirar por la ventanilla y hundirme en esta sensación miserable.

Esa noche comprendió que, si quería encontrar empleo, debía cambiar la estrategia. Cuando Max consiguió el puesto de mantenimiento, comenzó a enviar currículos para otros trabajos que no tuvieran que ver con la ingeniería. No la contactaron para ningún puesto administrativo. En Gold Coast lo que sobraba eran puestos de servicios. Pero claro, nadie la llamaría para cuidar niños o limpiar casas si tenía un título universitario. Entonces probó quitándolo y poniendo su dirección real.

La llamaron. No le dijo a Max que asistiría a una entrevista para que no la desanimara por el tipo de puesto al que aspiraba. Tenía el dinero que necesitaba para el taxi de ida y vuelta a la ciudad vecina donde tomaría el autobús; él le había transferido de más por si lo necesitaba y ella no lo había utilizado. Se despidieron en la puerta cuando Max se fue al trabajo y ella se vistió enseguida. Salió de la casa intentando solicitar un auto con una aplicación del celular. Ningún conductor aceptó el viaje.

–Yo que tú guardaría esa bella cosa, querida –dijo una voz a su izquierda.

Giró la cabeza y se encontró con una señora. Por su ropa, parecía bastante pobre. Sin duda provenía de los asentamientos.

–¿Se refiere al teléfono? –consultó.

–Excepto que quieras hacer feliz a un drogadicto hoy.

Era un poco difícil para ella entender a qué se refería. Sin duda Max habría comprendido al instante; parecía bastante acostumbrado a ese entorno. Supuso que le estaba queriendo decir que alguien le robaría el teléfono para comprarse drogas, así que lo guardó.

–Estoy intentando pedir un taxi para asistir a una entrevista de trabajo, pero nadie quiere hacer el viaje.

La mujer rio. Le faltaban algunos dientes.

–¡Querida! Ni siquiera las ambulancias entran aquí sin la policía. Si quieres que un taxista acepte tu viaje, aléjate.

–No lo entiendo –reflexionó Hazel, abrumada–. ¿Cómo alguien podría dejar de vivir en estas condiciones si le cierran todas las puertas?

La mujer se encogió de hombros.

–Somos el vómito del sistema –culminó–. Desde que llegaste, si te he visto dos veces, ha sido mucho. Y eso que me la paso detrás de la ventana. Nunca sales. Pareces un pollito mojado. ¿Por qué no te acompaño unos dos kilómetros así alguien acepta llevarte?

–No se preocupe, no quiero molestarla.

–No es molestia. Me sobra tiempo.

Comenzaron a caminar para salir del asentamiento y llegar a la carretera.

–Gracias. Soy Hazel.

–Lily. ¿Puede ser que tengas un gato?

–Una gata. Honey.

–No la dejes salir.

–No sale. El otro día escapó, pero regresó enseguida. Nunca hizo eso. Me parece que no le agrada mucho la casa.

–¡Una gata refinada!

–También traicionera y malhumorada, pero la quiero. No imagino mi vida sin ella. –Caminaron hasta una zona donde la señora aseguró que un taxista aceptaría el viaje–. ¿Es seguro que utilice el celular aquí? –consultó Hazel.

–Tal vez –replicó la señora.

Hazel se arriesgó. Por suerte, alguien aceptó llevarla.

–Gracias. Fue un placer –dijo.

–Igualmente –respondió la mujer.

Unos minutos después, subió al taxi, contenta de haber encontrado una buena vecina con la que relacionarse.



37

–¿Ha trabajado como mucama? –preguntó la entrevistadora.

–Hice de todo un poco –respondió Hazel.

–¿En un hotel?

–No. En una finca. Allí también cosechaba uvas, cuidaba de la mayoría de los animales, ordeñaba vacas…

–¿Y en cuanto a trabajos de limpieza?

–Me ocupaba de la casona y de una cabaña auxiliar.

–En el currículo no ofrece un contacto al que podamos solicitar referencias.

–Tengo una carta de recomendación. Espero que sirva.

Extrajo el papel que había inventado y lo depositó sobre el escritorio. La mujer leyó el documento por arriba y se lo devolvió.

–De contratarla, necesitaríamos que comenzara lo antes posible.

–Por supuesto. ¿Cuál sería el horario?

–Le tocaría el turno de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde, con una hora de receso contemplada a las dos. En el currículo dice que vive en Mudgeeraba. ¿Tiene cómo venir a la ciudad a diario?

–Mi pareja trabaja como empleado de mantenimiento en otro hotel justo en el mismo horario. Él me trasladaría en su camioneta.

–¿Hace mucho que viven allí?

–No, antes cuidábamos la finca de la que le hablé.

–¿Esperan conseguir otro empleo como cuidadores en algún momento? Es importante que sepamos esto para evaluar su postulación. Si buscamos personal eventual, nos conviene a ambas partes. De lo contrario, perderíamos el tiempo entrenando a alguien que se marcharía enseguida.

–Espero trabajar en hotelería por mucho tiempo.

–Muy bien. En ese caso, le pediré que complete un formulario de salud por internet y que pase mañana a primera hora por la dirección que le daré para la evaluación médica presencial. Solicitaremos que nos envíen los resultados enseguida. Si todo está en orden, necesitaremos que regrese aquí para completar la contratación. Como le expliqué, la incorporación es urgente.

–Lo haré –aseguró Hazel a la vez que recogía la tarjeta con la dirección del centro médico–. Gracias. Nos vemos pronto.

El regreso al vecindario le pareció tan largo como el viaje a la ciudad. Para ahorrar dinero, al llegar a la terminal del autobús, solicitó el taxi hasta mitad de camino, dispuesta a recorrer el resto a pie. No había sandalias ni tacones que estorbaran: como ya no aspiraba a un puesto como ingeniera, se había presentado a la entrevista con calzado deportivo.

Al llegar a la casa vio a su vecino sentado frente al camión de nuevo. Lo saludó con amabilidad. Él respondió con el mismo gesto adusto que había hecho la primera vez. Confiaba en la palabra de Max respecto de ese sujeto, pero no quería llevarse mal. Tal vez, si ella continuaba comportándose de manera amigable, terminara siendo un buen vecino.

Después de mudarse de ropa, llenó el formulario de salud. Dudó acerca de qué responder en la parte de alergias. Decidió escribir la verdad y confesó que era alérgica a la mordedura de serpientes. Por suerte, era la única condición para declarar. No tenía problemas respiratorios, irregularidades cardíacas ni afecciones en los huesos o músculos, entre muchas otras preguntas.

En cuanto envió la información, recibió como respuesta una serie de indicaciones que debía seguir para presentarse en persona al día siguiente. Por ejemplo, no beber alcohol unas horas antes de la consulta.

Esa noche, preparó la cena con una mezcla de alegría y resignación. Tenía la impresión de que la contratarían. No estaba feliz de transformarse en una mucama, pero sí de haber conseguido un empleo.

Mientras lagrimeaba por culpa de picar cebollas, pensó que, en realidad, lo que la atormentaba era que no estaba segura de poder salir de ese puesto alguna vez. Había sufrido mucho por no encajar en lo que se pretendía de una ingeniera de su edad y no creía que pudiera destinar dinero a estudiar más para que los certificados que pudiera obtener les indicaran a los empleadores su valor profesional, dado que no le daban la oportunidad de demostrarlo sin ellos.

Tampoco podía buscar empleo como profesora de piano en una academia, pues, aunque había alcanzado el nivel más alto, nunca había ido a un conservatorio. No tenía comprobantes de sus conocimientos ni un currículo prestigioso que tentara a los directores. Por el temor a tocar en público, jamás había aceptado participar en conciertos más allá de las muestras anuales que organizaba la profesora con sus estudiantes, lo cual parecería un chiste frente a las salas llenas de otros pianistas.

Max tenía razón: miraba la vida con lentes de colores. Nunca había tenido que enfrentarse al cruel y despiadado mundo real donde un papel valía más que una persona y nadie tenía reparos en hacer sentir mal al prójimo.

–¿Honey? –murmuró, secándose la mejilla con el dorso de la mano. Se arrepintió al darse cuenta de que, de ese modo, el olor de la cebolla se intensificó–. ¡Honey! –repitió.

Se limpió las manos en un trapo de cocina y buscó a la gata por la casa. No la encontró debajo de la mesa ni enroscada sobre alguna de las sillas. Tampoco debajo de la cama, donde en cambio sí halló un sapo.

–¿Y tú cómo llegaste aquí? –preguntó.

Fue en busca de la escoba y lo condujo a la salida. Al abrir la puerta, halló a Honey esperándola.

–¿Por dónde saliste? ¡Entra! –la regañó.

En lugar de hacerle caso, la gata comenzó a perseguir al sapo. El anfibio se ocultó debajo de una cubierta en desuso donde su

depredador ya no pudiera alcanzarlo. Hazel tuvo que aproximarse a recoger a la gata; de lo contrario, habría pasado la noche haciendo guardia hasta que su presa apareciera.

Entró con ella en la casa y cerró la puerta. Se lavó las manos y siguió cocinando. La gata se sentó a observarla. Ella la miró de reojo mientras rallaba una zanahoria.

–Eres una gata de hogar, no puedes andar por ahí como una cualquiera. Estás esterilizada. ¿Qué ocurriría si te encontraras con un gato? Además, hay perros en el vecindario. ¿Crees que te alcanzarían las cuatro patas para correr si uno te atacara? No sabemos si son amigables como los de la granja.

Max llegó un rato después. La abrazó por la espalda mientras ella revolvía un preparado en la olla y la besó en la mejilla.

–Hola –susurró Hazel con una sonrisa. Esa era la mejor parte del día–. ¿Cómo te fue?

–Bien –respondió él. Recogió una copa y se volvió hacia el refrigerador para buscar agua–. ¿Cómo estuvo tu día?

–Creo que conseguí un empleo.

–¿En serio? ¡Cuánto me alegro! ¿Te contrataron por internet? No me pediste que te llevara a la entrevista.

–Fui sola con el dinero que me prestaste el otro día.

–¿Por qué? –Hazel se encogió de hombros–. ¿Para qué compañía?

–No es en una compañía, sino en un hotel. Mañana tengo que asistir a la revisión médica. ¿Me llevas?

Él hizo la copa a un lado.

–¿Para qué necesitan una ingeniera en un hotel? –preguntó.

–No necesitan una ingeniera, sino una mucama.

–Hazel –murmuró. Ella giró, presintiendo en su tono un sentimiento muy lejano a la alegría del principio–. Una ingeniera no debería ser mucama.

–Antes que ingeniera soy una persona, y cualquier persona con voluntad de aprender puede ser mucama.

–No quiero que lo hagas.

–No te estoy pidiendo permiso, solo que me lleves a la revisión médica. Si me contratan, de lo cual estoy segura porque omití que tengo un título universitario, escribí que vivo aquí y no tengo

impedimentos físicos para hacer el trabajo, me colaré en tu camioneta cuando vayas a la ciudad y cuando vuelvas.

–No.

–¿Cómo que no? No tienes derecho a decirme lo que puedo o no hacer.

–No se trata de eso.

–¿Entonces qué es? ¡No volveré a sentarme frente a una reclutadora de ingenieros para que me haga sentir que no valgo un instante de su tiempo!

–¿Por eso buscaste un trabajo con el que te sentirás insatisfecha? ¿Por miedo a lo que pueda pensar una mujer detrás de un escritorio?

–Necesitamos dinero.

–Me esforzaré para ganar más.

–Prefiero ganar algo yo. ¿Cuál es el problema?

–Ya surgirá un empleo que te siente mejor, solo hay que tener paciencia.

–Trabajaré en ese hotel si me contratan, me lleves o no.

–No lo entiendes.

–La verdad es que no. ¿Por qué no me explicas?

–Cuando era chico, vivía en un condominio. No tan pobre como este vecindario, pero sí rodeado de necesidades. ¿Sabes de qué trabajaba mi madre?

Hazel lo sabía, pero no podía decirlo si no quería poner en evidencia a Chelsea.

–Tengo una vaga idea –respondió.

–Era mucama.

–¿Y qué?

–No quisiera que terminaras como ella.

–No sé cómo terminó tu madre, pero estoy segura de que no me ocurrirá lo mismo porque yo no soy ella y tú no eres tu padre. ¿Conforme?

Por supuesto que Max no estaba conforme. Aun así, guardó silencio y se fue al baño.

Durante la cena, casi no se miraron. Mucho menos, dirigirse la palabra. Una vez que terminaron, él se ocupó de lavar la vajilla

mientras que ella iba al sanitario y luego, a la cama.

Dejó de leer un libro en el celular cuando él entró al dormitorio.

–¿No volverás a hablarme porque me convertiré en mucama? –preguntó.

Max se sentó a su lado, moviendo bastante las sábanas para cubrirse las piernas con ellas.

–No es por eso –replicó.

–¿Y por qué es? Déjame adivinar: en tu mente, que yo me convierta en mucama te acerca más a parecerte a tu padre.

–¿Lo dudas?

Hazel rio cubriéndose la boca de manera delicada con el dorso de la mano. Dejó el teléfono sobre la mesa de noche y apoyó un brazo del otro lado de las piernas de Max para mirarlo de frente.

–No sé qué hacer contigo. De verdad, ya no sé si reír, llorar o tan solo aceptar que siempre, sin importar lo que pase, intentarás quedar mal.

–Quiero que seas feliz. No creo que limpiar un hotel te haga sentir así.

–Tampoco lo era cuando trabajaba para mi ex, ni en los momentos que compartíamos en un costoso apartamento de Atlanta. En cambio, sí lo soy cuando llegas de trabajar, me abrazas y me besas, aunque vivamos en esta casa. Cuando podemos reír, cuando hacemos el amor o simplemente mientras limpiamos. Pero, claro: jamás creerás que soy feliz solo porque existes. Los pensamientos negativos destruyen las relaciones, ¿sabías? No porque yo quiera, sino porque los temores nunca te dejarán en paz.

Se dio la vuelta, apagó la lámpara y se acurrucó de espaldas a Max. Él continuó sin hablar, pero la abrazó. Hazel le sujetó la mano que había apoyado en su abdomen. Pensaba que, a veces, el lenguaje del amor es misterioso. No necesita de palabras, solo de actos honestos.

Al día siguiente, concurrió a la revisión médica. De allí la enviaron al hotel, por lo cual supuso que todo estaba en orden, tal como había declarado en el formulario de internet.

La reclutadora la ingresó en el sistema como empleada y le dio la bienvenida con una sonrisa. La puso en manos de una encargada

que la llevó a la lavandería para que le dieran un uniforme de su talla. Le explicó lo básico a la velocidad de la luz y de manera bastante soberbia. También la presentó ante algunas compañeras. A pesar de que Hazel se dio cuenta de que no era un ambiente muy amigable, mantuvo la cordialidad y se mostró dispuesta a hacer lo que le mandaran.

Como era nueva, la primera semana la acompañó la encargada. Hizo las tareas bajo su atenta mirada. La mujer no se cansaba de criticarla. "Se nota que no estás hecha para esto", comentó en un momento. Era más incisiva y pesada que su profesora de piano, casi tanto como su madre con Max. Su trato la ponía muy nerviosa. Para colmo, temía perder el empleo si le contaba la situación a la reclutadora. Pero lo cierto era que esa mujer ponía en juego su autoexigencia excesiva al punto de hacerla sentir que, de ser una persona destacada, ahora no servía ni para aspirar alfombras.

Los colchones eran muy pesados. Además, el delantal blanco del uniforme negro estorbaba cada vez que se inclinaba hacia adelante para hacer algo. No entendía la manía de la gente y de las empresas para vestir de ese modo a las mucamas. Cuando ella había contratado a una señora para el servicio doméstico en Atlanta, no le había dado un uniforme. Tan solo un pantalón cómodo y una camiseta con una sudadera para cuando hacía frío.

La segunda semana, la encargada la dejó en manos de una compañera. Como seguía siendo la nueva, la mujer aprovechó para quitarse de encima la tarea que más le disgustaba: la mandó a ella a fregar los baños de las habitaciones mientras se ocupaba de los dormitorios.

Hazel encontró toallas manchadas de sangre menstrual en los lavabos, condones usados en el suelo, faltas de respeto de los turistas por todas partes. Y una tarde, de buenas a primeras, de pronto vio todo negro y cayó desmayada entre el sanitario y la bañera.



38

Abrió los ojos despacio.

–Hola –susurró Max a su lado–. ¿Cómo te sientes?

Cambió de dirección la mirada y pasó de ver un tubo de luz y parte de una mampara a observarlo a él. Estaba sentado en una silla, con una expresión extraña. Le acariciaba el brazo con los dedos.

–¿Estamos en el hospital? –consultó.

–Sí.

–¿Te mandaron a llamar?

–Sí.

–¿Dejaste tu trabajo para venir? Lo siento.

–No te preocupes, no hay problema con eso.

–Estaba en un baño. Creo que me desmayé.

–Lo sé.

–¿Fue una serpiente?

–No. –Max sonrió con ternura–. Estás hablando, eso significa que tu lengua no está hinchada. Tus manos también están bien. Mira. –Tomó una y la alzó con suavidad para que viera.

–¿Una araña? –arriesgó ella.

–No. Hazel… Estás embarazada.

Ella se quedó en blanco por un momento.

–¿Que estoy qué? –soltó.

–Estás…

–Lo sé, lo escuché –lo interrumpió, temerosa de volver a oírlo–. Es improbable.

–Los dos sabemos que es posible.

–¿Un médico te lo dijo?

–Sí, hace un rato.

Ella soltó el aire de golpe.

–No puede ser. No ahora. ¿Qué haremos?

–No sé, dímelo tú. Pero no tienes que decidirlo ahora.

–¿Estoy aquí por el seguro médico del trabajo?

–Sí. Llamaron a una ambulancia cuando te desmayaste.

–Entonces lo saben. Creerán que lo oculté. No mentí, no en eso.

–¿Mentiste en algo?

–No creo que sea seguro hablarlo aquí. –Respiró hondo, a punto de llorar–. Max, lo lamento tanto.

–Espera –pidió él y se inclinó hacia la camilla para acariciarle la frente–. Deja de pedirme disculpas por todo. Esto no es tu culpa ni es solo tu responsabilidad, ¿de acuerdo? Somos adultos, sabíamos lo que hacíamos. Yo lo sabía. Quiero que vayas a lo más profundo de tu corazón y me digas la verdad: ¿esta noticia no te hace ni un poco feliz?

–No lo sé –sollozó Hazel. De pronto, entre las lágrimas, apareció una sonrisa–. Sí –confesó, casi con vergüenza.

–¿Lo ves? –replicó él, sonriendo como ella–. A mí también. Mientras esperaba que despertaras tuve tiempo para pensar y me di cuenta de que, debajo de toneladas y toneladas de capas de miedo e inseguridad, también me siento feliz. Que, en el fondo, los dos experimentemos lo mismo es un buen comienzo, ¿no crees? Aférrate a eso, por favor.

–Lo intentaré –prometió Hazel, abrumada. Necesitaba salir de allí, aunque no tuviera un sitio al que realmente quisiera volver. Se sentía mejor en la camioneta que en la casa que habitaban–. ¿Podemos marcharnos?

–No lo sé. Tengo que avisarle al doctor que despertaste, pero no quiero dejarte sola en medio de un shock.

–Solo necesito irme.

Max le apretó la mano para que permaneciera tranquila, se levantó y fue en busca del médico.

El profesional se presentó en la cama de Hazel después de un rato. Tras hacerle algunas preguntas de rutina, le dio un par de explicaciones, una prescripción de medicamentos y el permiso para que se retirara. Para su sorpresa, la ropa y los objetos personales que había dejado en el casillero que le correspondía en el vestuario del hotel la esperaban en el hospital. Eso significaba que alguien los había llevado y que ya debían de conocer el diagnóstico.

Antes de abandonar la ciudad, Max se detuvo en la farmacia.

–No compres los medicamentos –indicó ella–. Son para las náuseas y los mareos. No me siento tan mal como para gastar en eso.

Él la miró un instante de una manera que no requirió palabras, abrió la puerta y bajó en silencio. Hazel se cruzó de brazos y miró por la ventanilla. Por muchas razones, le parecía increíble que llevara unas doce semanas embarazada. El doctor le había sugerido que confirmara el tiempo con una ecografía, además de pedirle que se realizara diversos estudios. Quien la había operado de endometriosis en Atlanta le había dado tan pocas esperanzas de concebir con facilidad que jamás creyó que la cirugía fuera efectiva.

Cuando Max regresó, le entregó los medicamentos y volvieron a ponerse en marcha. Durante el recorrido hasta la casa permanecieron en silencio. Una vez allí, Hazel buscó ropa limpia y se dirigió al baño para darse una ducha. Max le preguntó si necesitaba algo. Ella respondió que no.

Pasó un buen rato bajo el agua aunque se tornó fría enseguida; el calentador apenas alcanzaba para unos siete minutos de lluvia caliente. Pensó mucho en lo que debía hacer y en lo que deseaba. Retrocedió en el tiempo y recordó que, más allá del dolor y las hemorragias de la endometriosis, el deseo de maternidad había sido uno de los motivos que la llevaron a elegir la cirugía, aun sabiendo que podía no resultar o que sus efectos podían tener una duración breve.

Max había asegurado que estaba bien con la idea de ser padre, pero por otras cosas que había dicho antes, ella dudaba de esa

afirmación. Todo era muy confuso. Por suerte, al día siguiente era domingo y no tendría que enfrentarse al trabajo. Necesitaba una tregua para tomar una decisión y, además, un descanso.

Cuando salió del baño, encontró que él había preparado la cena. Se sentaron a la mesa en silencio de nuevo. Hazel continuaba pensativa.

–¿Sabes cuál es la pena por falsificar un documento? –indagó. Max conectó la información al instante.

–¿Eso hiciste para obtener el empleo?

–Sí. Inventé una carta de recomendación firmada por alguien que no existe. Temo que lo que ocurrió hoy les haga revisar todo mi proceso de contratación.

–¿Les dejaste una copia?

–No. La reclutadora la miró por arriba, creo que ni siquiera la leyó. Parecería que los papeles fueran solo un requisito para hacerle la vida más difícil a la gente.

–Entonces no te preocupes, no hay pruebas. Nadie se fijará en eso.

–No justificaré lo que hice, pero es lo que gana un sistema que prioriza los documentos por sobre las personas: mentiras. –Max permaneció en silencio, observándola. Ella se acomodó el cabello que había escapado de la coleta–. No me mires así, parece que estuvieras juzgándome.

–¿Yo, juzgándote, después de todo lo que hice? –rio Max–. No… Tan solo estoy admirando tu capacidad de adaptación.

Hazel pasó varias horas de la noche mirando el cielorraso oscuro desde la cama. Ya no estaba tan preocupada por la carta de recomendación falsa, sino más bien por cuánto derecho tenía a priorizar su deseo por sobre los de Max o el bienestar de un niño.

Recordó la época en la que deseaba ser madre. Por aquel entonces, poseía un buen trabajo, un apartamento cómodo, un esposo adinerado y un automóvil. Contaba con todo lo necesario para pensar en bebés, pero no tenía amor. Ahora tenía la dicha de que el hijo que esperaba le perteneciera también al hombre que siempre había añorado. Tenía amor, pero le faltaba todo lo demás. ¿Acaso alguien podía ser feliz solo con eso? ¿Lo era ella?

Como estaba muy cansada, se durmió aunque fuera tarde.

Despertó por la mañana al oír ruidos en la cocina. Se levantó enseguida. Max la saludó con una sonrisa y le sirvió el desayuno.

–¿Dónde está mi café? –preguntó ella, espiando el interior de la taza.

–Suspendido –respondió él.

–¿De dónde sacaste este té?

–Fui al supermercado mientras descansabas.

–No escuché la camioneta.

–Dormías profundamente.

–Si pienso en la cantidad de cafeína y copas de vino que tomé en estos tres meses, soy la peor persona del mundo –reflexionó mientras Max se sentaba en su lugar.

–Confiemos en que no han tenido un efecto negativo y evitémoslos a partir de ahora. Puedo pasar unos meses sin beber esas cosas para no tentarte.

–No tienes que privarte por mí.

–Me da igual beber café en un jarro como un callejero o té en una taza como un señor inglés. Yo también tengo capacidad de adaptación.

A pesar de que padecía una desconcertante mezcla de emociones, Hazel sonrió. La admiración y el amor que Max le despertaba predominaron.

–¿Entonces seguiremos adelante? –preguntó con un hilo de voz, asustada de solo mencionarlo.

–Eso no depende de mí, sino de ti.

–Estuve pensando mucho en ello –confesó.

–Lo imaginaba. ¿Qué dijo el techo? –Hazel frunció el ceño–. Lo miraste la mitad de la noche.

Ella rio.

–No dice mucho, así que necesito tu opinión. –Él aguardó en silencio–. Verás… Siempre quise ser madre. No imaginaba este contexto, por supuesto, sino esas familias modelo de los anuncios de televisión. Cuando era niña, jugaba a que lo era con muñecas, incluso con los niños más pequeños del vecindario. En la adolescencia, perdí esa conexión. La verdad es que, durante muchos

años, no pensé en tener hijos. Hasta que estuve casada y se volvieron un tema de conversación. Yo lo expuse a la luz.

»Supongo que no lo sabes, pero la endometriosis suele generar problemas para quedar embarazada. Mis períodos siempre fueron bastante irregulares, con mucho dolor y hemorragias. Además de mi deseo de terminar con las enormes molestias que esa condición me provocaba, tenía la intención de ser madre, por eso elegí hacerme la cirugía. El médico no me dio garantías: cabía la posibilidad de que no resultara o de que los beneficios duraran muy poco y que igual necesitara ayuda de la ciencia para concebir. La enfermedad no tiene cura, la cirugía es solo un tratamiento. De hecho, hace un mes y medio, creí que el problema estaba regresando cuando tuve un sangrado atípico. Podría haber sufrido un aborto espontáneo y ni me habría dado cuenta.

»A lo que quiero llegar es a que, como no sé qué ocurrirá con mi cuerpo en el futuro, puede que esta sea mi única oportunidad para ser madre biológica si alguna vez lo deseé o volvía a desearlo. No me gustaría desperdiciarla. Sin embargo, comprendo que no compartas ese deseo. No tienes que hacerlo. Hace un tiempo dijiste que no querías ser padre, y lo entiendo. Quizás podamos llegar a un acuerdo en el que ninguno salga perdiendo.

–No dije que no quisiera ser padre –aclaró él–. Dije que tú no querrías tener un hijo mío, lo cual es muy diferente. Parece que ignoraras lo que mencioné en el hospital.

–Lo recuerdo. Pero no puedo dejar de pensar que, quizás, solo fue una manera de tranquilizarme porque me había puesto pesada con el asunto de las disculpas.

–Bueno, no lo fue. Hazel, no es que no quiera tener hijos. Es que me asusta no ser bueno para ellos o para ti. Aun así, tienes que saber que eres la única persona en este mundo con la que correría el riesgo de convertirme en padre.

–Eres bueno –replicó ella con los ojos húmedos–. Demasiado bueno. Por eso, una de las cosas que pensé anoche es que me asusta mucho traer un niño a este mundo cuando lo único que tenemos es amor.

–¿Sabes qué es lo que más deseaba cuando era niño? –Él hizo una pausa. Ella esperó–. Que mi padre me tratara mejor. No necesitaba una bicicleta, un automóvil de juguete o una casa más bonita. Solo amor.

Hazel se cubrió el rostro con las manos y estalló en llanto.

–Lo siento tanto –murmuró.

–Hazel, no –pidió él. La tomó de las muñecas y le descubrió la cara–. No puedo contarte si te duele tanto. Además, eso ya pasó. Ahora estoy del otro lado, ¿verdad? –preguntó con una sonrisa genuina. Ella también sonrió.

–Sí, lo estás –afirmó entre lágrimas.

–Qué bueno.

Se miraron otro rato, compartiendo emociones que no se podían poner en palabras.

Hazel pensó que todo era más fácil cuando Max se abría y hablaba. Habían dado pasos lentos pero seguros para que pudiera confesar sus temores y sus deseos. Aunque su dolor la invadiera, no hubiera cambiado esa posibilidad por nada. Pensaba en la frase "el amor duele". *No significa que quien ames te haga daño*, concluyó, *sino que su dolor te lastimará como si fuera propio*.



39

El lunes, Max intentó convencerla todo el trayecto hasta la ciudad de que no debía estar tan nerviosa.

–¿Cuál es el problema si te despiden? –preguntó.

–Nos faltará el dinero que podría ganar.

–Aquí las licencias por maternidad no son pagas; hubiéramos tenido que vivir solo con lo que yo genere en ¿cuánto? ¿Seis meses?

–No me gusta sentirme en falta.

–Eso es un problema que arrastras por el vínculo con tu madre.

–¡Vaya! Olvidaba que eras Freud.

–No te hagas problema por anticipado. Si nada ocurre, lo habrás pasado mal en vano.

–Eso sí que no tiene discusión.

–¿En serio? –rio él–. ¡No puedo creerlo! Le gané una disputa a la señorita razonamiento.

–Cállate –ordenó Hazel. Rio también, más relajada.

Lo que Max logró en media hora de viaje lo destrozó la jefa de mucamas en un segundo. La abordó en el vestuario y le pidió que, en lugar de colocarse el uniforme, se dirigiera a la oficina de Recursos Humanos, de donde la habían citado.

Supo lo que ocurría desde que se sentó frente al escritorio de quien le había realizado la entrevista y la contratación.

–Felicitaciones por las buenas noticias –dijo la mujer con una sonrisa falsa.

–Gracias –susurró Hazel mientras se preguntaba por qué esa chica se molestaba en ser hipócrita.

–Encontramos curioso que no hayas mencionado tu estado en la declaración jurada de salud. No es legal que lo preguntemos o que lo investiguemos en las muestras de laboratorio, pero es ético que la postulante lo declare en la sección "otros factores de salud que considere relevante informar", en especial si realizará trabajos de esfuerzo físico. ¡Lo que te ocurrió en el baño podría haber resultado en una tragedia!

–No lo escribí porque no lo sabía.

–También es curioso, tratándose de un embarazo de unas doce semanas, según el informe médico.

A Hazel le pareció humillante tener que dar ciertas explicaciones, pero aun así lo hizo.

–Verá: las personas un poco rellenitas no notamos una hinchazón incipiente como una persona con el vientre plano. Sufro de endometriosis, por lo cual, aunque me practicaron una cirugía, consideraba difícil quedar embarazada. Por otra parte, mis ciclos siempre fueron bastante irregulares. De hecho, tuve un período, o algo así, hace un mes y medio. Evidentemente, no se trató de eso, sino de pérdidas. Por último, si bien tuve algunos síntomas, los atribuí a otras situaciones que estábamos viviendo. Por todas esas razones no lo encontró escrito en la declaración de salud.

–No te preocupes. Como sea, debo informarte que, a partir de este momento, estás desvinculada del hotel. Encontrarás la liquidación del salario en tu correo electrónico y el dinero en tu cuenta bancaria. Al tratarse de una incorporación reciente, no necesitamos una razón específica para la desvinculación ni tenemos que pagarte más de lo que hayas trabajado. ¿Tienes alguna duda al respecto?

Intentó mantenerse tranquila, aunque muchos temores la atacaron.

–No, ninguna. Gracias –manifestó y se levantó de la silla.

Con cada paso que daba hacia la puerta de la oficina, su corazón latía más rápido. Estaba cansada de ser tan educada y reprimida; comportarse siempre como una persona perfecta no la había

conducido a nada bueno. Esa mujer no era su madre. ¿Qué importaba si quedaba como una irrespetuosa? Se volvió con lágrimas en los ojos.

–Usted también es mujer. Podría ser más comprensiva.

La chica la miró con las cejas enarcadas.

–No estoy aquí para ser mujer. Me pagan para reclutar personal útil para la empresa. Cometí el error de contratar a alguien que le ocasionará pérdidas. Estoy bastante molesta por eso, no me pidas condescendencia.

Hazel asintió con estoicismo y volvió a darse la vuelta. Por lo menos, había logrado que mostrara su verdadero rostro y no esa estúpida sonrisa.

Al salir del hotel, el sol abrumador la encegueció. Hacía mucho calor. Mientras la gente disfrutaba de la playa, ella tuvo que caminar varias manzanas hasta el hotel donde trabajaba Max. Pensó en esperarlo hasta la hora de salida, pero eran apenas las ocho y media de la mañana. No podía quedarse allí hasta las cinco de la tarde. No le quedó más remedio que enviarle un mensaje.

> Hola. Me despidieron. Estoy en la puerta de tu hotel. ¿Te molestaría usar tu hora de descanso para llevarme a Mudgeeraba?

Mientras esperaba que él respondiera, miró la playa a unos metros y recordó el pasado. La noche que lo conoció, el beso en medio del juego, la sudadera con la que amaneció sobre sus piernas. De pronto cayó en la cuenta de que esperaba un hijo de ese mismo chico que conoció hacía quince años. No tenía empleo, ni una casa, ni siquiera dinero para un taxi, y sintió el mismo miedo que la hubiera acechado en la adolescencia.

Reaccionó cuando oyó la bocina de la camioneta. Como su teléfono estaba en silencio, no se dio cuenta de que Max había respondido. Al verlo, le pareció que todo se cerraba alrededor. Hubiera sido más fácil llamar a su madre, rogarle que le comprara un pasaje a Sídney y marcharse. Pero ya no tenía diecisiete años y debía hacerse responsable de sus decisiones. Elegía quedarse.

Se aproximó temblando. Subió con un nudo en el estómago.

–Hazel, ¿qué ocurre? –indagó él, preocupado, a la vez que le tocaba el rostro.

–¿Por qué saliste? Te pedí que me llevaras en tu momento de descanso.

–No ibas a quedarte aquí durante horas de nuevo. Tienes que beber agua, estás transpirando.

–Solo quiero ir a Mudgeeraba –replicó ella y giró en el asiento para mirar por la ventanilla.

Max se estiró para colocarle el cinturón de seguridad. Hazel reaccionó y terminó haciéndolo por su cuenta.

Mientras conducía, él intentó apartarla del estado extraño en el que acababa de encontrarla. Imaginaba lo mal que lo estaría pasando al sentirse en falta, como ella lo llamaba. Max estaba acostumbrado a hallarse de ese lado de la vida, por eso no estaba seguro de comprenderla del todo. Aunque intentó obtener información acerca de cómo había sido el momento del despido, Hazel tan solo respondía monosílabos.

–Adiós. Gracias por traerme –dijo en cuanto estacionaron en la puerta de la casa.

–Entraré un rato contigo –decidió él.

–Solo tienes una hora libre. Te conviene irte ya si no quieres llegar tarde.

–Hazel, ¿por qué estás echándome?

Ella cerró la puerta del vehículo y se volvió hacia la casa. Max fue detrás.

–¿Te maltrataron de alguna manera? –indagó.

–No –respondió Hazel en la cocina.

–¿Entonces por qué estás tan molesta?

–¿Lo preguntas en serio? –Apoyó una mano en la encimera de manera brusca y lo miró–. Acaban de despedirme acusándome de ocultar información. Mi peor pesadilla se cumplió.

–¿Tu peor pesadilla era que te despidieran de un trabajo de mucama? ¡Vamos! Creí que tenías temores más serios.

–Te prohíbo que menosprecies la manera en que me siento.

–No la menosprecio. Tan solo me cuesta entender que no te des cuenta de que te hicieron un favor.

–¡¿Un favor?! ¿Qué crees? ¿Que soy la clase de persona que es feliz quedándose en casa, dependiendo económicamente de un tipo, viviendo como una pordiosera?

–Siempre supe que no lo eras. Pero no pensé que yo había descendido a la categoría de un tipo cualquiera.

–¡No dije eso!

–Esta vez sí lo dijiste. No se trata de mi imaginación ni de mis intentos por apartarte. Fuiste clara.

–¡No eres un tipo cualquiera! –gritó ella, llorando.

–Entonces no digas que dependes económicamente de "un tipo", ¿bien? Soy la persona que te ama, el padre de tu hijo. Tan solo estamos viviendo una situación difícil de manera circunstancial. Una que, en realidad, tampoco fue mi culpa.

–¿Eso qué significa? ¡Ya sé que fue mía!

–Me refería a que la provocó tu madre.

–¡Mentira! Me estás acusando de lo que ya sé.

–Hazel, por favor. Quizás deberías dejar de pensar un poco y permitir que la vida transcurra. Entiendo que estés enojada por el despido, pero esta discusión no conduce a nada. Solo estamos lastimándonos. Detente.

–¡Que digas que al despedirme me hicieron un favor no ayuda!

–De acuerdo. Si ese es el problema, lo siento.

–Y sí eras un tipo cualquiera cuando te conocí en esa playa.

–¿A dónde quieres llegar? Tú también eras una chica cualquiera que me besó ahí. Así es como las personas se conocen y, un buen día, se dan cuenta de que dejaron de ser extraños. No entiendo por qué estamos hablando de esto. ¿Podemos parar? Te lo ruego. Tengo que regresar al trabajo; no quiero dejarte en este estado. Me acercaré.

–¡No quiero!

–Te daré un abrazo, te acompañaré a la cama y te acostarás a descansar.

Como Hazel hizo silencio y tan solo siguió llorando, él entendió que podía aproximarse. La abrazó, como había prometido, y la besó

en la cabeza.

–Perdón –susurró Hazel.

–Tranquila. Te amo. Todo se resolverá, ya verás.

Caminaron juntos hasta el dormitorio. Mientras ella se acostaba, él regresó a la cocina y le llevó una copa y una botella con agua. Dejó los objetos sobre la mesa de noche y se sentó en la orilla de la cama. Le apartó el cabello de la frente a la vez que le hablaba.

–Si te sientes mal, me llamas de inmediato. ¿De acuerdo? –pidió.

–Gracias –respondió Hazel.

Él se inclinó sobre ella y se despidió besándola en los labios.

Regresó al hotel preocupado y con una sensación de impotencia que hacía tiempo no experimentaba. Le costó mucho convencerse de que la felicidad de una persona no es constante, sino fluctuante, y que las frases "soy feliz solo porque existes" y "no soy feliz quedándome en casa, dependiendo económicamente de un tipo, viviendo como una pordiosera" podían convivir sin que la primera fuera mentira.

Hazel pasó la misma cantidad de tiempo recordando el despido y repasando cada uno de los temores que la aquejaban. No se dio cuenta cuando se quedó dormida, pero sí de que despertó a causa de un ruido.

–¿Honey? –preguntó desde la cama.

Se incorporó y esperó a que se le pasara el mareo. Por las dudas, ya que tenía el agua y las medicinas ahí, ingirió una píldora. Cuando se sintió mejor, se levantó y salió de la habitación. Encontró a la gata sentada sobre la mesa, en posición de alerta, mirando hacia la puerta.

–¡Honey! –repitió. El animal no le prestó atención.

Revisó la entrada y las ventanas, incluso la que Max había reparado. Acomodó un cortinado que estaba un poco descorrido y volvió a mirar a su mascota. Recién entonces, el animal bajó de la mesa y comenzó a pedirle comida.

Le cambió el agua, cargó el recipiente con sobras de la noche anterior y le acarició el lomo mientras la gata husmeaba el plato que, resultaba evidente, no le gustaba.

–Lo sé, lo siento –susurró ella–. Te prometo que vendrán tiempos mejores en los que tendrás de nuevo las latas de comida para gatos que tanto te agradan. Algún día, volveré a comprártelas.

Mientras juntaba con una pala los desechos de la arena sanitaria, recordó que tenía que practicarse el estudio de la toxoplasmosis, entre muchos otros. Solo le quedaban dos semanas para hacerse el ultrasonido de translucencia nucal del que le había hablado el médico que la atendió cuando se desmayó en el hotel. Eso si las semanas que le habían diagnosticado en esa oportunidad eran correctas y no más. El problema era que, como había sido despedida, otra vez no tenía un plan de salud.

Hizo algunas averiguaciones al respecto en internet. Miró la hora cuando se dio cuenta de que la luz del sol que entraba a través de los cortinados se veía diferente. Eran las cinco de la tarde. No podía creer que el tiempo se le hubiera pasado tan rápido. Ni siquiera había almorzado. Max llegaría en treinta minutos. Dejó de investigar para preparar la cena.

Él regresó un poco más tarde de lo habitual. La saludó como de costumbre, aunque permaneció un momento más abrazándola por la espalda.

–¿Cómo te fue? –preguntó Hazel.

–Bien.

–¿Qué reparaste hoy?

–Televisores.

–¿Por qué regresaste más tarde?

–Repuse los minutos que me atrasé.

Era algo muy simple, Hazel lo sabía. Sin embargo, no pudo evitar sentirse culpable también por eso.

Una vez que se acostaron, él usó el celular. Respondió unos mensajes de su grupo de amigos y se puso a conversar con su hermana, todo por escrito. Todavía no le había contado que iba a ser padre. No lo haría hasta que terminara de creérselo.

–Max –susurró Hazel. Él giró la cabeza parar mirarla, alertado por su tono–. ¿Alguna vez has utilizado el sistema público de salud? Yo no. Leí que no se puede elegir un doctor, debes quedarte con el que te asignen. ¿Qué ocurre si me ofrecen uno que no me agrada? Debe

ser difícil confiar tu vida y la de tu hijo a alguien que no termina de convencerte.

–Las veces que necesité atención médica, utilicé el sistema público. Yo no tuve problemas, pero entiendo a lo que te refieres. No te preocupes, buscaremos la forma de que te sientas tranquila.

Se inquietó cuando notó que Hazel lo miraba fijo y que comenzó a respirar de manera diferente. Aunque lucía muy contrariada, no lloraba. Le pareció extraño, dado que esa era su manera de liberarse y de ser fuerte. Empezó a temblar. Entonces, la discusión de la mañana cobró sentido: no estaba enojada ni herida, sino muerta de miedo –No lo sé –continuó ella con voz débil–. Tal vez nos apresuramos en tomar una decisión. Yo no tengo empleo. El tuyo es temporario. La gata no quiso las sobras de anoche. Con suerte podemos comer nosotros. ¿Con qué alimentaremos a un bebé? ¿Cómo lo vestiremos y le compraremos pañales? ¿Cómo lo cuidaremos en este lugar donde ni siquiera una ambulancia quiere ingresar sin custodia policial?

–Hazel, aguarda –la interrumpió antes de que la situación se tornara demasiado dañina para ella. Apoyó el celular sobre la mesa de noche y la abrazó–. Esto no será para siempre. En algún momento, conseguiremos salir de aquí y tener una vida más estable. No pienses en términos de dinero. Es muy cruel que alguien no pueda realizar el deseo de tener un hijo por ser pobre.

–No se trata solo de eso. No puedo parir con un médico que ni siquiera conozco. Tampoco quiero que cargues sobre tu espalda todo el peso de nuestra manutención.

–Lo que supones que para mí es un problema no lo es en lo más mínimo. En cuanto a lo del seguro de salud, buscaré la manera de que puedas elegir un doctor. Olvídate de eso, por favor.

–No tienes que hacerlo. Debí ser precavida.

–Hazel, basta. Mírame. –Intentó que lo hiciera, pero ella continuó esquivándolo–. Mírame. –Lo logró–. Me ocuparé del seguro de salud.

–¿Y yo qué hago?

–Tú te ocuparás de otras cosas. Yo, de eso y del dinero que necesitemos para vivir.

–Quiero trabajar, pero nadie me contratará por el momento.

–Podrás hacerlo más adelante y de algo que en verdad te guste. Ahora, no pienses. Confía en mí. Por favor, cálmate. Todo estará bien. ¿Me oyes? Todo estará bien, te lo prometo.

Le acarició el cabello y la besó en la frente tanto tiempo como fue necesario hasta que, al menos, dejó de temblar y volvió a respirar con normalidad.

Era imposible que ella siempre fuera fuerte, que nunca se quebrara. La pregunta que se instaló en la mente de Max fue hasta qué punto era capaz de resistir él.



40

Hizo muchas averiguaciones sobre seguros de salud en sus horas de descanso de la semana, mientras almorzaba en el comedor. Si bien algunos ofrecían la cobertura que necesitaban, eran los más costosos y no aceptaban que la condición fuera preexistente. En ese caso, había que esperar doce meses para utilizar ese servicio. Para entonces, su hijo ya habría nacido y el seguro no les serviría de nada.

Había una sola manera de cumplir con lo que le había prometido a Hazel: pagar la atención como particular, y una sola forma de hacer eso.

Se apartó del compañero con el que compartía la mesa y, con la excusa de tomar un poco de aire, salió un momento del subsuelo para hablar por teléfono.

–Sabía que, tarde o temprano, llamarías –dijo Adeline en cuanto atendió.

–Necesito hablar con usted. ¿Tiene un momento?

–La suerte está de tu parte: justo me encuentro en Queensland, buscando un nuevo encargado para la finca. Podemos vernos.

–Bien. Me libero a las cinco de la tarde. Le daré la dirección de una cafetería para que nos encontremos a las cinco y media.

Aunque no tenía planeado ni quería encontrarse en persona con Adeline, debía reconocer que era mejor que una llamada telefónica que la mujer podía colgar en cualquier momento. Se preguntó por

qué sonaba tan tranquila y por qué no indagó si la llamaba porque le había ocurrido algo a su hija. Supuso que, como Hazel conversaba con su prima, estaría informada por ese lado. Lo único que no debía saber era que estaba embarazada; dudaba de que Hazel se lo hubiera dicho a alguien cuando él aún ni siquiera se había atrevido a contárselo a su hermana. Le había prometido que se encontrarían a la salida del trabajo en esos días. Aprovecharía ese momento para hablar con ella.

Que fuera sábado tenía algunas ventajas. Por ejemplo, que su jefe no estaba. A cambio había más trabajo, ya que los fines de semana llegaban más turistas. Estaba agobiado de pasar tantas horas en ese subsuelo y a veces le dolía la cabeza de fijar la vista en piezas muy pequeñas todo el día. Ojalá le hubieran asignado concurrir a las habitaciones cuando algo no funcionaba en lugar de reparar artefactos para que luego otro tan solo los acomodara. Ese día se sentía todavía peor respecto de lo que hacía; la perspectiva de reencontrarse con Adeline avivaba sus peores emociones.

Como se atrasó un poco con el trabajo, terminó llegando a la cafetería a las cinco cuarenta. Solo con ver a la mujer sentada en una mesa se le revolvió el estómago. La sensación empeoró en cuanto ella lo miró como a un insecto.

–Alguien debió enseñarte puntualidad cuando eras niño –protestó.

–Algunos de nosotros trabajamos –respondió.

Se sentó a la mesa, llamó a la camarera y solicitó un café, arrepentido de lo que acababa de decir. Si quería obtener un resultado favorable de ese encuentro, debió aceptar cualquier humillación en silencio.

–Supongo que se preguntará por qué la llamé –dijo.

–Creo tener una idea: te aburriste de mi hija y esperas negociar conmigo para obtener algún beneficio a cambio de dejarla.

Evitó reír.

–Esa es una ilusión vana. A veces, Hazel es un poco ingenua. No creí que lo hubiera heredado de usted. –Agradeció el café a la camarera y miró la taza–. Me resulta extraño que no pregunte por su hija.

–No me hace falta. El lugar donde la llevaste a vivir es miserable. Completamente indigno. Si no te aburres tú, se cansará ella.

Max suspiró, dándose ánimos para lo que seguía. La miró sin alzar la cabeza.

–Seamos sinceros: ninguno quiere estar conversando en esta cafetería, así que seré breve. Necesito mi dinero.

Adeline rio.

–Y yo necesito que desaparezcas de nuestras vidas.

–No se lo pediría si no fuera en verdad necesario. Quiero que me devuelva mi dinero.

–No existe algo como "tu dinero". Tendrás que esperar a que un mediador determine si te corresponde cobrar algo más por tu participación infructuosa en la granja o no.

–No puedo esperar. Lo necesito ahora.

–¿Qué ocurrió? –indagó ella con un tono irónico–. ¿Adquiriste deudas de juego y te están amenazando? Si llegas a poner en peligro a mi hija…

–Mire, señora, aunque no lo crea, jamás pisé un casino ni nada que se le parezca. Nunca tuve tiempo para eso. No le estoy pidiendo algo que no sea justo. No quiero nada de usted, solo lo que es mío.

Ella se encogió de hombros.

–Que lo decida el mediador.

–Le estoy diciendo que no tengo tiempo.

–Y yo, que no tengo obligación de darte un centavo. Si estás en aprietos, arréglatelas.

–No lo quiero para mí. Es para su hija. Hazel está embarazada. La asusta el sistema público de salud. Le pagaré el doctor que ella quiera.

Por la expresión boquiabierta de Adeline, certificó que Hazel no le había contado a su prima la noticia.

–¡Maldición! Jamás creí que la estupidez de mi hija llegaría tan lejos. Dejó de hablarme por tu culpa. Se cansó de decirme que yo le había impedido ser ella misma. Ahora tiene completa libertad para serlo. Como adora decidir mal, que también se haga cargo de sus errores, el principal de ellos, tú.

Max negó con la cabeza.

–Sabía que, al venir aquí, usted me atacaría, que me haría sentir como la peor basura de este mundo. Y está bien, quizás lo sea. No me importa lo que diga de mí. Pero Hazel… Su hija es tan inteligente y buena, y usted es tan dura con ella. No merece que la trate de esa manera.

–¿Pero sí merece un tipo como tú, que ni siquiera puede pagarle un doctor? Disculpa, pero el único dinero que saldrá de mi bolsillo a causa de esa criatura será para que mi hija termine con ella antes de que se convierta en otro problema. Uno que la ataría a ti para siempre y que lamentaría por el resto de su vida.

–Deténgase. Es de mi mujer y de mi hijo de quienes estamos hablando. No permitiré que se refiera a ellos como si no valieran nada. ¿Sabe qué? Olvídelo. Nos arreglaremos sin el dinero que usted me robó. Con permiso.

Se levantó y arrojó sobre la mesa el único dinero en efectivo que tenía para pagar su cuenta y la de la señora. Salió de la cafetería, tan molesto consigo mismo como con ella. Siempre había creído que, en la miseria de su vida, había crecido sin el amor de su padre. Tras ese encuentro comenzó a pensar que Hazel tampoco había sido amada de la manera que merecía, al menos no por su madre.

Intentó poner en orden sus sentimientos en la playa, sentado frente al atardecer como cuando era adolescente. En lugar de apaciguarse, un odio singular creció hasta desbordarlo. Se aborrecía a sí mismo. Si en algo coincidía con Adeline, era en que Hazel no merecía la vida dura que él podía ofrecerle. Si de verdad la amaba, debía convencerla de que lo abandonara.

Entró a un bar poco antes de que cayera la noche. Se sentó en el mostrador y solicitó una cerveza. Entregó a cambio su tarjeta de débito. El bartender se la devolvió junto con la botella.

Durante los primeros tragos repasó una vez más la conversación con Adeline. Pensar que no tenía manera de cumplir la promesa que le había hecho a Hazel lo desesperaba. Entre muchas cosas, se acordó de su madre. Aurora siempre agachaba la cabeza. No importaba qué le pidieran, ella cumplía sin protestar. Incluso le compraba bebida a su marido porque, si se negaba, él se ponía

violento. Nunca le preguntó por qué se había casado con ese hombre. ¿Por qué creía que merecía su maltrato?

Perdió la cuenta del tiempo que pasó allí y de cuánto bebió.

–Otra –solicitó y deslizó la tarjeta por el mostrador. La palabra casi no se entendió. Poco después, el bartender se la devolvió sin una botella.

–Lo siento, no puedo venderte más. La tarjeta fue rechazada.

–Inténtalo de nuevo.

–Lo hice tres veces.

Soltó el aire de golpe. Guardó la billetera y descendió del taburete. Estaba mareado. La sola idea de regresar a su casa de esa manera lo hizo sentir un cretino. Por otro lado, era hora de que Hazel entendiera que lo mejor para ella era marcharse.

Como no tenía dinero para un taxi, tuvo que usar la camioneta. Condujo con cuidado, en especial en la ciudad, donde podía ocasionar un accidente que involucrara a otras personas. Si volcaba en la carretera, se perjudicaría solo.

Hazel esperaba en una silla, con el corazón en la boca. No dejaba de mirar el teléfono en espera de una respuesta de Max. Llevaba horas escribiéndole y había acumulado cinco llamadas perdidas.

Oír la camioneta hizo que el nudo bajara de su garganta a su estómago. Se levantó justo cuando él entraba a la casa y corrió a su encuentro.

–¿Por qué llegas tan tarde? ¡Llevo horas intentando contactarte! ¿Estás bien? ¿Qué ocurrió? –Max le echó llave a la puerta y se dio la vuelta. Hazel vio sus ojos irritados y comprendió todo de golpe–. ¿Estuviste bebiendo? –indagó, sin poder creerlo–. ¿Estás ebrio?

–Permiso –murmuró él, cabizbajo, y la esquivó para ir a la cocina.

Abrió el refrigerador, extrajo la botella de agua y bebió sin servirse en una copa.

–¡Contéstame! –ordenó Hazel, jalando de su camisa por la espalda–. ¿Me tuviste al borde de un infarto durante horas para ir a beber? ¡Creí que te había ocurrido algo!

Intentó moverlo con intención de mirarlo a los ojos. Para que dejara de esforzarse en vano, él se dio la vuelta, como ella quería, aunque permaneció cabizbajo.

–¡¿Por qué hiciste esto?! –gritó Hazel.

–Así soy.

–¡No es cierto!

–Sí… Es hora de que lo sepas.

–¿Estás loco? ¿Condujiste en este estado? ¿Cuánto bebiste?

–Hasta que mi tarjeta fue rechazada.

–¡¿Qué?! ¿Y qué comeremos el resto del mes?

–No sé y no me importa.

–¡Sí que te importa! –bramó ella y lo empujó.

–Por favor, no hagas eso –rogó él, todavía un poco perdido con las palabras.

–¡Entonces deja de comportarte como un actor! ¡Deja de intentar demostrar que eres una porquería y sé tú mismo!

–Lo soy.

–¡Mentira!

Max avanzó bruscamente, obligándola a retroceder. Apoyó las manos en la encimera de modo que Hazel quedara atrapada entre sus brazos.

–Créeme: no quieres que sea yo –bramó de manera ruda.

–¡Sí, quiero! –replicó ella, sin ceder en su actitud–. Hazlo. ¡Muéstrame de qué eres capaz! ¡Revélame toda esa basura que tienes adentro!

Max se impulsó hacia atrás de la misma forma brutal en que se había aproximado. Le dio la espalda. Hazel lo observó caminar hasta el comedor, agitada y con el corazón acelerado. De pronto, él se dejó caer en una silla, apoyó los brazos en la mesa, la cabeza sobre ellos, y se echó a llorar convulsivamente.

Hazel se pasó una mano por el rostro. Esperaba cualquier cosa menos eso. De modo que, en lo más profundo de Max, no había ira, rencor ni violencia. Solo una inmensa tristeza.

Se acercó con el alma en un puño y lo abrazó. Lo besó en el hombro y le acarició la cabeza hasta que el llanto se transformó en angustia y agitación.

–Lo siento –murmuró él, con una voz que casi no parecía suya.

–Está bien –susurró ella cerca de su oído–. Necesitas descansar. Te ayudaré a llegar a la cama.

–Podrías lastimarte.

–Tranquilo, eso no ocurrirá.

Colocó el brazo de Max sobre sus hombros para que se sintiera seguro al levantarse. Aunque lo acompañó hasta el dormitorio de esa manera, no sintió su peso en ningún momento.

Él se acostó y se arrastró hacia el lugar que solía ocupar Hazel. Ella se sentó y le acarició la frente.

–Te quitaré la camisa, debes sentir mucho calor –le avisó y comenzó a desabotonarla.

–Nunca entendí por qué mi padre no me quería –soltó él. Hazel tragó con fuerza a la vez que retiraba una manga.

–Ayúdame levantando un poco la espalda, por favor –pidió.

–¿Las sientes cuando me tocas? –preguntó Max, haciendo lo que Hazel le había pedido–. Él me las hizo con su cinturón.

Hazel entendió que se refería a las cicatrices. Para no echarse a llorar tanto como lo había hecho él hacía un momento, deslizó la camisa por debajo de su cuerpo y la arrugó sobre las piernas. Recordó sus palabras: "No puedo contarte si te duele tanto". Tenía que ser fuerte.

–Debe haber sido terrible –susurró.

–Terrible e inexplicable. Tampoco las quería a mi madre y a Chelsea, pero a mí me odiaba más. A los trece años, yo no sabía que existían las denuncias y las órdenes de alejamiento. Cuando él estaba ebrio, dormido en una silla, me plantaba enfrente y me preguntaba por qué no tenía las agallas para matarlo. Deseé hacerlo. Lo deseé mucho.

–Suena muy doloroso.

–Un día se molestó porque mi hermana rio demasiado fuerte. Lo enfrenté. Casi me mató a golpes. Mi madre me llevó al hospital y pidió ayuda. Ella no había terminado la escuela, apenas sabía leer y escribir. Supongo que tardó tanto en huir de esa casa porque nunca imaginó que alguien la ayudaría.

–Es bueno que los hayan ayudado.

–Vivimos en un lugar para personas sin hogar durante mucho tiempo. Había gente buena, pero también maleantes y drogadictos. Nadie quería emplear a una mujer con dos hijos, en especial si uno

era un varón adolescente. Al final, una familia la contrató en Canberra y nos mudamos.

Hazel apretó más la camisa, recordando el relato de Chelsea. Oírlo de labios de Max era todavía más desgarrador. No sabía cómo haría para resistirlo.

–Era una casa de ricos –continuó él–. Había más dinero allí que el que podré contar en toda mi vida. Pero, después de la primera vez que entramos a esa mansión, nos ordenaron que jamás volviéramos a utilizar la puerta principal. Vivíamos en un pasillo húmedo, en habitaciones con la pintura resquebrajada.

»Mi madre casi no cobraba el salario. Su jefe le decía que era muy costoso mantenernos. –Rio–. Comíamos sus sobras, así que no sé cuánto gastaría en nosotros –ironizó. El detalle comprimió el estómago de Hazel. Apoyó una mano sobre la de Max e intentó contener el llanto–. Éramos ratas. Ratas que odiaban ver, pero que les servíamos. Nos miraban como me mira tu madre.

»Créeme cuando te digo que nada era mío, que nunca tuve una sola cosa. Si rompíamos algo, tanto en el hogar temporario como en esa casa, teníamos que reponerlo. Bueno, mi madre lo pagaba con su esclavitud. Entonces, llegó un momento en el que ya no tocábamos nada.

»El matrimonio tenía dos hijos. No había un cortinado en la ducha de nuestro baño. Un día pesqué a uno de ellos espiando a mi hermana mientras se bañaba. Por favor, nunca se lo digas. No lo sabe.

–No lo haré –prometió Hazel lagrimeando. La penumbra y que Max todavía estuviera un poco alcoholizado ayudaban para que no dejara de hablar por más que ella se sintiera angustiada.

–Peleamos. Le dije que, si se metía con ella, lo mataría. Al otro día, me abordó en la parada del autobús con dos amigos. Me golpeó con un tubo de plástico que utilizaban para hacer un experimento en su escuela privada. En un principio, tan solo quise defenderme. Luego perdí la razón. Dejé de ver su rostro y se me figuró el de mi padre. No recuerdo más, todo eso está muy confuso. Solo sé que por poco no lo maté. Todavía debe tener marcas que yo le hice.

Cuando me llevaron a la corte de delitos juveniles, las autoridades determinaron que él padecía consecuencias físicas irreversibles.

»Yo tampoco volví a ser el mismo. En la pericia psicológica diagnosticaron que sentía rencor, que tenía problemas para controlar la ira y que era peligroso. –Volvió a reír–. Él no lo era, claro. Espiar a una chica desnuda es el paso previo a convertirse en un abusador, pero yo no podía decir eso, porque mi hermana no lo sabía y temí que la afectara demasiado. Además, ¿quién me creería sin pruebas? No estoy orgulloso de lo que hice. Solo espero que no le hayan quedado ganas de espiar a otra.

–Seguro que no –comentó Hazel y se secó una lágrima.

–Al fin llegamos a la parte favorita de tu madre: el instituto para menores. Supongo que lo habrá mencionado, pero no pudo decirte lo que ocurría allí dentro. Te lo contaré.

»Lo único que tenía era esta cadenita. –La señaló–. Apenas llegué, me ordenaron que me la quitara. Como me negué, me la arrancaron y pasé la primera noche en una especie de calabozo. Estaba harto del mundo. Una vez escupí la comida de esa gente rica, pero el mundo me escupía en el rostro una y otra vez. No era bueno. No lo soy. Pero puedo jurarte que hay gente mucho más mala que yo.

–No digas que eres malo, por favor. No es cierto.

–Tal vez sí. Había un celador al que le gustaba hacerlo con los chicos.

Hazel tembló.

–¿Te tocó? –preguntó con cuidado, intentando disimular el llanto.

–No. Le gustaban los rubios altos y delgados. Pero otros chicos lo intentaron. Primero fue una golpiza. Luego, lo otro. Por suerte, conocí a una especie de amigo. Se llamaba Kai. Él me enseñó a defenderme. Después de un tiempo, dejaron de molestarme y buscaron a otro novato. Aprendí mucho de mi compañero. Él había matado a su padrastro. Yo podría matarte sin dejar rastro, ¿sabías?

–Pero no lo harías.

–No.

–¿Entonces por qué lo mencionas como si fuera una advertencia? Si crees que sentiré miedo de ti, estás equivocado.

–Tan solo creo que deberías saberlo.

–Está bien. Ya lo sé. Continúa.

Él suspiró.

–Para los Servicios Sociales fue más sencillo conseguirle un empleo a mi madre si ella solo tenía una hija. Pronto le ofrecieron un puesto de mucama aquí en Gold Coast. Después de lo que ocurrió, ella y Chelsea habían vuelto a vivir en un hogar temporal. No quería que mi hermana continuara aprendiendo que nada nos pertenecía, que los varones éramos unos malditos, que no merecía una vida mejor… Entonces le dije a mi madre que aceptara el puesto. –Sonrió a la vez que se echaba a llorar con desesperación de nuevo–. ¡Le pedí que se fuera, Hazel! Entiendo por qué lo hizo. La amaba y sé que ella me amaba también. Pero a veces pienso que no debió dejarme solo en ese lugar horrible. Tenía quince años. Vivía con adultos que me prohibían hablar sin pedirles permiso, con celadores que abusaban de otros chicos amparados en ese silencio y en la asimetría de poder, con compañeros que arruinaban mi comida y que me habían molido a golpes la primera noche que pasé en una cama. Estaba asustado. Estaba muerto de miedo. ¡Y ella tan solo me dejó ahí! ¿Por qué me creyó? ¿Cómo, siendo mi madre, no se dio cuenta de que me estaba haciendo el fuerte? ¡Yo también era su hijo! ¿Por qué eligió a mi hermana y no a mí?

Hazel tragó con fuerza, incapaz de contener el llanto.

–Debió quedarse –alcanzó a murmurar. No podía decir más sin delatar que el relato la estaba destrozando.

–¿Sabes cómo salí de ese sitio? Quería morir. Sentía que no tenía motivos para vivir. Si todo lo que me esperaba era la misma basura que antes, ¿para qué quería existir? Me sentía acabado a los dieciocho años. A veces me sentaba frente al mar a mirar el amanecer y pensaba en lo maravilloso que sería adentrarse en el agua y desaparecer.

»Hasta que, una noche, en un juego estúpido, una chica llena de amor, luz, calidez, ternura e inocencia me besó. A mí. ¡A mí! –Rio, llorando–. Me dio esperanza. Una ilusión. Estoy vivo gracias a ti, Hazel. Tú me demostraste que, entre toda la oscuridad que me rodeaba, podía buscar algún momento de paz, algo que me hiciera bien. Me enseñaste que todavía podía sentir algo mejor que el deseo

de ya no existir. –Hazel se inclinó hacia adelante y hundió la cabeza en el hombro de él. Se aferró a sus brazos, arrugando la camisa con una mano, casi sin poder respirar por el llanto y el dolor–. Lo lamento tanto –murmuró Max–. Por favor, no llores. No quería que…

Ella lo acalló con un beso. Luego se acostó a su lado, lo abrazó contra su pecho y le acarició el cabello hasta que los dos se calmaron.

Pasó mucho tiempo acariciándolo. Mientras tanto, repasó recuerdos. Le encontró sentido a mucho de lo que no había terminado de comprender hasta el momento. Desde conversaciones de su adolescencia, como cuando ella le había preguntado cómo se sentía y él había respondido "acabado", hasta actitudes de su adultez. Era lógico que el dinero no le importara en lo más mínimo, si nunca había tenido nada. ¿Cómo esperar que creyera en ella, si ni siquiera su madre, que lo amaba, lo había elegido? Todo lo que había evitado que aprendiera su hermana lo había internalizado para sí mismo.

Despertó por la mañana, todavía abrazándolo. Él tenía una mejilla apoyada en su pecho y un brazo sobre su cintura. Se apartó unos centímetros y sujetó su rostro. Era hermoso. Al mirarlo, sintió que estallaba de amor por dentro. Jamás podría volver a verlo de la misma manera después de lo que había oído la noche anterior. Lo besó en la frente, procurando que su inconsciente percibiera cuán importante era para ella, y se levantó para ir al baño.

Preparó el desayunó y lo sirvió en la mesa. Estaba a punto de regresar al dormitorio para despertar a Max cuando él apareció en el comedor.

–Hola –dijo.

–Hola –respondió ella–. Te preparé café.

–¿Por qué no té?

–No necesito que lo evites. No me tienta, te lo juro.

Se sentaron uno frente al otro, sin mirarse. Hazel se sentía nerviosa de haber vuelto a experimentar cierta angustia.

–Hazel –la llamó Max. Ella alzó la cabeza. La mirada de él expresaba emociones tan profundas que, de pronto, descubrió que

nunca había estado frente al verdadero Max hasta ese momento–. ¿Todavía me eliges después de lo que hice anoche?

Respiró hondo. Ahora que conocía la historia completa, entendía la razón de esa pregunta, por eso la conmovió como nada antes. Si continuaban por la senda del dolor, acabarían llorando de nuevo. Le pareció mejor naturalizar los hechos e intentar ser felices.

–No. La verdad es que dejaría al hombre que amo porque una noche se sintió frustrado, triste y desesperado al ver que toda nuestra vida parece irse por la alcantarilla, excepto esta relación. Esa es la clase de persona que soy.

Él permaneció un instante en silencio, desconcertado por la respuesta. Solo Hazel podía decir una ironía con tanto amor y ternura.

–Eso no fue lo que ocurrió –repuso con voz calmada–. Gasté todo nuestro dinero en alcohol, llegué a casa ebrio y te conté un montón de cosas oscuras y retorcidas.

Hazel asintió.

–En este caso, me importan más los motivos que los hechos. Y los motivos son los que acabo de exponer, así que… –Se encogió de hombros–. Si esta es otra de tus estrategias para que me aleje de ti, deberías intentar una nueva. La de recién es una calle cerrada. Perderás el tiempo.

Bajó la cabeza y bebió un sorbo de té.

–Recuperaré el dinero –prometió Max. Ella lo miró con el ceño fruncido.

–¿Cómo? No, mejor déjalo. ¿Qué harás? ¿Asaltar un banco? Prefiero comer arroz y fideos el resto del mes. No me convertiré en la mujer que le lleva cigarros a la cárcel al marido. Odio el humo. Fumar es una de las cosas por las que sí te dejaría.

Volvió a bajar la mirada para cortar un trozo de omelette.

–Hazel –volvió a decir Max.

–Ajá.

–Te amo.

Ella buscó sus ojos con una sonrisa serena.

–Lo sé. Yo también te amo.

Tan solo dos palabras. Dos palabras que tenían el poder de hacerles latir el corazón con la ilusión de la vida y la esperanza.



41

Esa noche, en la cama, Max soltó una exclamación que arrancó a Hazel del mundo romántico del libro que leía en el celular.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

Él le mostró su teléfono. Ella observó la pantalla, intentando comprender de qué se trataba. Vio el logotipo del banco, un número en tipografía grande, algunas opciones para operar con letra más pequeña.

–¿Es tu cuenta bancaria? –indagó.

–Sí –afirmó Max–. Me mintió. El cretino del bartender dijo que mi tarjeta de débito fue rechazada tres veces. Nunca creí que me convertiría en la clase de imbécil al que evitan continuar vendiéndole alcohol porque ya está demasiado ebrio con un truco tan viejo y simple.

Hazel soltó una de sus carcajadas raras.

–Entonces te queda algo de inocencia después de todo –concluyó–. No te enojes, pero me reiré de ti a costa de esto toda la vida.

–Hazlo, lo merezco.

Ella volvió a reír y lo sujetó del brazo con ternura. Lo besó en el hombro y, desde esa posición, lo miró a los ojos.

–Deberías agradecerle, nos hizo un favor. Si no te hubiera mentido, de verdad habríamos tenido que comer arroz y fideos hervidos todo el mes. Pensaba gastar el dinero que me pagaron en

el hotel para el ultrasonido que me indicó el médico cuando me desmayé. Dijo que era importante para diagnosticar ciertas anomalías, y solo nos quedan unos días para hacerlo.

–Está bien. ¿Necesitas que consiga una cita?

–¡Ni se te ocurra! Déjame algo para hacer mientras tú generas dinero o moriré. Intentaré que me den una cita después de las cinco de la tarde así no tienes que solicitar tu hora de descanso en otro momento. Supongo que quieres estar, ¿verdad?

–Por supuesto. Estaré ahí sin importar a qué hora sea.

Ella se irguió con aire de persona importante y lo miró por sobre el hombro.

–No te preocupes: lo pagaré de manera particular como una mujer rica. Te apuesto a que me conseguirán el horario que se me ocurra. "¿La medianoche? Sí, señora, aquí tiene". Cuando pagas, eres de otra categoría.

–Eso no es gracioso, es bastante triste.

Hazel rompió con la posición erguida y dejó escapar el aire, resignada.

–Intento reír mientras pueda de las atrocidades que nunca hubiera imaginado que existían. Es eso o… –Se interrumpió cuando, de pronto, volvió a sentirse angustiada. Max le tomó la mano. No hubiera querido provocarle esa emoción negativa.

–Una cita a la medianoche, entonces –comentó para devolverla al juego–. Y luego nos damos una vuelta por el bar para agradecerle al cantinero.

–Sin duda –respondió ella, recuperando la alegría.

No consiguió una cita para la medianoche, pero sí una para esa misma semana a las seis de la tarde.

Aunque Max no había logrado su objetivo con Adeline, no olvidó su promesa. Un día, mientras Hazel se duchaba, pidió perdón al universo, se apropió de su teléfono y le robó el número de su padre. Salió de la casa y, mientras caminaba por el espacio que hacía de jardín y tendedero para la ropa, lo llamó por teléfono.

El hombre respondió con un tono amable.

–Hola. Soy Max, la pareja de su hija, el exsocio de su mujer –dijo a secas.

–Sé quién es usted. ¿Ocurrió algo con Hazel?

–No se preocupe, ella está bien.

–Adeline me dijo que están esperando un hijo. ¿Hazel está bien con eso?

–Sí. Espero que, ya que su esposa le contó esa parte, también le haya explicado para qué nos encontramos el otro día.

–Me dijo que usted le pidió dinero prestado.

Max rio. Estaba tan nervioso que siguió sonando bastante arisco.

–Su mujer es muy hábil para tergiversar los hechos a su conveniencia. En realidad, le pedí que me devolviera el dinero que invertí en la finca para pagar la atención médica de Hazel. Me preguntaba si usted podría ayudarme a que lo haga.

–¿Usted espera que yo convenza a Adeline de algo? Lo siento, sería imposible. Pero sí puedo enviarles lo que percibo de mi seguro de retiro si necesitan ayuda.

Max apretó los dientes con una extraña sensación en el pecho. Por alguna razón, el padre de Hazel le despertó la ternura que nunca había sentido por el suyo.

–Le agradezco, pero no es eso lo que quiero ni creo que a Hazel le agradara que lo hiciera –respondió, más blando–. No se preocupe, aunque Adeline no me devuelva mi dinero, Hazel está bien y seguirá así, se lo garantizo.

–Avíseme si están en una emergencia.

–Claro. Gracias.

–Lamento no poder hacer más. Pero quizás usted sí pueda hacer algo por mí: extraño a mi hija. Mi hijo me sugirió que la llamara desde un número desconocido, pero no quiero hacerlo; sería obligarla a atender cuando no lo desea. Quiero que habilite mi número, o lo que sea que tenga que hacer para recibir mis llamadas, y que responda porque sabe que se trata de mí.

Max tragó con fuerza. Nunca pensó que conversar con el padre de Hazel lo movilizaría tanto.

–Lo intentaré –prometió en voz baja.

–Si ella no me responde, ¿puedo llamarlo a usted, ahora que tengo su número, para ver cómo se encuentra?

–Sí. Puede llamarme cuantas veces quiera.

Esperó a que Daniel se despidiera para terminar la llamada y se quedó mirando el teléfono un momento. Ojalá todos en la familia de Hazel hubieran sido como ese hombre.

Permaneció un rato en el patio hasta que se recuperó y entró a la casa. Hazel ya estaba en la cocina, extrayendo una sartén de la alacena.

–Te vi con el teléfono desde la ventana. ¿Hablabas con tu hermana? ¿Cómo está? –consultó.

–No. Pero me veré con ella el jueves después del trabajo, así que llegaré tarde.

–De acuerdo. Envíale saludos.

–Nos invitó a cenar. Podemos ir cuando quieras.

–Claro, luego arreglamos.

–¿Y tú? ¿Hace mucho que no hablas con tu familia?

–Desde que nos fuimos de la finca –expresó Hazel. Él notó que el tema la puso un poco triste, pero no dimitió. Se aproximó para cocinar con ella.

–¿No hablas con nadie?

–Converso con Evelyn y con las chicas, con mis amigas de Atlanta…

–Me refiero a tu padre o tu hermano.

–No. Sé que todo lo que diga se lo contarán a mi madre.

–¿Y crees que Evelyn no lo hace?

–Sí, por eso me cuido en lo que hablo con ella y en el grupo.

–Llegamos a esta casa por Remi. Eso significa que…

–Lo sé. Mi madre hasta debe saber la dirección. ¿Por qué me preguntas tanto sobre eso? –interrogó Hazel y dejó de hacer cosas para mirarlo.

–Tan solo me apena que, por las acciones de ella, te pierdas el amor de otras personas. El mío no basta. No me refiero a que sea inferior, sino a que hay afectos irremplazables.

Hazel rompió con la posición defensiva que había asumido sin darse cuenta y se relajó para volver a cocinar.

–Gracias. Lo pensaré –respondió.

Max la besó en la cabeza y continuó preparando la cena con ella.

Al día siguiente, mientras se alistaba para caminar hasta donde un taxi la recogería, Hazel cayó en la cuenta de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Se sintió excitada y, a la vez, nerviosa. Estaba a punto de informarse sobre la salud de su hijo, pero, por sobre todas las cosas, lo vería por primera vez. Comprobaría de manera inequívoca que iba a ser madre y eso era demasiado increíble.

Lo que menos esperaba era salir de la casa y tropezar en los escaloncitos de la entrada. Acabó en el suelo, con un dolor horrible en la espalda. Miró hacia atrás. Le pareció ver un líquido extraño en ellos. Pasó un dedo por encima. Cuando lo retiró, lo vio manchado de un tono dorado.

Volvió a entrar, se lavó las manos y revisó su pantalón. Se había ensuciado. Tuvo que cambiarse, por lo cual perdió tiempo. Revisó la mancha y la olió. Parecía aceite de automóviles. Temiendo que la prenda quedara manchada para siempre, la lavó rápido y la tendió antes de, al fin, ir al encuentro de su taxi.

Como se atrasó, al llegar encontró que el vehículo se había ido. Tuvo que solicitar otro que tardó en llegar porque se hallaba lejos. Max la llamó cuando iba en viaje, a las seis menos cinco.

–Ocurrió un imprevisto y salí más tarde. Tuve que solicitar otro auto. Estoy a quince minutos.

–Debiste permitir que fuera a buscarte.

–No tenía sentido que te trasladaras hasta Mudgeeraba estando a pasos de donde tengo que dirigirme. No pasa nada, son solo diez minutos de retraso. Recuerda que pagamos como señores feudales y que solo por eso nos atenderán como a reyes.

–¿Qué ocurrió?

–Tropecé y…

–¿Dónde? ¿Estás bien?

–Sí, no te preocupes. Estoy perfecta. Después te explico.

Al escuchar la conversación, el conductor se dio prisa y lograron llegar solo cinco minutos tarde.

Hazel le dio las gracias y bajó de manera apresurada. Max la esperaba en la puerta de la clínica. Insistió con preguntarle qué

había ocurrido. Ella le pidió que entraran y le prometió que le contaría en la casa.

Tal como suponía, nadie protestó por el retraso. Es más: tuvieron que esperar ellos.

–¿Estás nervioso? –indagó ella.

–¿Se me nota?

–No –rio Hazel–. Pero yo lo estoy. Imaginé que te ocurriría lo mismo.

Max le dio la mano, buscando tranquilizarla y calmarse. Jamás imaginó que estuviera a punto de vivir una experiencia como esa.

Ver a su hijo en la pantalla y, en especial, oír los latidos de su corazón los dejó sin palabras. Se miraron con una expresión que denotaba la mezcla de emociones que sentían. Él acarició la frente de Hazel y le secó una lágrima. Sonrieron al mismo tiempo.

El médico les confirmó que se trataba de un embarazo de catorce semanas, casi quince, y dijo que habían llegado justo al límite para hacer ciertas pruebas. Por suerte, todo estaba en orden. Les envió por correo electrónico un pequeño fragmento en video del ultrasonido y les avisó que recibirían los resultados de la misma manera en unos días.

–Esto es increíble –murmuró Hazel en la camioneta. No podía parar de mirar el ultrasonido.

–Todavía estoy en shock. ¿Me envías el video?

–Claro. Es una obsesión.

Cuando llegaron a la casa, no hizo falta que Max volviera a preguntarle qué había ocurrido. Hazel se hizo del pantalón, que ya estaba seco, y señaló la entrada.

–Fue ahí –dijo–. Había aceite o algo parecido. De hecho, mi pantalón se ensució y tuve que lavarlo si no quería que la mancha se impregnara para siempre. No sé por qué ahora el escalón parece limpio. No lo imaginé. Había algo, te lo juro.

Max apoyó la mano en el escalón, la deslizó y estudió el resultado. No encontró una mancha que le llamara la atención, solo polvo.

En cuanto estuvieron adentro, echó llave a la puerta y le pidió a Hazel que se mantuviera dentro de la vivienda mientras él no estuviera.

–¡Eso es todo el día! –protestó ella.

–Lo sé. Cuando termine la temporada será más fácil encontrar otra vivienda. Podrás disfrutar más cuando nos mudemos.

–Aunque sea necesito salir a tender la ropa.

–De acuerdo. Solo eso, por favor.

Hazel aceptó con resignación.

Por la mañana, después de que él se fue a trabajar, comenzó a sentirse bastante sola. Tanto sus amigas de Atlanta como las de Gold Coast se hallaban ocupadas con sus empleos. Evelyn le propuso encontrarse, pero no quería ir a su casa; mencionó que le daba miedo el vecindario. Hazel no la culpaba.

Recordó las palabras de Max y buscó los números de su padre y de su hermano. Por más que las actitudes de su madre le hicieran mucho daño, jamás dejaría de amar a su familia. Para empezar, desbloqueó esos dos números. Adeline tendría que demostrar algo de arrepentimiento si quería que volvieran a tener contacto.

Esa misma tarde, tras salir del hotel, Max se encontró con su hermana en una cafetería. Ella le contó muchas cosas y él la escuchó, como de costumbre.

–¿Y tú? ¿No dirás nada? –lo instó ella–. ¿Cómo van con Hazel? ¿Sigues haciendo tonterías o ya maduraste?

–Hice una cosa horrible.

–¿Nunca aprendes? –se quejó Chelsea, negando con la cabeza.

–Espero que sea la última. Mira. –Extrajo el celular, buscó el video y lo activó.

–¿Qué es esto? –preguntó ella, absorta en las imágenes.

–Tu sobrino o sobrina.

A Chelsea le demandó un instante comprender. Era una noticia tan increíble que temió haber entendido mal. Lo miró con el ceño fruncido.

–¿De verdad?

–Sí.

–¡Oh, por Dios! ¡Estoy tan feliz por ti! ¿Cómo te sientes?

–Asustado.

–¿Nada más? –rio ella.

–Contento –confesó Max con una sonrisa.

–¡Esto es tan hermoso! Te lo mereces más que nadie. ¿Cómo está Hazel?

–Bien.

–¿Necesitas algo?

–Coraje.

Chelsea volvió a reír.

–¿Algo que yo pueda darte?

–Tu presencia.

–No me perdería esto por nada del mundo –aseguró con lágrimas en los ojos, y le tomó la mano por sobre la mesa–. De verdad estoy muy feliz. Serás el mejor papá del mundo.

–No lo sé, pero haré lo mejor que pueda.

Regresó a la casa un poco tarde. Aun así, Hazel lo esperó con la cena.

A la mañana siguiente, la rutina se repitió. *¿Solo de esto se trata la vida?*, pensó Hazel mientras lavaba ropa a mano en el fregadero de la cocina. No tenían un lavarropas ni iría al fondo, desde donde se veía el camión de Levi, para utilizar la pileta exterior.

Su teléfono se iluminó sobre la encimera: se trataba de una llamada de su padre. Sintió un nudo en el estómago y se le comprimió la garganta. Si bien estaba nerviosa porque temía que, en realidad, se tratara de su madre, lo extrañaba mucho y quería atender por si era él. Se apresuró a secarse las manos y respondió con un "hola" débil. La voz de Daniel le llenó los ojos de lágrimas.

–¡Hazel, cariño! ¿Cómo estás?

–Hola, papá. Bien, ¿y tú?

–Ahora que te oigo, mejor. ¿Cómo van tus cosas?

–Estamos bien. Max y yo estamos viviendo en una región fuera de la ciudad. No es un sitio bonito, pero confiamos en que podremos mudarnos a uno mejor cuando termine la temporada.

–Estoy seguro de que será así. Lamento lo que le dijo tu madre y no poder ayudarlos a que cambie de parecer.

–¿Te refieres a que nos echó de la finca?

–Bueno, a eso también.

–¿"También"? –repitió Hazel, confundida.

–Max me dijo que no, pero puedo enviarles el dinero que cobro por mi retiro sin que tu madre lo sepa. Tengo algunos ahorros que ella desconoce. No se dará cuenta.

–No entiendo. Por favor, explícame.

–¿Qué cosa no entiendes? No hace falta que ella le devuelva su dinero.

–Por supuesto que mamá tiene que devolverle a Max el dinero que invirtió en la finca.

–No lo hará. No hasta que lo indique un mediador. Cuando él se reunió con ella, le dijo que…

–Espera. ¿Qué?

Se hizo un silencio incómodo.

–¿Qué de qué? –replicó Daniel–. Cuando Max y tu madre se reunieron en Gold Coast, él le dijo que necesitaba su dinero con urgencia para pagar el doctor que tú quisieras. –Hazel se sujetó de la encimera para no caer. ¿Dónde había dejado la medicación para los mareos? En la habitación. Demasiado lejos para lo mal que se sentía–. Ella se negó. Luego él me llamó, creyendo que yo podría convencerla. ¿Cómo explicarle que tu madre…?

Hazel se perdió en la conversación. Se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la alacena y cerró los ojos un momento, intentando recuperar el ritmo normal de su respiración.

–¿Hazel? –indagó Daniel, preocupado por su silencio. Hazel se dio cuenta de que se había desvanecido por un segundo.

–Sí –respondió tan rápido como pudo.

Aunque su padre continuó hablando, solo la voz de la hermana de Max resonaba en su cabeza: "Max siempre se llevó la peor parte de todo", "su amor es inmenso y maravilloso", "haría lo que fuera por la persona que ama". ¿Cómo se había atrevido a dejarse humillar por su madre de nuevo?

Intentó regresar a la conversación, pero no pudo. Después de un rato de contestar monosílabos, terminó despidiéndose de su padre y se fue a la cama.

Estaba furiosa. Furiosa, triste y repleta de admiración, amor y orgullo.

Más tarde, reunió coraje, se dirigió al comedor e hizo lo que debía.

Cuando Max llegó de trabajar, le impidió que la saludara.

–Siéntate –ordenó.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–Siéntate –repitió.

–¿Por qué? Voy a saludarte.

–Primero tendremos una conversación.

Él obedeció. Hazel se aproximó. En lugar de sentarse frente a Max, se quedó de pie del otro lado de la mesa.

–No sé qué te dijeron, pero no hice nada –comenzó él–. Te juro que…

–Hoy me inscribí en el programa público de salud –lo interrumpió–. No quiero que busques ninguna forma de pagar un seguro o un doctor. ¿Está claro?

–Te prometí que…

–Olvídalo.

–Pero…

–¡Olvídalo! –repitió con ímpetu–. ¿En qué cabeza cabe reunirte con mi madre y pedirle que te devuelva tu dinero para gastarlo en mí?

Max se quedó un instante en suspenso.

–Supongo que desbloqueaste a tu padre –especuló en voz baja.

–Sí. También lo llamaste. Muy astuto de tu parte. No solo le contaste a mi madre algo que yo quería mantener en secreto para ella, sino que, además…

–No podrás mantenerlo en secreto para siempre –intervino él y miró su vientre. Todavía no había crecido, pero lo haría pronto.

–¡No importa! –exclamó Hazel y lo apuntó con el dedo–. Mientras vivas conmigo, nunca más te pondrás en una posición en la que alguien pueda humillarte o hacerte sentir como esa familia horrible con la que viviste. No te llevarás la peor parte ni terminarás de nuevo en un bar, embriagándote como si fueras tu padre, intentando demostrarme que tengo que dejarte y toda esa basura que te lastima. ¿Estamos de acuerdo? ¡Dime si lo entiendes o si necesitas un dibujo!

–Lo entiendo.

–Bien. Ahora salúdame.



42

A medida que las semanas comenzaron a transcurrir, Max se preguntó cómo alguna vez había podido subsistir sin todo lo que Hazel aportaba a su vida.

Por ejemplo, la alegría del día en que cobró su primer salario del hotel y regresó a la casa con unos dulces para ella y una lata de alimento para la gata.

–¿Ves esto? ¡Hoy estamos de fiesta! –dijo Hazel al animal.

Honey maullaba alrededor de ella como si de verdad se tratara de una celebración. Verla sonreírle a él desde el suelo mientras la mascota comía y ella le acariciaba el lomo le brindó mucho placer. Casi tanto como la ternura que le despertó la tarde que salió del baño y le mostró el vientre.

–¿Te parece que ya se nota o será el arroz? –preguntó. Él rio y se acercó para comprobarlo.

–Creo que es nuestro bebé –determinó y la llevó contra una pared. Ella apoyó los antebrazos en sus hombros.

–¿Cómo lo sabes? –cuestionó.

–Porque te conozco de norte a sur –dijo él a la vez que le besaba la frente y el cuello.

Poco a poco, mientras se iba arrodillando, le dio besos en los pechos, el abdomen y el vientre a la vez que le acariciaba las piernas. Terminaron haciendo el amor en el comedor.

Como Hazel pasaba mucho tiempo en la casa y necesitaba algo de aire libre, empezaron a aprovechar los domingos para ir a la playa. Por momentos se turnaban para introducirse al mar. En otros, iban juntos.

A veces, mientras Max se quedaba en algún sitio con sombra que encontraran, ella caminaba por la orilla con la gorra que él le había dado en la finca para que el sol no hiciera estragos en su delicada piel muy blanca. Siempre encontraba alguien con quien conversar un poco. Max la observaba y pensaba que, a medida que su hijo crecía en su interior, el traje de baño de dos piezas le sentaba cada vez mejor.

Un día descubrió que había pasado de no poder creer que una mujer como Hazel lo eligiera a que le pareciera impresionante sentirse feliz. Jamás hubiera imaginado que era capaz de albergar sentimientos tan hermosos y mucho más intensos de lo que alguna vez habían sido los malos. Era imposible creer que lo bueno se terminaría, como solía ocurrirle antes, o que no lo merecía. La misma fuerza de esas emociones les otorgaba el poder de anular lo demás.

Hazel se aproximó con una sonrisa, pero su mirada delataba dolor. Era evidente que la arena le quemaba los pies.

–¿Vienes? –preguntó. Max se levantó y la tomó de la cintura para llevarla de regreso al mar–. ¡No hagas eso! ¡No! –protestó ella. Rio a la vez que le golpeaba la espalda; sabía que la cargaba para padecer el ardor en su lugar.

Él la soltó en la orilla, donde el agua refrescaba la arena.

–Ya está hecho –respondió.

Unas horas más tarde, Hazel dormía con la gorra cubriéndole el rostro. Max se estableció a su lado, se sostuvo sobre un codo y le quitó el accesorio. Tenía las mejillas muy coloradas.

–Hazel –susurró sobre su boca y la besó en la comisura de los labios.

–Mmm… –murmuró ella. Llevó inconscientemente una mano a su frente para protegerse los ojos de la claridad enceguecedora del cielo. Max se movió un poco para que ya no la afectara.

–Deberías cambiar de sitio, el sol te está alcanzando.

–¿A dónde vamos? –consultó Hazel, apoyando las muñecas en sus hombros.

–A mi lado de la planta.

–¿Cabemos juntos?

–No lo sé. Probemos.

Ella sonrió, embelesada.

–¿Te dije alguna vez que eres hermoso? –preguntó.

–Nunca –respondió él, acariciándole las mejillas.

–Y un mentiroso.

–Bueno, no miento cuando digo que eres lo que más amo en este mundo.

Hazel lo sabía. Había un amor tan profundo en la manera en que se miraban que dudar de esas palabras habría sido imposible.

Cambiaron de lado de la planta para tener más sombra. Continuaron en la playa hasta que refrescó.

Hazel llegó a la casa muy cansada. Mientras ella se duchaba, Max preparó la cena. Después de comer, mientras él tomaba su baño, ella preparó la ropa que quería usar al otro día para asistir a la clínica. Max apareció en la habitación cuando revolvía una maleta.

–¿No viste mi collar de perlas? Eran falsas, pero me gustaban.

–No. ¿Lo habrás olvidado en alguna de las mudanzas?

–Estoy segura de que lo tenía aquí.

–Quizás lo cambiaste de sitio.

–No hay muchos lugares donde pueda guardarlo.

–Hazel. –Ella lo miró con las manos todavía en los bolsillos de la maleta–. ¿Estás cien por ciento segura de que lo dejaste ahí?

–Sí. Pero debo estar equivocada.

Como ahora se atendía en el sistema público, era más difícil conseguir horarios. Tuvo que aceptar una cita a las tres de la tarde, aunque eso implicara que Max se tomara la hora de descanso más tarde.

Luego del ultrasonido y la consulta, lo esperó una hora a que terminara de trabajar para regresar juntos a la casa.

–Sabía que era un varón –comentó en la camioneta. Miraba el video del ultrasonido nuevo por milésima vez.

–Yo también.

–Ahora ya podemos pensar nombres.

En cuanto entraron a la casa, se dio cuenta de que Max acababa de bajar la caja de herramientas. Él se agachó frente a la puerta abierta.

–¿Qué haces? –preguntó Hazel, sorprendida.

–Cambiaré la cerradura –explicó Max.

–¿Tenemos permiso para hacer eso?

–No sé ni me importa.

Un escalofrío recorrió la columna de Hazel.

–¿Crees que alguien haya…?

Él la miró con una expresión tranquilizadora.

–No pienses demasiado. Es solo precaución. Debí hacerlo antes. ¿Preparas la cena mientras me ocupo de esto, mamá de un varón?

Logró que ella sonriera.

–Claro.

El viernes cenaron en lo de Chelsea. El sábado por la mañana, Hazel viajó con Max hasta el centro para encontrarse con Evelyn y sus amigas.

–¡Oh, por Dios! –exclamó su prima en cuanto la vio.

–¿Y eso? –la señaló Remi.

–¿Por qué no nos contaste antes? ¿De cuánto estás? –indagó Maya.

–Veintidós semanas. Es un varón y se llamará Darren.

Aunque se sintiera un poco incómoda, sabía que sería el centro de atención durante la reunión en cuanto aceptó el encuentro. El desayuno se extendió hasta el mediodía. Max la regresó a la casa en su hora de descanso. No quería que caminara sola desde donde la dejaba el taxi hasta la vivienda.

Hazel aprovechó la tarde para lavar las sábanas y salió a tenderlas. Necesitaba que se secaran antes del anochecer, ya que era el único juego que tenían.

Casi se infartó cuando encontró a Levi, el vecino, sentado en una reposera en la parte delantera de su casa. Aunque su presencia la inquietó, lo más molesto para ella fue que se encontraba fumando marihuana.

–Hola –dijo. Él la observó de arriba abajo con la cabeza en alto–. Disculpe, pero está sentado en mi propiedad. Además, no puede fumar aquí. No me gusta el humo. –Él se quedó en silencio, mirándola con expresión sombría. Volvió a llevarse el cigarro a los labios despacio y le dio una calada. Hazel se quedó boquiabierta–. Le ruego que no fume en mi terreno. Como podrá notar, estoy embarazada y me hace daño.

Cuando Levi se levantó y comenzó a caminar en su dirección, tembló. Aun así, no retrocedió un solo paso y se quedó estática hasta que él se plantó frente a ella. Volvió a calar el cigarro y le echó el humo en el rostro.

Hazel recogió el canasto con las sábanas y se internó en la casa lo más rápido posible. Puso llave con el corazón latiendo de forma acelerada. Se respaldó en la puerta y respiró hondo para tranquilizarse. Ojalá hubiera sabido entender si lo que su vecino acababa de hacer se trataba de una amenaza o de un simple acto de irracionalidad provocado por las drogas que consumía. ¿Por qué la amenazaría? No tenía sentido.

Tendió las sábanas dentro de la casa.

Cuando Max llegó y vio el alboroto, rio.

–¿Qué significan estos fantasmas en el comedor? –preguntó.

–Creí que iba a llover –respondió Hazel desde la cocina. Temía que, si le contaba lo que había sucedido, él se enfrentara con Levi y se involucrara en un problema.

Max la abrazó por la espalda y le dio varios besos en la mejilla y en el cuello.

–¿Estás bien? –preguntó, apoyando las manos en su vientre. Había algo en su humor que lo desconcertaba.

–Sí. ¿Cómo te fue?

–Bien. El subsuelo es cada vez más divertido –ironizó. Hazel lo miró con expresión apenada.

–Lo siento –susurró.

–Ya cambiará –sonrió él y la besó en los labios–. ¿Qué estás preparando?

–Verduras al vapor.

–¿Puedo llevarme los fantasmas a la habitación para tender la cama?

Hazel al fin rio.

–Si están secos –replicó y se encogió de hombros.

Max se llevó las sábanas e hizo la cama antes de internarse en el baño para darse una ducha.

Hazel guardó en secreto la actitud rara de su vecino hasta que una tarde, mientras estaba cocinando, alzó la cabeza y casi se desmayó al encontrarlo en la parte delantera de la vivienda de nuevo. Esta vez, no estaba sentado ni fumaba, tan solo se hallaba parado a unos metros de la ventana, observándola.

Soltó el aire de golpe. Sintió que su presión bajaba hasta algún sótano. Aunque le temblaban las manos y se sentía mareada, cobró fuerzas y cerró la cortina.

Cuando Max llegó de trabajar, volvió a percibirla muy extraña. Por más que buscó conversación, ella casi no habló hasta que terminaron de cenar.

–¿Le estás dando dinero al vecino, como nos sugirió que hiciéramos el dueño de la casa? –consultó en voz baja.

–No.

–Quizás deberías darle algo.

–No le regalaré parte de mi salario para que se compre porquerías –replicó él, refiriéndose a las drogas.

–No importa qué haga con el dinero, tan solo dáselo.

–Ese hombre no es nadie para que tengamos que pagarle algo. Hacerlo le daría poder sobre nosotros. ¿Por qué lo preguntas? –Hazel se quedó callada, revolviendo unas arvejas que habían quedado en su plato–. Hazel, ¿qué ocurre?

Alzó la cabeza y suspiró.

–Ha estado actuando de manera muy extraña.

–¿Qué pasó?

–Prométeme que no harás nada sin consultarme.

–¿Me vas a explicar?

–No antes de que me lo prometas, o luego dirás que tú no me aseguraste que me consultarías, que yo interpreté que sí y…

–Te lo prometo.

–Bien. El otro día lo encontré sentado en nuestro terreno, fumando marihuana. Le pedí que no lo hiciera, pero se levantó y… siguió fumando.

Max bajó la mirada con una sonrisa con la que intentó ocultar su irritación.

–Fue el día de las sábanas, ¿verdad? –preguntó y volvió a mirarla. Notó que ella se había puesto muy nerviosa.

–Sí.

–Debiste decirme la verdad. No puedes mentirme con esto, Hazel.

–Temí que te involucraras en un problema. Lo siento.

–Está bien. Continúa.

–Hoy, cuando cocinaba, de pronto alcé la mirada y él estaba otra vez en la parte delantera de nuestra casa. Tan solo se hallaba de pie ahí, mirándome. Fue de verdad muy espeluznante.

Se hizo silencio.

–¿Algo más? –indagó Max. Ella negó con la cabeza.

–¿Qué harás?

–Hablaré con él.

–Ya lo hice.

–En un idioma que entienda.

Hazel suspiró.

–Está bien. Es un mundo machista, así que quizás a ti sí te haga caso. Por favor, tan solo no te involucres en un problema. Las peleas que escuchamos cada noche… He leído noticias sobre este lugar. Nunca nos adentramos mucho en el vecindario, pero dicen que la gente se apuñala y…

–Tranquila. No pelearé con nadie. Y si lo hiciera, lo derrotaría.

–¡No me importa quién gane la pelea! –exclamó ella. Él rio y le tomó una mano por sobre la mesa.

–Lo sé, no estoy hablando en serio. Conserva la calma. No salgas para nada mientras yo no esté y mantén las cortinas cerradas.

–¡Me siento encarcelada!

–Dentro de poco podremos mudarnos y nuestra vida cambiará, te lo prometo. Y si algo así vuelve a ocurrir, me llamas de inmediato.

Aunque evitó demostrárselo a Hazel para no alarmarla más, le costó dormir. Se retorcía de ira imaginando las situaciones que ella

había soportado y las que, estaba seguro, no le contaba. Ese "se levantó y… siguió fumando" omitía muchos datos.

Por la mañana, salió a trabajar como todos los días, pero en lugar de subir a la camioneta, se dirigió al camión de Levi. Golpeó a la puerta de una manera que parecía que iba a derribarla. El tipo abrió, adormilado.

–Si vuelves a molestar a mi esposa, tendremos otro tipo de conversación. ¿Entiendes? –preguntó Max con tono duro. Su vecino sonrió.

–Es muy bonita –masculló.

–Bonito te quedará el rostro después de que te lo desfigure. ¿Te queda claro o te doy una muestra gratis?

–Vete a la mierda.

–Excelente, veo que ya nos entendimos.

Le dio la espalda y se marchó.



43

Ese día, Max la llamó por teléfono varias veces para preguntarle si todo estaba en orden y si había vuelto a ver a Levi merodeando. Hazel aseguró que no y le pidió que se quedara tranquilo.

–No puedo estar tranquilo hallándome todo el día a media hora de distancia y con un enfermo acosándote –replicó.

–Confiemos en que lo que sea que le hayas dicho haya funcionado.

–Si aparece, no demuestres que le tienes miedo. Tampoco lo enfrentes. Tan solo quédate adentro. En la selva no gana el más fuerte sino el más hábil.

–Soy un ser humano, me niego a aceptar que el mundo sea una selva.

–Pero lo es.

Durante varios días, él continuó llamándola, aunque comenzó a disminuir la cantidad de veces para evitar que Hazel se preocupara por demás.

La tarde en que ella oyó unos golpes a la puerta, le tembló el pulso. Aun así, hizo caso del consejo de Max e intentó sonar lo menos asustada posible.

–¿Quién es? –preguntó del otro lado de la puerta.

–Lily, tu vecina.

Como reconoció la voz de la señora, abrió enseguida.

–Hola –dijo con alivio.

–¡Hola! ¿Cómo estás? Hace tanto que no te veía que me preocupé. ¿Ya no sales a tomar taxis?

–No mucho. Por lo general, mi esposo me lleva donde necesite.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–Todo está bien, gracias.

Conversaron un momento más y se despidieron.

Los días pasaban con demasiada lentitud cuando estaba encerrada en la casa. Por más que se entretuviera limpiando, conversando con amigas o leyendo, necesitaba algo más.

Una tarde, en su afán por ventilar un poco la vivienda, abrió la ventana de la cocina y la del comedor, siempre cuidando de que las cortinas impidieran ver el interior. Como la de la habitación era un poco baja, prefirió dejarla cerrada.

Estaba a punto de ponerse a cocinar para esperar a Max cuando se dio cuenta de que hacía rato que no tenía idea de dónde estaba Honey. Comenzó a llamarla a la vez que la buscaba por la casa. No la halló en las sillas del comedor ni en la cama, tampoco debajo de ella. La buscó hasta en la bañera sin éxito.

Miró la ventana; era evidente que había escapado. Respiró hondo, nerviosa por la presión de tomar una decisión: corría el riesgo de que su mascota se quedara afuera hasta que Max llegara o incumplía la promesa de permanecer adentro para salir a buscarla. La amaba demasiado como para esperar, así que se armó de coraje y abrió la puerta.

–Honey –la llamó desde allí, a ver si aparecía debajo de algún arbusto y ella se ahorraba de salir. Nada ocurrió–. Honey, por favor, regresa. Tu mamá humana tiene comida para ti.

Ante la ausencia de alguna señal, no le quedó más remedio que entornar la puerta de la casa y caminar un poco por el terreno de adelante. Continuó llamándola sin éxito. Quería evitar aproximarse al costado, desde donde se veía el camión de Levi, pero no le quedó opción.

Desde que divisó una fogata encendida y el cuerpo pelado de un animal clavado en unas estacas, temió lo peor. Lo que imaginó fue tan horrible que lo bloqueó. Su vecino estaba sentado en una silla

desvencijada, con la espalda apoyada en el camión, comiendo lo que parecía ser una pata de liebre.

–¿Ha visto a mi gata? –preguntó ella, casi sin aire. Levi comenzó a masticar con la boca abierta–. ¿La ha visto o no?

Él señaló el cuerpo que estaba sobre el fuego con el hueso de la pata.

–Está muy rica. ¿Quieres un poco? –replicó.

Hazel dio un paso atrás. Le parecía imposible que alguien tuviera la maldad de hacer algo tan horrible. No le creyó; seguro mentía solo para molestarla. Buscó indicios en un microsegundo. Cuando vio el cuero con el pelaje de su gata amontonado al costado de una rueda, sintió que caía de un precipicio. El resultado fue estrellarse contra la cruda realidad.

Estalló en un llanto desconsolado a la vez que gritaba: –¿Por qué lo hizo?

–Es solo un animal –respondió Levi, encogiéndose de hombros.

–¡No era solo un animal! ¡Era mi mascota! ¡Se comió a mi gata!

–Cállate y prueba un poco –contestó él y le arrojó a los pies el hueso que acababa de roer.

Hazel giró hacia el costado, se inclinó sobre un arbusto y vomitó. Se sentía tan mareada y descompuesta que temió desmayarse allí mismo.

–¡No puede ser! –Lloró a los gritos–. ¡No es cierto! ¿Cómo pudo?

Ni siquiera oyó la camioneta de Max o que él se aproximaba apresurado.

–¿Qué ocurre? –preguntó. La tomó del brazo. Hazel lo miró, fuera de sí.

–¡Se comió a mi gata! –gritó, desesperada –. ¡Se comió a mi gata!

Max frunció el ceño sin entender del todo. Miró hacia adelante y vio el cuerpo cociéndose en el fuego, el cuero arrugado a un costado, el rostro burlón de Levi.

–Bastardo –murmuró. El tipo se levantó y comenzó a caminar hacia ellos–. ¡No te acerques, maldito psicópata! –bramó Max, estirando un brazo para imponerle distancia.

–Dile a tu perra llorona que se calle o me la comeré a ella también.

–Si tocas a mi esposa, te mato. ¿Me oíste? ¡Te mato!

Levi avanzó otro paso. Max lo empujó con tanta fuerza que la espalda del tipo se estrelló contra el camión y cayó al suelo. En ese momento, sintió tanta ira que hubiera continuado castigándolo hasta que le pagara a Hazel cada gota de dolor que le estaba causando. Sin embargo, su presencia lo privó de dar rienda suelta a esas emociones. Aprovechó la confusión que le había generado a Levi para apretar a Hazel contra su costado y la ayudó a caminar hasta la casa.

Tuvo que soltarla para cerrar la puerta. Sabía lo que ocurriría, así que arrastró la mesa y la apoyó contra la abertura para que fuera más difícil abrirla. También cerró las ventanas.

Mientras tanto, Hazel se sujetó del borde de la encimera, se inclinó sobre la pileta y vomitó de nuevo.

Max alcanzó a sostenerla cuando sus rodillas flaquearon.

–Tranquila –susurró y la besó en la cabeza. Abrió la canilla para que el líquido se escurriera y le enjuagó la boca–. Bebe un poco –pidió, agitado, a la vez que miraba las ventanas. No había señales de un contraataque todavía.

Después de que Hazel ingirió un poco de agua, cerró la canilla y volvió a apretarla contra su costado. La llevó a la habitación, la sentó sobre la cama y cerró también esa puerta. Ella continuaba llorando con la desesperación de una persona que está siendo torturada.

–Sé que es difícil, pero tienes que calmarte. Por favor, intenta respirar –rogó y le acarició el rostro–. No te muevas. Reuniré nuestras cosas. Nos iremos de aquí ahora mismo.

Extrajo las maletas del guardarropa y comenzó a llenarlas de forma apresurada. Estaba decidido a irse, no solo por lo que estaba seguro de que ocurriría en cualquier momento. Temía que, si Hazel pasaba un instante más en ese lugar, todo acabara mal. Oír su llanto desesperado lo hacía sentirse asustado e impotente.

–Max –susurró Hazel. Él se volvió enseguida–. Creo que me desvaneceré.

–Está bien –replicó y se arrodilló entre sus piernas. Apoyó la frente de ella sobre su hombro y puso una mano en su cabeza–. No te preocupes, te tengo.

Transcurrieron algunos segundos. Hazel se dio cuenta de que, quizás, sí perdió un poco el sentido por un momento, pero no alcanzó a desmayarse. Max le revisó los ojos y la tocó las mejillas. Esperó a que recuperara un poco el color para soltarla y continuar cargando las maletas.

Una vez que terminó con lo que tenían en el dormitorio, cargó de forma apresurada lo que había en el baño y las pocas pertenencias que se hallaban por el resto de la casa. Apartó la mesa y salió. Mientras colocaba las maletas en la cajuela de la camioneta, aprovecho para mirar alrededor. Como no vio ningún peligro, regresó adentro, sujetó a Hazel por la cintura y la llevó afuera.

Se detuvo en los escalones para cerrar la puerta. Le importaba muy poco lo que ocurriera con la vivienda, pero no quería que Hazel quedara mal con su amiga Remi. De todos modos, estaba seguro de que, si alguien quería entrar, forzaría la cerradura o rompería una ventana. Encontrarían la manera de saquear lo que hubieran dejado adentro.

–Max –susurró Hazel, jalando de su camisa.

Giró hacia donde ella miraba y entonces vio lo que tanto temía: Levi se aproximaba con dos amigos. Todos tenían palos en las manos. Uno de ellos, incluso, llevaba una navaja. Su mente ideó la mejor manera de responder al ataque que recibirían en instantes. La primera opción siempre sería evitarlo.

Obligó a Hazel a caminar de nuevo.

–Sube a la camioneta –pidió.

–Por favor, no los enfrentes. No te involucres, te lo ruego –sollozó ella.

–No lo haré. Confía en mí. Tan solo sube a la camioneta.

Espero a que ella se estableciera en su asiento y fue del otro lado. Para ese momento, los tres hombres ya estaban muy cerca.

–¿Huyes? –gritó Levi–. ¡Eres un maldito cobarde!

Max subió al vehículo sin responder, aunque lo único que deseara hacer fuera acabar con Levi. Trabó la puerta de Hazel y, luego, la suya.

–Abajo –ordenó y la impulsó a ocultarse entre el asiento y la gaveta.

Hazel miró a los dos hombres que se interpusieron entre ellos y la salida, ostentando los garrotes. No quería que Max los enfrentara ni que tuviera que atropellarlos para salir; eso le generaría graves problemas. Levi continuó avanzando.

–Por favor… –susurró, aterrada.

–Baja –repitió Max, fingiéndose en calma.

Hazel obedeció en cuanto oyó el primer golpe que Levi dio con el palo a la puerta del vehículo. Max encendió el motor. Se oyó otro golpe y la voz del vecino: –¿A quién ibas a matar, bastardo?

Max respiró hondo, apretó los dientes y aceleró sin piedad.

Tal como esperaba, los tipos se movieron a último momento, antes de que los atropellara, y él pudo salir a la calle de tierra.

La camioneta se movía tanto que Hazel se golpeó la cabeza con la gaveta. Max se dio cuenta, pero no podía detenerse. Miró por el espejo retrovisor. Los tipos los corrieron hasta que logró llegar a la carretera y aceleró.

–Ya puedes salir –indicó a Hazel y le ofreció su mano como ayuda. Ella la tomó. Se sentó, agitada–. ¿Estás bien? Colócate el cinturón de seguridad.

Hazel obedeció. No podía hablar. Volvió a acordarse de Honey clavada en una estaca y estuvo a punto de vomitar de nuevo.

–Debí cuidarla mejor –sollozó.

–No –sentenció Max–. Los gatos pueden escapar. Una persona no debería hacer lo que ese tipo hizo. No te culpes.

Hazel siguió llorando angustiada.

Para cuando él se detuvo en una gasolinera, solo lagrimeaba. Le echó un vistazo: temblaba. Era un día nublado y ya eran más de las seis de la tarde, supuso que tendría frío y que todavía estaría muy nerviosa.

Descendió de la camioneta, buscó el primer abrigo que apareció en las maletas y fue a su puerta. La abrió, le quitó el cinturón de seguridad y le pidió que se adelantara un poco. Le colocó el cárdigan de él que había logrado extraer y señaló hacia adelante.

–Iré a la tienda –explicó–. Quédate aquí. Traba las puertas.

–¿Crees que nos sigan? –indagó Hazel, girando la cabeza para mirar hacia atrás. Él la devolvió a la posición de frente.

–No. Es solo precaución. Tranquila.

Cerró la puerta y ella la trabó. Fue a la tienda sin perderla de vista, compró un té, le echó bastante azúcar y regresó a la camioneta. Cuando Hazel abrió, le entregó el vaso térmico.

–Es té. Bébelo. Yo estaré ahí usando el teléfono. –Señaló una banca.

–¿A dónde iremos? ¿Nos quedaremos en la camioneta? –indagó ella con un hilo de voz. Se sentía muy mal. Era como si el suceso que acababa de vivir se hubiera llevado toda su energía.

–Yo me ocupo. Tú tan solo bebe tu té. ¿Está bien?

Hazel asintió, cabizbaja. Max volvió a cerrar la puerta y se alejó para hablar. Llamó a su hermana sin dar vueltas.

–¿Cómo estás? –preguntó ella después de saludar.

–Más o menos. Tuvimos que abandonar la casa. Si no lo hacía, acabaría en un enorme problema.

–¿Qué ocurrió?

–Un psicópata que estaba molestando a Hazel se comió a nuestra gata.

–¡¿Qué?! –exclamó Chelsea, incapaz de creer semejante atrocidad.

–Si me quedaba, perdería el control con él. Hacía mucho que no me sentía de esa manera.

–Hiciste bien. Nunca debieron vivir allí en primer lugar. ¿Vendrán a casa?

–No quería molestarte, pero no creo conseguir una vivienda tan rápido y no quiero que Hazel se quede en la camioneta.

–Por supuesto.

–¿Quieres consultarlo con Cooper primero?

–¿Estás loco? Si a él le molestas, él me molesta a mí. No tengo nada que consultar, vengan ahora mismo.

–Gracias. Te prometo que será por poco tiempo.

–Cállate y conduce.

Después de despedirse de Chelsea, regresó a la camioneta y abrió la puerta de Hazel.

–¿Cómo está el té? –preguntó.

–Bien –replicó ella. Se la notaba muy débil, pero al menos ya no temblaba–. ¿Quieres un poco?

–No. Iremos a lo de mi hermana. ¿Está bien para ti?

–Sí.

–¿Necesitas ir al baño?

–No.

–¿Estás segura? Tenemos un viaje de cuarenta y cinco minutos.

–Sí.

–Bueno. Si necesitas ir, me avisas y nos detenemos en otra gasolinera.

Hazel asintió. Sostuvo el vaso térmico entre las rodillas y se colocó el cinturón de seguridad.

Para ella, todo lo que ocurrió durante ese viaje y cuando llegaron a la casa de la hermana de Max fue como un sueño lejano.

La vivienda que Chelsea rentaba con su pareja era muy pequeña. Mientras que Max subía las maletas a la primera planta, les explicó que había preparado una bolsa de dormir en la buhardilla para ella y para Cooper con intención de prestarles el dormitorio.

Como si eso fuera poco, les ofreció la cena. Hazel evitó decirlo, pero al encontrar en el plato un trozo de carne, se acordó del cuerpo de Honey en la estaca y sintió deseos de vomitar. Por esa razón, no probó bocado.

Cooper y Chelsea les dieron conversación. Solo Max contestaba. Cuando se levantaron para llevar la vajilla sucia a la cocina, él se trasladó junto a Hazel y la incitó a mirarlo tomándola de la barbilla.

–Casi no cenaste. Tienes que comer algo –sugirió.

–No puedo. Es carne. Siento que voy a vomitar –respondió Hazel en voz baja.

–¿Quieres acostarte?

Ella asintió con los ojos húmedos.

Max la llevó a la primera planta, donde se hallaban el baño principal, el dormitorio y la escalera que conducía a la buhardilla.

Hazel se detuvo antes de ingresar a la habitación.

–No me sentiría bien si, además de invadir la casa de tu hermana, le robáramos su dormitorio.

–Sería incómodo para ti dormir en el suelo.

–Prefiero eso. Por favor.

Para evitarle más angustia, Max no insistió. La acompañó a la buhardilla, donde no había una cama y ni siquiera cabían de pie, pero al menos era un lugar limpio, bonito y seguro donde dormir.

Una vez que Hazel se acostó en la bolsa y se aferró al cárdigan, él se sentó a su lado y le acarició el cabello.

–Superaremos esto –afirmó, intentando llevarle calma con su tono.

–No se trata solo de mi gata –confesó Hazel con la voz ahogada–. El mundo es tan cruel…

–A veces. Pero también es bonito. Tú me lo enseñaste. Por favor, no dejes de creerlo. Lamento que hayas tenido que conocer el otro lado.

–Estoy agradecida de que haya sido con alguien que ya lo conocía. No sé qué habría sido de mí si hubiera estado sola. Lo único que lamento es que lo hayas experimentado desde tan pequeño. Es muy injusto. Nadie debería sentir que su vida se acabó a los dieciocho años.

Él le apartó unos cabellos de la frente con un dedo.

–Me siento con mucha vida ahora. ¿Me dejas que te pase un poco, como hiciste tú la noche que me besaste en la playa? Creo que la necesitas.

Se inclinó y le dio un beso suave en los labios a la vez que le acariciaba una mejilla. Hazel sintió tanto amor que su corazón se estremeció.

Honey significaba miel. Su cariño y su ternura la acompañarían para siempre. Un ángel con cuatro patas había compartido con ella el viaje más intenso de su vida y estaba segura de que ahora la custodiaría desde el cielo.



44

Chelsea se asomó por la abertura de la buhardilla y susurró el nombre de Max. Él abandonó la bolsa de dormir y se acercó a la escalera.

–¿Está dormida? –preguntó ella en voz baja, señalando a Hazel. Max asintió–. ¿Qué hacen? Se suponía que ustedes utilizarían el dormitorio.

–Hazel no quiso.

–¿Por qué?

–No importa. Mañana subiré nuestras cosas aquí. Gracias. Descansa.

Se durmió bastante tarde por buscar viviendas en renta, aprovechando que estaba terminando la temporada.

Por la mañana, tuvo que despertar a Hazel para avisarle que se iba al hotel.

–Mi hermana y su esposo también irán a trabajar. No dudes en comer de sus provisiones. Cuando salga del hotel, traeré otras para nosotros. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

–No, gracias. Dormiré otro rato. Que tengas un buen día.

Se despidieron con un beso y él bajó las escaleras.

Encontró a su hermana preparando el desayuno en la cocina.

–¡Buen día! ¿Café? –preguntó ella.

–Por favor. ¿Y Cooper?

–Se fue más temprano. ¿Quieres llevarle algo a Hazel? ¿Qué bebe?

–Dijo que dormiría otro rato –explicó él y recogió la taza que su hermana acababa de depositar sobre la encimera.

Fueron al comedor, donde ella había preparado huevos revueltos para acompañar el café, y se sentaron uno frente al otro.

–¿Tú también vas a trabajar? –consultó ella.

–Por ahora –respondió Max–. Es mi última semana, pero Hazel no lo sabe. Así que, además de encontrar dónde vivir, tengo que buscar un nuevo empleo.

–Pueden quedarse aquí el tiempo que necesiten.

–Te lo agradezco, pero no me sentiría bien viviendo de mi hermana.

Chelsea soltó el aire de golpe. No entendía por qué la vida se ensañaba con su hermano de esa manera.

–Mereces que te ocurran tantas cosas buenas –reflexionó. Max apretó los labios como si sonriera.

–Es difícil. A veces pienso que algunas personas nacen bendecidas y otras, malditas.

–¡No digas tonterías! No naciste maldito.

–Tampoco soy un premio, Chelsea. Tienes que reconocerlo.

–No empieces con esos comentarios deprimentes. Solo te falta sentarte a la intemperie y abrazarte las rodillas como cuando eras un adolescente.

Max miró la puerta vidriada que daba al patio.

–No está lloviendo –argumentó.

Chelsea entendió la broma y rio. Transcurrió un momento en el que ella lo contempló en silencio.

–Max, hay algo que he querido contarte, pero no sabía cómo. –Respiró hondo–. Antes de morir, mamá me contó todo.

–¿A qué te refieres?

–A lo de ese chico Austin y el motivo de la pelea por la que terminaste en el instituto para menores.

–¿Lo sabes desde hace tanto?

–Sí. No te lo dije porque temí que creyeras que lo que hiciste para protegerme fue en vano. Debió ser muy difícil guardar en secreto lo que habías visto y terminar en ese lugar horrible por eso.

–No terminé en el instituto por ocultar lo ocurrido. Aunque se lo hubiera contado a las autoridades, no tenía pruebas. En cambio, él sí.

–Se trataba de autoridades bastante prejuiciosas.

–Hice lo que hice –replicó Max–. Y, quizás, sí sentía rencor.

–¿Quién no lo sentiría en tu lugar?

–El instituto hizo un buen trabajo: cuando salí de allí, ese sentimiento ya no era parte de mí.

–Aún lo es, solo que lo direccionaste hacia ti mismo. –Sonrió con tristeza–. Recuerdo muchas cosas. Hechos muy dolorosos que podrían haberme marcado para siempre. Pero, en medio de ellos, también aparecen momentos hermosos, los que tú construías para mí. Es increíble: no teníamos nada, pero, gracias a ti, en mi imaginación, nunca me faltó un juguete. Te sentabas a pasar el rato conmigo como si los tuviéramos y puedo jurar que estaban ahí, aunque no fueran reales.

»Mamá era buena, pero muy vulnerable. Quizás por eso no la miraba a ella, sino a ti. Siempre fuiste un ejemplo para mí. No me fue tan mal, ¿verdad? Amo y soy amada, disfruto de mi trabajo, tengo amigas… Soy feliz. No sé qué habría sido de mí si tú no hubieras estado ahí cuando era una niña y una adolescente. Tu presencia me ayudó a convertirme en esta mujer.

»Lo que intento decir es que no fue una sola acción tuya lo que me salvó. Fuiste todo tú. Tu bondad, tu entrega, tu generosidad… Tu capacidad para escuchar, tu lealtad, tu ternura. Podría enumerar tantas cualidades buenas de ti que se nos haría tarde para ir a trabajar. Solo espero que, la próxima vez que pienses algo malo de ti, me recuerdes. Soy en gran parte lo que tú me mostraste. Si lo que ves te agrada, deberías sentir agrado por ti también.

Max tragó con fuerza; tenía un nudo en la garganta. El amor de su hermana puesto en palabras lo tomó por sorpresa. No supo qué decir.

Pensó en sus afirmaciones todo el día. Como era la última semana en ese empleo, no se preocupó por ser tan efectivo y comenzó a buscar otro en los instantes libres. Se había esforzado antes creyendo que lo contratarían de forma permanente. La

reincorporación de todos los empleados que se turnaron para tomarse las vacaciones impidió que su idea se concretara.

–Lamento que no me permitan contratar a alguien más –le dijo su jefe–. Eres todavía más efectivo que algunos empleados permanentes.

Max sabía que aprendía rápido y que podía ser muy bueno en cualquier tarea manual que se propusiera. El problema era que, fuera de temporada, no había tantas ofertas disponibles.

A la salida del trabajo, se reunió con quien les había rentado la casa en Mudgeeraba. Le avisó que él y Hazel no vivirían más allí y le entregó las llaves. Además de explicarle por qué había cambiado la cerradura, le advirtió que no confiara en Levi: no tenía dudas de que había entrado a la casa varias veces mientras ellos no estaban, les había robado y había comenzado a comportarse como un psicópata, quizás como consecuencia del consumo de drogas, después de que ya no le resultara tan fácil el ingreso. El hombre respondió que les había advertido que ese no era un lugar para que vivieran unos amigos de Remi.

El jueves, decidió que era momento de hablar con Hazel. Lo hizo mientras estaban sentados en la bolsa de dormir, a punto de acostarse.

–El sábado es mi último día en el hotel.

Ella dejó escapar una exclamación de sorpresa.

–¿Te lo dijeron hoy? ¿No es un poco tarde para avisarte? –preguntó.

–En realidad, lo supe el mismo día que nos fuimos de Mudgeeraba. No te lo dije antes porque no quería que tuvieras más preocupaciones.

–Entiendo, pero no debiste cargar con esa inquietud solo.

–Perdona. El asunto es que encontré algo que me agrada, pero no es aquí.

–¿De qué se trata?

–Una plantación para cuidar.

–¿Saben que irías conmigo?

–Sí. De hecho, buscan a un matrimonio.

–¿Les dijiste que estamos esperando un bebé?

–Sí.

–¿Y aun así nos quieren? ¿No creen que yo no podré hacer el trabajo duro? Tendrían razón.

–No necesitan que lo hagas. ¿Te gustaría que nos ocupáramos de una plantación o prefieres que busque otra cosa?

–No hay problema. ¿Está cerca de una ciudad? ¿Hay hospitales, médicos?

–El más cercano está a cuarenta minutos.

–Es casi lo mismo que si viviéramos en la finca de mi abuela. ¿Dónde es?

–En Mount Mulligan, en el norte de Queensland, a un día de viaje de aquí. ¿Crees que podrías resistirlo? Nos detendremos para comer, ir al baño y dormir las veces que sea necesario, por supuesto.

–Claro. Acéptalo.

Sabía que a Max le haría bien volver a trabajar al aire libre y que ambos necesitaban salir de la casa de Chelsea. Ella era la mejor anfitriona del mundo, pero ninguno de los dos se sentía del todo cómodo con la situación.

–¿Cuándo nos iríamos? –indagó.

–Hubiera querido que fuera el lunes, pero hay algo más que no te conté.

–Me asusta lo que no me cuentas.

–El lunes tengo la mediación con tu madre, así que nos iríamos el martes.

–¿Cómo me ocultaste eso? Tengo que preparar tu defensa.

–¿Por qué lo harías? No eres una abogada.

–Porque no podemos pagar uno y a ti no te agrada el papeleo. Además, mi madre te trae pésimos recuerdos. Puedo predecir qué ocurriría si te dejara ir solo: le dirías "está bien" a todo y saldrías de allí aceptando la injusticia.

–Si bien creo que no sería tan injusto…

–¡¿Lo ves?! –se desesperó Hazel.

–Si bien creo que no sería tan injusto –repitió él con la esperanza de poder terminar la frase esa vez–, defendería ese dinero con uñas y dientes porque ahora tengo una familia que lo necesita. Con mi capacidad para trabajar y tu inteligencia para los números,

podríamos invertirlo en algo rentable. Por eso no es necesario que vayas a hacerte problema con tu madre y su abogado, Hazel. Lo haré bien, te lo prometo.

Hazel comprendió: era hora de que Max se levantara por sí mismo. Por eso desistió de acompañarlo, incluso de armar cualquier defensa.

Era como si todo hubiera estado cronometrado: el mismo día que Max ya no debía trabajar, tenía la audiencia de conciliación. El martes partirían hacia un nuevo destino. Esperaba poder establecerse en Mount Mulligan un tiempo más extenso que los que había pasado en diferentes lugares los últimos períodos de su vida. Necesitaba un descanso.

El lunes, debió esforzarse para no ponerse tan nerviosa mientras esperaba que Max regresara de la mediación. Como tenía el horario de las diez de la mañana, supuso que volvería para el mediodía. Ni Chelsea ni Cooper se hallaban en casa, de modo que comenzó a preparar el almuerzo para ella y para Max a las once, calculando que podría llegar a eso de las doce.

Para su sorpresa, abrió la puerta a las once y cuarto.

–¿Tan rápido? ¿Qué ocurrió? –preguntó.

–Tu madre no se presentó. Envió a su abogado. Solo dijo una cosa.

–¿Qué cosa?

–Que ella desistía de la demanda.

–¿Qué? –replicó Hazel con el ceño fruncido–. ¡Es imposible!

–Fue lo que dijo, te lo juro. De hecho, también está escrito en este documento.

Le entregó una carpeta. Hazel la abrió y leyó el papel. En efecto, su madre había desistido de la demanda.

–No puede ser. Llamaré a mi padre, esto es muy extraño.

Le devolvió la carpeta a Max y se dirigió a las escaleras dejando la hornalla encendida. Subió a la buhardilla, se sentó en la bolsa de dormir y llamó a su padre.

–Papá, ¿tienes idea de por qué mamá desistió de la demanda que le había hecho a Max?

–Ah. ¿Ya llegaron a la instancia de mediación? No lo sé.

–Eres peor mentiroso que yo. Por favor, necesito saber qué la hizo cambiar de opinión.

–Le preguntaré si me permite decírtelo y te llamaré, ¿de acuerdo?

–No entiendo. ¿Qué está pasando?

–Tranquila. Te llamaré en un rato.

Por supuesto, no pensaba quedarse con el mal presentimiento un instante más. Tras cortar con su padre, llamó a su hermano.

–¡Hazel, qué sorpresa!

–Desbloqueé tu número hace tiempo, pero nunca llamaste.

–Tú tampoco.

–¿Papá te contó que hablábamos?

–Sí. Sabía que estabas bien, así que me quedé tranquilo.

–También yo respecto de ti. No importa. Necesito hacerte una pregunta. Max acudió hoy a la audiencia de conciliación. El abogado de mamá informó que ella retiraba la demanda. Es imposible. ¿Qué la haría cambiar de opinión?

Lachlan suspiró.

–Hay una razón por la que no te he llamado. Por suerte, tú tampoco lo hiciste. Sabía que, si hablabas con papá, posiblemente también aceptaras conversar conmigo. Varias veces pensé en marcar tu número, o al menos enviarte un mensaje. No me comuniqué porque no estaba de acuerdo con lo que ellos estaban haciendo y sabía que, si nos poníamos en contacto, incumpliría la promesa que me obligaron a hacer.

–¿De qué hablas?

–Mamá está enferma. Le diagnosticaron cáncer de esófago hace poco más de un mes. Tiene metástasis en el hígado. Está en fase terminal. En este momento, se encuentra en el hospital.

–¿Qué? ¿Qué dices? ¡No! ¿Por qué me lo ocultarían?

–Mamá dijo que ya tenías demasiados problemas.

–¡Debieron decírmelo! ¿Qué harían? ¿Avisarme cuando fuera demasiado tarde? ¿Por qué aún creen que soy una niña que necesita que le mientan para no sentir dolor?

–Quizás tenía razón. Estás gritando.

–¡Por supuesto que estoy gritando! Me ocultaron que mi madre estaba enferma y que… que va a morir. –Comenzó a llorar–. No

puede ser.

–Hazel, tranquilízate.

–¿Qué hago?

–No lo sé. Llámala.

–¡No! –Hipó–. Voy a colgar.

–¿Max está ahí? ¿Por qué no vas con él?

–Cállate. Adiós.

Bajó la cabeza y cerró los ojos, intentando contener el llanto. Algo no terminaba de convencerla, lo que acababa de decir Lachlan no podía ser cierto.

Dejó pasar un rato. El teléfono vibró en sus manos. Era su padre.

–Dice tu madre que le gustaría verte. De ser posible, pide que vengas a Sídney con Max. Lachlan me llamó. Me avisó que te lo contó.

–¡Debiste contármelo antes!

–Tu madre me preguntaba siempre por ti. Le expliqué lo que te ocurría; ella también sabía cosas a través de tu tío, quien se enteraba por tu prima. No quiso sumarte una preocupación en tu estado. Por eso tampoco se lo contamos al resto de la familia; de lo contrario, la información te llegaría. Supongo que, en un principio, no creyó que la situación fuera tan grave, pero ahora se da cuenta de que lo es y quiere que vengan.

–Oh, por Dios –volvió a sollozar Hazel con un nudo en el estómago–. No puede ser. ¡Me lo ocultaron más de un mes!

–Lo siento.

–¿Cómo podías conversar conmigo al menos una vez a la semana sabiendo que me estabas escondiendo algo tan serio?

–Me olvidaba del asunto mientras conversaba contigo. Era bonito escucharte hablar de mi nieto. Debo confesar que más de una vez lo hice con el altavoz activado para que tu madre oyera. También le mostraba los videos de los ultrasonidos que me enviabas. Le hacían mucha ilusión.

–Sabía que lo harías. ¿Por qué no me llamó desde tu teléfono si al final su nieto le hacía ilusión?

–Porque tú no querías hablar con ella.

–¡Lo hubiera hecho si ella cedía en su actitud altanera!

–Supongo que no quería que lo hicieras por pena ante la situación.

–¡No debieron ocultármelo!

–Lo siento. Creyó que sería lo mejor para ti.

–¿Cuándo será el momento en que me permita a mí decidir?

–¿Vendrán? –consultó su padre, haciendo caso omiso a una pregunta que no tenía respuesta. Hazel suspiró para tranquilizarse.

–No lo sé. Lo consultaré con Max.

–Si aceptan venir, Lachlan les puede comprar los pasajes.

–No necesitamos nada de ustedes, gracias. Hablamos más tarde.

Cortó, muy molesta por el engaño. Sin embargo, lo que más le dolía era sentirse contrariada. Por un lado, el dolor por la inminente muerte de su madre era inconmensurable. Por el otro, su actitud controladora hasta el final le hacía perder los estribos.

–Hazel, ¿por qué tardas tanto? ¿Estás bien? –oyó. Alzó la cabeza y vio a Max entrando en la buhardilla–. ¡Estás llorando! ¿Qué ocurrió?

Se sentó frente a ella y le tomó una mano temblorosa.

–Mi hermano me dijo que mi madre está enferma. Tiene cáncer de esófago con metástasis en el hígado en fase terminal. Se encuentra en el hospital. Va a morir.

–No –murmuró él, maldiciendo al destino por imponerles pruebas tan duras. Imaginar lo que Hazel estaría sintiendo le rompió el corazón.

–Ella quiere que vayamos. No sé qué hacer. Pidió que me ocultaran su enfermedad. La padece desde hace más de un mes. ¿Por qué nunca puede ceder el control?

–No sé si tenga sentido que te cuestiones eso ahora. ¿Por qué usaste el plural? Dijiste "vayamos".

–Eso dijo: quiere que tú vayas también. Pero yo no sé si quiera ir.

Max bajó la cabeza a la vez que respiraba hondo. Él tampoco quería ir a Sídney. Aun así, pensó en Hazel y en el enorme motivo por el que debía viajar a ver a su madre. Por supuesto, jamás la dejaría sola en una situación tan difícil.

–¿Puedo opinar? –preguntó. Ella esperó en silencio–. Cuando mi hermana me contó que mi padre estaba internado al borde de la

muerte, me sentí muy extraño. Me cuestioné si quería ir. Decidí que no.

»Cuando ella me avisó que falleció, le pregunté si había dicho algo para mí. Esperaba que en sus últimos momentos se arrepintiera por lo que había hecho. Todavía conservaba la tonta fantasía de que mi padre fuera el que alguna vez había necesitado.

»Nunca despertó. Lo único que hubo de su parte fue silencio. La misma ausencia que existió desde que mi madre lo dejó.

»Cualquiera pensaría que hice bien en no ir, pues hubiera sido en vano. Sin embargo, no creo que sea así. Debí hacerlo. Eso me habría ayudado a cerrar muchas heridas que aún hoy duelen.

»Incluso con todos sus errores, tu madre fue mil veces mejor que mi padre.

»Por todas esas razones creo que, a pesar de todo, deberías ir.

Hazel bajó la cabeza, llorando.

–No puedo enfrentar esto sola.

–Tampoco te dejaría hacerlo. Iremos juntos.



45

El martes, en lugar de partir rumbo a Mount Mulligan, se encaminaron a Sídney.

Resultaba evidente que las últimas horas habían sido muy demandantes para Hazel; después de recorrer cien kilómetros, se quedó dormida.

Max la despertó cuando se detuvo en una gasolinera.

–Lo siento, me quedé dormida. Soy la peor copiloto del mundo –susurró ella, pasándose una mano por los ojos. Max sonrió con ternura y le peinó unos cabellos rebeldes–. ¿Dónde estamos?

–En Thrumster, a unas cuatro horas de Sídney. Almorzaremos.

–¿Qué hora es?

–Las dos. Espero que podamos llegar antes de las ocho.

–No te esfuerces. Luces cansado –pidió ella y le acarició una mejilla.

–El tránsito estaba un poco difícil a la altura de Coffs Harbour.

Por la expresión de Hazel cuando bajó de la camioneta, él notó que debía de dolerle la espalda. Dormir en el suelo y en el asiento no era gratuito. Tampoco la tristeza que, resultaba evidente, estaba sintiendo.

Entraron a la tienda y se sentaron a una mesa. Ella señaló el mostrador.

–Creo que es un autoservicio –comentó.

–Lo sé. Dime qué quieres, yo te lo traeré.

–Lo mismo que comas tú.

–De acuerdo. Entonces carne de canguro con condimentos bien picantes para los dos –bromeó él. Ella rio. Era improbable que vendieran eso en una gasolinera y sabía que Max tampoco lo comería.

Esperó a ver qué le llevaba él mirando por la pared de vidrio. Muchos recuerdos la asaltaron mientras veía a un hombre cargar combustible sin prestarle atención verdadera. Los momentos con su madre cuando era pequeña se sentían más cercanos que nunca.

Se preguntó si acaso no había sido injusta al decirle que no quería volver a verla. Se retractó enseguida. No debía ceder ante la culpa que siempre le generaba todo lo relacionado con ella. Ojalá su inconsciente lo hubiera comprendido con la misma facilidad con que podía pensarlo.

Por suerte, Max regresó antes de que la memoria y las emociones encontradas la hicieran llorar.

Él notó que algo le ocurría. Esperaba que las pastas con verduras y un zumo de naranjas la ayudaran a enfocarse en otra cosa y no tanto en lo que fuera que estuviera sintiendo.

Aprovecharon el almuerzo para cargar los celulares. Fueron al baño y, después, se tomaron un rato para caminar. A las tres, Max le propuso regresar a la carretera.

Hazel no volvió a quedarse dormida. De hecho, aunque él había ingresado la dirección de la casa de sus padres en el mapa del teléfono, ella le dio las indicaciones para moverse por la ciudad.

En el camino, pasaron frente al que era su hogar con Liam antes de mudarse a Estados Unidos. Observó la bella fachada y el jardín prolijo. Fue inevitable compararlo con la cabaña de la granja, la casa que había habitado en Mudgeeraba y la buhardilla prestada donde se alojaba en ese momento. Se sintió angustiada, aunque supiera que, a pesar de todo, seguiría eligiendo el amor antes que cualquier otra cosa.

–¿Estás bien? –preguntó Max y le tomó una mano. Sin querer, eso la ayudó a comprobar que no se equivocaba.

–Sí –aseguró.

–No parece. ¿Necesitas que me detenga?

–No.

–¿Qué viste afuera?

–¿Te diste cuenta?

–Giraste en el asiento, Hazel. Me daría cuenta incluso dormido.

Ella sintió un escalofrío.

–Era mi casa con Liam. –Hubo silencio. Hazel bajó la cabeza–. Lo siento.

–¿Por qué?

–No sé. Quizás por lo que puedas sentir ante lo que hice. Te juro que…

–Está bien –intervino él.

–Estoy nerviosa. Estamos a cinco manzanas de mi casa.

–De acuerdo. Me detendré para que puedas reponerte.

Estacionó en el único sitio que encontró disponible y la abrazó. Hazel se aferró a él, intentando mantenerse en el presente y no volver al pasado. Unos minutos después, acordaron que seguirían viaje.

En la puerta de la casa, más recuerdos la asaltaron. Miró a Max para distraerse. Le llamó la atención que solo bajara la maleta de ella. Creyó que no quería darle algo pesado para llevar y que se ocuparía de la otra después. No tuvo mucho tiempo para pensar; su padre abrió la puerta enseguida y la recibió con un abrazo.

–¡Estás hermosa! –exclamó, tocando su vientre.

–Gracias –sonrió ella.

Max se aproximó. Si bien conocía al padre de Hazel por la llamada telefónica que habían mantenido y por fotografías, nunca se habían encontrado en persona. El hombre extendió una mano. Max se la estrechó con firmeza, aunque se sintiera muy incómodo.

–Hola. Soy Daniel, el padre de Hazel.

–Max –replicó sucintamente.

–Adelante. Pasen.

Volver a entrar en la casa de sus padres, pero sin la presencia de Adeline, fue bastante extraño para Hazel. Para Max, que nunca pensó que alguna vez tendría el permiso para ingresar a ese espacio sagrado, fue todavía más raro.

Daniel les indicó que podían instalarse en el que había sido el dormitorio de Hazel. La cama era grande; estarían cómodos.

Max no respondió. Se limitó a llevar la maleta de ella allí y, en cuanto el hombre se alejó, se dirigió a Hazel.

–Buscaré un sitio donde dejar la camioneta –anunció.

–Podemos usar el garaje. Desde que mi hermano se mudó, mis padres guardan un solo vehículo. Hay lugar.

–No me refiero a dejarla sola. Yo me quedaré ahí.

–¿Estás loco? ¿Por qué harías eso?

–No creo que deba permanecer aquí.

–Por favor, no digas tonterías. No es momento para que des rienda suelta a tu complejo de inferioridad o lo que sea que padezcas. –Suspiró, angustiada–. Si se trata de lo que dije sobre la casa que compartía con Liam…

–No es por eso, te lo aseguro. Me siento incómodo.

–Lo sé. Aunque no lo creas, yo también. Pero mi madre no está presente. Hablaste con mi padre por teléfono y hasta me incitaste a desbloquear su número; debe de haberte caído bien. Te necesito. Quédate, por favor.

No hizo falta que Hazel le rogara más. Max relegó sus emociones negativas, bajó las escaleras y terminó entrando también su maleta.

En pocos minutos, el padre de Hazel les avisó que los esperaba con la cena. Se sentaron a la mesa para compartir con él lo que había preparado. Max se mantuvo callado mientras que Hazel y Daniel conversaban sobre la enfermedad de Adeline. Ella se enteró detalles del diagnóstico y del pronóstico. No le hubiera gustado que se expusiera a tanto dolor justo en ese momento, pero para su tranquilidad la notó bastante entera. Poco a poco, iba asumiendo lo que ocurriría. Solo esperaba que fuera el último disgusto que soportara en mucho tiempo.

Al terminar, Daniel fue a la cocina para colocar la vajilla en la lavadora. Aunque Hazel se ofreció a ayudarlo, él le sugirió que descansara. Se dieron un abrazo y ella se reencontró con Max en la sala.

–¿Cómo hago para entrar la camioneta al garaje? –consultó él.

–Ve por esa puerta –señaló Hazel–. Encontrarás un panel numérico en la pared de la derecha, el código es 7784. El portón se abrirá cuando lo digites. Espera, ¿quieres que yo lo abra?

–Descansa, yo me ocupo.

–De acuerdo. Tomaré una ducha. Te veo luego en el dormitorio.

Después de entrar la camioneta, Max regresó a la casa. En ese momento, Daniel salía de la cocina secándose las manos con un trapo.

–¿Bebemos una cerveza? –ofreció. Max se quedó atónito.

–No lo creo. Hazel me espera –respondió.

–Solo será un momento.

Había algo en ese hombre que lo hacía sentir vulnerable de manera positiva, por eso terminó aceptando.

Salió con él al jardín del fondo y se sentaron en unas tumbonas. Los dos abrieron las botellas contra el borde de la mesa.

–Es una VB –comentó Max, mirando la etiqueta, y bebió el primer trago.

–Es mi favorita.

–La mía también.

–Tienes buen gusto. Por algo elegiste a mi hija.

Max rio. Desde que había hablado por teléfono con ese hombre, nunca había tenido dudas de quién había heredado Hazel tanta ternura.

–Ella es increíble –respondió–. Todavía no entiendo qué hace conmigo.

–¡Y de qué modo! Nunca la vi luchar tanto por algo o alguien. Me contó Adeline que eres de Melbourne. ¿Cómo terminaste en Gold Coast?

–Es una larga historia.

–Me encantan las historias.

–La versión breve cuenta que mi madre consiguió un empleo ahí y nos mudamos.

–¿Era una madre soltera?

Max se ayudó bebiendo otro trago. Aunque pareciera increíble, no se sentía incómodo con la conversación. Tampoco ya con hallarse en esa casa ni consigo mismo en medio de tanta delicadeza.

–Comenzó a serlo desde que nos fuimos del apartamento de Melbourne. Mi padre era violento.

Nunca le había contado eso a alguien de manera tan abierta y rápida. De hecho, solo lo sabían su hermana, porque también lo había vivido, y Hazel. Sin duda, haberse abierto con ella y la forma de ser de ese hombre colaboraban para que pudiera expresarse.

–Lo lamento mucho –comentó Daniel.

–Ya pasó –replicó Max y bebió de nuevo.

–¿Todavía ves a tu familia?

–Solo a mi hermana. Mis padres fallecieron.

–También lamento eso. Bueno, al menos lo de tu madre. ¿Siempre trabajaste en el campo?

–No. De hecho, no tenía idea de nada hasta que su suegra me enseñó.

–¿Elsie?

–Sí. Trabajé para ella mucho tiempo.

–¿Y por qué nunca lo supimos?

–Era nuestro secreto. Supongo que su hermano, el tío de Hazel, sí lo sabía. Quizás asumió que ustedes estaban al tanto y por eso no se lo comentó.

–Hablaba poco con mi hermano por aquel entonces. En el último tiempo, quien más se comunicaba con él era Adeline a causa de que Hazel se había instalado en la finca.

Conversaron un rato más sobre los empleos que ambos habían tenido, el pasado de Daniel e incluso sobre sus novias antes de enamorarse de Adeline.

–¿Y tú? –indagó el hombre.

–Nunca había tenido novia antes de Hazel, solo chicas –confesó Max.

–¡No bromees! No me digas que tampoco tuviste otros vehículos antes de esa camioneta.

–La verdad que no, pero sí conduje un par de mis jefes.

Así, la conversación pasó de mujeres a motocicletas y automóviles.

Max jamás hubiera imaginado que tendría algo en común con el padre de Hazel, más allá del amor por ella. Tampoco que sentiría

casi de inmediato cierto cariño y familiaridad con el hombre. En pocas palabras, que tendrían un vínculo usual entre un suegro y un yerno.

Tras tomar el baño, Hazel fue a la habitación. Descubrió que Max no se hallaba allí como había imaginado. Temió que se hubiera marchado a dormir en la camioneta a pesar de su pedido.

La posibilidad se diluyó en cuanto oyó un murmullo proveniente del jardín. Se asomó por la ventana del dormitorio. Lo vio sentado con su padre en las tumbonas. Por un instante, especuló con que estuvieran discutiendo. Ni Max ni Daniel eran partidarios de los conflictos, así que descartó la idea enseguida. Reparó en que ambos tenían botellas de cerveza en la mano. Se dio cuenta de que estaban conversando. Tragó con fuerza, conmovida por un suceso tan sencillo. Sin duda, las hormonas alborotadas y el estado crítico de su madre la habían vuelto más sensible que de costumbre. Cerró la ventana y los dejó tranquilos.

Cuando terminaron de beber, Max y Daniel se levantaron. Max recogió las botellas para llevarlas al cesto de basura de la cocina. Le resultó imposible alejarse al notar que el hombre miraba el vacío con expresión apenada.

–Cada vez que pienso que Adeline ya no volverá a casa me pregunto cómo seguiré viviendo sin ella –confesó con la voz quebrada.

–Lo entiendo –respondió Max, conmovido–. Si acepta un consejo, intente aferrarse a la capacidad de disfrutar que descubrió que tenía gracias a su esposa. Busque otros momentos de felicidad, aunque los viva solo. Le aseguro que aparecerán.

–Suena como si lo hubieras experimentado.

–Así fue, aunque de manera distinta. Descanse –respondió y apoyó una mano en su hombro antes de retirarse.

Arrojó las botellas vacías al cesto de basura y fue a la habitación de Hazel. Cuando se acostó, descubrió que ella ya dormía. Despertó apenas para cruzar un brazo sobre su abdomen. Él la abrazó y la besó en la cabeza.

Les esperaba un día difícil. Hubiera querido evitarle tanto sufrimiento, pero era parte de la vida y nada podía hacer para

remediarlo.



46

Al despertar, Max miró la hora en el reloj que estaba sobre la mesita: eran las ocho y media.

Se apartó de Hazel con cuidado para no molestarla y se sentó en el borde de la cama. Observó alrededor: la habitación decorada en tonos rosados le facilitó viajar al pasado. Aunque ya no había rasgos juveniles más allá del color, era fácil imaginar su adolescencia en ese sitio.

Fue inevitable pensar en los mensajes que ella le había enviado y que él nunca había respondido. Se preguntó si sus vidas habrían sido diferentes de haber actuado de manera distinta en algún punto del camino. Tal vez, todo lo que habían vivido hasta ese día sirvió para que afianzaran y profundizaran su vínculo. No estaba seguro de que hubieran tenido esa capacidad cuando eran tan jóvenes.

Pensar en eso lo rescató de quedarse estancado en las comparaciones que ella debía estar haciendo, como la del día anterior al pasar frente a la casa que había compartido con Liam. Entendía que a Hazel le resultara inevitable contemplar su pasado como un mejor momento a la luz de un presente tan complicado. Sin embargo, tenía la certeza de que ya nada ni nadie podría derribar su vínculo excepto ellos mismos.

Desde que había entrado a esa casa que jamás imaginó que pisaría, estaba sorprendido. Por la forma de ser de Adeline, había imaginado que vivía de manera mucho más ostentosa. Era innegable

que la vivienda era bonita, pero nada tenía que ver con esa en cuyas sombras él había habitado hacía muchos años. Se notaba que pertenecía a una familia de clase media y no alta como la que había empleado a su madre.

Una caricia en la espalda lo devolvió a la realidad.

–Hola, precioso –susurró Hazel. Él giró la cabeza, sonriente, y le apartó el flequillo de la frente.

–Buen día, cariño. Anoche no quise despertarte, pero me muero por darme una ducha y que el agua se lleve el día de carretera.

–¿Por qué no le preguntaste a mi padre por el baño principal? Está hacia la derecha, segunda puerta de la mano izquierda.

Max le agradeció y la besó en la frente antes de buscar ropa limpia en la maleta y abandonar el dormitorio.

Hazel se vistió, bajó las escaleras y pasó por el sanitario de servicio antes de encontrarse con su padre en la cocina. Lo abrazó por la espalda. Él tomó sus manos y las apretó con afecto.

–¿Descansaste? –indagó. Hazel lo soltó y se apoyó en la encimera.

–Sí, bastante.

–¿Qué quieres beber con el desayuno?

–Té está bien. ¿A qué hora vamos a la clínica?

–En una hora. ¿Vienen conmigo en el automóvil?

–Sí, gracias.

Le resultó inevitable sentirse nerviosa. Aunque su padre le había advertido que el tratamiento mantenía a su madre muy débil y que podía encontrarla bastante desmejorada respecto de la última vez que la había visto, no se hallaba lista para ser testigo de ello. Prefería recordarla altiva que imaginarla al borde de la muerte.

Mientras Daniel encendía el automóvil para extraerlo del garaje, Hazel aprovechó para hablar a solas con Max.

–¿No te molesta ir? –consultó.

–¿Prefieres que no lo haga? –preguntó él.

–Me siento bastante mal, por supuesto que prefiero que me acompañes. Pero no pasaré por encima de tus emociones. Puedo arreglármelas sola.

–No hay emoción más fuerte que querer acompañarte y sostenerte.

–Gracias –susurró ella, al borde del llanto, y lo abrazó.

En el coche, prefirió sentarse atrás y que su padre y Max viajaran en las butacas de adelante. Durante el trayecto, suspiró varias veces, preparándose para lo que estaba a punto de experimentar. Pensaba en su hijo y en que no quería transmitirle tantas emociones negativas. El problema era que, si no dejaba salir el dolor, este la devastaría.

En el hospital aguardaban Lachlan y Frankie. La presentación fue rápida y concisa.

–Hola, soy Lachlan, el hermano de Hazel. Ella es mi esposa Frankie.

–Max.

Se estrecharon las manos, y eso fue todo.

Aguardaron en los asientos de la sala de espera hasta que Daniel salió de la habitación y anunció que Adeline estaba despierta y que ansiaba ver a Hazel.

Max le apretó la mano. Ella le sonrió para asegurarle que se sentía fuerte y se levantó. Se acercó a la puerta despacio. Respiró hondo y la abrió.

Ver a su madre en la cama del hospital, con un pañuelo cubriéndole la cabeza y unos pocos cabellos escapando del atado le causó un escalofrío. Tenía la piel de un tono amarillento y estaba muy delgada; sus pómulos sobresalían.

–¡Hola! –exclamó Adeline, sonriente. Parecía contenta.

–Hola –respondió Hazel con un hilo de voz.

Se aproximó y la besó en la frente. Contuvo el deseo de echarse a llorar. La sensación empeoró cuando percibió que su madre acababa de apoyar una mano en su vientre.

–Veintiséis semanas, ¿verdad? –preguntó.

–¿Las cuentas? –se sorprendió Hazel.

–Sí. Siéntate, dime cómo estás.

Hazel no le vio sentido a reprocharle que le había ocultado su enfermedad. Tan solo ocupó la silla junto a la cama y le resumió cómo se sentía con el embarazo. Era lo único bonito de lo que podía hablar, si omitía su relación con Max.

–¿Continúan viviendo en ese lugar de Mudgeeraba? –consultó Adeline, preocupada.

–Nos fuimos hace unos días. Estuvimos parando en la casa de la hermana de Max. Pronto nos mudaremos al norte de Queensland para cuidar una granja.

–Hazel, no puedes vivir en casas prestadas sin saber qué día te echarán a patadas, mucho menos si vas a tener un hijo.

–Lo sé. Supongo que, en algún momento, nos estabilizaremos. Que hayas desistido de la demanda es de gran ayuda. Con ese dinero, Max podría… –Se interrumpió–. No importa. Olvídalo. Hablemos de otra cosa.

–No. Hablemos de eso –pidió Adeline–. Quiero contarte algo. Nunca se lo he dicho a nadie. Supongo que ya no tiene sentido ocultarlo.

»No siempre sentí desprecio por la finca. Cuando era niña, estaba acostumbrada; era mi casa. A mis once años, tus abuelos contrataron a un empleado. Su nombre era Jacob. Muy pronto se convirtió en una especie de tío para mí: solíamos hacer tareas de la granja, me enseñaba cosas, conversábamos mucho. Mis amigos estaban lejos; tan solo los veía en el horario de escuela. No me di cuenta de lo que él hacía hasta que cumplí trece años. Era una niña inocente. No podía imaginar que el hombre que yo veía como un pariente apoyaba su miembro en mi trasero mientras me explicaba cómo manejar algunas herramientas, o que alguna vez me había tocado sin mi consentimiento con la excusa de elevarme para que pudiera ver algo que no estaba a mi altura.

Hazel se llevó una mano al estómago.

–Por Dios –susurró, con ganas de vomitar.

–Lo siento. No debería contarte esto en tu estado, pero temo quedarme sin tiempo. A mis trece años, dejó de disimular e intentó tocarme abiertamente. Ocurrió en la vivienda para empleados que está del lado opuesto a la cabaña.

»Salí corriendo, muerta de miedo y de vergüenza. Era tan ingenua que sentí temor de contárselo a mis padres y guardé el secreto. Desde ese día, evité pasar tiempo con él. Poco a poco, comencé a odiar la granja.

»Jacob renunció cuando yo tenía dieciséis años. Se fue muy lejos de allí, pero yo no pude volver a sentirme en casa. Solo quería marcharme. Luché por mi objetivo hasta que apareció tu padre y lo conseguí. Sí: quedé embarazada de ti antes de que nos casáramos, aunque no sé hasta qué punto fue un accidente. Más bien lo usé como una estrategia para huir.

»Hazel, no es Max el problema. Son los hombres como él. Los empleados que son como Jacob, los resentidos, los que no tienen nada que perder. La abuela encubrió tu relación con Max cuando eran dos chiquillos porque no tenía idea de lo que yo había atravesado. Estoy segura de que, si lo hubiera sabido, no habría sido tan confiada.

»Por eso no podía creer que te atrajera lo que yo rechazaba con toda mi alma. Todavía me cuesta entender que ames a un hombre así.

En ese punto, Hazel tragó con fuerza un nudo de lágrimas.

–Lamento mucho lo que te ocurrió, pero Max no tiene la culpa –declaró–. Él no es como ese hombre. No tienen nada que ver.

–Lo sé. Es que te vi siempre tan ingenua, tan parecida a mí…

–No lo soy –replicó Hazel con seguridad.

–Siempre te cuidé, temiendo que te ocurriera lo mismo que a mí. Y tú fuiste y te metiste en la boca del lobo dos veces: cuando tenías diecisiete años y en cuanto obtuviste el divorcio.

–Max no es un lobo.

–Desde que comprendí que esta maldita enfermedad me llevará pronto, lucho conmigo misma para confiar en ti, en tu inteligencia y tu buen juicio. No para que lo dejes, entendí hace mucho que eso no ocurrirá. Solo quiero asegurarme de que estés bien.

–Estoy más que bien. Me cuesta no tener seguridad económica, no voy a negarlo. Es quizás lo único que extraño de mi vida de antes. Pero no cambiaría la de ahora por nada del mundo.

–Tal vez ayude que sepas que sí la tienes. Arreglé la herencia para que tu hermano herede la casa de Sídney una vez que tu padre ya no esté. La finca es tuya. Siempre la adoraste. Supuse que sería una división de bienes justa para ti y para tu hermano.

Hazel respiró hondo. No quería hablar de la muerte de sus padres.

–¿Podemos cambiar de tema? –rogó.

–¿Por qué? Mi partida es inminente. Si puedo ayudarte en algo después de todos los errores que cometí, lo haré. Dijiste que…

–Mamá, está bien –intervino Hazel con lágrimas en los ojos–. Olvida lo que dije. Hiciste lo que creías mejor para mí. Seguro, como madre yo también cometa muchos errores. Intentaré no repetir los tuyos. Seré original y, sin querer, apuesto a que crearé otros. Me consta que me amas y ahora sé lo que se siente amar a un hijo. No hay manera de que hayas querido perjudicarme.

–Nunca se cruzó por mi mente.

Hazel se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas y limpió también las de Adeline.

–He estado aquí mucho tiempo. Lachlan también quiere verte.

–Espera –rogó ella y le tomó la mano–. ¿Podrías hacerme un favor?

Hazel escuchó con atención el pedido de su madre. Respondió que no podía prometerle que su deseo se cumpliera y se despidió dándole un beso en la frente a la vez que se apretaban las manos.

Salió de la habitación secándose las mejillas de nuevo.

–Necesito un momento –anunció a Daniel, Lachlan y Frankie, y le hizo un gesto a Max para que la siguiera. Lo llevó aparte–. Mi madre pide verte –explicó en voz baja–. No tienes que hacerlo si no quieres.

–¿Qué deseas tú? –preguntó Max.

–No importa lo que yo quiera. Haz lo que sientas.

Max respiró hondo y se volvió sin emitir palabra. No tenía ganas de ver a Adeline, pero sabía que a Hazel le haría bien que lo hiciera, así que abrió la puerta sin dar vueltas.

La apariencia de la mujer distaba mucho de la que había conocido. Más allá del aspecto físico, su mirada denotaba la humildad de la que siempre había carecido.

–Buen día –dijo–. ¿Usted pidió verme?

–Sí. Por favor, siéntate. –Aunque Max tampoco quería hacer eso, avanzó hasta la silla y la ocupó en silencio. Se cruzó de brazos, como estableciendo una defensa inconsciente, y esperó–. Gracias. Aunque

me cueste confiar, tu generosidad al aceptar verme sirve como muestra de que me equivoqué al juzgarte.

–No tanto –replicó él–. No estoy aquí por usted. Lo hago por Hazel.

–Con más razón. Si la situación fuera a la inversa, yo no habría aceptado verte ni aun así. –Max frunció el ceño, preguntándose qué necesitaría esa señora de él. Como se quedó callado, ella prosiguió–. Desistí de la demanda.

–Lo sé, su abogado me lo informó.

–Le heredé la finca a Hazel. Así que, técnicamente, ahora son socios. Además de una familia, claro. –Adeline bajó la cabeza y dejó escapar el llanto–. Disculpa –dijo, y se limpió la nariz con un pañuelo que arrugaba en la mano con delicadeza. Alzó la mirada y buscó sus ojos–. Por favor, cuídala.

Max volvió a respirar hondo. La nueva actitud de Adeline no alcanzó para que olvidara el pasado, pero sí para que sus barreras también cayeran. De pronto, ella ya no le recordaba nada. No era como la gente que había conocido y, si lo hubiera sido, tampoco importaba.

Descruzó los brazos, apoyó los codos en la orilla de la cama y se inclinó hacia adelante.

–Quédese tranquila. Lo mejor de todo es que Hazel no necesita que alguien la cuide. Se cuida muy bien sola e incluso cuida muy bien de mí. –Sonrió–. Sin duda usted fue una gran madre, porque ella es una gran mujer. Siéntase en paz, aquí todo estará bien.

Adeline asintió, llorando de nuevo, y palmeó el antebrazo de Max con aceptación, agradecimiento y alivio.

Mientras Hazel esperaba afuera, reflexionó acerca de lo que su madre acababa de contarle. Comprendió muchas de sus actitudes y perdonó otras.

Era evidente por qué Adeline había asumido una postura tan rígida y controladora: si un hombre al que quería como a un pariente se había aprovechado de ella, sin duda la premisa de su vida había girado en torno de que la historia jamás se repitiera. Mucho menos con su hija.

No podía creer que, a fin de cuentas, tanto Adeline como Max padecieran del mismo tormento: malos recuerdos avivados por la presencia del otro.

Comparó la situación que había atravesado su madre con la que le había ocurrido a Chelsea: no había diferencia de clases cuando se trataba de cometer actos bajos. Tanto un rico como un pobre podían abusar de una muchacha inocente, simplemente porque ambos son seres humanos y los humanos se corrompen, algunos más que otros.

Ojalá hubiera existido un Max en la vida de Adeline; él la habría ayudado. Si ella se hubiera permitido conocerlo, como estaba haciendo su padre, en lugar de cobrar revancha por la indefensión que había padecido a sus trece años, quizás habría descubierto que Max era el tipo de persona que la habría defendido ante una situación de vulnerabilidad tan grande y no quien la hubiera provocado. La terrible experiencia del pasado la había marcado de tal manera que, siendo ya adulta, rechazaba a quien, de haber presenciado esos hechos, sin duda la habría auxiliado.

Max, por su parte, abandonó la habitación del hospital con una sensación extraña. Si bien no había modo de borrar sus vivencias, el dolor que le provocaban se había atenuado. Parecía que esos tiempos oscuros que Adeline le recordaba se hubieran alejado, dando paso a una paz que pocas veces había experimentado. No se había permitido ver a su padre antes de que falleciera. Por suerte, sí había aceptado encontrarse con Adeline. Estaba satisfecho de sentir que, gracias a esa decisión, había sanado algunas heridas.

No siempre se moría físicamente. Tal vez, reconciliarse con el chico sufrido que había sido le permitiera abrirle paso al hombre que ya no temía sentir esperanza y albergar ilusiones.

La partida inevitable de Adeline llegó tres días más tarde. Se fue hacia la luz que arrasa con todo y que también da la vida. La que une para siempre un alma con todas las demás que la precedieron y que la esperan en un solo halo de amor y perdón.



47

Después del funeral, Daniel se fue a la casa de Lachlan, donde se instalaría algunos días hasta que pudiera volver a su casa poco a poco. Un día, una hora. Al siguiente, dos. Y así hasta que resistiera la idea de que Adeline jamás regresaría.

Hazel comprendía que ese hecho abarcaba para su padre mucho más que la ausencia física de la mujer que amaba. Significaba volver a tomar sus propias decisiones sin la intervención de Adeline, convertirse en el dueño de sí mismo tras varias décadas. Aunque en sus últimos días su madre había mostrado un lado bastante más sensible, no podía olvidar que, durante muchos años, su padre, el hombre bueno y manipulable que ella había escogido para huir de la granja, no había sido más que otra víctima del difícil pasado de la mujer.

Max y ella emprendieron el regreso a Queensland. Se detuvieron en la misma gasolinera que a la ida para almorzar sin ánimo de hablar y llegaron a la casa de Chelsea por la noche. En cuanto entraron, ella le dio un abrazo a Hazel.

–Lo lamento mucho –dijo. Hazel le dio las gracias.

Cenaron, se dieron una ducha y se fueron a la buhardilla. Aunque Hazel se sentía triste, estaba tan cansada que se durmió enseguida.

Al día siguiente, se levantaron después de que Chelsea y su pareja ya se habían ido a trabajar. Por esa razón, desayunaron solos. Estaban sentados en la mesa del comedor, pensando en lo mismo

sin saberlo. Max había quedado en comunicarse con los dueños de la granja que cuidarían en cuanto regresaran de Sídney. Sin embargo, antes de que se fueran, Daniel le había entregado a Hazel las llaves y la documentación de la finca.

–¿Qué haremos con la granja? –consultó ella–. Es nuestra ahora.

–Es tu herencia. ¿Qué quieres hacer tú?

–No lo sé. Si tú siguieras sin desear regresar allí, supongo que lo más justo sería venderla. Así, podrías recuperar tu dinero e invertirlo en lo que te parezca. Yo haría lo mismo con el mío.

–¿Eso es lo que deseas? –preguntó él. Hazel suspiró.

–Espero que tomemos esta decisión juntos –respondió. Max la miró en silencio un momento.

–Sé lo que quieres, aunque no me lo digas –aseguró–. En cuanto a mí… Mi mente dice "no", pero mi corazón te ama y por eso dice "sí".

–¿Por qué tu mente dice que no?

–Supongo que no conoce la estabilidad ni la responsabilidad de que algo realmente me pertenezca y siente miedo.

–El problema con eso es que también te amo y no me gustaría que fueras infeliz allí.

–¿Cómo podría ser infeliz en medio de la naturaleza, con una mujer que me ama y un niño corriendo hacia ella?

–Primero vienen un bebé llorando toda la noche, pañales que cambiar, momentos de tensión cuando colapse mentalmente…

–Tendríamos que lidiar con el llanto y los pañales en cualquier parte. En cuanto a ti, intentaremos no llegar a ese punto. Sabes por qué tu madre me aceptó como socio: ya intentó vender la finca sin éxito. Ni siquiera conseguía quién quisiera ocuparse de ella. Al parecer, solo nosotros le vemos futuro.

Se contemplaron en silencio un momento.

–¿Estás seguro? –insistió Hazel.

–Sí. Además, si en algún momento nos arrepentimos, podemos intentar venderla. ¿Qué nos lo impediría?

Hazel admitió que Max tenía razón con un movimiento de la cabeza.

–En ese caso, supongo que deberías comunicarte con las personas con las que nos habíamos comprometido y disculparte por retractarnos –sugirió.

–Lo haré hoy mismo.

Para no parecer malagradecidos y poco educados, esperaron a que Chelsea y Cooper regresaran de sus respectivos trabajos para avisarles que se marcharían.

***

Llegaron a la granja con la puesta de sol. Aunque nada había cambiado desde la última vez que la habían visto, les pareció muy distinta. La casa de fachada blanca y aberturas con vidrios repartidos se elevaba con el sol a su espalda como un elefante majestuoso; era imposible verla muerta. Olía a pasado, pero también a futuro, a la calidez de la madera de sus suelos y la belleza que reinaba en las molduras de sus techos.

En cuanto entraron, Hazel se aproximó al piano. Tocó los primeros acordes de una pieza con lágrimas en los ojos. Los recuerdos se agolparon, estrujándole el pecho. El tiempo no retrocedía, pero el pasado se podía evocar con emoción y cariño desde la memoria. Sentía tristeza, aunque también una extraña calma. Quizás, esa fuera la última vez que Max y ella volvieran a empezar. A partir de ese momento, aunque el camino de sus vidas tuviera escombros y cuestas, esperaba que fuera feliz. Tan feliz que, poco a poco, la neblina se fuera convirtiendo en el sol que los había recibido con el poder de encenderlo todo.

Durante el tiempo que la finca había estado acéfala, un vecino había alimentado a los animales y ordeñado las vacas. Sin embargo, carecía de tiempo para atenderlos más, así que estaban bastante necesitados de cuidado. Por esa razón, lo primero que hicieron fue bañar a los perros, curar a los cerdos, atender las ovejas, reunir huevos y cepillar a los caballos, entre muchas otras tareas que los implicaban. La prioridad eran los seres vivos.

Cuando terminaron con ellos, evaluaron las pérdidas provocadas por el tiempo que la finca permaneció inactiva. Intentaron recuperar

lo que pudieron. Parte de la siembra no servía. Tuvieron que vender algunas herramientas para obtener el dinero que les permitiera comprar fertilizantes y plaguicidas.

La puesta en valor de la granja no prometía ser fácil, pero día a día se decían que tampoco era imposible. Resultaba mucho más sencillo con Hazel liderando los números y Max, el trabajo, sin tener que consultarle a nadie más sus decisiones.

Pronto comenzaron a negociar para recuperar clientes y venderles la siembra que habían rescatado. Eso les permitiría invertir de nuevo.

Como las estructuras de la casa también se habían deteriorado, Max comenzó a repararlas. Compraron pintura y Hazel se dedicó a los detalles mientras que él hacía el trabajo pesado. La fachada quedó mucho más bonita y el interior, más limpio.

Mientras decidían qué muebles conservarían y cuáles podían vender para obtener más dinero, Hazel volvió a encontrar su fotografía de boda con Liam. La dobló, la guardó en un bolsillo y, más tarde, la quemó mientras preparaba la cena.

–Deberíamos tomarnos fotografías –comentó a Max en cuanto lo oyó entrar. Había salido para alimentar a los perros.

–Hay un álbum interesante en esa gaveta –señaló–. ¿Nunca lo viste?

–¿Eso que parece un cuaderno negro? Creí que era una agenda vieja.

–Es un álbum de fotos. Mira.

Se dirigieron al mueble y se sentaron en el suelo. Max extrajo el libro y lo abrió. Hazel sonrió, conmovida, en cuanto vio la primera imagen. Se trataba de sus abuelos delante de un automóvil antiguo que estaba estacionado frente a la casa. Percibió una gran ilusión en sus miradas. No tuvo dudas de que se trataba de un comienzo similar al que ellos estaban viviendo. Sintió que un pasado feliz iluminaba el futuro y que, de alguna manera, estaban unidos.

–Se ven muy jóvenes. Creo que es una fotografía de cuando apenas se mudaron –comentó y pasó la página–. ¡Aquí están las fotos que tomó mi abuela cuando vinimos de visita a mis diecisiete años! –exclamó.

Recorrió algunas hojas con la alegría de volver a ver a su familia unida. Su corazón se inundó de emociones muy intensas. De pronto, en una imagen donde ella posaba en la playa, Max señaló a alguien que se hallaba detrás, a unos metros.

–Ese soy yo –dijo. Hazel lo miró, anonadada.

–¡No bromees!

–Lo juro. Yo también me sorprendí cuando me di cuenta.

–¿Ya nos conocíamos?

–No.

–¡Oh, por Dios! –exclamó ella, cubriéndose la boca con las manos–. El mundo es un pañuelo.

–Ya ves: sí tenemos fotografías juntos.

–Necesitamos más. Tengo que decorar el piano.

–Cuando quieras.

Después de recuperar la rutina de trabajo en la finca, comenzaron con los preparativos para la llegada de su hijo. Una gotera había hecho estragos en una de las habitaciones. Por suerte, no era la que querían para el bebé. Max fabricó la cuna mientras Hazel pintaba las paredes.

Decidieron que dejarían las reparaciones de la cabaña para más adelante. En cambio, la vivienda para empleados no podía esperar. Hazel afirmó que, según su experiencia, corría riesgo de derrumbarse; el techo estaba roído y ejercía un peso irregular sobre las paredes, que con el tiempo y la desatención se habían vuelto casi de papel.

–Dejarla así es peligroso. Podría derrumbarse sobre un animal o una persona –indicó ella frente a la gran estructura rectangular.

–Tendremos que invertir en madera –reflexionó Max.

Hazel suspiró, un poco nerviosa.

–Tirémosla abajo –pidió.

–Sería una pena perderla. Si algún día hacemos crecer esta finca lo suficiente como para contratar empleados…

–Ese día tendremos dinero para construir una vivienda nueva sin necesidad de reparar esta. Por favor, derrumbémosla.

Max frunció el ceño, intrigado por los motivos que, presentía, se ocultaban en la insistencia de Hazel.

–¿Por qué? –indagó. Sus sospechas se intensificaron cuando notó que los ojos de ella se llenaban de lágrimas.

–Por mi madre –respondió con la voz ahogada.

Le bastó estudiar un instante su mirada para comprender. No hicieron falta palabras, Hazel ya le estaba diciendo todo. Si bien no tenía claro qué había ocurrido con Adeline en ese lugar, sin duda no había sido algo bueno. Quizás por eso odiaba tanto la finca. Hazel debía de haberse enterado en los últimos días que había pasado con ella en Sídney, porque nunca antes había hecho referencia a eso.

–De acuerdo –consintió sin cuestionar más. Se dirigió al cobertizo, recogió un enorme mazo y lo apoyó contra una pared de la vivienda–. Esto será divertido. Me servirá para terminar de desquitarme lo que me quede de ira adentro –reflexionó a la vez que se quitaba la camisa y la camiseta sin mangas–. Aléjate –pidió, sujetando el mazo.

Después de que Max golpeara por primera vez el lugar donde la vida de Adeline había cambiado para siempre, Hazel sintió cierta paz. Esperaba que el derrumbe de ese sitio se llevara consigo el dolor de su madre y el que ella misma había padecido, no solo al enterarse del abuso, sino por lo que el suceso en sí mismo había provocado al transformar la personalidad de Adeline. Haber tenido una madre fría y controladora no había sido gratuito para ella. Quería honrarla con sus defectos y virtudes, ya no por el mandato social y cultural de respetar a los padres, sino porque la amaba.

Con el transcurso de los minutos, logró hacer a un lado la tristeza y se concentró en el presente. Tenía mucho para ser feliz, tal como se había propuesto.

Estudió el torso desnudo de Max, la forma en que sus músculos se tensaban por la fuerza que estaba haciendo, su piel tostada que se perdía debajo del pantalón.

–Eres muy sexy cuando estás enojado –bromeó, aunque la primera parte de la frase sí fuera en serio. Él rio.

–Lo estoy pasando muy bien –confesó.

–Préstame el mazo, yo también quiero romper algo –pidió ella y avanzó.

–¡Claro que no! –replicó Max. Hazel sujetó el mango y quedaron enfrentados.

–Por favor… –rogó con mirada suplicante.

–No es momento para que te esfuerces. No sé cómo todavía estamos aquí y no en el hospital teniendo un bebé.

–¡Exacto! Puede que sea lo último agradable que haga antes de morirme de dolor y tener que jadear y pujar como la vaca que parió el otro día.

–Las vacas no jadean cuando paren.

–¿Te das cuenta? Lo mío será peor.

–Está bien –terminó aceptando Max tras un suspiro–. Pero yo lo sujeto contigo y yo lo extraigo del hueco que hagas, si acaso haces uno.

–¡Claro que haré uno! Y más grande que los tuyos. Ya verás –prometió. Intentó alzar el mazo, pero terminó riendo–. Sí que está pesado –reconoció.

–Te lo dije. ¿Crees que me quité parte de la vestimenta para parecerte sexy?

–Sí –contestó ella con una sonrisa traviesa. Para Max era muy tierno verla; como la ropa ya no le quedaba y no quería gastar en prendas de maternidad, utilizaba camisetas y sudaderas de él.

Alzaron el mazo entre los dos, lo llevaron hacia atrás y lo arrojaron con fuerza sobre la pared. Así, ella consiguió hacer un hueco. Max lo retiró y volvió a apoyarlo contra lo que quedaba del muro. Hazel giró la cabeza y rio.

–¡De verdad que romper cosas está muy bueno! ¡De nuevo!

–No. Acordamos que lo harías una sola vez.

–Yo no lo acordé. Tú lo dijiste y asumiste que yo…

La carcajada de Max frente a su propia excusa evocada por Hazel no le permitió terminar. Atrapó su rostro entre las manos y la besó con la ilusión del chico que había sido y el amor infinito del hombre que era.

La abrazó y, de esa manera, también se abrazó a sí mismo. Al niño castigado, al muchacho triste, al joven sin destino. Hazel le había mostrado el camino a la luz que albergaba en su alma, la calidez de

la esperanza, el valor de saber que todos merecen la felicidad, incluso quienes jamás creyeron que podrían encontrarla.



Epílogo

Cinco años después

–Papá –susurró Darren. Su voz denotaba el asombro que escapaba por su mirada.

Max se volvió y observó a su hijo: estaba arrodillado frente a una gallina, con un huevo moteado entre las manos. Era un calco de él cuando tenía su edad: la piel blanca, el cabello castaño oscuro y los ojos color café. Tenía los mismos deseos de descubrir el mundo e incluso la misma manera de hacerlo: a través de la experiencia. La única diferencia era la felicidad que se traslucía en su personalidad. Darren jamás debía callar para no molestar a un adulto ni sentía miedo de que las personas que amaba pudieran lastimarlo.

–¡Guau! –exclamó Max–. Has encontrado un tesoro.

–¿De verdad? –indagó el niño y lo miró con entusiasmo.

Se levantó sin esperar respuesta y abandonó el gallinero. Max recogió la canasta donde habían reunido los huevos y salió justo para verlo correr hacia la casa al grito repetido de "¡mamá!".

En ese momento, el huevo resbaló de sus manos y terminó hecho añicos en el suelo. Darren giró la cabeza, miró a su padre con el ceño fruncido y se echó a llorar con desconsuelo.

Cuando Hazel salió de la casa cargando a Jack, su pequeño de dos años, encontró al niño de cinco llorando sentado en el suelo. No entendía qué había ocurrido; hasta hacía un instante, lo había oído llamarla muy entusiasmado.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

Max dejó la canasta junto a Darren y se aproximó para explicarle en voz baja. Mientras hablaba, limpió el babero de su hijo pequeño sin pensar.

–Encontró un huevo moteado. Le dije que era un tesoro. Corrió a mostrártelo y se le cayó. Se destrozó contra el suelo.

Hazel entreabrió los labios. Aunque se sintió apenada, también la tranquilizó saber que a Darren no le ocurría nada serio. Era un chico sensible, bueno e inteligente, fuerte y alegre como pocos.

–Entiendo –susurró a la vez que acomodaba al pequeño sobre el costado de su cadera–. Pobre nuestro hijo, debe enfrentar la primera frustración de su vida. ¿Me necesitas para ayudarlo?

–No te preocupes, me las arreglaré.

–De acuerdo. Entonces seguiré alimentando a la bestia –bromeó ella. Nunca había visto a un bebé comer tanto como a Jack.

–Hazlo antes de que nos devore a nosotros –respondió Max.

Ella rio y alzó la cabeza para que él la besara. Max apoyó una mano en su mejilla y se apoderó de sus labios durante unos segundos. Después, cada uno volvió a donde estaba antes del accidente con el huevo.

Max se arrodilló frente a Darren y le acarició el pelo. El niño lo miró; continuaba gimoteando. Tenía la misma capacidad para reír de una manera hermosa como para llorar de forma desgarradora. Sonrió para llevarle tranquilidad y para que se sintiera seguro.

–Está bien si quieres llorar –consintió con voz calmada–. Todos necesitamos hacerlo a veces. Nuestros planes pueden fallar. Pero siempre, siempre, habrá otros. Te prometo que encontrarás muchos tesoros más.

–Yo quería este –protestó el niño.

–Es mejor aceptar que este ya no volverá. Si nos empecinamos con el pasado, nos perdemos el presente. Quizás, los tesoros que encuentres más adelante no sean iguales a este, pero te aseguro

que serán muy valiosos. Para verlos, no deberías estar triste. Si la tristeza perdura, nos enceguece. Impide que nos demos cuenta de que los tesoros están frente a nosotros. No queremos dejarlos pasar, ¿verdad?

–¿Cómo sabré que algo es un tesoro?

–Puedo avisarte, como hice hace un rato. Llegará un momento en el que te darás cuenta solo. Por ejemplo, cuando yo tenía tu edad, también perdí uno. Pero, muchos años después, un doctor me dijo que tú llegarías. Lo supe al instante: no dudé ni por un segundo de que eras un tesoro.

–Los tesoros son cosas, no personas –discutió el niño.

Max rio. Por lo menos, Darren había dejado de llorar y eso lo dejaba más tranquilo.

–Es una metáfora.

–¿Qué es eso?

–Algo que significa otra cosa. ¿Por qué no me ayudas a envolver los huevos que reunimos? Tenemos que llevarle un par al vecino.

–¿Buscaremos más tesoros?

–Por supuesto. Cada día de nuestras vidas.

–¿Tú me ayudarás?

–Puedes contar con ello siempre.

Mientras envolvían la recaudación avícola del día, conversaron acerca de la escuela de Darren, la maestra y sus compañeros. Como era sábado, después de alcanzarle su ración al vecino, regresaron a la casa.

Hazel lo ayudó a bañarse mientras que Max jugaba con Jack.

–¿Cuándo viene el abuelito? –consultó el pequeño con un pato de goma en la mano mientras su madre le fregaba la espalda.

–Pronto.

–¿Y la tía Chelsea?

–Mañana.

–¡¿Mañana?! –Se alegró–. ¿Traerá pastel?

–Seguramente.

–Mamá, ¿es cierto que yo soy un tesoro?

Hazel razonó la pregunta un instante. La relacionó con el asunto del huevo roto y no tuvo dudas de que Max le había dicho eso. Por

suerte, estaba detrás de su hijo y eso impedía que el niño notara que se había emocionado.

–Sí, lo eres –replicó, escatimando las palabras para no lagrimear.

Por suerte, el chico no hizo más preguntas al respecto.

Después de que todos estuvieron limpios, vestidos y con un exquisito aroma a jabón perfumado, fueron a sentarse a la roca desde la que se podía apreciar el atardecer mejor que en cualquier otra parte. Era uno de los placeres simples que disfrutaban los fines de semana, como ir a la playa o pasar tiempo con sus seres queridos.

En esos años, la finca había logrado una estabilidad que pocos apostaban que conseguiría. Ahora sí valía algo y hasta se había presentado un comprador de manera espontánea.

Max y Hazel conversaron al respecto: podían volver a empezar en un lugar nuevo, alejados de los recuerdos, o permanecer en ese sitio.

Analizaron que la memoria era parte de ellos mismos y que, a pesar de algunas manchas oscuras, la mayoría conformaba un universo colorido.

En esa finca se hospedaba Hazel cuando se conocieron. Allí se habían reencontrado, se habían amado por primera vez, habían recibido a sus hijos.

Tanto Elsie como el abuelo de Hazel adoraban ese sitio. Incluso Adeline lo había querido hasta cierto momento. No podían permitir que la sombra de un hecho injusto y trágico comandara sus vidas, como Max no había permitido que su pasado continuara haciéndolo.

Ese lugar era suyo. Desde lo más complejo, como transformarlo en un medio de vida, y lo más profundo: los sentimientos que evocaba, hasta lo simple que saltaba a la vista, cada gramo de esa tierra espectacular, mágica y misteriosa, les pertenecía.

Los portarretratos de ellos como pareja y de los niños poblaban el piano y eran un objeto curioso para los chicos que tomaban clases con Hazel. Con el tiempo, ella se había hecho de varios alumnos, como así también de muchos clientes que la contrataban para hacer trabajos de ingeniería sin empresas de por medio. Su especialidad eran las construcciones de campo. Solía resolver problemas similares

al que había aquejado sus plantaciones, a veces con ayuda de los conocimientos agrícolas de Max, y le iba muy bien con eso.

No. No tenían ganas de volver a empezar. Más bien preferían construir sobre los cimientos que habían creado con tanto esfuerzo. ¿De qué servía que ahora la gente tuviera la fe que ellos habían sentido desde el principio?

Decidieron quedarse para que el elefante muerto creciera en fortaleza y belleza con el fulgor de sus almas como testigos.

Viendo el atardecer con su familia, Max oyó los pájaros a lo lejos y sintió la suave brisa sobre el cuerpo. Lo acompañaban las voces de Hazel y de los niños, y la certeza de que quería envejecer a su lado.

Si alguien le hubiera dicho cuando tenía dieciocho años que, alguna vez, sentiría que era feliz, no le hubiera creído.

Nunca había disfrutado tanto de una puesta de sol, porque jamás había tenido la certeza de que, a la mañana siguiente, volvería a brillar, todavía más esplendoroso que el día anterior.

Playlist de *Australia*

Let Me Kiss You, Morrissey
Iris, The Goo Goo Dolls
Ode to Vivian, Patrick Watson
Lovely, Billie Eilish, Khalid
Do I Have to Say the Words, Bryan Adams I Wanna Be Yours, Arctic Monkeys Hello, Evanescence
Because of You, Kelly Clarkson
Mandela Day, Simple Minds
Under the Milky Way, The Church Set Fire to the Rain, Adele
Need You Now, Lady A



Ver aquí

Carta de la autora

Creo en el amor. En ese que se brinda con sinceridad al otro, que se compromete y confía. En el amor genuino, desinteresado, amable y bondadoso. ¿Es una utopía? En el mundo de hoy, tal vez. Pero me niego a pensar que soy la única que lo necesita, extraña y anhela.

Si estás leyendo esto y crees en el amor, este libro es para ti. Si ya has bajado los brazos, también.

Deseo que sus protagonistas te hayan mostrado que, a veces, retroceder no significa fracasar. Que, para ganar, casi siempre hay algo que perder. Es imposible desandar el camino. Por el contrario, es mejor valorar lo aprendido y transformar el futuro en una oportunidad.

Abrazo tus inseguridades, tus miedos y angustias. Pido por tus deseos. Uno de los míos es que nos reencontremos en una próxima historia.

Con cariño,

Anna

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
Epílogo
Playlist de Australia
Carta de la autora

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las mujeres románticas guardamos en lo más profundo de **nuestro corazón** y solo en contadas ocasiones nos atrevemos a compartir. Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Franco, Anabella Australia / Anabella Franco. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-631-300-267-2
1. Novelas Románticas. I. Título CDD A863

Dirección editorial: María Florencia Cambariere **Edición:** Susana Estévez **Coordinación de arte:** Valeria Brudny **Coordinación gráfica:** Leticia Lepera **Diseño de tapa:** Juan Pablo Cambariere **Ilustraciones:** Val García Durán **Diseño de interior:** Florencia Amenedo **Conversión a formato digital:** Estudio eBook © 2024, Anabella Franco © 2024, V&R Editoras **www.vreditoras.com**

ARGENTINA

Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-267-2

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita



VR.editoras